

Catherine Lacey

Biografía de X

Narrativa Internacional Traducción de Núria Molines Galarza



Catherine Lacey

Biografía de X

Narrativa Internacional Traducción de Núria Molines Galarza

Catherine Lacey

Biografía de X

Traducción del inglés de Núria Molines Galarza



Nota de la autora

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, instituciones, lugares, acontecimientos o incidentes son producto de la imaginación de la autora o bien se usan de manera ficticia.

Las notas finales del libro acreditan las referencias no incluidas en el texto.

C. M. Lucca

Biografía de X

Traducción del inglés de Marion Saralegui Lanz



El primer invierno desde su muerte parecía que todos los días, durante meses, fuesen húmedos y luminosos —siempre como si acabase de llover, aunque era incapaz de recordar la lluvia— y yo bajaba en tren a la ciudad un par de días a la semana, buscando (o esa impresión daba) un edificio en el que poder entrar y desde el que lanzarme, una tarea sobre la que nunca lograba determinar del todo si de verdad iba en serio, pues me parecía que la seriedad de cualquiera que buscase algo así no se veía hasta que llegaba el momento de despegar el cuerpo de la acera. Con tantos atentados recientes, la seguridad se había endurecido en todas partes, claro; había que tener permiso o invitación para entrar en cualquier edificio y yo nunca tuve nada de eso, pues no era nadie en particular, era alguien fuera de sitio. Cada día una persona y media se quita la vida en la ciudad y yo la buscaba —a esa persona o a la media—, pero nunca vi ni una ni media por mucho que buscase y esperase, con paciencia, con tanta paciencia, y tras cierto tiempo me planteé si quizá no las encontraba porque yo era una de ellas, o la una o la media.

Una noche, aún viva, en Penn Station para coger un tren que iba hacia el norte, le pregunté a un hombre de aspecto serio si tenía hora. Hora tenía, tiempo, sí, pero no espacio, ya que se había exiliado de Estambul hacía años y nunca había tenido el valor de cambiar la hora, y al mirar a aquel desconocido a la cara vi mis propios ojos devolviéndome la mirada, pues yo tampoco era capaz de desgajarme del lugar de mi destierro. Nos despedimos enseguida, pero jamás lo he olvidado.

Lo que me hizo seguir con vida no fueron las ganas de vivir, sino más bien la curiosidad de saber quién más me vendría con una historia de mi mujer. ¿Quién más me llamaría para contarme algo casi inimaginable? ¿Podría llegar a aceptar —por mucho que hubiera divinizado y venerado a X, por mucho que hubiese creído que era pura genialidad—, podría llegar a aceptar la verdad de su terrible y descarnada rabia, de su crueldad infinita? Era la muerte incesante de una historia, decenas de segundas muertes, la muerte de todas aquellas delicadas historias que habité con ella.

O quizá lo que me mantuvo con vida fue todo el trabajo de secretaria que tenía que hacer, porque en eso me había convertido por

necesidad —ella no dejaba de despedir a las demás—. A veces me veía sacando una extraña fuerza para rebuscar entre su correo en mitad de la noche; para firmar contratos que apenas entendía, para revisar enmiendas hechas «en caso de deceso de la artista», para rellenar formularios de derechos de autoría como X había indicado y para hacer trizas la fastidiosa cantidad de peticiones de entrevistas dirigidas a mi persona, la viuda. La Fundación Brennan me había invitado a recoger el Premio a Toda una Vida en nombre de X sin saber que ella había planeado boicotear la ceremonia por puro resentimiento ante lo mucho que habían tardado en concedérselo. También estaba la solicitud de un museo que reclamaba con insistencia la obligación contractual de X de hacer una de sus escasas apariciones públicas en la inauguración de una retrospectiva suya en primavera; por carta urgente certificada me preguntaron si yo, como representante de lo que fuera que quedase de ella, quizá podía volar a Londres en su lugar. Me excusé. *Ahora mismo soy incapaz de explicar lo incapaz que soy de encargarme de algo así.*

Tom me llamó, a pesar de un silencio de treinta años entre nosotros. Se había enterado por los periódicos de la muerte de mi mujer y quería decirme que había estado pensando en mí últimamente, sobre nuestra tensa y desagradable infancia como hermanos. A su esposa, me dijo (primera noticia de que se había casado), le habían dado meses de vida, quizá menos. Su hija (primera noticia también) tenía ahora catorce años y una parte de él deseaba que fuera más pequeña, creía que el duelo causaría menos estragos en ella si estaba protegida por la abstracción de la primera infancia. *Qué horror*, me dijo, *desear que mi hija hubiese conocido menos años a su madre*.

Pero a mí no me pareció tan horrible. El duelo tiene una lógica contradictoria; siempre desea algo imposible, algo peor y algo mejor.

Cuando Tom tenía catorce años y yo siete, vivíamos con nuestra madre y un surtido de gente variopinta en una casa de madera en una calle sin salida, y aquel verano, mientras comíamos pasta en la cocina, Tom dejó de moverse y se quedó con la boca abierta y los espaguetis desenredándose del tenedor suspendido mientras miraba a la nada, algo se había ausentado de sus ojos, no dejaba de mirar fijamente, sin pestañear y congelado mientras nuestra madre gritaba *¡Tom! ¡Para ya! ¡Tom!* Sus ojos seguían drenándose, nada y nada, luego incluso menos que nada mientras madre le gritaba que parase, que ya estaba bien de esa broma tan desagradable, hasta que al final le dio un bofetón en toda la cara, cosa que no hizo que volviera en sí, pero que liberó el tenedor de la mano, que salió volando hasta mi regazo. Aquella noche, poco a poco, Tom empezó a regresar, y más tarde una neuróloga se

emocionó al poder diagnosticarle un tipo raro de epilepsia que se trataba con una pastilla rosa enorme, de toma diaria, y durante meses después de la muerte de mi mujer a menudo me encontré en un estado lamentable y congelado —sentada desnuda en el pasillo o apoyada en el marco de la puerta o plantada en medio del garaje, mirando el maletero, sin saber muy bien cuánto tiempo llevaba ahí— y deseaba que alguien pudiese darme una pastilla como aquella, que alguien evitara que me derramase entera, desencajada de todo.

En ese momento Tom y yo habitábamos duelos distintos —el suyo, inminente; el mío, arraigado—, pero me planteé si el tratamiento igual es el mismo, y le pregunté si había algún tipo de pastilla para esto, alguna pastilla como esas que le daban hace tantos años, aunque Tom estaba seguro de que no y, si existía, él no tenía ni idea y, de todas maneras, era probable que no funcionase.

A propósito del señor Smith

Después de dos años ignorando sus cartas, me reuní con Theodore Smith, a petición de X, para poner fin a sus dislates.

No me puedo creer que sea usted, dijo él. *No me lo puedo creer. La esposa de X. Increíble.*[1]

Aunque corría el año 1992, yo no estaba acostumbrada a semejante peloteo y ella y yo evitábamos los lugares donde solía haber esa clase de personas. El único objetivo de aquella reunión, que grabé por cuestiones legales, era informar al señor Smith de que X no colaboraría con su supuesta biografía; no la autorizaría, no concedería entrevistas ni permitiría el acceso a sus archivos. Como mensajera de mi mujer, animé al señor Smith a abandonar el proyecto de inmediato, pues le costaría horrores intentar escribir un libro que a fin de cuentas era imposible.

Si de verdad quiere escribir una biografía, le dije, *primero debe elegir a una persona dispuesta a acceder, a ser posible, a un fantasma*.

El señor Smith me miraba impasible mientras yo le explicaba, con moroso detalle, nuestro total desacuerdo con su planteamiento. No se le concederían licencias para reproducir obras de X ni se le permitiría utilizar ninguno de sus retratos cuyos derechos ostentásemos. No le daríamos permiso para citar sus composiciones, ensayos, guiones o libros y, por supuesto, X no tenía tiempo para responder a sus preguntas, ya que no tenía interés en su interés ni tampoco respeto por nadie que intentara explotar su obra de esa manera.

Su deseo explícito es que nadie la encierre en una biografía, ni ahora ni cuando ya no esté, añadí con un tono de lo más cordial o, al menos, judicial. *Le pide que respete su voluntad.*

Pero el señor Smith se negó a creer que X eligiese ser olvidada, a lo que repliqué que mi mujer no tenía tal intención y que ya tenía planes con respecto a lo que sucedería con sus archivos a su muerte. Lo único que yo sabía de aquellos planes entonces era que el acceso a dichos materiales requeriría renunciar al derecho de llevar a cabo una investigación biográfica.

Su vida no se convertirá en un objeto histórico, le expliqué, como X me había detallado una y otra vez. *Solo quedará su obra.*

Pero es un personaje público, dijo el señor Smith, sonriendo de un modo triste, ausente. (Qué extraño recordar la cara de alguien a quien odio cuando se pierden tantas otras cosas en la maraña de la

memoria). Sacó de su maletín una funda de plástico que contenía una hoja y la deslizó. Eché un vistazo: era la letra de X, no había duda, con fecha del 2 de marzo de 1990 y dirigida a «Mi amor», y aunque yo debía de haber sido ese amor, teniendo en cuenta el año, por aquel entonces se me daba bien pasar por alto ciertos detalles. *Tengo algunas más. Los vendedores siempre me llaman cuando se encuentran con una, aunque escasean, claro, y son bastante caras.*

Es falsa, contesté. *Alguien lo ha estafado.*

La han autentificado. Las han autentificado todas, dijo.

Yo creía saber lo que estaba haciendo aquel hombre —blandir objetos falsos con el fin de liarme y convencerme para que cooperase —, pero no iba a ceder. Las cartas debían de ser (o eso quería pensar yo) falsas, e incluso aunque X *sí* le hubiese escrito una carta así a alguien, cosa que muy probablemente no había hecho, nunca se habría mezclado con una persona lo bastante traicionera para que la delatase. Ese muchacho tan patético —nada de biógrafo, ni siquiera escritor— no era más que uno de los seguidores perturbados de X. No sé por qué atraía a tanta gente loca, pero así era, todo el tiempo: acosadores, acosadoras, obsesos, obsesas, gente que se desmayaba al verla. Un plagiador diestro había sabido ver la oportunidad y se había limitado a aprovecharla; las personas que están bajo esa clase de hechizo son muy manirrotas.

Debe usted entender que mi mujer está extremadamente ocupada, le dije al levantarme, yéndome ya. *Le quedan décadas de trabajo por delante y no tiene tiempo para su proyectito. Déjelo estar, insisto.*

Su mujer no vivirá para siempre, es usted consciente, ¿no?

No me considero insensata, pero sí que fui de esa clase tan mundana de persona insensata que cree que, si bien todo el mundo en esta tierra, sin excepción, morirá, la mujer a la que ama no, jamás.

Tanto si ella quiere una biografía como si no, continuó el señor Smith, *la habrá, y probablemente más de una, cuando ya no esté*.

Le repetí que dejara de contactar con nosotras, que, en caso de ser necesario, pediríamos una orden de alejamiento, que no quería volver a verlo ni a saber nada más de él; estaba segura de que ahí se acababa todo.

Cuatro años más tarde, el 11 de noviembre de 1996, X murió.

Siempre me he considerado una persona racional, pero, en cuanto ella se fue, dejé de ser quien fuera que yo pensaba que era. Durante semanas, lo único a lo que pude dedicarme fue a leer de manera exhaustiva y metódica todas y cada una de las palabras publicadas en la prensa diaria, repleta de artículos sobre la Reunificación de los Territorios del Norte y del Sur, una historia tan vasta que sentía (y

sigo sintiendo) que nunca veríamos el final. Puse toda mi atención en los informes de las instituciones burocráticas recientemente desmanteladas del TS; la extendida desconfianza ante las nuevas redes eléctricas del Sur y todas las historias sensacionalistas sobre el territorio al otro lado del muro —detalles de suicidios en masa, decapitaciones, bombardeos regulares—, y, aunque mi pérdida personal no era nada en comparación con décadas de tiranía teocrática, aun así me identificaba muchísimo con esa larga y brutal historia, pues a mí también me habían desmembrado y me costaba recomponerme.

Leer el periódico le daba forma a mis días deshuesados: cada mañana recorría el acceso de gravilla, recogía el periódico, volvía y leía sección por sección en busca de algo que nunca encontraba: sentido, razones, la vida misma. Inmersa en las noticias, sentía que aún estaba en el mundo, aún viva mientras me resguardaba un poco del estruendoso silencio que ella había dejado al irse.

A principios de diciembre de aquel año, leí algo en la sección de arte que en un primer momento no logré entender. Theodore Smith había vendido los derechos de la biografía de mi mujer por un adelanto obsceno.[2] Su publicación estaba prevista para septiembre del año siguiente. Durante unos días conseguí quitármelo de la cabeza. Pensaba: No, no, es simple y llanamente imposible, fracasará, se darán cuenta de que las cartas son falsas, de que es producto de una obsesión, no de hechos reales, y cuando yo, albacea de X, les niegue todos los derechos fotográficos o de cita de fragmentos, adiós proyecto. ¿Cómo va a haber una biografía sin fuentes primarias?

Resultó que la editora que había adquirido los derechos del libro y yo teníamos una buena amiga en común. Me llamó aquel invierno —*por cortesía*, me dijo, pues no tenía por qué contar con mi visto bueno—. Insistió en que la investigación era impecable. *Escrupulosa pero respetuosa*, puntualizó, significara eso lo que significase. Me aseguró que el señor Smith veneraba y entendía de verdad a X como artista, como mujer, y que tenía muchísimas reflexiones maravillosas sobre su obra, pero que, claro, seguro que algunas personas considerarían el libro algo controvertido, ¿no?

Su mujer nunca rehuyó la polémica, dijo la editora.

Ah, ¿sí?

Me sugirió que me acercase a su oficina para reunirme con el señor Smith mientras estuviésemos a tiempo de corregir el texto, que quizá querría aclarar algunos rumores que él había sido incapaz de desenmarañar y, aunque yo había pensado que no volvería a verlo jamás, para cuando colgué ya había accedido a ir.

Dos días más tarde estaba en una sala de reuniones con el señor Smith, su editora y dos o tres abogados. Sobre la mesa, un mamotreto

manuscrito; prácticamente radiante en su futilidad. Pedí que me dejaran unos minutos a solas con el autor y, cuando nos quedamos él y yo, le pregunté cómo lo había hecho.

Ah, bueno, ya se lo imaginará, poco a poco, dijo, tan punzante la falsa modestia que podría haber tranquilizado a un caballo.

Pero ¿qué podría tener que decir usted sobre ella? ¿Qué sabrá usted?

Él insistió en que, aun sin el archivo, tenía muchos hilos de los que tirar, pues ella había concedido miles de entrevistas desde los años setenta, apenas se repetía, y luego estaban, por supuesto, las exmujeres, las examantes, la gente que había colaborado con ella, otras personas. Todas con muchísimo que decirle y un sinfín de cartas originales para compartir con él. Me dijo que había ido todo bastante bien salvo, claro está, sus interacciones conmigo, y el hecho de que nunca pudo hablar con la propia X, un contratiempo que todavía lamentaba. Pero a mí me daba igual lo que quisiera de mí y solo quería saber quién le había concedido entrevistas. Me enumeró unos cuantos nombres intrascendentes; parásitos y gente con ínfulas que la conocía; luego, sorpresa, Oleg Hall.

El señor Smith debía de saber de la enemistad que me unía desde hacía tiempo a Oleg. El único solaz que me trajo la muerte de X fue no tener que volver a ver jamás a su mejor amigo; nunca entendí por qué lo era. Todo en él me desagradaba, pero pensaba que lo mínimo que podía esperar de él era que respetaría la intimidad de X.

Se alegraría mucho de que X muriera, acusé al señor Smith. *¡Y tan de repente! Un final dramático en condiciones. Seguro que se emocionó una barbaridad al enterarse de las noticias.*

El señor Smith se revolvió en la silla mientras yo lo reprendía y lo llamaba (aparentemente) *estafador arrastrado, sanguijuelita inútil y sin talento*, un insulto que luego citó en su libro. Aunque no recuerdo haber pronunciado esas palabras, sí que estoy de acuerdo con el retrato.[3] Sin embargo, sí que estoy segura de que no lo acusé, como él alegó, de haber matado a mi esposa. Claro que estaba desgarrada por el dolor, pero nunca he sido conspiranoica, y es evidente que el señor Smith no tiene lo que hay que tener para perpetrar un asesinato a distancia, indetectable en la autopsia.

Estoy haciendo todo lo posible por no dejarla al margen, se defendió.

Es donde quiero estar.

Entonces ¿por qué ha venido?

Podría haberle dicho que intentaba despertarme de esta pesadilla, que, en cierta manera, había ido para evitar que el libro existiese, para asegurarme de que nunca se publicara, para escupirle en la cara, pero no dije nada. ¿Por qué iba a los sitios, fueran cuales fuesen? Ahora que ella ya no estaba, yo no tenía ni idea de nada, de a dónde ir o cómo vivir o por qué hacía las cosas. Empecé a escabullirme, dejando

atrás el manuscrito, ignorando el clamor que me rodeaba, rechazando el compromiso de la editora de que X sería recordada *con mucho cariño* —me importaba un carajo el cariño de nadie—, pero, cuando la mujer sugirió que era probable que la biografía aumentara el valor de mercado de la obra de X, sí que recuerdo decirle que se fuera a la mierda y cuanto antes mejor y que no volviera a contactar conmigo nunca. Fue culpa mía, lo admito, por creer que sería capaz de disuadir a esas personas de aprovechar una oportunidad lucrativa.

La noche tras mi primer encuentro con el señor Smith en 1992, mientras me estaba quedando dormida pegada a X, ella se incorporó, encendió la lamparita y preguntó: *¿Qué significaba la advertencia?*

X era una mujer nocturna, pero también diurna —de hecho, parecía que nunca se cansaba, ni sufría jet lag, ni la fatigaba una tarde de bochorno—, mientras que yo siempre me he limitado a ser una persona normal, cansada a ratos.

¿Qué advertencia?

Le hemos advertido al señor Smith que abandone la investigación, me dijo, *pero ¿con qué le hemos advertido? ¿Cuál ha sido la amenaza?*

Ciertamente, yo no lo había amenazado con nada específico. X no estaba ni sorprendida ni satisfecha con mi respuesta y sugirió que enviáramos a alguien a su piso para intimidarlo o para que le pusiera la casa patas arriba mientras él estaba fuera. Yo me reí, pero ella prosiguió: Ya puestas, podíamos atajar el asunto directamente y que alguien le partiera las piernas, quizá solo una pierna o, mejor aún, una mano. ¿Me había dado cuenta de si era diestro o zurdo? Me sentí, como me pasaba a menudo, como la mujer de alguien de la mafia; mejor si hacía la vista gorda.

Bueno, le podemos dar una vuelta si intenta contactar con nosotras de nuevo, concluyó.

Desde el principio supe que X poseía una brutalidad fuera de lo común, algo que usaba tanto para defenderse como para vengarse. No era mucho más alta que yo, pero su fuerza física era tan descomunal que, a lo largo de los años, la he visto dejar fuera de combate a más de un hombre que la superaba bastante en tamaño, a veces por razones justificables, pero también por estallidos de rabia mal canalizada. Cuanto más tiempo estábamos juntas, mejor entendía que yo también corría el riesgo de ser objeto de su ira; que siempre existía la posibilidad, por remota que fuese, de que se volviese contra mí, si acaso no física, sí emocional o intelectualmente; que era capaz de destruirme por completo si en algún momento se le antojaba.

Me temo que soy el tipo de persona que necesita sentir algo de miedo para amar a alguien. Mi primer amor había sido —privada y

vergonzosamente— Dios mismo, algo que me creó, algo capaz de destruirme; toda relación sucesiva con mortales, hasta que llegó ella, siempre se había quedado corta en comparación con la satisfacción metafísica total que había sentido al rezar.

Pero nunca tuve que temer la fuerza de X. Otras cosas, sí, pero su fuerza, nunca.

Meses después de aquella desastrosa tarde en la editorial, recibí un ejemplar de galeradas del libro de Smith acompañado de una sucinta nota en la que explicaba que el «numerito» que le había montado se había incluido en el prólogo, recién añadido. Dejé el libro en el suelo del garaje, junto al contenedor de basura, hasta que una mañana —algo debía de andar terriblemente mal en mi cabeza aquel día— salí y, en lugar de meter en casa el periódico, cogí el libro y no paré de leer hasta llegar a la última página.

Aunque había fracasado en mi empeño de evitar que el libro se publicara, la terrible prosa y el enfoque gris de Smith parecían el error más atroz de todos. Su escritura —tanto en términos narrativos como formales— no vale nada, página tras página, línea tras línea, sin interrupción. Su única proeza fue que se las arregló para tomar un tema lleno de intriga y reducirlo a algo tan aburrido, tan absolutamente pedante y falto de glamour que a menudo me echaba a reír en voz alta, sola, segurísima de que el libro sería un fiasco, de que su principal punto débil no era la falta de cooperación por parte de las titulares de los derechos, sino que era malo y punto.

No me costó dormir aquella noche, convencida de que había llegado al final de toda esa patochada.

No me escuece que *Una mujer sin historia*, de Theodore Smith, haya tenido tan buena acogida —ahí se ahogue en su éxito espurio—, pero sí que me sorprende que semejante bodrio haya captado la atención de tanta gente. Ni siquiera me consterna el retrato que me hace —nada favorecedor, huelga decir; no me interesa que me halague un idiota—. Lo que me molesta es que sus mentiras se hayan erigido como relato definitivo de la vida de X, que la obra de Smith sea la última palabra sobre la carrera rompedora y polifacética de X, y sobre el impacto que tuvo; que todos sus lectores y toda la crítica en bloque parecen creer que el señor Smith consiguió navegar con acierto por el laberinto de secretos que X trazó a su alrededor, que fue capaz de arrojar luz sobre determinado núcleo de verdad de su vida. Nada más lejos de la realidad.

No es ningún secreto que mi esposa intercaló capas de ficción en su

vida a modo de performance o, en ocasiones, como escudo. El señor Smith describió esta cuestión como «un problema patológico» y la llamó «mentirosa compulsiva, incapacitada por su baja autoestima, una mujer condenada a atrincherarse tras las falsedades».[4] Aunque es cierto que ni siquiera yo sabía a veces dónde estaba la línea entre los hechos reales de su vida y las historias que construía alrededor de su personaje, mi mujer no era una mentirosa. Cualquier persona que tuviera la suerte de formar parte de su vida tenía que aceptar ese riesgo; ella vivía en una función sin intermedio en la que representaba todos los papeles.

Esa fue la primera razón por la que X se negó a autorizar una biografía: por fuerza, sería falsa, y esa obra de falsedad solo serviría para enriquecer a cualquier escritor o escritora lo bastante superficial para capitalizar su infamia. Y, sí, soy consciente de que ahora soy yo quien escribe, pero a lo largo de este libro mis razones y motivos han ido cambiando conforme la historia que envolvía a X fue transformándose; el señor Smith quería calentarse las manos frías al calor de mi mujer, yo me he quemado.

X creía que ficcionar era sagrado —me lo dijo muchas veces, lo escribió repetidamente en sus cartas y diarios y ensayos— y ella quería vivir en lo sagrado, sin dejarse engañar por lo insustancial de la realidad percibida, que no era más que una historia que había engañado a casi todo el mundo. En vez de eso, eligió vivir una vida en la que nada era inamovible, nada se daba por sentado; que su nombre pudiera cambiar de un día para otro, de un momento a otro, y lo mismo sucedía con sus creencias, sus recuerdos, su manera de vestir, su manera de hablar, sus saberes y deseos. Todo se ponía siempre en duda. Todo era disfraz y nada era firme. Ni siquiera el pasado estaba escrito en piedra y, aunque cualquier cosa que la rodease pudiera fluctuar, ese núcleo inestable —su historia— iba a mantener su inestabilidad.[5]

«Una biografía —le escribió en una carta a su primera mujer— sería un insulto a la manera en la que he decidido vivir. No es que sea una persona reservada; es que no soy una persona».[6]

Desde entonces he descubierto otro motivo más específico por el que X no quería que nadie indagara en su pasado, antes de 1972, el año en el que parecía que había surgido de la nada, sin historia, sin origen. De los muchos y flagrantes errores del señor Smith, la identificación errónea de sus padres y lugar de nacimiento es quizá el más determinante, aunque es cierto que X prácticamente imposibilitó que se descubrieran esos datos, ya que hizo que todos los detalles fueran confusos, sembró relatos falsos y nunca se sinceró al respecto.

De hecho, hasta que emprendí mi propia investigación, ni siquiera yo sabía dónde había nacido. Una vez me dijo que no tenía recuerdos

de su vida anterior a los dieciocho años; otra, que legalmente no podía revelar la identidad de sus padres; pero en ocasiones decía que estaban muertos, que fue una muerte trágica o que la habían echado de casa, que los odiaba tanto que no recordaba su nombre. A veces decía que había nacido en Kentucky o en Montana o en tierras salvajes, que se había criado con las fieras, que había sido hija ilegítima —un embajador y su doncella, profesor y alumna, monja y cura, alguna especie de unión maldita—. Hizo alguna alusión a un orfanato, o a una infancia a la fuga, o a ninguna infancia. «Depende de cómo lo mires —dijo en una entrevista—. Parece una pregunta de lo más simple: *¿De dónde eres?* No hay respuesta que baste».[7]

Corrían rumores de que la habían rescatado de una mafia de trata de blancas de algún lugar del Territorio Occidental, o que había escapado del Territorio del Sur, que era espía de la Unión Soviética, pero desde hacía tiempo yo había dado por hecho que la verdad era, con más probabilidad, bastante simple y triste. Me parecía que tenía el rostro de alguien a quien su madre ha abandonado y que se ha pasado el resto de su vida rechazando aquel rechazo inicial, como si su madre tuviese que haber sido capaz de reconocer las enormes capacidades que bullían en el interior de aquella dulce criatura y por eso ahora había que castigar a todo el mundo.

Cuando ya se hizo más famosa, fans y gente desconocida por igual dijeron ser parientes, hermanos o hermanas, llamaban a la prensa e insistían en que eran la madre o el hermano o el marido y que al fin estaban dispuestos a contar la historia de su hija, su hermana, su esposa. Cuando contactaban con X para confirmar o desmentir esas versiones, ella decía que era verdad, que todo era verdad; que había nacido mil veces, que había sido la hija, la hermana, la lo que fuera de cualquiera que dijera tal cosa. Así, primero confundía a la gente, hasta que empezó a hacerles gracia; pero, pasada la gracia, acabaron por aburrirse. El interés por su pasado remitió durante unos años antes de volver, siempre irresoluto.

Cuando leí el capítulo del nacimiento de X en Kentucky, como hija de Harold y Lenore Eagle, supe que era una de sus historias objetivamente falsas: Harold y Lenore eran actores a quienes X había contratado hacía muchos años. Aunque era tan solo una de tantas incorrecciones del libro del señor Smith, la del lugar de nacimiento me molestó más que cualquier otra.

Nunca tuve la intención de escribir una biografía que sirviera de enmienda, si acaso este libro puede entenderse así. En un primer momento, lo único que quería era descubrir dónde había nacido mi mujer y me imaginé que quizá acabaría publicando mis hallazgos en

forma de crónica, un artículo o puede que en una demanda, algo para desacreditar rápidamente al señor Smith. No sabía que, al iniciar la investigación, me había condenado de mil maneras diferentes; que, una vez que hubiese abierto la caja, esta se negaría a cerrarse.

Quizá no tenga sentido casarse con alguien si desconoces algunos de los detalles más básicos de su vida, pero ¿cómo puedo explicar que esos datos no me parecían relevantes al lado de mis sentimientos hacia ella, esa especie de sensación vibrante que tenía en su presencia, como si me acabaran de enchufar a la corriente? Al principio, a veces le preguntaba por su pasado, pero pronto acepté que ella iba a ser tanto el centro de mi vida como su misterio central, dispensada de las expectativas habituales. Era obra del amor, quizá —el amor o algo más peligroso—, pero ahora que se había publicado el relato falso del señor Smith y yo estaba sola en nuestro chalet, no tenía otra cosa que hacer salvo vengarme de él y de sus mentiras, vengarme de la realidad misma, vengarme de todo.

El título de este libro —como suele pasar— es mentira. Esto no es una biografía, más bien es la constatación de un error que se llevó hasta sus últimas consecuencias; el testimonio de una mujer que descubre lo que tendría que haber dejado oculto. Quizá todos los libros sean eso, el final del problema de alguien, alguien que articula su problema con un orden agradable para que otro pueda mirarlo.

Al principio, ciertas personas me aconsejaron amable y menos amablemente que abandonara mi investigación o, si era incapaz, al menos que no intentara entenderla. Me dijeron que, sin duda, no debería tratar de publicarla, de ninguna manera. Hubo quien creyó que estaba celosa del éxito de la del señor Smith o que me estaba comportando como una idiota autodestructiva. La galerista de X me dijo que estaba delirando, que la biografía de X ya se había publicado y me tocaba asumirlo y seguir adelante. Otros pensaron que no estaba en mis cabales, que estaba llevando muy mal el duelo, que tenía que ser paciente, dejar que pasaran un par de años, que debía apartarme del duelo como si estuviera evitando un animal de gran tamaño: despacio, con paciencia, sin movimientos bruscos. En cierto momento, abandoné el manuscrito, por un breve espacio de tiempo creí que no iba a ninguna parte. Aquella tarde salí a hacer una larga caminata por el bosque, pero, según iban pasando las horas, cada vez sentía más apremio, como si llegara tarde a una cita, solo que no sabía con quién.

Obviamente, X se habría opuesto con vehemencia a esta obra, y aún sigo esperando que encuentre una manera de discutir conmigo desde el más allá. Si alguna vez lo hace, sé que llevo las de perder, da igual quién tenga razón. Me la imagino reprobando este proyecto igual que

me la imagino reprobando cualquier cosa, caminando de arriba abajo por la cocina y enumerando todas las formas en las que yo (o alguien, o algo) estaba metiendo la pata. Sin más vuelta de hoja: no. Estaba metiendo la pata hasta el fondo.

Un pasaje de su diario, 1983:

> La privacidad no existe. No hay experiencia o sensación o pensamiento o dolor que no hayan sentido ya los miles de millones de personas vivas o muertas. [8]

Pero, aunque hubiera citado sus propias palabras para justificarme, ella habría seguido armando su defensa para cargar contra este libro; me habría acribillado con acusaciones. *Una locura nostálgica, un gesto complaciente, de lamerse las heridas.* Cada vez que yo me estremecía al enterarme de que alguien cercano había muerto, ella insistía en que no había que llorar a los muertos, que *saben lo que hacen*; pero sigo sin estar convencida.

Algunos días parece que la tengo en la habitación de al lado y, cuando voy a esa habitación, se ha ido a otra, y, cuando llegó a esa otra, está en otra de más allá. Muy a menudo estoy segura de oír su voz al otro lado de una pared o de una puerta, pero nunca deja de moverse —sermonea, discute, ríe, hace y rehace su acusación, siempre —, insistente, exhaustiva, serpenteante, clara. Incluso ahora, con la cantidad de años que han pasado y la cantidad de historias que se apilan de manera irrevocable en su contra, sigo oyendo sus pasos bajar con determinación por las escaleras y juro que algunas tardes puedo oír cómo se quita las botas en la puerta de atrás y recorre el pasillo tras una caminata vespertina. Enfurecida, anhelante, ambas cosas a la vez, muy a mi pesar, hago por oír esos pasos.

Cartas

Desde que nos conocimos en abril de 1989, entre nosotras hubo un sentimiento innombrable, llegó tan rápido que no hubo tiempo para cuestionarlo. No solo era amor, tampoco lujuria u obsesión. Era tanto visceral como algo que iba más allá de las vísceras y, por mucho que lo he intentado, la única manera que encuentro de describir con precisión ese sentimiento es empezar explicando algo que sucedió en el matrimonio al que le puse fin para estar con ella. Quienes solo estén interesados en X y no en la vida de su viuda —una postura razonable— quizá encuentren atractiva la idea de saltarse este capítulo. Por favor, disculpen este interludio. Necesitaba articular esta historia en alguna parte y no había mejor lugar que este.

Las primeras horas de una mañana de sábado de 1984, menos de veinticuatro horas después de conocer a Henry Surner —el escultor, el hombre que más tarde sería mi marido—, me desperté con la certidumbre de que me casaría con él y tendríamos hijos. Nunca había fantaseado con esas cuestiones y, para más inri, no sabía casi nada de aquel hombre. Nos habíamos conocido la noche anterior, en la fiesta de cumpleaños de una colega. Yo no tenía pensado ir, pero acababa de terminar un artículo sobre una pequeña masacre en un piso de Manhattan y estaba demasiado alterada para quedarme sola.[9] La fiesta era en un bar cercano a la oficina y nada más llegar pisé a Henry y me disculpé; no hablamos con nadie más durante el resto de la velada.

Yo era una joven nerviosa y, sin la armadura que me enfundaba para hacer una entrevista por trabajo, me costaba entablar conversación, pero, de algún modo, todo aquello desapareció cuando hablé con Henry. Me contó que era escultor y que daba clases de arte en una escuela privada, más tarde me pregunté si me pareció fácil hablar con él porque él estaba muy acostumbrado a hablar con niños, en un tono tranquilizador y neutro. Salimos de la fiesta para dar un paseo —nos pareció natural ir cogidos de la mano— y, cuando me dio un beso de buenas noches agarrándome de los hombros, me sentí como una toalla con la que se estuviera secando, una cosa a mano y útil.

Cuando la mañana siguiente me levanté con esa extraña

certidumbre sobre nuestro futuro, supe que no podía decírselo sin que pensara que estaba completamente loca; aunque yo sabía que no estaba loca. Se apoderó de mí una sensación de calma intensa y feroz. Estaba tan segura de que Henry era mi vida que empecé a escribirle una carta al «Henry del futuro», la única persona que sentía que sería capaz de aceptar mi premonición. Escribí la claridad con la que veía las décadas venideras: el nacimiento de nuestros hijos, su juventud, el correr de los años, los nietos, nuestra senectud, nuestra muerte, el carácter irrevocable de todo lo que vendría. Me asustaba, pero también me parecía inevitable y, aunque siempre he sido lenta escribiendo —siempre corrigiéndome en espirales de duda—, aquella mañana mecanografié una decena de páginas con la misma urgencia que si tuviera una fecha de entrega al caer.

Henry y yo hicimos planes para vernos aquella tarde en un parque, donde nos sentamos juntos bajo un árbol a ver a la gente pasar; yo estaba encantada de no tener que mirarlo porque me daba miedo desmayarme, aunque nunca había sido ese tipo de mujer, de esas que se desmayan. En relaciones previas me habían acusado de ser fría, de ser distante, de no querer tanto a la otra persona como me querían a mí. Nunca supe bien qué hacer con esas acusaciones, nunca fui capaz de distinguir mi propia frialdad o distancia, pero, mientras hablaba con Henry, y su mera presencia me empujaba con tanta firmeza y calidez hacia el presente, me quedó claro que ahí estaba, que eso sí era amor, y que todas mis parejas anteriores tenían razón; nunca las había querido. Debí de creer que el amor era algo que llegaba a tu vida y te decía qué hacer con él.

Cada mañana de aquellos primeros siete días escribí una carta a aquel Henry del futuro y durante los siguientes dos años escribí aún más cartas relatando decenas de días y de citas, tardes insustanciales que pasamos juntos, con la intención de registrar todos los detalles que, de otro modo, caerían en el olvido. Guardé todas las cartas en una carpeta que se llamaba PARA HENRY EN 1986. Resultó que nos casamos en marzo de 1986 y poco antes de la boda le hablé de las cartas. Pensé que se conmovería, pero solo se mostró confuso:

¿Qué cartas? ¿Por qué no me las diste entonces?

Me daba miedo, le dije.

¿Miedo de qué?

No tenía respuesta.

¿De qué ibas a tener miedo?, me volvió a preguntar. *¿Acaso no me enamoré yo también?*

No me gustó su pregunta, el «acaso». ¿Acaso no se había enamorado?

Saqué la carpeta con las cartas y, dando por hecho que las querría leer de inmediato, le pedí que lo hiciera cuando estuviera solo, le dije

que me superaría estar delante, pero se limitó a sonreírme y a dejarlas en la mesita de centro, junto con las revistas viejas.

Aquella noche fui incapaz de dormir. No había vuelto a leer ninguna de aquellas cartas, un vómito sin revisar de casi ciento cincuenta páginas. Algunas tenían notas al pie, *marginalia* dementes, grandes declaraciones de devoción. Quería que las leyera de inmediato, que me dijera que tenía razón, que él sentía lo mismo, que nuestra realidad era la misma, o quizá quería que las leyera para decirme que estaba equivocada, que los dos nos habíamos equivocado, que había que cancelar la boda porque yo no era la mujer que él pensaba y él no era el Henry de 1986.

Las cartas estuvieron unos cuantos días más sobre la mesita y cuando desaparecieron me pregunté si su silencio era un visto bueno. Después de la boda hicimos un viaje en coche por California y una noche, ya muy tarde, en un momento de optimismo compartido, le pregunté qué le habían parecido, pero él no las recordaba, tuve que explicarle a qué me refería y él me confesó que no había terminado de leerlas. Era demasiado. Demasiado tiempo.

¿Cuántas has leído?, le pregunté.

No se acordaba. Tres o cuatro páginas.

Hay razones por las que la gente veranea en un lugar célebre por sus acantilados cuando viven una etapa de serenidad y felicidad —cuando les va muy bien en el amor o no tienen problemas económicos y no corren ningún riesgo de tirarse por un precipicio—, porque en aquel instante sentí que debería salir de allí y arrastrarme hacia uno de los quebrados y que todo acabara. Me había equivocado con nosotros.

En vez de eso, me encerré en el baño, abrí los grifos y clavé los ojos en el espejo hasta que conseguí olvidarme de quién era y pude volver a la cama al lado de aquel hombre ambivalente con quien me había casado, un hombre al que las cosas le resbalaban. Ya estaba dormido. Aquella noche concluí que el problema de tirarme por un acantilado era que yo no quería matarme; o, más bien, que no podía matarme, pues ya estaba muerta. Nunca volvimos a hablar del tema.

Al conocer a X unos cuantos años más tarde, de manera casi inmediata me di cuenta de que había sido ella el objeto de aquellas cartas, que conocía todas y cada una de las palabras que las componían sin haberlas visto. Soy consciente de que esto, en un sentido, es absurdo, que yo ni siquiera sabía de la *existencia* de X cuando las escribí, pero también es cierto que lo que había empezado a sentir me había transformado en otra persona que no sabía quién era hasta que X me presentó quién era yo. En cierta forma, la conocía

antes de conocerla o, quizá, escribiendo hacia el futuro había creado una ausencia en mí que solo ella, váyase a saber por qué motivo, podía llenar.

No me cabe duda de que X censuraría este arranque de sentimentalismo, pero no se me ocurre otro modo de explicar cómo tuve los medios para poner fin de manera abrupta a mi matrimonio en 1989, solo unas semanas después de conocerla. Lo vi claro, no había alternativa, o eso me pareció entonces: tenía que abandonar aquella inercia segura para que mi existencia fuera reconocible como mía.

Ironías de la vida: Henry fue el primero que me habló de la obra de X. Había leído una de sus novelas, *La razón por la que me he perdido*, después de oír que la describían como una de las más importantes del siglo XX.[10] Me la dio e insistió en que la leyera, estaba tan seguro de que me gustaría que me sorprendió que realmente acertara. Henry solo leía libros que habían recibido el elogio unánime de la crítica, libros con pegatinas doradas; como tampoco era muy lector, solo quería leer «lo mejorcito». *Al fin y al cabo*, se justificaba, *yo soy artista, ¿cómo se supone que, al volver a casa, voy a poder despejarme con el arte de otra persona?* Casi todas las noches veía deportes por televisión.

Aprendí a bloquear el griterío de los hinchas y los ocasionales aullidos de mi marido mientras yo leía. Henry era una persona tan remota y desapasionada que yo disfrutaba al verlo sentir una emoción extrema, aunque pareciera que solo las hazañas de unos desconocidos fueran capaces de despertarle esos sentimientos. Que yo me pasara el día escribiendo y al volver a casa me pusiera a leer, me decía, demostraba que ser periodista no causaba el mismo tipo de agotamiento que ser artista. Nunca le llevé la contraria. No entendía qué hacía Henry en su estudio ni por qué. En casa pasábamos el tiempo compartido absortos en actividades opuestas y me parecía que era lo que correspondía en un matrimonio: aceptar las diferencias, bloquear ciertos ruidos, estar sola. Puede que no haya nada intrínsecamente malo en vivir la vida así, y quizá podría haber tomado el camino seguro, haber continuado casada con él y haber parido sus hijos y haber seguido adelante con el plan original. No es algo que me hubiera matado. No de manera inmediata.

Aparte del asunto de las cartas, apenas teníamos conflictos. Henry era afable y agradable, se había librado de la mayoría de las neurosis comunes en otros artistas. Su obra más célebre era una serie de estatuillas de bronce de muchachos, un homenaje a las bailarinas de Degas, pero, según sus declaraciones como artista, abordaban la «masculinidad tóxica», un tema que se había popularizado después de que los hombres, milenios demasiado tarde, hubiesen sido conscientes

de su existencia. Cuando empezamos a salir, su obra había comenzado a venderse a precios más altos y Richard Serra lo acababa de acoger bajo su égida. Para Henry, Serra era como un dios caminando por las calles de Nueva York, y que fuera su mentor se esgrimía como señal de que mi entonces marido estaba destinado a una inequívoca carrera meteórica.

No obstante, sí que teníamos un problema recurrente; la fidelidad siempre estaba fuera de nuestro alcance. Seis meses después de conocernos, me enviaron fuera de la ciudad para hacer un reportaje, acompañada de un fotógrafo, y una noche, sin más, pasó algo entre nosotros. Cuando volví del viaje, le conté a Henry la indiscreción con la esperanza de verlo por fin enfurecido, pero no me dio la sensación de que estuviera enfadado, solo sorprendido. *Guau*, no paraba de decir. *Guau.* ¿En serio? Le supliqué que me perdonara, pero no dejaba de negar con la cabeza y de decir *guau*. Tras un par de días de frialdad, pareció olvidarse de todo el asunto, aunque más tarde me di cuenta de que lo que realmente había pasado era que había metabolizado mi traición en carta blanca para sus propias infidelidades. Sus confesiones también eran alarmantemente fáciles de gestionar. Yo lo perdonaba. Le decía que lo entendía. Varios deslices y reconciliaciones más se sucedieron una y otra vez en los años siguientes, y a lo sumo nos tirábamos una noche enfadados, pero a la mañana siguiente todo parecía olvidado, agua pasada.

Quizá nunca lo admiré como él quería que lo admirasen, y quizá él nunca me prestó demasiada atención, siempre pasaba por alto detalles cruciales. Y esos dos fracasos —el de mis elogios y el de su comprensión— nos llevaron a vagar, a buscar comprensión y elogios en otra parte. No sabíamos cómo encajar, pero tampoco tiene sentido intentar escribir la autopsia de un matrimonio; cada lado es una isla rodeada de falsedad.

1989

Fue el 27 de abril de 1989 cuando todo cambió.

La galería de X celebraba una fastuosa inauguración para su nueva obra, *Los trípticos de la amnesia*. Henry y yo estábamos en la lista de invitados como acompañantes de Richard Serra.

A mí Serra no me caía bien. Nada bien. Todas las veces —sin vacilaciones ni salvedades— me presentaba como «la mujer de Henry Surner» y encontraba infinitas ocasiones para darme palmaditas en la parte baja de la espalda. Cuando se lo conté a Henry, pareció halagado, incluso emocionado de que yo le «gustase tanto» a su héroe y me aseguró que Richard solo estaba siendo amable. También me dijo que nada de eso me molestaría si lo conociera un poco mejor y, en todo caso, el apoyo de Richard era demasiado valioso para cuestionarlo. Aquel año cumplí treinta y dos, pero aún me faltaba la confianza suficiente para hacerme valer o trasladar mis quejas con claridad. Como muchas otras mujeres de esa edad y en aquella época, albergaba una rabia creciente que no sabía cómo expresar, como si me hubiese crecido por dentro un órgano nuevo, pero aún no hubiera empezado a funcionar.

Cuando llegamos, la galería estaba abarrotada y nadie alcanzaba a ver los cuadros, aunque, por supuesto, eran lo de menos. Yo estaba apretujada entre mi marido y Serra cuando X apareció ante nosotros, sin más, la mujer que pronto destruyó la vida que yo había vivido hasta entonces.

En aquel momento, lo único que sabía de X era que tenía cierta fama en el mundo de la música; también había leído una de sus novelas, que había publicado con seudónimo. Yo no tenía muy claro quién era y por qué parecía importarles tanto a ciertas personas y cómo conseguía tener una sola letra por nombre. Nunca había visto ninguna fotografía suya, así que no sabía qué esperarme, pero la noche de la galería estaba radiante; no tanto porque rezumase belleza, ya que nadie hubiese dicho que la suya era una belleza convencional, sino porque desprendía pura vida. Parece simplista —lo es—, pero ¿cómo ver en el rostro de alguien algo significativo sobre su vida? Con X se podía; la garra que tenía era evidente en su cuerpo. Las fotografías no le hacían justicia, nunca conseguirían transmitir la sensación que dejaba en una estancia, su ansia, su velocidad.

No suelo estar de acuerdo con la manera en la que otras personas

han descrito a mi mujer, salvo con la cita de Lynne Tillman en uno de los obituarios.[11] Dijo que «las personas despertaban su voracidad [...], era una de las grandes devoradoras de todos los tiempos. Pero su método para devorar era la seducción. Si había una sala llena con veinte personas y X entraba, había un incremento de la energía. Todo el mundo abandonaba su aburrida fachada. Había llegado esa rarita con tanto glamour».

La noche que la conocí, X llevaba un traje negro holgado y unos relucientes Oxford blancos punteados. Lucía el pelo corto y engominado hacia atrás. Serra me presentó como la mujer de Henry Surner. X me tomó la mano y me miró fugazmente. Nos separaban años.

Dicen que los cuadros son geniales, comentó Serra. *¡Ojalá los viera entre tanta gente!*

¿Qué más da, Richard, con lo insignificante que es el arte?, le preguntó X.

Él le contestó que siempre esperaba con muchas ganas sus exposiciones. Ella sonrió, burlona, y me pareció oírla decir: *Eso es porque te gusta que te vean por aquí*. Pero no lo dijo o, al menos, no lo dijo en voz alta y, aunque no creo en la percepción extrasensorial, sí que oí su voz en mi cabeza, como si se hubiese colado cual ladrona. No sabía muy bien cómo sentirme por oír la voz de otra persona en mi cabeza. Pensé que eran imaginaciones mías. Pensé que prefería que fuese así.

Lo que X les dijo a Serra y a Henry fue que ella no iba a exposiciones de arte contemporáneo y que les recomendaba a ambos, si les preocupaba protegerse la mente, que siguieran su ejemplo. El arte malo es un contaminante que hay que evitar, dijo, pero Henry cambió de tema preguntándole de qué conocía a Serra.

Si no me falla la memoria, X contestó: *Un día, mientras me follaban, levanté la vista y ahí estaba Richard, follándome. Claro que tampoco lo llamábamos «follar» cuando era con Richard. Decíamos «apalizar». ¿Verdad, Richie?*

Entonces se marchó y Richard dijo alguna burrada cuando ella ya no nos oía y Henry se rio y me miró, esperando mi risa, pero yo no me reí, y más tarde, cuando ya nos íbamos de la galería, me metí las manos en el bolsillo de la falda y encontré un papelito con una dirección de la calle Veinticuatro Oeste. *Mañana, tres de la tarde.* Sabía que la nota era de X, que había hecho lo contrario a robarme la cartera. Levanté la vista, esperando cazarla observándome, pero ya no estaba. Ya no estaba o no la cacé.

Henry, Richard y yo salimos a cenar después de la inauguración, y

yo pregunté por la obra y la reputación de X.

Puede que sea una lumbrera o puede que no sea más que una tocanarices, dijo Serra.

Prolífica, pero no hay que tomársela en serio, añadió Henry. Luego le preguntó a Serra, con un vergonzoso entusiasmo, si era cierto que se había acostado con ella. *No sabía que le iban los hombres*, añadió.

Hasta donde yo sé, le da a todo, al menos, así era antes, contestó Serra. Contó que cuando se conocieron ella usaba «disfraces», identidades diferentes; debió de follarse a uno de sus alias sin saber que era ella.

Se rieron y Henry pregunto si él se creía los rumores sobre el Territorio del Sur.

¡Para nada!, gritó Richard. *Es una zorrilla del arte, no el puto Houdini. Es un poco aprendiz de todo, maestra de nada: hace libros, películas, produce música, pinta, ¡demasiadas cosas! Una diletante, a fin de cuentas.*

Siguieron hablando, pero yo dejé de escuchar y pensé seriamente en las palabras «zorrilla del arte». Serra había querido insultarla, eso yo lo tenía claro, pero a menudo las cosas que él consideraba serias, a mí, para mis adentros, me parecían de risa. El resto de la noche, él y Henry hablaron de reseñas y críticas y otros artistas; reputaciones en auge o en decadencia, rumores, el valor de una obra, quién se acostaba con quién.

Henry me había llevado a exposiciones desde que nos conocimos y, sin excepción, yo siempre odiaba las obras que para él eran más geniales; y todo lo que a mí me parecía admirable, él no parecía entenderlo. Yo sospechaba que sus opiniones tenían más que ver con las de los demás que con sus propias sensaciones. Repetía frases de críticas como si fueran verdades probadas; intentaba no odiarlo por eso. Después de que me quejara de lo aburrida e insustancial que había sido una exposición, Henry la defendió diciéndome que Hamish Henklin había dicho que las esculturas giraban en torno al punto de vista subjetivo del objeto. Le pregunté qué me quería decir con eso.

Bueno, es el punto de vista de un objeto, el punto de vista subjetivo del objeto, dijo.

De inmediato me salió un «te quiero», porque en aquel momento no estaba segura de quererlo.

Todo esto es para decir que abordé mi encuentro con X con una buena dosis de cinismo sobre los artistas con éxito, sobre lo que hacían y por qué lo hacían. Seguro que ella sabía que yo era periodista, pensé, quizá tenía planeado alguna especie de truco; eso o que me reconoció como una persona sumisa, alguien a quien podría manipular, y tuve que admitirme, aunque con miedo, que dejaría que alguien como ella me manipulase.

Cuando llegué a la dirección que me había dado, lo único que me encontré fue un solar vacío. Revisé la nota: era allí. Esperé unos

minutos; luego, cuando ya me iba a dar media vuelta, vi una escalera de cuerda que se balanceaba desde las vías elevadas abandonadas que se extendían por encima de la Décima Avenida. Arriba, una mano desnuda saludaba, luego desapareció de mi vista e incluso ahora, tantos años después, no sé cómo tuve el valor de subir por aquella escalerita. Era la primera vez desde la infancia que descubría que era capaz de más de lo que me había imaginado; una sensación expansiva de posibilidad que definió los años que pasé con ella; un contraste absoluto con la pequeñez que sentía en el hogar de Henry. En cuanto llegué a las vías, ella me ayudó a remontar el borde; sus manos en mis brazos y espalda. Me puse de pie y contemplé una vista imposible: una pradera larga y estrecha que atravesaba la ciudad, agreste, llena de enredaderas y hierbas altas.



Creative Commons.
1989, caja 10, objeto 144, AX.

He pensado que podríamos dar un paseo, me dijo.

Enfilamos hacia el norte. No recuerdo de qué hablamos, solo que sentí como si estuviéramos continuando una conversación que llevábamos años manteniendo. ¿De qué habla la gente en momentos

como ese, en el primer encuentro de años y años de encuentros? En esos instantes parece que no tenemos la más mínima prisa por explicarnos, sabiendo de manera intuitiva que habrá tiempo para hablar de todo, que tenemos todo el tiempo del mundo. Y cuando me enteré, leyendo página tras página de un baúl donde guardaba sus cartas, de que un paseo a primera hora de la tarde por aquellas vías derelictas era una maniobra que había usado con otras muchas personas antes que conmigo, aún creí, al menos al principio, que nuestro particular paseo de aquella tarde tuvo que ser el más crucial, el paradigmático, y todos los demás eran desviaciones del modelo. Me gustaría pensar que ahora no soy tan crédula, que a lo largo de esta investigación he entendido mejor la alternancia de mi peso y levedad en su vida. Pero ahora sé que una persona siempre excede y resiste los límites de una historia que gira en torno a ella; por amplios que sean, su subjetividad se desborda, gotea por los bordes y luego se seca por completo. Parece que el ser humano es demasiado complejo para quedarse quieto dentro de un relato, pero eso no ha impedido que nadie intente, que intente a la desesperada, condensar una vida en páginas.

En cierto momento durante el primer paseo le dije que había oído hablar de su obra y que todo me parecía bastante sospechoso.

No hay nada de qué sospechar, me dijo. *Yo no oculto nada.*

Le contesté que no lo veía muy claro.

Y bien que haces. No deberías estar segura de nada.

Richard Serra te llamó «zorrilla del arte».

Me lo pienso poner en la tarjeta de visita, añadió, dando un brinco para chocar los talones.

Solo cuando empezó a caer la tarde me di cuenta de la cantidad de tiempo que habíamos pasado hablando de todo y de nada en una zona de acceso restringido. A la hora dorada —esa que, por lo general, saca la parte más hermosa de cada persona— percibí un chispazo siniestro y amenazador en sus ojos, algo casi aberrante; luego desapareció. Sentí una necesidad repentina de alejarme de ella y le dije que tenía que ir tirando, así que bajamos de las vías elevadas por una escalera de incendios de un edificio colindante y, a medida que el acero oxidado se sacudía y se estremecía en mis manos, me eché a llorar, con miedo a que la estructura se desprendiese del ladrillo y cayera a la calle, y nos aplastara a esa mujer y a mí. ¿Qué habría pensado Henry si su mujer hubiese muerto como una de esas ladronas que entran por la ventana? Cuando puse un pie en el suelo, temí que todo hubiera sido un error, que la policía fuera a detenernos, que me arrestaran o me pusieran una multa, incluso que tuviéramos que ir a juicio. Pero al parecer a nadie le importaba que acabáramos de bajar de las vías. Había dos viejos cerca jugando al backgammon. Un par de mujeres se

relajaban en las escaleras de acceso a un edificio, fumando tan a gusto. Saludaron a X; ella les devolvió el saludo.

¿Estás llorando?, me preguntó.

Busqué un taxi.

¿Por qué lloras?, insistió.

No estoy llorando, le dije mientras sonreía, pasmada, una mujer adulta llorando y negándolo, en efecto.

Apareció un taxi, pero, mientras abría la puerta, por un instante no tuve ni idea de adónde ir. Me volví hacia X, con su porte grácil a la vez que imponente, una invitación severa en su gesto. Entonces el taxista gritó —*Entras o sales*—, así que entré.

Cuando me bajé del coche minutos después, me di cuenta de que, por error, había dado mi dirección antigua, en la Segunda Este con Bowery, un minúsculo estudio con una luz maravillosa y horroroso por todo lo demás. Alcé la vista hacia las ventanas del lugar en el que había vivido con tal feliz miseria y lloré. Me estaba comportando como una idiota de remate. No tiene sentido llorar por los años que se han ido. Sé razonable. Vete a casa.

Mientras caminaba hacia el norte, hacia nuestro edificio, me rezagué en cada una de mis tumbas personales de la Segunda Avenida; el banco en el que había tenido la pelea que había puesto fin a la relación con una novia unos años atrás; el bar donde leí por primera vez *La casa de la alegría*; la cafetería donde una vez me vi con mi padre, de quien me había distanciado, para tomarnos un doloroso café, y el restaurante italiano donde Henry y yo habíamos debatido con sobriedad la decisión de casarnos. El pasado siempre tiene un gran influjo sobre mí, siempre he sido de esa clase de personas; la nostalgia me perturba con facilidad, pero aquella noche cada uno de esos lugares parecía haber perdido su poder. Entré directa en la cafetería en la que me había tomado aquel café con mi padre, aunque durante años me había cruzado de acera para evitar pasar por delante. Pedí una copa de vino como si aquel fuese mi sitio, como si siempre lo hubiese sido.

En la cafetería había un periódico; vi que habían publicado una elogiosa reseña de la última exposición de X.[12] La pieza también mencionaba que dos libros descatalogados de su «periodo de personajes» se reeditaban aquel verano: *37*, que publicó bajo el seudónimo de Cassandra Edwards, y la «tetralogía de novelas cortas de Cindy O». Solo entonces recordé que había leído una de aquellas novelitas de Cindy O cuando estaba en la Facultad de Periodismo —*Familias antiguas*—.[13] El ejemplar de bolsillo había circulado entre un puñado de estudiantes. A todo el mundo le gustó muchísimo, pero no recordaba por qué.

Aunque la tarde con X me había alterado, en aquel momento no

pensé que estuviera enamorada de ella. Solo que había cambiado, aunque que te cambien es mucho más peligroso que el que te enamoren. Habría sido mucho más sencillo negar mis sentimientos si hubiera pensado que lo único que me pasaba era que me estaba enamorando de ella. Durante nuestros cinco años de matrimonio, Henry y yo habíamos visto muchas aventuras irse por donde habían venido, sin más, y yo creía entender el poder de esa clase de escapismo. Pero aquello era otra cosa. Sentada en esa cafetería, tomé notas que no he vuelto a leer hasta hace poco: «¿Es posible que lo mejor que le puede llegar a pasar a una persona sea también lo peor?». Escribí, con un fervor que enmarañó mi caligrafía, todo cuanto recordé de las frases que había dicho X durante el paseo: «Ser rebelde y desconfiar de la rebelión es el apuro de la artista trágica… La naturaleza no tiene origen… Corrompida por la crueldad de la belleza, ¿el arte es un lujo o una necesidad?». Una página más tarde me acordé de más: «Esta cobardía, falta de conciencia de cara a mis propios sentimientos, es por lo que traiciono a los que amo, verbalmente, con otros cuando rehúso expresar los sentimientos que me inspiran… El mundo está plagado de instituciones muertas».

Ya hacía rato que había anochecido cuando volví a casa. Henry me esperaba para salir corriendo a cenar, había hecho una reserva y a mí se me había olvidado. No me preguntó dónde había estado; nunca hacía esa clase de preguntas, yo tampoco; discreciones que habíamos justificado como un nivel avanzado de independencia marital. Durante la cena, no pude dejar de sonreír, aunque también sentí una angustia ambiental; de camino a casa, oí que se me escapaba: *Creo que me voy a ir*.

No me creyó —¿por qué iba a creerme si yo misma casi no me lo creía?— y, por el contrario, dirigió la conversación hacia el enigma en curso de formar una familia y cuándo hacerlo, y el deber que sentía él de tener descendencia y mis repetidos fracasos para cruzar la frontera entre un embarazo teórico y uno real. Pedía cita para que me quitaran el DIU y luego la cancelaba o se me olvidaba ir.

Estás deprimida, nada más, me dijo Henry. *Te conozco.*

Pero ya no me conocía, pues el problema de conocer a una persona es que el blanco no se queda quieto.

Repetí que me iba, pero se burló, casi se rio. *Tú qué te vas a ir*, dijo, y caminamos en silencio unas cuantas manzanas y me pregunté si había criterios ideales para estas cosas, si había una manera correcta de poner fin a un matrimonio por nada más que un sentido amorfo de otra vida fuera de tu alcance, una vida que quizá me matase si no la vivía, pensaba. Cuando volvimos a casa, me pidió que siguiera

viviendo con él al menos un mes para acompañarlo a la boda de su prima, para darle la oportunidad de defender nuestra vida en común, y yo accedí, esperando que tuviera sentido, que el camino más simple —seguir juntos, seguir siendo los mismos— acabara por parecerme el correcto.

Durante aquellas últimas semanas en casa de Henry tuve sueños muy realistas en los que X aparecía una y otra vez. Nunca había dado mucha importancia a mis sueños, pero, de repente, solo soñar parecía real y los días no eran más que el tiempo que había que soportar entre noche y noche. A menudo la perseguía ciudad a través o bosque a través, intentaba encontrarla entre la multitud. Otras veces éramos cómplices en una especie de performance o ardid. O nadábamos en el mar, o nadábamos sin más, millas y millas. Es absurdo darles demasiadas vueltas a los sueños, lo sé, pero quizá sea todavía más absurdo hacerles caso omiso.

Cada mañana, cuando llegaba al trabajo, tenía una carta de X en mi escritorio. Ahora, al leerlas, parecen inofensivas, incluso sosas —las cartas de amor suelen envejecer mal—, pero en aquel momento las leía arrebatada. Empecé a llegar cada vez más pronto a la oficina con la esperanza de cazarla dejando una de las cartas, aunque no lo conseguí nunca. Nunca me explicó cómo lograba dejar aquellos mensajes en mi escritorio. No tenía manera de contestarle —ni remite ni teléfono—. Supongo que podría haberle dejado una nota en la galería, pero nunca tuve el valor de hacerlo.

Comenzó a parecerme posible encontrármela al doblar cualquier esquina, en cualquier momento, y a menudo era cierto. Aparecía en el banco de un parque al que yo me había acercado en la hora de comer. Emergía de entre la muchedumbre para deslizar una nota en mi bolsillo y luego se volatilizaba igual de rápido. Pasaba como una exhalación por delante del bar donde me estaba tomando un café, cruzaba una mirada conmigo y, cuando yo salía corriendo tras ella, ya había desaparecido. A una persona más razonable puede que le hubiese parecido perturbador que alguien la siguiera así —que, por decirlo claramente, la acosaran—, pero yo había cedido todo el control de mi vida a la sensación de una tormenta inminente y a la feliz certidumbre de que arrasaría con todo cuanto conocía.

Una noche, para despejarme de la pomposidad de aquella casa, salí a pasear y, al ver que había un pequeño copo de ceniza delante de mí, alcé la vista y me encontré a X sentada en la rama de un árbol. Bajó y caminó un rato conmigo. No hablamos de lo que sentíamos la una por la otra. Paseamos en silencio y charlamos sobre lo absurdo que era el mundo o sobre lo hermosa que nos parecía una montaña de basura con la que nos cruzamos en la calle. Nuestro paseo acabó a eso de las tres de la madrugada, cuando X se zambulló en un taxi que se alejó a

toda velocidad. Volví a casa y observé el rostro dormido de Henry, flácido sobre la almohada. Era un hombre muy apuesto. Me quedé allí sentada un buen rato, mirándolo sin hacer nada más.

Al día siguiente, la carta de X sobre mi escritorio era breve: la dirección de su loft, sin más instrucciones. Volví a casa, guardé las pocas cosas que tenía en dos maletas y llamé a Henry para decirle que le hacía la cena esa noche, que volviera a eso de las seis. Su voz sonaba victoriosa, como si esa cena fuera mi vida entera. Me dijo que volvería pronto a casa, aunque en realidad llegó tarde. Le dije que ya no tenía hambre, otro detalle en el que no reparó. Cuando él terminó de cenar, le dije que había trazado un plan para mi vida, una manera de proceder. Ya no había tiempo. Me iba ya mismo.

Ni él lo entendió ni yo tampoco, y ahora soy incapaz de comprender cómo tuve el valor de dejarlo cuando hacía tan poco que había pensado que Henry era la única parte permanente en mi vida. De camino a la puerta, dejé caer un par de justificaciones falsas, en pánico, sobre lo rotos y condenados que estábamos, pero es que se dicen cosas abominables cuando se intentan justificar los fracasos y las locuras.

Mi teléfono de la oficina no paró de sonar aquella semana; bien era Henry diciéndome que volviera a casa, bien una de nuestras amistades o su madre aconsejándome que fuera razonable, diciéndome que no sabía lo que estaba haciendo; que debía de haber estado pasándolo mal, muy mal, para autodestruirme de ese modo; que tal vez necesitaba hablar con un psicólogo; que tal vez necesitaba que me medicaran. Yo ya había aceptado la posibilidad de que igual había perdido la cabeza, de que era posible que me equivocara con X, que igual lo único que había hecho había sido dejar la fantasía de un matrimonio estable por la fantasía de una transformación total del personaje, aunque nunca me había sentido tan libre de temores y con tanta claridad en mi vida —la claridad era física, como una vibración en la piel, los pies, la clavícula—. Aún no había sucedido nada, pero en esa nada todo había acontecido.

X todavía no era exactamente una persona para mí, sino una posibilidad, una manera diferente de vivir. La divinicé entonces y mucho tiempo después; creí que era un oráculo, casi inhumana. Ahora tengo clarísimo que el amor es lo contrario a la divinización; que el amor erosiona al personaje hasta que asoman sus raíces mortales. X siempre fue humana, por mucho que me costara admitirlo; me compliqué mucho la vida negándome a verlo.

Montana

Cuando ella murió, lo único que sabía yo sobre el distante pasado de X es que había llegado a Nueva York en 1972. Nunca me dijo cuál era su fecha o lugar de nacimiento; nunca me dio buenas razones que explicaran por qué guardaba en secreto esos datos. X acostumbraba a repetir una frase de RuPaul —uno de los pocos artistas a los que admiraba abiertamente—: «Naces desnuda y el resto es disfraz», aunque ella llevaba la idea más allá; decía que incluso el cuerpo es disfraz, todos nuestros nombres son disfraces y la memoria es el disfraz más profundo y pesado de todos. Al principio de nuestro matrimonio, pensé que llegaría el día en el que me lo explicaría, pero X insistía en que lo único que importaba era el presente y, aunque no podía llevarle la contraria, vivir siempre en ese tiempo me resultaba inquietante.

Una entrada de diario de 1981:

> Las circunstancias del nacimiento de alguien no deberían tener peso alguno en su vida, e insistir sobre la importancia de esos hechos accidentales es violencia, ignorancia. Solo se puede entender a una persona a partir de la vida que elija, la gente que elija, las cosas que hace y no las que se le hacen.[14]

«Tal vez sus amigos más cercanos y los amigos de estos amigos sepan algo de su vida —escribió una periodista para *Artforum* en 1994 —. De dónde viene, dónde nació, cuántos años tiene, cómo vive. Pero nunca habla de eso, "porque es muy personal"».[15] Lo único que sí que reveló sobre sus primeros años de vida en aquel reportaje fue que nació con un gusto riguroso y exigente a pesar de la grisura de su entorno. Cuando le preguntaron si de pequeña había leído algo trivial, contestó que *Moby Dick*.

X, por supuesto, no era su nombre de pila, como tampoco lo era Dorothy Eagle —el que aparecía en el carnet que utilizaba cuando llegó a Nueva York—, como tampoco lo eran los otros muchos nombres que usó en momentos diferentes, con fines diferentes, de 1972 a 1981: Deena Stray, Clydelle, Bee Converse, Clyde Hill, Martina Riggio, Yarrow Hall, Věra, Cindy O, Cassandra Edwards y otros. Aunque a menudo la acusaban de farsanta, la farsa nunca fue su fin; solo que un único nombre no bastaba para contenerla.

Nathalie Léger describió los nombres de X en un artículo: «Quién

sabe si fue para ocultar mejor su yo o para exponerlo, si fue para escapar de él o para entenderlo; cinco nombres, según dicen algunos, aunque yo solo conozco tres. Con el nombre nada se ve claro, nunca, bien al contrario, todo se vuelve más opaco».[16] Léger fue una de las pocas conocidas del pasado de X con las que contacté que parecía haber mantenido una relación sin complicaciones con ella.

«A mí me parecía una solución razonable para una persona, para ser un yo —me dijo por teléfono—. Hay que pasar… ¿Cómo decirlo? Hay que pasar la vergüenza, sí, en resumen, eso es, la vergüenza y el aburrimiento de hablar de una misma». Más tarde añadió: «Ir cambiando entre tantos nombres, entre diferentes yoes, tuvo que aliviar parte de esa vergüenza».[17]

Aun así, ¿acaso no es natural saber dónde nació tu mujer, ver fotografías suyas de bebé, de niña, saber algo del mundo de sus primeros años? Al principio, me obsesionaba con esos huecos en blanco en los momentos más mundanos; clavándole la mirada mientras cenábamos o viendo cómo refunfuñaba al leer una revista mientras esperábamos un avión, o al despertar en mitad de la noche para encontrarme su lado de la cama vacío.

Quizá fuera por eso por lo que me enfureció tanto la aceptación generalizada de la errónea biografía del señor Smith. Tenía que desacreditar aquel libro descubriendo el verdadero lugar de nacimiento de X, aunque aquel descubrimiento acabó arrastrándome a otros hallazgos; yo misma me maldije. ¿A alguien le asustan lo suficiente los relatos ejemplares o esos mitos no son más que mapas de inevitabilidades?

Buena parte de quienes conocían a X en persona creían que «Dorothy Eagle» era su verdadero nombre de pila. Tenía sentido; casi. X tenía un carnet estatal con ese nombre. No se parecía mucho a la de la fotografía, pero me dijo que aquel día llevaba una prótesis de cera y maquillaje escénico, que por aquel entonces no quería que fotografiaran su cara real. La historia de Dorothy es que había nacido en una familia pobre en Lexington (Kentucky); escapó de casa cuando era adolescente tras descubrir que su padre había asesinado a alguien. Recaló en Montana, donde trabajó en una planta de procesamiento de ciervos durante una temporada antes de irse a Nueva York haciendo autoestop con cien dólares en el bolsillo.

Comencé mi investigación en Missoula (Montana) para determinar cómo había conseguido esa identificación y por qué. El listín telefónico consignaba cuatro fábricas de procesamiento de ciervos en la zona; no tuve suerte en las dos primeras —habían abierto a principios de los ochenta, años después de que X se hubiese marchado

—. Nadie en la tercera fábrica quiso hablar conmigo. La cuarta parecía cerrada hasta que encontré a un joven bebiendo de un termo en uno de los laterales del recinto. Le pregunté —me parecía demasiado joven— si por casualidad había oído hablar de una mujer que trabajara allí a finales de los sesenta.

No es el tipo de lugar en el que les gustaría trabajar a la mayoría de las mujeres, por las tripas y todas esas cosas, me dijo. Tenía el cuello de la camiseta dado de sí y dos manchas de sangre seca en la clavícula. Su padre, me contó, había trabajado allí hacía mucho tiempo. Ahora estaba jubilado y vivía calle abajo, algo lejos, en una casa marrón con la puerta roja.

Dennis B. Kimball no me dijo de qué era la «B», pero me ofreció una lata de refresco, se sentó conmigo en los peldaños de la entrada de la casa y me permitió grabar la conversación.[18] Le dije que venía de parte de su hijo, que estaba intentando recabar información sobre una mujer que tal vez hubiese trabajado en la planta de procesamiento de ciervos a finales de los sesenta.

Se quedó un rato asintiendo con la cabeza, entornó los ojos poco a poco. «Dorothy —me dijo—. Se llamaba así, ¿no? No es habitual ver a una mujer que se encuentre a gusto entre carcasas de animales. —Asintió mientras se arrancaba padrastros—. ¿Qué quiere saber?».

«Cualquier cosa», le respondí, aunque quería preguntarle si alguna vez aquella mujer le había contado de dónde era o dónde vivía, o si recordaba algo de su aspecto, cómo era su voz, si ya entonces era tan extrañamente cautivadora como lo fue después; si todo el mundo se enamoraba de ella y si recordaba alguna de sus historias; si alguna vez la había tenido lo bastante cerca para olerle la piel y si olía a hierba, si ella le había dicho a alguien que se marchaba o a dónde se iba o si desapareció sin más.

El duelo aún me tenía obnubilada y aún albergaba la estúpida esperanza de que reconstruir su vida podía resucitarla, pero me oculté bajo el disfraz de una reportera objetiva, desinteresada.

En la cinta me oigo decir: «Cualquier dato puede resultar útil. Cualquier dato, de verdad».

«Si le digo la verdad, no la conocía tanto como aquel otro tipo, Dave, David Moser. Es el que la metió a trabajar en la fábrica, le consiguió el trabajo. Hasta donde yo sé, Dave trabaja en los juzgados, no sabría decirle de qué. Pasa mucho tiempo en los billares, según tengo entendido, por allí, por allá, cerca de… No me acuerdo… [*ininteligible*]».

Insistí sobre la cuestión de Dave y X, pero aquel hombre apenas recordaba nada.

«Por aquel entonces yo estaba casado, así que intenté no [*inaudible*], y eso no son más que problemas, a eso me refiero. Otros chicos seguro

que la conocían mejor que yo. Dorothy era alegre, de eso sí que me acuerdo. En esos tiempos todo el mundo tenía un apodo o se acortaba el nombre, pero ella no quería que nadie la llamara Dottie, eso lo dejó muy claro si no recuerdo yo ahora mal, pero es mejor que hable con Dave. Él sabrá adónde se fue…».

«Está muerta», lo interrumpí.

El señor Kimball asintió. Era lo bastante mayor para no sorprenderse por la muerte de alguien de su quinta a quien acababa de recordar. «Pues ya lo siento. Creo que era un poco más joven que yo…».

Me escribió el nombre completo de Dave y dibujó un círculo sobre los juzgados en mi mapa.

«Dave y ella tenían algún apaño. No sé exactamente de qué tipo, pero era lo que la gente decía, que algo había entre esos dos. Ni supe entonces el qué ni lo sé ahora. Yo… Bueno, creo que no estaría bien que me pusiera a hacer cábalas, no es por otra cosa. Y menos delante de una señorita».

Esa clase de actitudes anticuadas hacia las mujeres sigue siendo más o menos común en el Territorio Occidental, ya que sus gentes se quedaron muy aisladas del Territorio del Norte tras la Desunión de 1945. Aquel sexismo mojigato me pareció más divertido que insultante, así que le recordé que conmigo podía hablar con total libertad, que era periodista, una profesional, pero no soltó prenda. Insistí en que no tenía por qué morderse la lengua, ya que para mí era importante recabar cuanta información pudiera sobre Dorothy. Sin embargo, su tendencia occidental a la neutralidad se impuso.

«No sería decoroso —dijo—. Pregúntele a Dave. Eso es lo que tiene que hacer usted. Hable con Dave».

A la señora que estaba en el juzgado pareció extrañarle que preguntara por Dave Moser. Le conté que estaba intentando recabar información sobre una mujer que había vivido en la ciudad hacía unos años y que pensaba que tal vez había conocido a Dave.



Missoula (Montana), juzgado, 1969.
Creative Commons.
Cortesía de la Biblioteca Pública de Missoula.

Uy, eso seguro, repuso. *Me apuesto algo a que lo conoció.*

Aunque insistí, se negó a explicarme a qué se refería y, cuando un compañero de trabajo entró en la sala, su tono se volvió formal.

Sí, señora, el señor Moser lleva más o menos un año jubilado, pero creo que podrá dar con él en el Hawthorne's, en la calle Mayor. Parece que es ahí donde suele pasar el tiempo.

Me dibujó un mapita en la parte trasera de un formulario que detallaba cómo recurrir una multa de aparcamiento.

Dave Moser estaba justo donde la funcionaria me había dicho y, cuando me acerqué a él y lo llamé por su nombre, no se sorprendió.

El mismo que viste y calza, dijo, sin levantar la vista de la mesa de billar.

Me preguntaba si conoció usted a una mujer llamada Dorothy Eagle.

Falló un tiro por muy poco, se irguió y me miró.

Puede, respondió, inclinándose de nuevo sobre el billar y embocando la cinco en una tronera.

Era octubre de 1997, casi un año después de la muerte de X. Dave Moser parecía más o menos una década mayor que X y tuve que aguantar el asco que a veces sentía cuando conocía a alguien que había vivido más que ella. Dave y yo nos sentamos en un compartimento de madera que crujía, y cuando le dije que ella —Dorothy, X— había muerto, se aclaró la garganta varias veces, gruñó y tosió fuerte.

¿Es usted periodista?, me preguntó al final, enjugándose los ojos.

Le dije que sí y le pregunté si podía grabar la conversación.

Mejor que no, contestó, *no hasta que vea por dónde va la cosa*.

Se quedó callado un buen rato y sentí que entre nosotros se extendía una sensación de pesadumbre al preguntarle si prefería que lo dejara solo.

Negó con la cabeza.

Siempre he sabido que tendría que responder por lo que hice.

Le pregunté a Dave dónde la había conocido.

Aquí mismo. No hay nada en esta vida que no me haya pasado en estos billares. Todas las mujeres que he conocido, los amigos, enemigos, todos los cheques que he perdido o que he conseguido doblar…

Luego, como si fuera tan sencillo averiguarlo, le pregunté si sabía de dónde venía ella.

Mire, ahí se complica la cosa, respondió. *Le hice una promesa.* Frunció el ceño con los labios apretados, como un niño que no quiere tragarse el jarabe. *Necesito tomar aire, señora.*

Lo seguí hacia la puerta trasera. Salió al callejón y se encendió un cigarrillo mientras observaba con los ojos entrecerrados una de las montañas que montaban guardia alrededor de la ciudad.

¡Maldita sea!, exclamó, luego más, fuerte, *¡maldita sea! Yo no debería haber vivido tanto.*

Dave nunca había imaginado tener que oír que ella estaba muerta y, aunque yo sabía que su pena era real, la sombra de la mía era más alargada. Le pregunté por qué no quería que lo grabara.

Por una parte, no iba a traicionarla por si aún estaba viva y, por otra, él le había hecho un favor, había asumido un riesgo que aún podía meterlo en muchos líos si alguien se enteraba.

Era lo correcto, aunque fuese ilegal, dijo. *Pero, mire, la gente no sabe mucho sobre el bien y el mal. Creen que sí, pero no.*

Un rato después, aquella tarde, me permitió grabarlo con la condición de que no publicara su confesión hasta que estuviera muerto. Aunque ahora me parece absurdo haberle hecho semejante promesa a una fuente, accedí. Murió en 2002.

Dave Moser fue quien se inventó aquel nombre: Dorothy Eagle. Falsificó su partida de nacimiento y su permiso de conducir poco después de conocerla en el verano de 1968. Ella le había ganado al billar, me contó Dave, así se conocieron. Era tarde y estaba en racha y había pasado de la cerveza al whisky cuando ella lo retó.[19]

«Me dejó tieso —dijo Dave. El resto del verano ella estuvo en los billares cada noche—. La chica sin nombre o, mejor dicho, si tenía nombre, no se lo decía a nadie. Una cría flacucha, no parecía tener más de diecinueve años, y no le decía a nadie cómo se llamaba… Tenía una decena de nombres, según a quién le preguntaras, Saralynn

o Kendra o Halle… Un porrón de nombres nuevos».

En cierto momento, Dave se dio cuenta de que la chica vivía en un coche averiado aparcado al doblar la esquina del Hawthorne's.

«La verdad es que hubiera preferido no meterme en sus asuntos, pero una de aquellas noches me sacó de un problema de los gordos, así que por nada del mundo iba a dejarla en la estacada después de aquello».

Dave tenía cierta —inmerecida— fama de ser un hombre con dinero a espuertas, aunque en realidad era un funcionario judicial de clase media algo ludópata. Casi todo el resto de los parroquianos del Hawthorne's trabajaba en fábricas o en la obra, así que el empleo de oficinista de Dave, su fama de borrachín y sus irregulares habilidades billarísticas lo convertían en un blanco fácil para estafas y favores. Durante décadas, a Dave lo llamaron «City», un apodo que siempre odió, pero del que fue incapaz de librarse.

MONTANA DRIVER'S LICENSE

PRINT OF TYPE FULL NAME: Dorothy Eagle
FIRST / MIDDLE / LAST

ST & NO. 4481 Livingston Ave.

CITY & STATE Missoula, MT 59801

SEX	EYES	WT.	RACE	HAIR	DATE OF BIRTH MO.	DATE	YEAR
F	Gry	120	W	Brn	01	01	1950

THIS LICENSE EXPIRES — LEAVE THIS SPACE BLANK — 6/8 1975 — 170608

RESTRICTIONS

FOLD HERE TO FIT WALLET

OCCUPATION Domestic

USUAL SIGNATURE Dorothy Eagle

The person named hereon is hereby licensed to operate a motor vehicle as an OPERATOR only unless otherwise authorized, and when validated by Postage Meter No. 132679 cancellation stamp on reverse side.

Alex B. Stephenson
SUPERVISOR, MONTANA HIGHWAY PATROL

Permiso de conducir de Dorothy Eagle, con dirección en el 4481 de Livingston Avenue, Missoula (Montana). Mujer, ojos grises, 54 kilos, blanca, pelo castaño. Nacida el 1 de enero de 1950. Oficio: sus labores.
Encargo, obra de Alex Merto.
Caja 32, objeto 3, AX.

Una noche del verano en el que X llegó a Missoula, dos tipos aparecieron en los billares buscando a City; uno de ellos decía que era el hermano de una chica a la que City había dejado preñada. Dave, según me admitió, sabía que era posible «haber dejado preñada a

alguna que otra» en aquellos meses, pero estaba seguro de que aquellos hombres estaban mintiendo. Decían que necesitaban dos mil dólares para el aborto e «imprevistos».

«En aquellos tiempos, cometí un error tras otro —me explicó— y pensaba que era por amar demasiado a la gente, por enamorarme de la primera que pasara, pero ahora sé que eso no son más que patrañas que uno se dice para justificarse..., para justificar los embrollos en los que me metí y metía a los demás. Pero ¡no tenía dos mil dólares! ¿Dos mil de qué? ¡Cómo iba a tenerlos con la esposa y los críos que tenía!».

Al darse cuenta del enfrentamiento, X intervino para retar a uno de los hombres a una partida de billar. *City no se va a ir a ninguna parte*, les dijo. *Esperad a que se emborrache y os dará lo que necesitéis, sea lo que sea.* Tras ganar con facilidad a los dos hombres, Dave me dijo que la vio susurrarle algo a uno de ellos y luego ambos se marcharon. La chica dijo que sabía para quién trabajaban.

«Un tipo que tenía chanchullos en Bozeman —dijo Dave—. Y así quedó la cosa, ya no volvieron».

Dave nunca supo exactamente cómo lo había conseguido, pero aquel gesto hizo que estuviera en deuda con ella, así que convenció a su mujer para que permitiera a la chica mudarse al cuarto de sobra que tenían en el garaje. Fue entonces cuando se le ocurrió el nombre de Dorothy Eagle.

—Mi mujer era una cristiana de las de misa diaria —explicó Dave—, así que no pudo resistirse a ayudar en un caso de caridad como el de la pobre Dorothy.

Sin embargo, para cuando llegó el invierno, Dave se había enamorado de ella; tuvieron una aventura que duró hasta que se marchó de Missoula en el otoño de 1971.

Por seguirle el ritmo a Dave, me bebí dos cervezas mientras lo escuchaba, intentando convencerlo a él y también a mí misma de que no era más que una biógrafa —que estaba recabando pruebas, hechos —, aunque estaba temblando y tuve que ir varias veces al baño para poder respirar tranquila.

El verdadero nombre de X, dijo Dave, era Caroline Luanna Walker Vine. Había nacido en Byhalia (Misisipi) en 1945.

Aquel fue el año en el que levantaron el muro alrededor del Territorio del Sur, el año de la Gran Desunión; particular contrapunto al hecho de que muriese en 1996, unas semanas antes de que tiraran abajo el muro, como si su propia existencia estuviera atada a aquella peligrosa y maldita frontera.

X le había hablado del lugar en el que había nacido y de su huida cuando llevaban meses juntos; él entendió de inmediato lo terrible que era su secreto. Dave se lo había guardado durante todos esos años, nunca se lo contó a nadie, casi no se creía que me lo estuviera

revelando.

«En todo caso, ¿quién me hubiese creído? —preguntó, ya lo bastante bebido para que su tristeza pareciera una especie de alegría—. Una chica como ella escapándose del Territorio del Sur. Ni siquiera me llegó a contar toda la historia de cómo escapó, nunca le pregunté. Se sentía culpable por lo que hubiese hecho, de eso sí que me di cuenta».

En los meses que siguieron a la marcha de Dorothy de Montana, la joven le escribió cartas con membretes de hoteles de todo el país y, aunque con los años se hicieron cada vez menos frecuentes, jamás dejó de recibirlas. Una al año o cada dos años. Él contestó a todos sus mensajes hasta 1991 —el año en que murió su esposa— y, cuando él dejó de responder, las cartas dejaron de llegar.

«Era como si… lo que sentía por Dorothy, fuera lo que fuese, dependiese de la existencia de mi mujer, como si mi esposa hubiese sido una lámpara siempre encendida y, con su luz, yo fuera capaz de ver ciertas cosas y, ahora que ya no está, ya no veo nada, así me sentí, así me sigo sintiendo, como si estuviera en una salita con las luces apagadas, sentado sin más».

Dave sonreía para contener las lágrimas, así que ayudé a que siguiera evitándolas preguntándole si alguna vez había visto alguna pieza artística de X o había leído algún libro suyo.



Fotografía tomada por David Moser.
Encontrada por la autora.
Caja 32, objeto 8, AX.

«Nunca he sido muy de leer y nunca me he molestado en entender qué es el arte o por qué la gente lo crea. Pero, aun así, me sentía orgulloso de ella sabiendo que estaba por el mundo, haciendo su camino, viviendo. Y también por haber formado, en cierta manera, parte de eso. De Dorothy».

Antes de marcharme, Dave me preguntó:

¿La conocía? ¿Coincidió con ella alguna vez?

No sé si me sorprendí al responder: *No, nunca, en realidad no*.

ENTREVISTA, 1983[20]

ROBERT STORR, ENTREVISTADOR: Hay una carta en *La razón por la que*

me he perdido que dice: «Esta es la historia con licencias poéticas de una mujer a la que le resulta difícil encajar ciertos hechos externos con la imagen que tiene de su propia perfección. También es la historia de una mujer que es incapaz de encajar esos hechos con la imagen que tiene de su propia deformidad». Así que, de nuevo, tiene la personalidad escindida. Es casi el arquetipo del sueño narcisista de la perfección.

X: Sí, se llama ambivalencia, Jake.

STORR: ¿En qué medida lo articuló conscientemente, según modelos psicológicos o psicoanalíticos? ¿Qué parte surgió de manera natural de su propia experiencia?

X: Surgió de mi propio revelado.

STORR: ¿Su propio revelado?

X: Sí.

STORR: ¿A qué se refiere con eso?

X: ¿Te resulta familiar la fotografía, sus procesos?

Storr duda y se medio ríe mientras la mira inquisitivo.

X: Pones el papel fotográfico en la solución de revelado y ¿qué sucede?

STORR: Lo que le estaba preguntando...

X: ¿Qué sucede, Jerry?

STORR: La fotografía se revela.

X: Buen chico, Frank, buen chico. La foto se revela. Y eso mismo es la vida, pequeño Waldo Emerson, pequeño Charlie, querido. Pones a la gente en situaciones diversas y su personalidad se revela. Esas extrañas cabecitas...

X se enciende un cigarrillo. Un largo silencio.

STORR: Eh... Bueno, tenía una pregunta que...

X: Dale, Billy, dale caña, Billy Boy, hazme otra de tus preguntillas sabihondas. ¡Echa un ojo a tus notas, encuentra alguna genialidad!

STORR: No se sabe mucho sobre dónde o cuándo nació usted.

X: ¿Es todo lo que tienes?

STORR: Aunque hay teorías, muchos piensan que nació en Italia, que quizá su padre era...

X: Y volviendo a tu pregunta sobre las personalidades, y esta vez me voy a tomar en serio tu seria pregunta, lo que sucede con las personas es que no tienen una identidad fija hasta que han muerto, a menos que hayan nacido muertas, seguro que has visto a gente así por Nueva York, ¿verdad? ¿A todos esos muertos en los rascacielos, los bancos, zampando colas de langosta?

STORR: También se ha rumoreado que usted nació en el Territorio del Sur.

X: Y también se ha rumoreado que los martes son miércoles

disfrazados. Se ha rumoreado que Shakespeare era un ovillo de hilo que consiguió tener conciencia y se dejó barba. Se ha rumoreado que Emma Goldman era la mejor bailarina de claqué de todos los tiempos y que lo mantuvo en secreto y, por supuesto, durante mucho tiempo se ha rumoreado que tengo un montón de regaliz de cereza entre las piernas y todo el mundo sabe que el regaliz está prohibido en el Territorio del Sur, así que debería ser obvio lo que es verdad y lo que es fantasía, ¿no?

STORR: ¿Tiene algo que comentar sobre...?

X: Dime el nombre de una persona que haya conseguido salir de ahí con vida. Inténtalo. Imposible, ¿verdad? Ni puedes ni lo harás, y yo, igual.

Un largo momento de tensión. De nuevo, X habla con suavidad al micrófono.

X: Tortijonny, mi queridito Tortijonny, sé bueno. No te hagas el fanfarrón en este sitio tan fino para toda esta gente fina ni insultes a todas esas personas que sufren esa guerra tan real, tan sangrienta y tan autoritaria que todos sabemos que tiene lugar al otro lado del muro. No caigas tan bajo, chiquitín, Minijonny mío, pastelito, bebé Minijonny, ¿eh? ¿Sabes jugar limpio? ¿Sabes?

STORR: Lo siento, de verdad. Pasemos a otro tema.

X: ¡Esa es la actitud!

El Territorio del Sur

La teoría de que X se había escapado del Territorio del Sur siguió circulando en sordina durante años, aunque no había pruebas que la sustentaran y parecía imposible. Salvo contadas excepciones, estas historias acaban en deportaciones, encarcelamientos o muerte. En 1958, un tratado trilateral entre los Territorios del Norte, del Sur y el Occidental decretó que dar cobijo o ayudar a un fugitivo del Sur constituía un crimen federal. Si a David Moser lo hubiesen pillado falsificando aquel permiso de conducir y aquella partida de nacimiento para X, podrían haberlo metido en la cárcel por lo menos durante treinta años.[21] La percepción de que escaparse del TS era imposible protegió el secreto que X tenía más interés en guardar.

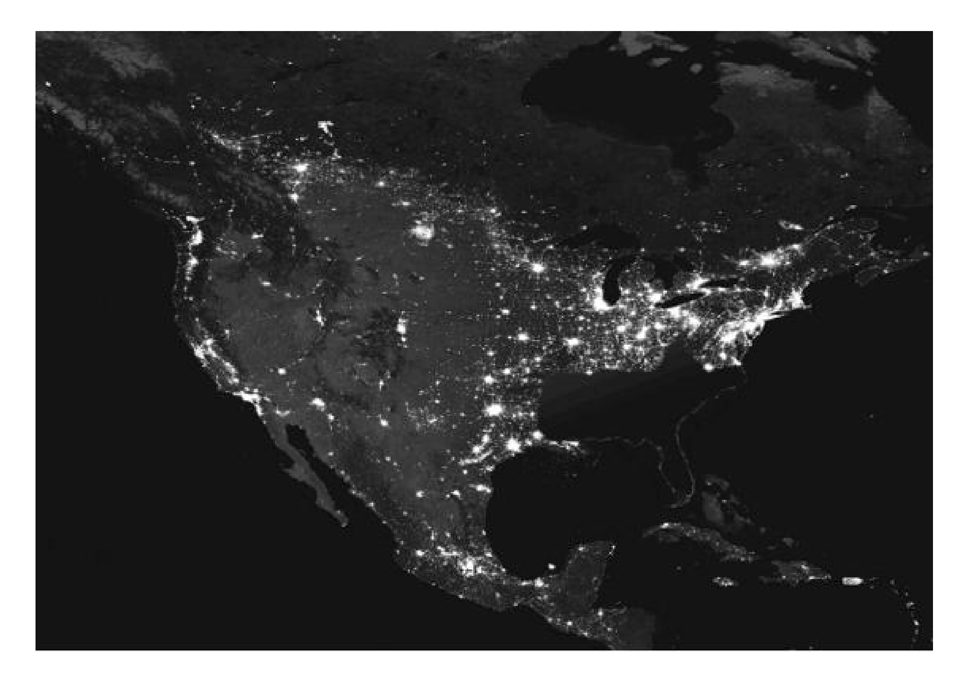
Aunque espero que la mayoría de las personas que están leyendo este libro conozcan bien la Gran Desunión de 1945, en los últimos años —y tras la disolución de la teocracia fascista del Territorio del Sur—, buena parte de la clase política del Norte y del Sur se ha mostrado revisionista con la historia de nuestro país, simplificándola o blanqueándola. Y, aunque los libros de historia suelen escribirlos los vencedores, la secesión de 1945 del Territorio del Sur no supuso la victoria de nadie. En el Norte continuó el conflicto. Se quemaron edificios a ambos lados de la divisoria. Líderes políticos y religiosos de todo tipo fueron asesinados tanto por gobiernos territoriales como por esa clase de gobierno más laxa conocida como «masa». Muchas de las personas que han recuperado recientemente la «libertad» en el TS siguen teniendo demasiado miedo a un posible castigo por hablar de cómo era su vida con el Gobierno del Sur. Y, lo que es peor aún, muchos norteños siguen pensando que los sureños son culpables de su propio sufrimiento y se merecían que los oprimiesen.

Por contextualizar el mundo en el que X nació, intentaré trazar de forma sucinta la historia de la Gran Desunión y la naturaleza del Gobierno teocrático del Territorio del Sur de 1945 a 1996. Huelga decir que la bifurcación radical de Estados Unidos y la naciente Reunificación (si acaso la logramos) es un tema amplio. Estos apuntes tienen la mera intención de ilustrar a futuros lectores o lectoras que quizá no conozcan bien este conflicto tan complejo.

El Día de Acción de Gracias de 1945, veintidós millones de ciudadanos estadounidenses despertaron con la noticia de que ya no vivían en Estados Unidos: se había levantado un muro entre buena

parte del Sur profundo y el resto del país; se había encargado de ello un gobierno teocrático insurgente que ahora controlaba el recién creado Territorio del Sur. Los gobiernos estatales de Misisipi, Alabama, Georgia, las dos Carolinas, Tennessee, Florida y partes de Virginia, Virginia Occidental, Arkansas y Luisiana habían cooperado en secreto durante casi una década para producir ese éxodo en masa. La autoexclusión de Kentucky fue una respuesta a la insistencia de los líderes abstemios del Territorio del Sur para que el Estado desmantelase su industria whiskera.[22] A mediados de 1946, cuando ya se vio claro que lo que quedaba de los estados Occidentales y del Norte no lograba llegar a un consenso diplomático, se estableció una frontera pacífica y sin vigilancia entre el Territorio del Norte y el Occidental. El Norte adoptó una postura agresiva en sus relaciones con el del Sur, mientras que el Occidental fue más permisivo.

Aunque la Desunión pareció repentina desde fuera, el llamado Golpe Cristiano y su muro llevaban años gestándose. Los tramos más rurales de aquella gigantesca estructura se habían construido mucho antes de la culminación oficial del muro a finales de 1945; según documentos recientemente desclasificados, ya en 1942 se obligaba a prisioneros a ensamblar secciones modulares del muro; jornaleros, oficiales de policía y milicias voluntarias construyeron el resto.[23] Lo que desde fuera pudo parecer un golpe de Estado fue en realidad la mutación paulatina de un Estado democrático conservador en un país embargado por un delirio invasivo —el temor a Dios— y dirigido por quien fuera que pudiera decir de manera más convincente que conocía «Sus Leyes Divinas».[24]



Fotografía de satélite de los Territorios del Norte, Occidental y del Sur, 1993.
Encargo. Obra de Amy Frazzini.
1993, Archivo Público de la NASA.

En los años que precedieron a la Gran Desunión, mientras que el Ejército estadounidense y el Gobierno federal habían estado inmersos en la Segunda Guerra Mundial, los futuros líderes del TS —mediante una interesante campaña propagandística que se expandió en programas de radio, noticias de prensa, carteles, panfletos y programas de participación juvenil— convencieron a la mayoría de los ciudadanos del Sur de que el Partido Comunista controlaba en secreto todos los estados del Norte; decían que la invasión del Sur era inminente. A quienes no veían claro eso de la invasión comunista, la extensísima desinformación que recibieron sí que los inquietó lo bastante como para sentir que ya no había una sola verdad objetiva; una convicción que aturdió a una buena parte de la población que quizá se habría opuesto a aquella teocracia impuesta.

Pero, años antes de la rampante propaganda, el desencanto político y la xenofobia ya estaban en auge. A mediados de los años treinta la mayoría de los sureños vivían en un estado de abyecta pobreza, y la entrada de inmigrantes y refugiados que estaba dando forma a las ciudades norteñas llevó a muchos a creer que su situación todavía empeoraría más si el auge de las políticas socialistas se extendía por todo el país.[25] Emma Goldman en particular fue un imán para el odio sureño. En las dos décadas que precedieron a la construcción del muro, Goldman —anarquista de origen ruso elegida como gobernadora socialista de Illinois, luego jefa de gabinete de Franklin Delano Roosevelt— se había convertido en una figura inesperadamente influyente en la política estadounidense. Se considera que en su época como gobernadora aceleró el cambio de percepción hacia los sindicatos y que popularizó lo que se ha dado en llamar el capitalismo socialista mediante una legislación innovadora y electrizantes discursos. Como jefa de gabinete y mano derecha de Roosevelt, Goldman fue responsable de las políticas más controvertidas relacionadas con el New Deal: el plan de introducir gradualmente el derecho al matrimonio homosexual, la casi abolición del sistema penitenciario y una serie de proyectos de ley que llevaron a la redacción de la 22.ª enmienda, sobre los derechos de los inmigrantes. Los periódicos sureños apodaron aquellas medidas la «Sataniquísima Trinidad de Goldman».[26]

Para cuando murió asesinada en 1945 —tan solo tres días antes de la infame y algo repentina muerte de FDR—, Goldman había revolucionado la política del país. El Partido Socialista —renombrado Partido Goldman en 1946— había amasado tanto poder durante los años treinta y cuarenta que partidos que antes habían sido

mayoritarios, como el demócrata y el republicano, quedaron relegados a los márgenes durante el resto del siglo XX. Aquella reformulación repentina del tablero político generalista dejó a muchos sureños con la sensación de que el Gobierno federal no prestaba atención a sus necesidades y a su cultura.

Parte del New Deal de 1933 incluyó la creación de la Autoridad del Valle de Tennessee, un intento por convertir ríos navegables del Sur en puentes de energía hidráulica y para modernizar los sistemas de riego; muchos sureños se opusieron a esas mejoras de infraestructura aduciendo que la asunción de su existencia condonaba las políticas sociales a las que se oponían. Uno de los proyectos de la AVT en el río Tombigbee, que recorre el nordeste de Misisipi y llega a la zona noroeste de Alabama, fue destruido con varias bombas caseras en 1937; un acto de protesta contra el «paganismo» de Goldman. El atentado causó graves inundaciones en ciudades aledañas, pero los gobernadores de Misisipi y Alabama acusaron a la propia Goldman de haber puesto las bombas.[27] No fue difícil vender la historia: la opinión pública ya la consideraba una torturadora de niños, una traidora de su sexo y una enemiga de toda la cristiandad. Un grupo de empresarios industriales, temiendo que el ideario en favor de los trabajadores fluyese hacia el Sur, había estado pagando una serie de anuncios radiofónicos y de prensa para demonizarla.



Cada vez eran más comunes las conversaciones sobre secesión en aquellos años, pero, cuando los políticos sureños lo plantearon en Washington, el resto se burló de manera abierta, cosa que solo sirvió para seguir avivando el incendio. Entre sus votantes, el apoyo a la secesión por cualquier medio que fuera necesario creció como la espuma. En las escuelas públicas del Sur, las criaturas aprendían el padrenuestro en lugar del juramento a la bandera. Los sermones se volvieron políticos. Los mítines políticos se convirtieron en sermones religiosos. Mucha gente perdió su empleo o su propia familia los desheredó por no apoyar la ideología de «el Sur primero»; miles de personas huyeron al Oeste para escapar de la persecución política. Carteles propagandísticos que declaraban ¡QUEREMOS TRANQUILIDAD Y ORDEN! colgaban en todas las plazas y mucha gente llevaba chapas con el mismo mensaje.

Aquel día de otoño de 1945 se instauró el orden tranquilo. Se cortaron las líneas telefónicas. Se cerraron las estaciones de radio —algunas con violencia y ejecuciones, otras por voluntad propia y de manera consentida—. Cesó la producción de periódicos locales. Se racionó la electricidad y el agua corriente de las pocas casas que disponían de ellas. La misa dominical se volvió obligatoria. Las bibliotecas sufrieron una purga de libros ilegales. Se abandonaron las escuelas; toda la educación pasó a impartirse en las iglesias. Guardias armados vigilaban en posición de firmes en los pocos lugares donde era posible cruzar la frontera; los francotiradores se apostaban a lo largo del resto del muro. No se permitía ni la entrada ni la salida de nadie y a quienes se atrevían a desafiar esas órdenes los mataban a tiros.

La escritora Susan Howe describe muy bien la Gran Desunión como una época en la que «el conflicto original estadounidense entre idealismo y extremismo volvía a representarse».[28] Los sureños creían que los norteños eran ingenuos y peligrosamente radicales; mientras que los norteños consideraban que los sureños estaban enfermos de extremismo religioso y eran unos felices ignorantes. Pero, incluso ahora, casi una década después de la disolución del TS, algunos ciudadanos siguen añorando el Gobierno despótico de aquellos años, a pesar del alto precio que se pagó. Por lo menos fue una época ordenada y tranquila, una época en la que los sureños tenían claro qué debían y qué no debían hacer en público; era un tiempo en el que todo el mundo sabía perfectamente cómo

comportarse. Había un estricto código de vestimenta; leyes sobre el discurso público y una pauta horaria para cada día seguida de manera universal que dictaba cuándo trabajar, cuándo hacer tareas y recados, cuándo rezar, comer y dormir. A las chicas no se les permitía ir en bicicleta o conducir; los hombres y las mujeres no podían hablarse en público; la única emisora de radio autorizada no emitía más que el padrenuestro e himnos en bucle.

Quizá lo más crucial de todo fue que la teocracia halló el modo de que su población se vigilara a sí misma: hacia finales de los años ochenta, la mayoría de los ciudadanos del Sur estaban relacionados de manera bien directa o indirecta con los Guardianes de la Moralidad, una red de ciudadanos-informantes similar a la que colaboraba con la Stasi en la Alemania del Este. Los GM cazaban y denunciaban a cualquier persona sospechosa de haber cometido algún pecado o incurrir en comportamientos antipatrióticos: aquellas que caían en la vanidad, la pereza o la avaricia; quienes practicaban «aficiones estéticas» como el bordado; quienes eran percibidos como glotones u homosexuales; quienes leían libros no regulados; quienes dudaban del Gobierno; quienes se quejaban del sistema sanitario; quienes ponían en práctica cualquier forma de control de la natalidad o mantenían relaciones sexuales por placer o faltaban a misa por la razón que fuese.[29]

Una de las estadísticas más abrumadoras para la gente del Norte con respecto al Territorio del Sur es la que indica que un cuarenta y cinco por ciento de la población fue encarcelada en algún momento de su vida. Aunque el sueño de Emma Goldman de la abolición total del sistema penitenciario no llegó a materializarse del todo, el Territorio del Norte y el Occidental se acercaron mucho más a su idea de lo que muchos hubiesen llegado a imaginar. El TS, por el contrario, se valió de las detenciones de manera más amplia y desaforada que cualquier otra nación en la historia moderna —a pesar de que dichas prácticas demostraron ser, una y otra vez, ineficaces a la hora de controlar la actividad delictiva—. Algunos ciudadanos del TS nunca salieron de prisión, aunque muchos fueron «rehabilitados» y convertidos en devotos patriotas. El racismo sistémico se hacía patente en su sistema judicial, ya que las personas de raza negra eran encarceladas en porcentajes mucho mayores a los de la población blanca. (En ese sentido, no obstante, el Territorio del Norte tenía estadísticas similares, igual que sucede con el país reunificado en la actualidad). Además de eso, en el Sur se podía entrar en la cárcel a partir de los diez años. Todavía más pasmoso es el dato de que alrededor de un tercio de los prisioneros cumplían condena por «autoadmisión»; esto es, se entregaban a sí mismos sin que mediase una acusación previa.

Como se puede ver ahora tanto por los registros oficiales del TS

como por fuentes primarias como diarios o cartas que se remontan al inicio de la Desunión, el grado de confianza de la ciudadanía del Sur en la virtud y la infalibilidad de su Gobierno era extraordinario. Parece que este nacionalismo tan extendido se creó y se fomentó de manera casi exclusiva con el temor a Dios y la fuerza de la Iglesia. Ya en 1952, casi cada ciudadano del territorio estaba convencido —o al menos fingía estarlo— de que la Segunda Venida de Cristo llegaría estando ellos vivos. Allí la devoción no solo era una cuestión de política o de aceptación social, sino que era una elección entre la inmortalidad y la condena eterna. Para muchos norteños, resulta difícil entender el fervor religioso, ya que el Movimiento Antirreligión de los años cuarenta y cincuenta ha estado muy integrado en nuestra cultura. Más allá de eruditos e historiadores, pocas personas en el Norte tienen experiencia de primera mano con la religión, sea el credo que sea, ni saben nada de la fuerza coactiva que una fe como esta puede tener en una comunidad; de los actos de violencia cometidos en el nombre de Dios; del desatado y seductor poder de la creencia en lo divino, o el infinito gozo y temor que se puede experimentar cuando se cree que el cielo y el infierno son inevitables.

Las poquísimas rebeliones que hubo en el TS fueron reprimidas con rapidez y violencia. Los medios de comunicación controlados por el Estado retrataron a los participantes como almas descarriadas o adoradores de Satán. Todos fueron ejecutados. Al fin y al cabo, ¿qué más podía llevar a alguien a rebelarse contra Dios o a volverle la espalda a una comunidad en la que tenían todas las necesidades cubiertas? «Empleo, vivienda, guarderías, servicios médicos, funerales gratuitos; los territorios tanto del Norte como del Sur proporcionaban servicios básicos, garantizados por el Estado. Y ambos obtuvieron la recompensa (al menos por un tiempo) de gozar del respaldo de la amplia mayoría de su población», me dijo en una carta Marc Fisher, uno de los historiadores más importantes de la Era Desunida, catedrático de Teocracia y Política Comparada de Harvard. «El consenso popular se deshizo cuando la incapacidad del Gobierno del TS, así como su negativa a proporcionar unos estándares de vida siquiera parecidos a los del Norte, se reveló como el resultado de una política deliberada, hechicería corrupta manipulada por los vejestorios que había tras el telón».[30]

Ahora son bien conocidas las historias de cómo, en sus últimos años, una poderosa corriente paranoica se extendió por el Sur; primero en las grandes ciudades, luego por la mayoría rural. Buena parte del Territorio sufrió de hambrunas y sequías extremas. Muchos creían que Dios les estaba hablando, aunque más tarde se determinó que las bacterias presentes en el suministro de agua corriente habían causado alucinaciones generalizadas. Desaparecieron cientos de criaturas.

Corrieron rumores sobre revueltas en las prisiones; sobre que los enemigos estaban a las puertas, sobre una guerra inminente. Se desmoronó la creencia en el sufrimiento y la depravación del Territorio del Norte. Hubo prisioneros que escaparon. Explotaron varias fábricas. Se vio a Jesús en repetidas ocasiones haciendo autoestop, bombeando gasolina de coches ajenos, holgazaneando. Hubo campos de algodón que se incendiaron. Hubo silos de cereal que se derrumbaron. Los diarios meteorológicos de los granjeros detallaron constantes tornados, granizadas de peces y lluvias de sangre. La convicción de que el Apocalipsis era inminente resultaba un solaz para algunos y una pesadilla para otros. Entonces, en noviembre de 1996, tras un incidente de histeria colectiva en Halloween que llevó a 2.488 líderes teócratas a quitarse la vida por orden divina, el Norte consiguió invadir el Sur; se demolió el muro y empezó la Reunificación.

Mientras escribo estas líneas, no ha pasado ni una década desde aquel día de 1996; no pertenezco a la era de escritores y escritoras que serán capaces de arrojar algo de luz sobre este capítulo particularmente turbulento de la historia estadounidense; no se puede hacer la cama con las sábanas aún enrolladas al cuerpo. Sin embargo, siguiendo esta lógica, tampoco entenderé nunca a X; jamás seré capaz de alejarme lo suficiente de ella para ver quién era y comprender los hechos y contradicciones de su vida. Pero hay cosas que una no puede evitar hacer, o intentar hacer, por mucho que estén condenadas al fracaso.

Caroline

X fue hija de Angela Mae Walker (Irving de soltera) y Leon M. Walker. Nació en Byhalia, Misisipi, el 9 de abril de 1945. Se llamaba Caroline Luanna Walker.

Aunque visité el Antiguo Territorio del Sur (ATS) en 1999, tres años después del inicio de la Reunificación, aún se exigían pasaportes y visados para viajar —con el pretexto de proteger el Sur de una rápida invasión de los inversores inmobiliarios del Norte, pero también para evitar los revoloteos de los periodistas y que se generase mala prensa —. Los burócratas y la policía del Norte y del Sur tenían una vaga alianza de retales para el territorio recientemente «liberado», pero el Departamento de Control de Fronteras del ATS aún controlaba la concesión de acreditaciones de prensa.

Escritoras y escritores con más agallas se negaron a acatar las órdenes de los vestigios de un Gobierno de fama inhumana, pero yo no tuve ese valor. Una vez, cuando era más joven, me infiltré como reportera en una secta, pero con la muerte de X me habían caído los años encima; ya no tenía ese arrojo juvenil. En enero de 1999, tras esperar casi un año para que aprobaran mi visado de investigación, me vi en un cochecito con Nancy George, una mujer de sesenta y ocho años que acababa de empezar a trabajar para el Programa de Mentorías de Viaje del ATS. El coche —un sedán azul intenso— no habría llamado la atención en ningún otro lugar en el mundo, pero Nancy, cuyos ojos tenían una expresividad jovial a la par que severa, comentó en un par de ocasiones lo futurista que le parecía. Era uno de los primeros coches nuevos importados al Sur en medio siglo.

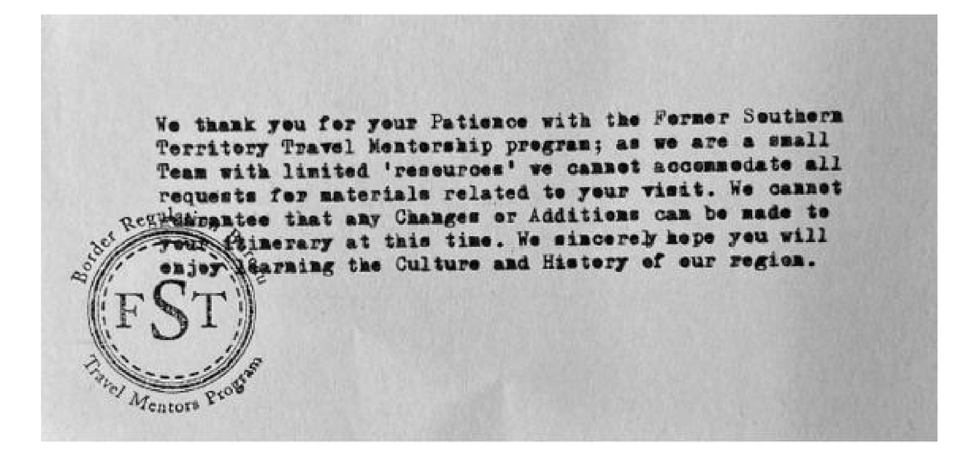
Durante mi viaje, Nancy me llevó de aquí para allá, manteniéndose alejada de zonas restringidas y asegurándose de que no saliera del hotel sola en ningún momento. Cuando vino a recogerme al flamante aeropuerto de Memphis, me hizo entrega de un sobre de manila que contenía un cuaderno, un bolígrafo, una grabadora aprobada por el ATS y una cámara desechable. No me permitieron llevar mis propias libretas o dispositivos de grabación, y tuve que firmar un contrato en el que accedía a que revisaran todo mi trabajo antes de marcharme de allí. Aunque dejaron intactas casi todas mis notas manuscritas (mi caligrafía suele ser ilegible para el resto del mundo), hubo puntos en los que censuraron mis cintas y solo la mitad de mis fotografías sobrevivieron al cribado.

A pesar de las limitaciones, pensé que la Agencia de Mentorías de Viaje era la única ruta viable para dar con aquellas personas a las que X había conocido en el Territorio del Sur. Incluso si hubiese encontrado las señas de algunos de los miembros de su familia, gran parte de la ciudadanía del ATS no tenía línea telefónica y el servicio postal, corto de personal, tiene una cola de millones de cartas. Todos los encuentros que tuve en Byhalia en 1999 me los organizó la agencia.

Una semana antes de mi llegada, me enviaron la fotocopia de una carta de Angela y Leon Walker, los padres biológicos de X. (Mientras estuve en el TS, la llamé por su nombre real, Caroline o Carrie Lu, para abreviar, por inquietante que me resultase).

«Estaremos encantados de recibirla en casa para hablar de nuestra querida hija, Carrie Lu, que en paz descanse —escribió Angela en su carta—. Que Dios bendiga sus viajes».[31] La carta venía acompañada de un itinerario, una lista de nombres y fechas, aunque no sabía quiénes eran esas personas hasta que las conocí.

Uno de los artículos del Acuerdo de Reunificación requirió que el ATS permitiera que cierta cuota de periodistas e investigadores entrara en su territorio. Que yo me haya pasado mi breve carrera periodística fundamentalmente como reportera de crónica delictiva jugaba a mi favor, ya que sugería que me preocupaba la justicia como algo abstracto, cosa que no era así, nunca lo ha sido. Titulé mi propuesta de artículo «El coste humano de la rebelión» para dar la impresión de que estaba del lado del TS o que al menos era contraria a la rebelión. Mi falaz declaración de intenciones para el viaje detallaba que la investigación se centraba en jóvenes rebeldes de los años sesenta y que pretendía discernir si ciertas enfermedades mentales no diagnosticadas se hallaban en el origen de las sublevaciones de aquella época. Empezaba mi investigación con Caroline Walker —mentí— tras descubrir su nombre en unas pocas páginas que habían sufrido una fuerte censura de un informe del FBI sobre un movimiento insurgente fallido en Byhalia a finales de los años sesenta. Eso por lo menos era una verdad a medias. Aún no sabía cómo había escapado X del Sur, pero, basándome en la limitada información que había podido obtener con mi petición amparándome en la Ley de Libertad de Información, parecía que su implicación en aquel ataque insurgente había sido relevante. Por supuesto, los funcionarios del ATS no sabían o no dejaron ver que sabían que Caroline Walker se había convertido en X o que yo había estado casada con ella, que era su viuda.


We thank you for your Patience with the Former Southern Territory Travel Mentorship program; as we are a small Team with limited 'resources' we cannot accommodate all requests for materials related to your visit. We cannot guarantee that any Changes or Additions can be made to your itinerary at this time. We sincerely hope you will enjoy Learning the Culture and History of our region.

Texto de la imagen: Le agradecemos su paciencia con el Programa de Mentorías de Viaje del Antiguo Territorio del Sur; como somos un equipo pequeño con «recursos» limitados, no podemos satisfacer todas las peticiones de materiales relacionadas con las visitas. No podemos garantizar cambios o ampliaciones del itinerario en este momento. Esperemos que disfrute conociendo la cultura y la historia de nuestra región.

Sello: ATS. Departamento de Control de Fronteras. Programa de Mentorías de Viaje

Encargo. Obra de Maryse Meijer.
PP 102-7, Archivo de Charleston.

La cobertura de Renata Adler como infiltrada en el Territorio del Sur en los años setenta descubrió que en los poquísimos casos en los que alguien del Sur conseguía cruzar la frontera o perdía la vida en el intento, el Gobierno acostumbraba a contarles una historia falsa a los miembros supervivientes de la familia. Aquellas falsedades solían ser variaciones de un mismo argumento: su hijo perdido o su hija perdida había muerto a manos de los norteños en un operativo secreto en el Sur. «Los elementos más cultos del fascismo teocrático —escribió Adler— han hecho evolucionar su propia lógica esquizofrénica: una capa sin costuras de no violencia en una mano y un trapo empapado en sangre en la otra».[32]

Yo no tenía ni idea de qué historia les habrían contado a los Walker sobre la desaparición de su hija, pero daba por hecho que, a esas alturas, ya sabrían la verdad. La expansión de la Ley de Libertad de Información al ATS dictaba que se concediese acceso a su población a cualquier archivo que se les hubiese ocultado sobre ellos mismos, sus familiares ya difuntos o miembros de la familia «desaparecidos». Casi todo el mundo tenía un expediente: documentos sobre su comportamiento en público, registros detallados sobre sus confesiones en la iglesia, grabaciones de vídeos de vigilancia, fotografías de encubierto e informes de sus jefes, cónyuges, amistades, hijos e hijas y

toda persona que los conociera que hubiese sido Guardián de la Moralidad. Cada vez que se arrestaba a una persona del Sur, se le daba la oportunidad de intercambiar información —aunque fueran rumores infundados— por una rebaja de la pena.

Los Walker, no obstante, bien no habían leído los archivos de Caroline, bien habían recibido informaciones incorrectas o, simple y llanamente, se habían negado a creer en lo que se había convertido su hija.

La casa de los padres de X fue la primera parada de nuestro itinerario el día que llegué a Misisipi.

La vivienda de dos pisos, hecha de listones de madera y rodeada por un muro de ladrillo pintado de blanco, estaba situada en una calle flanqueada por robles y repleta de gatos callejeros —como casi todo el ATS—. (Allí sigue siendo ilegal esterilizar a los animales). Cuatro grandes cornejos y un par de encinas de California abarrotaban el jardín delantero. Al plantarme ante su puerta, revuelta por el viaje y nerviosa, hice de tripas corazón pensando que vería los ojos de X clavados en el cráneo de otra persona o sus pómulos encajados en un rostro desconocido, pero, cuando Angela Walker me abrió la puerta, me alivió encontrarme a una anciana que no me resultaba nada familiar. No se parecía en nada a mi mujer.

La señora Walker llevaba una bata vieja color rosa y el pelo, ya gris, recogido con unos rulos; mi visita parecía más una tarea que un acontecimiento. Cuando le di las gracias por recibirme, hizo un gesto despreocupado e insistió en que Nancy y yo la llamásemos Angela. «¡Me hace sentir vieja cuando la gente me llama señora Walker!», dijo y, aunque era mayor —parecía tener casi ochenta años—, había un deje terco de juventud en la rapidez de sus movimientos mientras servía una bandeja de galletitas de mantequilla o café. Aún no nos habíamos sentado Nancy y yo, y Angela ya había empezado a hablar frenéticamente.

«Bueno, empecemos por el principio, ¿no? Carrie Lu fue un bebe terrible. ¡Te-rri-ble! Lloraba si intentábamos cogerla, pero cantaba para sí cuando estaba sola... Esa fue la primera rareza que detectamos en aquella niña... Mira que era terca. Terca desde que nació. Solitaria, pienso yo. Una niña muy solitaria».[33]

Le habían hecho fotografías en contadas ocasiones, pero Angela me enseñó las pocas que tenía.

«No era una chiquilla guapa; yo la quería igual, tampoco es algo que se pueda elegir, pero no me engañaba sobre su belleza. De alguna manera, acabó creciendo en esa cara, pero toda esa mata de pelo oscuro la hacía parecer pálida, enfermiza. ¡Y esos dientes de abajo, tan

para fuera! Cuando sonreía, tenía un parecido terrible con un bulldog, aunque tampoco es que sonriera mucho. Pero me alegro de que le arreglásemos los dientes, aunque Leon montó un buen pollo por la operación, era muy cara».

Angela se quedó mirando un buen rato una de las fotografías, luego me la dio. Era ella de joven, agarrando a una Caroline bebé por las axilas, con aire confuso. Aunque llevaba muchísimo tiempo desesperada por ver esas fotografías, fingí —con gran esfuerzo— examinarlas con desafección. Aunque la mujer había permitido a la agencia hacer fotocopias de otras fotografías, no permitió que se incluyese ninguna de las de pequeñita, ya que la avergonzaban. «Imagínense pasar por todo el cirio que supone un embarazo para que te den a una chiquilla tan fea como esta. Gritó hasta la matrona», nos contó.

«Aunque la casa estaba llena de niños (sus hermanos y hermanas y toda la chiquillada del barrio entraban y salían todo el día, jugando y yendo de un lado para otro), Caroline siempre estaba sola, la mayor parte del tiempo en el dormitorio de las chicas. Leyendo o dibujando, pensaba yo, pero un día pasé por delante de la puerta y la oí hablando consigo misma, cosa que me puso de los nervios... Mire usted, yo tenía una hermana llamada Clara. Un año mayor que yo. Y ya era rara incluso de niña, pero de mayor se le ocurrieron todo tipo de ideítas terribles, y tuvieron que llevársela... Nunca se sabe qué cosas corren por la sangre de la familia, ¿verdad que no? Nunca se sabe hasta que es demasiado tarde».

Se distrajo un segundo, como si estuviera escuchando algún ruido distante en la casa —una caldera quejosa, una ardilla mordisqueando las tablas del desván—. Luego llevó la taza de café vacía a la cocina y nos gritó desde allí: «Así que le dije: “Si no te andas con cuidado, serás como tu tía Clara. Era rara”. Y Caroline dijo: “¿Qué le pasó a la tía?”. “Se la llevaron y la encerraron”, le contesté. “No había otra”. Y entonces Caroline me dijo: “Si algún día se me llevan de aquí y me encierran, aunque sea poco tiempo, me moriré”. Y yo le dije: “Qué cosas dices, qué cosas tienes”. “Ah, no”, contestó. “No lo digo por decir. Me moriré”».

La mujer se quedó en silencio, sosteniendo ante mí la jarra de café, con una sonrisa infeliz.

«¡Lo dijo como si nada! “Me moriré”. Ni ocho años tenía. “Me moriré”. Imagínese escuchar a una niña pequeña decir algo así. Por una parte, hace gracia, claro, porque es muy pequeña, así que no te la tomas en serio, pero también es inquietante, preocupante... “Me moriré”... Le dije lo que cualquier buena madre le hubiese dicho, faltaría: que rezara por sus tribulaciones en lugar de tanto hablar haciendo tanto ruido sin razón alguna».

Nos sirvió más café; nos llenó la taza hasta el borde.

«La verdad es que es muy bonito recordarla con alguien. Desde el accidente no he pensado mucho en ella. Luego los años pasan y pasan y ¿con qué te quedas?».

Angela clavó los ojos en el suelo un instante y luego levantó la vista con una extraña alegría.

«Era mucho más fácil hacerles frente a las cosas cuando éramos independientes; como territorio, me refiero. Todos teníamos algo en común. Estábamos todos juntos, que ya es decir, si lo comparamos con ahora, que estamos muy divididos. Antes todo el mundo tenía los mismos valores y nos esforzábamos por velar por ellos. Todos creíamos. Todo el mundo creía en lo mismo».

Sin explicación, Angela salió de la estancia, pero siguió hablando mientras se alejaba por uno de los pasillos.

«Nos entendíamos, ¿se lo imaginan? Más al norte no saben lo que es eso. No tienen ni idea…».

Volvió con una caja de zapatos de la que sacó una libreta azul.

«Esto de aquí… fue un verdadero consuelo después de que Carrie Lu se marchase. Se lo regalé yo y le dije que lo usara para escribir sus plegarias a Dios. Me lo había recomendado mi pastor, ya se lo puede imaginar, por todo eso de que hablaba sola. Y se lo tomó en serio; llenó varias de estas libretas a lo largo de los años, pero esta era mi favorita de leer; es de antes de que se metiese en todos esos líos, de la época en la que iba por el buen camino, en la que de verdad vivía a la luz del Señor. Sigue siendo un consuelo, y eso que pocas cosas lo son, ya se imagina. La chiquilla tenía sus cosas, claro, como todo el mundo, pero intentaba ir por el buen camino… Al menos sabía cómo pedir perdón. Al menos eso sí conseguimos enseñárselo».

Angela abrió uno de los diarios por una página repleta de una bulbosa caligrafía en cursiva.

> Lo que pido es muy ridículo. Oh, Señor, yo te digo: ahora mismo soy un queso, conviérteme en una mística, inmediatamente… Pero ¿por qué haría Él algo así por una criatura vaga, ingrata y sucia como yo?[34]

«Un queso —dijo Angela—. ¿Qué diantres querría decir con eso?».

Me permitió fotografiar la página del diario, pero, cuando saltó el flash, pareció cambiar de idea.

«Con una foto creo que ya está bien», dijo, apartando el diario abierto de la mesa y volviéndolo a meter en la caja de zapatos.

Nancy, como si quisiera salvar a Angela del apuro, exclamó algo sobre unos documentos que se había dejado en el coche. Salió corriendo y volvió un minuto después con una carpeta; extendió varios formularios sobre la mesa, declaraciones para que ambas diésemos fe de que nos habíamos reunido por voluntad propia y que la

información recabada en el encuentro no se proporcionaría a terceras partes no acordadas. Tuve que firmar varios documentos de esos cada día; formularios que confirmaban que Nancy me había llevado a un sitio o a otro, que nada de lo que iba reuniendo en mi investigación tenía validez legal alguna contra ningún ciudadano o ciudadana del ATS.

«¿Dónde está la otra fuente?», preguntó Nancy.

«¿Qué otra fuente?».

«Aquí mismo dice que Leon Walker estaba confirmado como fuente en esta reunión».

«Ah —dijo Angela—, bueno, está en el garaje; no es muy hablador, así que hemos pensado que ya me encargaba yo del asunto».

«Pero necesitamos que firme... Lo dice aquí».

Angela cerró los ojos igual que una criatura cuando querría que el mundo fuese diferente. Luego los abrió, se alejó por el pasillo, abrió una puerta y llamó a su marido. Tras unos instantes, ambos aparecieron en el salón. Leon Walker tenía un aire angosto y reservado; la cara como una nota plegada.

«Es la reportera —dijo Angela, con la voz mucho más plana ahora —. Del Norte».

«Encantado de conocerla», dijo Leon, sin parecer encantado ni tenderme la mano.

«Es la que está investigando sobre Carrie Lu —añadió la señora—. La oficina del alcalde nos mandó la carta aquella sobre este asunto».

«Lo recuerdo», dijo Leon.

«¿De verdad necesita hablar con él?», preguntó la mujer, como si Leon no estuviera presente.

Antes de que tuviera ocasión de responder, Nancy insistió en que se quedara, me dijo que los papeles estipulaban su participación.

«Algo he rumiado al respecto», dijo Leon, con la voz grave y clara.

«Pues muy bien, de acuerdo, ahora te traigo un café —dijo Angela —. Todo el mundo está tomando café, así que tú también, si quieres, ¿te apetece una taza, Leon? ¿Quieres una taza de café igual que todo el mundo?».

«Estaría bien —contestó el hombre—, ¿no crees?».

La presencia de Leon aceleró el comportamiento ya de por sí acelerado de Angela. La señora vació la caja de zapatos en su regazo: los boletines de notas de Carrie Lu, fotos escolares, cartas que había mandado desde algún campamento, dibujos de la crucifixión, adornos navideños hechos de papel de colores y espumillón.

«Ahora ya no me duele ver todas estas cosas —dijo Angela mientras se cernía sobre los objetos, como si quisiera protegerlos—. Antes sí, pero ya he hecho las paces con todo esto. Le dimos una buena vida y el Señor la reclamó cuando fue necesario».

«Ah, ¿sí?», preguntó Leon.

«Así es, sí. Mire, mire esta», me dijo mientras me enseñaba una fotografía.

Como el resto de las imágenes, parecía mucho más antigua de lo que realmente era, como si la mayoría del equipo de revelado fotográfico del Sur se hubiese quedado congelado en el tiempo, antes de 1945, antes de la Desunión.

«Llevamos a Carrie Lu a ver este cañón, le encantó ver ese bicho. Pasó semanas hablando de aquello, ¿no te acuerdas? Le encantó. No se fue sin una fotografía».

«Es interesante, ¿a que sí? —dijo Leon, casi como si no hablara con nadie—. Un cañón. ¿Por qué un cañón?».

«Dice que es un arma», puntualizó Angela, señalando un cartel en la foto: MANTÉNGASE ALEJADO DE ESTA ARMA.



X de niña.
Encontrada por la autora.
Carpeta 6, objeto 3, suplemento CML, AX.

«Demasiado grande para ser un arma», respondió Leon.

«Demasiado idiota para leer un cartel», farfulló Angela.

Nos quedamos en silencio un instante mientras observábamos la fotografía; su trifulca rezagada en el aire. Luego pregunté con cautela si me podían dar una cronología básica de la vida de Caroline.

Empezó Leon: «Caroline fue una niña normal salvo por el pelo y los dientes. A los tres años le salieron muchísimas verrugas y tuvimos que sacarla de preescolar hasta que se le pasó. Luego no dio mucha guerra,

la verdad. Era solitaria. Concienzuda. Iba por el buen camino. Y así hasta que tuvo unos catorce años, diría yo».

Angela intentó interrumpirlo, pero Leon la ignoró.

«Luego tuvo una fase rebelde con la que no supimos lidiar, ya se imagina. Creo que el único problema es que tenía demasiado tiempo libre. Luego se quedó preñada de Paul Vine cuando tenía quince años, claro, aunque Paul tuvo dos dedos de frente para casarse con ella antes de que se le notara mucho».

Lo tengo grabado: tengo grabado el momento en el que me enteré del primer matrimonio de mi mujer y de su embarazo, pero no recuerdo cómo me sentí. Quizá la situación ya me tenía muy abrumada como para volver a abrumarme; quizá lo bloqueé y ya; no quedaba otra si quería continuar.

«Yo creo que la maternidad la enderezó durante un tiempo o al menos eso parecía —continuó Leon—. Era tan buena con Zebulon cuando nació... Y era la primera vez que la veía feliz en mucho tiempo, en muchísimo muchísimo tiempo, igual no la había visto así de feliz jamás. Se quedaron a vivir con nosotros, en casa de los Vine no cabían; los chicos mayores estaban allí instalados cada cual con su esposa y tal. Así que Paul y yo arreglamos el cobertizo para que fuera un cuartito sencillo para ellos dos, porque aquí tampoco había mucho sitio, con nuestros hijos mayores los dos casados y también con críos. Y, hasta donde yo sé, Carrie Lu y Paul se llevaban bien; ninguno sabíamos, ni siquiera Paul, la estupidez esa en la que Carrie Lu se había metido, con aquel grupo, así que cuando pasó lo del accidente fue cuando saltó la liebre: primera noticia de que se había mezclado con alguna clase de... disidentes».

Leon observó a Angela un largo instante. La mujer estaba con los brazos cruzados, mirando por la ventana.

«Los Guardianes nos complicaron la vida después del incidente —prosiguió Leon—. Nos leían toda la correspondencia y nos pedían revisar que si esto y que si lo otro, buscaban libros en casa y hacían preguntas entrometidas. Y, claro, el pobre Zeb en medio de todo, que se quedó sin madre, esa fue la *verdadera tragedia* de toda la situación...».

«Creo que eso sería mucho decir, ¿no? —interrumpió Angela—. ¿No crees que es mucho decir?».

«No, Angela, ya te digo yo que no. El niño tenía siete años y necesitaba una madre y, para mí, esa es la verdadera tragedia...».

«Nuestra hija se fue y voló por los aires y tú me estás diciendo que el hecho de que Zebulon solo tuviera cuatro abuelos y un padre y toda una cohorte de tías y tíos..., ¿me estás diciendo que esa es la verdadera tragedia? ¿Lo dices en serio?».

«No hace falta pintarlo tan feo. El chiquillo perdió a su madre».

«Bueno, pues es feo, Leon. Esa es la cruda verdad. La niña salió volando por los aires, hecha pedacitos, eso es lo que sucedió».

Un largo silencio antes de que Leon dijera, tan bajito que tuve que aguzar el oído para oírlo: «No hace falta decirlo así».

No dije nada, aunque quise preguntar a qué se refería Angela al decir que Caroline había «volado por los aires». Mi confusión debió de ser patente.

«Bueno, ¿acaso no es la razón por la que está usted aquí? —preguntó Angela—. ¿No ha venido por lo del día de la fábrica de fusiles? Es prácticamente lo único que hizo en su vida».

«Nos dio a Zebulon», replicó el hombre.

«Y nos dejó la factura del resto de la vida del niño. ¡Vaya regalito más considerado! Debería haberle enviado mil tarjetas de agradecimiento, ¿no?».

«¿Podríamos empezar con las primeras señales de rebelión? —pregunté, mi voz de repente sonó segura y firme—. ¿Quizá podría hablarme sobre esa fase rebelde de su adolescencia?».

LEON: Bueno, de repente empezó a cuestionar que fuéramos a la iglesia.

ANGELA: No empezó así.

LEON: Yo lo recuerdo así. Vino a mi guarida y me preguntó si podía saltarse la misa del día siguiente y yo le dije: «No, señorita, de eso nada». Luego tuve que darle una zurra por haber preguntado siquiera e incluso entonces tuvo las agallas de preguntarme por qué tenía que ir a la iglesia y, claro está, a los niños uno no tiene que darles explicaciones...

ANGELA: Porque ni siquiera tú lo sabes...

LEON: ¡Porque los niños tienen que aprender a portarse bien sin saber las razones! Por eso es. Pero Carrie Lu quería saber y siguió preguntando. Yo le dije: «Es la ley». Y entonces quiso saber por qué la ley era así y les digo, se lo juro, que fue ahí cuando el diablo se apoderó de ella y ya no la dejó en paz.

ANGELA: No fue cosa del diablo.

LEON: Puedes excusarla cuanto quieras, Angela, pero yo al diablo lo conozco cuando lo veo. No era *ella*. *Ella* no tenía nada de malo...

ANGELA: No fue cosa del diablo, eso anótelo en su libreta. Era algo que tenía Carrie Lu. Llegó un momento en el que *eligió* el egoísmo, la complacencia, y dejó de ser nuestra niña...

LEON: Cuando el diablo se apoderó de ella.

ANGELA: Nos estás haciendo quedar de ignorantes delante de esta reportera.

LEON: No hay nada de ignorante en saber en lo que crees. No hay nada de ignorante en el bien y el mal, en lo correcto y lo

incorrecto. El mundo funciona así. Pregunta donde quieras, en todas partes es igual, la misma historia.

ANGELA: De pequeña, se tomaba muy en serio el estudio de la Biblia. Leyó un pasaje del Antiguo Testamento que hablaba de no comer cerdo… Que era, no sé, algo de la logística de la época que ya no se estila, pero, después de leer aquel pasaje, vino a casa y ya no volvió a comer cerdo. Siempre tenía que quitárselo del plato, ella ni probaba el jamón de Pascua, ni los de los funerales, aunque había sido su comida favorita de toda la vida; le encantaba el jamón de Pascua, pero intentaba hacer lo correcto…

LEON: Angela Mae Walker, debes de tener memoria selectiva o algo parecido. Caroline dejó de comer jamón porque en una clase de cría de animales los obligaron a diseccionar un feto de cerdo y ya no se quitó aquel olor de formol de la nariz. No lo leyó en la Biblia. Vete tú a saber si leía la Biblia; no parecía saber mucho del tema…

ANGELA: Pues claro que leía la Biblia. Muchas noches me quedaba con ella hablando de eso. Me preocupaba que no comiera jamón, así que repasamos el Levítico juntas y le señalé otras muchas cosas que aparecían en el texto y que ya no cumplimos y otras que, por supuesto, seguimos cumpliendo, los diez mandamientos y demás, pero no era responsabilidad suya entender la Biblia.

LEON: Pero ya ves que eso la inquietaba. Quién hacía las leyes y por qué las teníamos que cumplir por el mero hecho de que alguien lo dijera. ¿Acaso no eran humanos, no era todo el mundo humano? Ahí estaba el verdadero meollo del problema; tozuda como una mula, nunca quiso crecer, nunca quiso preocuparse de nadie más. Ya ven lo peligroso que es eso. Se fue y acabó muerta porque no soportaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer.

ANGELA: Bueno, pues aquí lo tenemos. El Evangelio según Leon, amén.

«Pero ¿qué hizo durante su rebelión adolescente?», pregunté.

Para sorpresa de nadie, las faltas de Carrie Lu solo podían considerarse un gesto de rebelión en el ATS. Una vez llevó pantalones en público; intentó abrazar a su padre; intentó irse de la iglesia antes de hora; no cerró los ojos durante la oración. Esto ocurrió en los años anteriores a que el Estado bajara la edad de encarcelamiento de los quince a los diez años; de lo contrario, es probable que la hubiesen metido en prisión. En todo caso, su actitud hizo que el hogar de los Walker entrara en la lista de vigilancia. Tres veces a la semana los visitaba un GM que se aseguraba de que la casa estuviera en perfecto orden y se les requería que llegaran a la iglesia dos horas antes de la misa para sentarse a rezar en silencio. Durante un tiempo, pareció que

el comportamiento de Carrie Lu se calmaba, hasta que fue a confesarle a su madre que tenía un retraso.

ANGELA: No tenía sentido enfadarse, así que no me enfadé, para nada, solo le pregunté lo que le hubiese preguntado cualquier madre; es decir, si *Dios* le había dicho que yaciera con Paul Vine o si había sido el demonio, y ella me contestó que había sido Dios, así que el asunto quedó zanjado. El niño fue un regalo divino y no se puede cuestionar un don del Señor. No se puede. Da igual si llega antes de lo que te hubiese gustado. Dios tiene sus propios tiempos. Así que me llevé a Carrie Lu y a Paul a la iglesia aquella misma tarde y, a la hora de cenar, el padre Elliot les había dado su bendición para que se casaran aquel mismo domingo.

LEON: Para mí aquello fue un vuelco.

ANGELA: Tampoco era para tanto. Muchas chicas se casaban a esa edad. Bethany White se casó a los catorce y sigue felizmente casada y con siete hijos y cuatro nietos ya... Y, en todo caso, Caroline siempre necesitaba estar *ocupada*. Y Paul Vine no podría haber sido mejor marido para ella. No había faltado a misa ni un solo día en su vida, ni siquiera cuando se cayó de la bici y se rompió el brazo, ¿te acuerdas? Aguantó todo el servicio con el brazo hinchado. No tendría ni diez años. Era tan de fiar. Un chico tan centrado. Es una pena que ella le arruinase la vida. Estoy segura de que habría sido el hombre más respetado de la comunidad si ella no lo hubiera echado a perder.

LEON: Lo que me sorprendió fue que la eligiera *a ella*. Ese fue el verdadero misterio.

ANGELA: Lo más importante es que Zebulon fue un regalo de Dios. Fue el niño más guapo del mundo. Fue una época muy bonita para Carrie. Estaba tan feliz. Estaba resplandeciente resplandeciente; mire, aquí tengo una foto suya. ¿Ve lo guapa que estaba? Zebulon era un niño muy grande para su edad; aquí parece que tiene dos años, pero creo que no tenía más de uno. Casi se comía hasta el mantel. Pero nada mejor que un crío grandote y recio, ¿verdad?

Parece demasiado joven para haber parido un niño; parece incluso más joven, aunque en la foto debe de tener dieciséis o diecisiete años. Quizá X ya sabía cómo replegarse en otros yoes para sobrevivir o quizá, como creían sus padres, tenía algo malo dentro desde el principio, algo cruel y destructivo. Tenía un hijo y lo abandonó. Nunca había pensado en X como madre y ella nunca me había contado nada. He mirado tantas veces esta imagen. Me parece imposible llegar a entenderla.

LEON: En cierto momento, nos dio la espalda y punto.

ANGELA: Bah, las cosas no son tan sencillas.

LEON: Durante un tiempo fue una buena madre, pero creo que cuando perdió de vista lo que necesitaba Zebulon, cuando empezó a centrarse en sí misma demasiado...

ANGELA: Bueno, eso lo dirás tú. No forma parte de la naturaleza de una persona ser una sola cosa, eso es así. A ti nadie te culpó por ser algo aparte de un padre, ¿a que no?

LEON: Para las madres es diferente. No soy el único que lo piensa.

ANGELA: Porque eso es lo que piensan los hombres, hombres que lo único que saben hacer es arruinar el mundo... Así que ¿por qué no te ciñes al tema que nos ocupa, Leon? Esta señora no ha venido hasta aquí para oír tus opiniones.

LEON: El problema fue que Carrie Lu empezó a ir a la biblioteca todo el rato. Es ahí donde conoció a los otros.

Durante la siguiente hora, los Walker discutieron detalles sobre la implicación de su hija en un pequeño grupo insurgente que tenía algún tipo de vinculación con una biblioteca. Por el informe del FBI, yo sabía que X había formado parte de un complot para volar por los aires una fábrica de armamento (el Estado proporcionaba fusiles a todos los ciudadanos del TS), pero aún no había conseguido encontrar ningún documento sobre el resultado de aquellos planes. Leon creía que Billy Vine —líder del grupo y el hermano mayor de Paul— reclutó a Caroline porque, todo celoso, quería arruinar el matrimonio de su hermano. Angela pensaba que Carrie Lu intentaba dirigir una misión encubierta dentro del grupo, que intentaba llevarlos de vuelta al Señor y lo que sucedió fue que no consiguió hacerlo a tiempo para salvar su propia vida.



X y su hijo, Zebulon Vine.
Encontrada por la autora.
Cortesía de la Comisión de Información de Mentorías de Viaje del ATS.

«Seré mujer, pero tonta no soy, eso que quede claro —dijo Angela—. Quise a mi hija mientras fue mi hija, pero, cuando dejó de existir, se acabó. Soy una persona pragmática, *una mujer pragmática*, Leon, ¡mira por dónde! No soy una de esas mujeres que creen que sus criaturas seguirán siendo pequeñitas para siempre. En cierto momento, se convierten en otras personas y con Carrie Lu aquel

momento llegó de repente».

Nancy se puso de pie sin más preámbulo y dijo que la reunión había terminado, les dio las gracias a los Walker por su tiempo. Mientras salía con ella, me sentí completamente aturdida. Era una viuda que no había sabido nada del pasado de mi mujer, mientras que sus padres no habían sabido nada del futuro de su hija, y habíamos estado en la misma estancia durante horas sin que nadie admitiese o siquiera supiese quienes éramos unos y otros en realidad; gente que —de una manera o de otra— había querido a la misma persona.

El ATS nunca respondió a mis peticiones de información complementaria sobre el caso Fusiles Revelation de 1968, pero en 2001 me entrevisté con Jill Charlet, una historiadora especializada en insurgencias en el Territorio del Sur que estaba escribiendo un libro al respecto.[35] Mediante sus propios canales de información había obtenido los informes policiales manuscritos de aquella noche, así como una serie de circulares entre oficiales del TS en las que se coordinaba la versión falsa que contarían a las familias supervivientes. Charlet también había conseguido acceso a un expediente aún clasificado del FBI sobre este caso y otros incidentes. Lo que sigue es un fragmento de su libro, que amablemente me ha permitido reproducir aquí:

> Alrededor de la 1.45 de la madrugada del 1 de enero de 1968, dos furgonetas negras aparcaron junto a la fábrica Fusiles Revelation situada en el número 99 de Brine Street, zona nordeste de Byhalia.
>
> Cathlyn Wilkerson, veinticinco años, hija del dueño de la fábrica y madre de cuatro hijos, y Kathy Boudin, de veintiséis, montaron guardia mientras dos hombres descargaron cajas de la parte trasera de la furgoneta. Aquellos dos hombres eran Ted Gold, de veintisiete años, empleado de Automoción de Byhalia, y Billy Vine, de veintinueve, carpintero y cerebro de este naciente y todavía sin nombre grupo de disidentes.
>
> Billy Vine había enviado a Terry Robbins, un estudiante de ingeniería de veintiún años, y a Diana Oughton, de veintiocho, al sótano de la fábrica para que empezasen a armar una de las bombas para el plan de aquella noche. Después de descargar la primera furgoneta, Caroline Walker Vine, de veintitrés años, madre de un niño y cuñada de Billy, aparcó la furgoneta ya vacía en el otro extremo de la fábrica, donde, según las instrucciones que había recibido, debía montar guardia. Si alguien aparecía, su coartada era que su marido y ella se habían perdido intentando encontrar la Primera Iglesia Bautista y que la furgoneta se había averiado; el marido imaginario se había ido andando al pueblo en busca de un mecánico. La mentira debía funcionar como una distracción momentánea antes de que matase a cualquier testigo con la pistola que llevaba escondida bajo el vestido.
>
> A la 1.57 de la madrugada, Robbins y Oughton estaban conectando un poco de cable de timbre que habían sacado de un despertador de baratillo con una pequeña batería y un detonador ajustado sobre un fajo de dinamita. A su lado

tenían más cajas con más despertadores y baterías, cable de sobra, y quizá unos cien cartuchos más de dinamita; unas cuantas bombas caseras ya ensambladas y explosivos «antipersona» remachados con clavos de techar y unos cuantos detonadores más. Justo antes de las dos de la madrugada, uno de los cables de la bomba que estaban montando se conectó a un punto erróneo y completó el circuito eléctrico.

La explosión hizo saltar por los aires todo el recinto, reventó las ventanas del edificio de oficinas de enfrente hasta la sexta planta, una cortina del ventanal delantero salió volando hasta una barandilla que estaba a unos doce metros, se generó un socavón de dos plantas y unos diez metros de diámetro en la fachada del edificio de al lado. Al cabo de unos instantes, se produjeron dos explosiones más y las canalizaciones de gas del sótano se prendieron fuego. El interior de la fábrica explotó y se convirtió en una nube de escombros polvorientos; solo quedaron intactas, de manera temporal, la fachada delantera y trasera. Entonces las llamas salieron rugiendo por el hueco y sacaron sus lenguas de fuego por las ventanas rotas y una enorme nube de humo se levantó henchida en la noche.

Aunque las autoridades locales informaron de que los siete jóvenes involucrados en el atentado habían muerto, ahora está claro que Kathy Boudin, Ted Gold y Caroline Vine desaparecieron aquella noche y consiguieron adoptar identidades nuevas en el Territorio del Norte y el Territorio Occidental.

Un miembro de la guardia de fronteras del Sur, Derick Patrick, buen amigo de Billy Vine y simpatizante encubierto, permitió que los tres jóvenes escaparan aquella noche a través del punto de control H-56 por la franja noroeste del muro disparando a propósito por encima del coche mientras cruzaban a toda velocidad. Las autoridades del Territorio del Sur fueron conocedoras de esta información solo después de que Patrick lo confesara en su nota de suicidio de 1982.

Cuando las autoridades llegaron a la fábrica al poco de la explosión, encontraron a la señora Wilkerson y a Billy Vine semiconscientes, aturdidos y casi muertos en la acera de enfrente, cubiertos de polvo y cortes a causa de las esquirlas de cristal. Las llamas lamían la fachada delantera de la fábrica y una parte se derrumbó justo cuando les pegaron sendos tiros a Billy Vine y a la señora Wilkerson.

En el interior de la fábrica derruida había dos muertos más. El cuerpo de Terry Robbins, recuperado aquella misma noche, algo más tarde, estaba aplastado y hecho un amasijo de carne bajo las vigas centenarias, víctima de lo que el forense denominó «asfixia por compresión». Cuatro días más tarde hallaron en el sótano el torso de la señora Oughton, sin cabeza ni manos, acribillado por clavos de techar, con todos los huesos rotos, y hubieron de pasar siete días hasta que la identificaran gracias a una huella recuperada de la yema seccionada de un dedo que encontraron cerca.

Según informaron las autoridades, los cadáveres del resto de los terroristas estaban tan destrozados que era imposible identificarlos o enterrarlos formalmente. Los jóvenes involucrados en aquel atentado no eran agitadores ociosos o delincuentes enloquecidos, sino miembros de un grupo de verdaderos revolucionarios que representaban una de las últimas cepas de resistencia en el Territorio del Sur. El caso Fusiles Revelation se convirtió de inmediato en un relato ejemplarizante para cualquiera que alzase la voz contra su Gobierno. Así, de plano, entre ruinas y mentiras, si acaso quedaba algo de insurgencia en el Territorio del Sur, murió durante casi una década.

Los Walker creían que su hija había muerto aquella noche y es posible que vivan el resto de su vida sin saber la verdad, y lo más

probable es que no reconocieran la versión pasional y despiadada de su hija que pervivió. Para los Walker, Carrie Lu estaba muerta; sigue estando muerta. «Las revoluciones no siguen precedentes ni los forjan —le escribió X a Ted Gold años después—. No quiero compasión. Les transfiero a otros el odio de mi corazón humillado».[36]

Ya había caído la noche cuando Nancy y yo nos marchamos de casa de los Walker. El cielo estaba sin luna y con un estallido de estrellas, y, mientras las observaba, agotada hasta la candidez, casi sentí miedo de la vastedad que se extendía sobre mí. Había leído sobre el infame cielo nocturno del Territorio del Sur; una oscuridad que, para la gente del Norte, acostumbrados como estamos a nuestras lumínicas megalópolis, era incomprensible hasta contemplarla. Proporcionar electricidad a la gran cantidad de hectáreas a oscuras que había en el Sur era una tarea enorme y en buena parte continúa pendiente, años después de la caída del muro.

Mientras Nancy me acompañaba al vestíbulo del Byhalia Regency, el hotel que me habían asignado, me di cuenta de que apenas había cruzado una palabra con ella en todo el día. De camino, en el coche, me había contado que el hotel, como todos los del Territorio del Sur, es propiedad de inversores del Norte y que lo lleva una plantilla de sureños que han superado un proceso de selección muy riguroso. Tras la caída del muro, los puestos en el sector hostelero que se crearon un año más tarde eran muy preciados, pero los candidatos tenían que demostrar que no habían sido leales a la teocracia anterior; algo difícil de demostrar para la mayoría después de décadas bajo un Gobierno que exigía una devoción absoluta. Como resultado, la mayoría de las plantillas estaban compuestas por gente de veintipocos que se había resistido de manera abierta a la teocracia durante los últimos años de su adolescencia; muchos habían estado en prisiones políticas y los habían liberado cuando cayó el muro en 1996.

Yo había dado por sentado que la gran mayoría de las personas que habían sido liberadas de los presidios del TS habían aceptado asilo en el Norte y, aunque es cierto que hubo un éxodo en 1996, casi un tercio de quienes se marcharon volvieron al Sur a finales de 1997, un porcentaje de regreso que más tarde superaría el cincuenta por ciento. Aquella tendencia contradijo la creencia del Norte de que allí abajo nos habían «dado la bienvenida como si fuéramos liberadores» y, por ello, no se les dio mucha cobertura mediática a las estadísticas, con la excepción del excelente y extenso artículo de Durga Chew-Bose, publicado poco después de mi visita al ATS.[37]

Jeremiah Green, el recepcionista que estaba de turno aquella noche en el Byhalia Regency, era un ejemplo de uno de esos «prisioneros que

regresan a su celda». Había pasado buena parte de su adolescencia encarcelado; primero, por delitos menores, como no ser capaz de recitar de memoria ciertos pasajes de la Biblia o por llegar tarde a la iglesia, pero aquellos castigos solo lo alejaron más del TS. A los dieciséis, Jeremiah ya dudaba de la autoridad divina del Estado, aunque también creía que Dios hablaba con él, dos experiencias que tenía la obligación legal de contarle a su confesor. En vez de eso, Jeremiah se lo contó a su mejor amigo, Thomas Haley, y descubrió que su compañero también había estado oyendo la voz de Dios. (Se estima que entre un sesenta y un setenta y cinco por ciento de los sureños dicen haber oído la voz de Dios al menos una vez en su vida). Thomas creía que Dios le estaba diciendo que estudiase carpintería y se casara con cierta chica con la que jamás había hablado, mientras que los mensajes que recibía Jeremiah eran más incendiarios: que el demonio controlaba el Gobierno del Territorio del Sur, que el dinero había corrompido a la Iglesia, que todo político y predicador era un hereje.

El día después de que Jeremiah le confesase esto a Thomas, cuatro hombres armados que representaban a los Guardianes de la Moralidad entraron en su casa y lo sacaron de la cama. Durante años, creyó que Thomas lo había delatado, pero, tras su salida de prisión descubrió que había sido su propia madre quien había alertado a los GM. La señora le había cosido una grabadora en el interior de la mochila. Cuando Jeremiah se enteró de aquello en 1996, aceptó de buena gana un paquete de reasentamiento en el Norte, pero, tras unos meses en Chicago, sintió que estaba yendo a la deriva. Se había pasado la vida odiando todo cuanto representaba el Territorio del Sur, pero, ahora que había escapado de allí, añoraba la familiaridad del hogar. Incluso estuvo asistiendo a una «iglesia» secularizada que formaba parte del Departamento de Teología de la Universidad de Chicago, cosa que solo consiguió alienarlo aún más. ¿Por qué se molestaría alguien en ir a la iglesia sin la amenaza de la condena eterna?[38]

Al cabo de unos meses, Jeremiah tomó un tren hacia el Sur, renunció a su condición de refugiado en la frontera y se presentó en el porche de su madre. Desde la Reunificación, la mujer había estado en paro y vivía de lo que sacaba de los calabacines blancos de su jardín y de las provisiones de ayuda humanitaria que de vez en cuando entregaban por vía aérea. Cuando Jeremiah se dio cuenta de que cumplía los requisitos para trabajar en un hotel nuevo que pronto se inauguraría en Byhalia, sintió que todo había sido parte de un plan, una manera de salvar a su madre. Por cuatro dólares y medio la hora, hace turnos de doce horas seis días por semana.

Me contó toda esta historia en el mostrador de recepción. Parecía acostumbrado a recitarla a norteños curiosos. Había poca gente

alojada en el Regency, así que no tenía mucho que hacer para matar el tiempo.

«Estaba enfadado —me dijo— y lo sigo estando, pero no te puedes enfadar de verdad con un sitio a menos que lo quieras mucho. Hay que quererlo para desear que fuera mejor, para desear que fuera diferente. Si yo no amase Byhalia, podría haberme olvidado de este sitio, quedarme en el Norte, dejarlo estar».

Mientras lo escuchaba, intenté imaginarme qué habría pensado X de Jeremiah —si habría dicho que aquel chico quería algo imposible, que su vuelta al TS era un acto de autodestrucción, de miedo, de insensatez—, pero aquella noche me costó oír su voz. Puede que sea cierto que haya que amar un lugar para enfadarse con él, para desear algo mejor para él; y seguro que X amó el Sur durante un tiempo, lo amó a su manera, a lo bruto, al intentar volar por los aires aquella fábrica de armamento. Qué cerca discurre nuestra vida de otras; por qué poco nos convertimos en quienes somos y no en un otro adyacente al azar, un otro que está cerca y a la vez demasiado lejos.

A la mañana siguiente, Nancy llegó a recogerme con una hora de antelación; cuando miré por la ventana, estaba sentada en el capó del coche, bebiéndose un café en un vaso de cartón. Al observarla con el cedazo que ofrece la lente de la distancia, distinguí una seguridad distante en sus movimientos que solo había visto, casi sin excepción, en hombres. Su rostro, placidez y alabastro, como si incluso su piel, como todo lo demás en el Territorio del Sur, no hubiese sufrido el paso del tiempo. Llevaba pantalones, una prenda que hasta hace poco no era legal que vistiesen las mujeres, pero que parecía lucir con una comodidad que venía de antiguo. La mayoría de las que vi en ese viaje seguían llevando vestidos largos, como requería el Estado hasta 1996; a menudo es difícil cambiar hasta los detalles más mundanos de nuestra vida. Seguí observándola hasta que se terminó el café, arrugó el vaso y lo tiró como si fuera una deportista a una papelera que estaba a algo más de cuatro metros de distancia. Encestó a la perfección, una trayectoria perfecta.

Tenía dos reuniones en el itinerario de mi segundo día en el ATS, la primera, con Bree Morton. Lo único que sabía sobre esta mujer era que había sido amiga de la infancia de Carrie Lu y que su nombre de pila era otro —Mary Magdalene—, pero que había participado en un programa de 1997 que permitió cambiarse el nombre de manera legal a ciertos ciudadanos del ATS. Bree había nacido en 1947, justo después de que se aprobara una ley que obligaba a que todas las

criaturas nacidas en el Territorio del Sur fueron bautizadas con nombres bíblicos. En un primer instante, se popularizaron nombres tradicionales y corrientes, pero llegó un momento en el que empezaron a llamarlos Salmo, Levítico y Galilea; más tarde los nombres aún se volvieron más extraños: Resurrección, Crucifijo, LaSangre.

«Decían que te podías acercar al centro para cambiarte de nombre, y eso hice —me explicó Bree con una alegría desenfadada—. Nunca sentí que me pegara mucho aquel nombre de Mary Magdalene, aunque sé de quien tenía un nombre más raro que el mío». [39]

Cuando la entrevisté, Bree Morton había cumplido los cincuenta y dos, pero su manera de vestir la aniñaba: un vestido rosa de manga larga que quedaba por debajo de las rodillas y medias gruesas blancas a pesar del calor. No se había casado nunca y aún vivía en la casa de su infancia con sus dos hermanos. Cuando Nancy y yo llegamos allí, reinaba un silencio vítreo, frágil. Tomamos asiento en una salita que daba a una parte del jardín delantero donde había decenas de cruces de madera clavadas en el suelo.

«Hace unos meses, quise trasladarlas a un lugar menos visible —dijo Bree mientras nos fijamos en aquel escenario teatral—, pero mis hermanos quieren conservarlas, así que ahí están. Quieren que la casa siga siendo como antes de que madre y padre nos dejaran».



Encontrada por la autora.
Cortesía de la Comisión de Información de Mentorías de Viaje del ATS.

Bree se mostró alerta y entusiasta a lo largo de la entrevista, como si al final yo fuera a ponerle una nota. Ya había sacado todo cuanto tenía de Carrie Lu —unas cuantas fotografías y un par de notas que se habían pasado en el colegio: «Ella tiraba las mías a la papelera, pero yo las recogía y las guardaba»—. Habían sido buenas amigas el verano de los diez años de Bree y los doce de Caroline.

«Pensaba que era la persona más estilosa que había conocido jamás, no sé cómo expresarlo de otra manera. Ya sé que es raro decir que alguien puede mirar a una niña de doce años y pensar eso, pero así es. Nunca llegué a entender por qué se interesó por mí aquel verano. Durante mucho tiempo pensé que había sido por el accidente de bici, que le hizo algo raro, o igual porque yo le daba pena».

Bree nos contó —y los informes médicos lo confirmaron más tarde— que a X le habían tenido que dar seis puntos en la coronilla y otros doce en un tajo que se había hecho en el brazo el verano de 1957. «Los padres indican que la niña se ha caído de la bici —dicen las anotaciones del doctor—. Las heridas se consideran inusuales para ese tipo de accidente, pero sus padres insisten en que la niña se ha caído de la bicicleta esta tarde en Stark Street». En una carta que le escribió a Bree Morton en septiembre, Carrie Lu le cuenta que le han quitado los puntos:

> Hoy mamá me ha llevado al médico y me han quitado los vendajes. El doctor me puso un espejo sobre la cabeza. La cicatriz es tan fea que casi no soporto mirarla. La primera vez que la vi dije: «Ay, no, ¿esa es mi piel?».[40]

«De niña —dijo Bree—, me preguntaba si aquellos puntos que le habían dado en la cabeza le habían concedido algún tipo de bendición, porque era capaz de hacer las cosas más raras del mundo, como, por ejemplo, agacharse y, en menos de dos minutos, volver con un puñado de tréboles de cuatro hojas. Era capaz de escribir hacia atrás igual que hacia delante, hasta enlazando las letras y todo; tan rápido como si estuviera escribiendo normal. Había que mirarlo con un espejo para leerlo. Una vez vino a casa y empezó a tocar mi piano y tocó y tocó y mi madre entró y le preguntó quién le había dado clases y Carrie Lu dijo que nadie. Así que madre le dijo: "No mientas, Carrie Lu", pues mentir era pecado, pero ella aseguró que no estaba mintiendo, que no había ido a clases, simplemente, un día se levantó y sabía tocar el piano. Después de aquello, no me dejaron traerla a casa. Era una descarada, eso dijo mi madre».

A mitad de la entrevista, entró uno de los hermanos de Bree diciendo que quería un bocadillo. La mujer fue a la cocina a preparárselo y, al volver, continuó la historia como si no hubiese pasado ni un momento.

«Así que Carrie Lu ya no podía venir a casa, pero yo seguía viéndola

en el colegio, aunque, claro, recordaba lo que madre me había dicho de que Carrie Lu era una descarada. Pensaba: ¡Cielos!, ¿quizá tenga que ser yo quien la ayude a dejar de ser así? En aquella época había muchas lapidaciones y tengan ustedes claro que yo no quería que la lapidaran».

Más tarde supe que Bree se refería a un periodo de principios de 1957, cuando el TS legalizó que un grupo de civiles lapidase a alguien siempre y cuando veinte hombres coincidieran en que se había producido un delito. En febrero de aquel año, los Guardianes de la Moralidad habían descubierto un complot terrorista nacional: doscientos revolucionarios planeaban bombardear decenas de edificios gubernamentales en Domingo de Pascua; aquel descubrimiento se llamó Prevención de la Masacre de Pascua.[41] El TS publicó una lista de sospechosos y dio carta blanca a la ciudadanía para que los matara por lapidación.

«Papá me decía siempre que el demonio no le quitaba ojo a Carrie Lu y que ella le devolvía la mirada cuando él la miraba. Pensé mucho en eso. ¿Cómo lo sabía mi padre? ¿Y cómo sabía Carrie Lu que el demonio la miraba? ¿Cómo tenía la seguridad de que el demonio la estaba mirando?».

Hay un largo silencio en la cinta tras ese momento.

«A la gente se le ocurrieron muchas cosas sobre Carrie Lu después de lo que intentaron hacer ella y los demás —prosiguió Bree—, pero yo nunca le vi el diablo, por mucho que me esforzara, ni siquiera cuando, ¡cielos!, hace tanto tiempo, pero me acuerdo perfectamente, incluso cuando me dijo que había visto a una chica muerta, a otra Mary Magdalene (era un nombre común entonces), y, bueno, la cosa es que no debería haberla visto, me confesó, pero que había ido a hurtadillas siguiendo a su padre hasta el campo donde enterraban a la gente después de una lapidación. Le pregunté si sabía qué había hecho aquella Mary Magdalene y me contestó: “No se arrepintió, pero no dijeron de qué”. —Bree hizo una pausa—. No se arrepintió. Siempre me costaba saber si me arrepentía lo suficiente cuando rezaba, así que aquello me dio un susto de muerte. Pero Carrie Lu no se asustaba con nada. Con nada. Era de lo más valiente, cosa que, ya se lo figuran ustedes, no es habitual en una chica».

El testimonio de Bree se vio interrumpido por la entrada de su segundo hermano, que se quedó en el umbral para pedirle que le sirviera un vaso de leche. Un hombre talludito incapaz de servirse un vaso de leche, en fin, pensé. El tipo de persona que produce una teocracia autoritaria. El hermano me miró fijamente mientras Bree salía de la salita.

«Eres del Norte», dijo.

«Sí», contesté. En la grabación oigo un temblor en mi voz que no

recuerdo sentir en aquel momento.

«¿Y te gusta aquello? ¿Crees que es un buen lugar?».

Nunca me había sentido exactamente orgullosa de ser del Territorio del Norte, nunca había sido algo que me llenara de optimismo en ese sentido, así que no supe qué decirle. Del mismo modo que se consideraba que las políticas del Sur eran divinas, y en vez de eso eran crueles, las del Norte, en teoría, eran justas, pero, en la práctica, caóticas. El poder político seguía resultando, necesariamente, una fuerza corruptora. El Norte nunca se convirtió en la utopía socialista que tantos habían imaginado y, bien al contrario, se quedó atascado en un debate ideológico durante años, una serpiente que mascaba y regurgitaba su propia cola, sin fin. Se oyó un estruendo en la cocina y Bree exclamó: «¡Todo bien!».

Su hermano se encogió de hombros. «Esta tonta del culo eligió un nombre que ni es nombre ni es na».

Cuando regresó de la cocina, Bree parecía dispersa, pero, al preguntarle si prefería acortar la entrevista, me insistió en que estaba bien y empezó a contarme toda entusiasmada la boda de Carrie Lu.

«Me alegré por ella. Pensé: Bueno, así sentará la cabeza, ¿verdad que sí? Sabía que tendría la vida mucho más fácil, que sería mucho más feliz si se calmaba. Y Paul Vine era un chico estupendo. Todo el mundo lo pensaba. De regalo de bodas, hice un delantal para Carrie Lu en clase de costura, me llevó dos semanas. Nunca había hecho un delantal tan bonito».

Bree no tuvo mucho contacto con Caroline o con Paul tras la boda salvo algunos intercambios de miradas en el colmado o sonrisas desde la otra punta de la iglesia durante la misa. La brecha de edad se ensanchó cuando Caroline se convirtió en esposa, ya no tenían mucho que ver la una con la otra, explicó Bree. Entonces demudó el gesto. Rompió a llorar y se tapó la cara.

«Nunca me perdoné lo de la fábrica de fusiles», dijo.

Estuvo un buen rato sollozando hasta que le pregunté por qué no se perdonaba por algo en lo que no había participado.

«Podría haberle dado mejor testimonio. Yo sabía que ella necesitaba someterse a la voluntad de Dios. No se estaba sometiendo, yo lo veía. ¿Acaso permitir algo no es lo mismo que hacerlo? Incluso aunque haya pasado todo este tiempo, sigo pensando que sí. Carrie Lu luchaba en cada instante, como si hubiera confundido a Dios con el demonio. Yo tenía muchas esperanzas puestas en ella, pero las esperanzas tampoco son lo mismo que la acción. Cargo con su muerte en el corazón, para siempre, lo sé. Hasta mi pastor está de acuerdo. Es la razón por la que no puedo casarme ni tener hijos…».

«Pero vivió», le dije, un reflejo.

«Murió. —Bree negó con la cabeza—. Salió volando por los aires».

«Eso es lo que te dijeron».

Nancy me miró con seriedad y se aclaró la garganta.

«¿Sigue viva?», preguntó Bree.

Aún no me había acostumbrado lo suficiente a que X ya no estuviera para hablar del asunto con naturalidad; oigo mi vacilación en la cinta antes de decir:

«No, lo siento, no, no quería decir eso».

Nancy le dijo a Bree que ya era hora de que nos marchásemos y la mujer rompió a llorar de nuevo y murmuró cosas incomprensibles, quizá oraciones, en voz baja. Le dije que no se preocupara. Lloró más. Le dije que no pensaba que hubiese hecho nada malo y, por un momento, mis palabras parecieron calmarla, o igual fue la conmoción. Parecía que nadie le había dicho algo así jamás.

Justo antes de irnos, vi a sus hermanos en el jardín trasero, junto a un redil vallado lleno de perros, parecían rottweilers. Estaban arrojando gatos y roedores muertos a la jaula, reían mientras los animales se revolvían y peleaban por la carne. Uno de los hermanos se dio cuenta de que los estaba mirando; levantó la mano, no sé si para despedirse o para avisarme.

En cuanto volvimos al coche, Nancy me contó que, en su día, había ido a la misma iglesia que los Morton. Había sido una familia muy cercana, pero Nancy había escuchado por boca de amistades que Bree y sus hermanos habían intentado *evitar* la Reunificación, algo común en esa parte del ATS. Pero los Morton, me aseguró Nancy, no eran *representativos de todo el Territorio*. Según Nancy (o el guion que había memorizado en su formación para las mentorías de viaje), los suicidios habían liquidado a los más extremistas. Una especie de halo de suicidios se había extendido tras la Reunificación, gente que se sentía fuera de sitio, supongo. Luego estaban las personas como Bree y sus hermanos.

No saben cambiar, dijo Nancy, con un nerviosismo inaudito. *No quieren. Aunque, claro, es humano querer que las cosas sigan como siempre. ¿No le parece?*

Estuve de acuerdo con ella.

Y lo que le dijo a Bree al final... Mire, no puede ir por ahí diciéndole a la gente esas cosas. Lo que usted sepa o crea que sabe ahora mismo ya no ayuda. Solo sirve para alterar a la gente.

Me disculpé, pero Nancy hizo un gesto con la mano para quitarle importancia. Ahora me doy cuenta de lo ingenua que fui al confiar tanto en ella, de dar por sentado que no pasaba el parte de mi comportamiento al ATS. Le pregunté qué sabía sobre el caso Fusiles Revelation.

No sé nada, me contestó.

Seguimos un rato en silencio después de aquella respuesta. Aparcó junto a una destartalada cabaña de madera y me dijo que era hora de comer, que íbamos a probar algo llamado siluro.

Conforme nos íbamos acercando a la cabaña, me fui dando cuenta de que era nueva, pero que la habían diseñado para que pareciera vieja y hecha polvo. El interior estaba decorado con redes llenas de peces de plástico y cañas de pescar de anticuario. Del techo colgaban, bamboleantes, varios cebos de pluma. Las pizarras con el menú querían dar la apariencia de que alguien acababa de escribir los platos del día esa misma mañana, pero estaban cuidadosamente pintados. Le dije a Nancy que parecía un set de rodaje y ella me contestó que debía de tener ojo para ese tipo de cosas, porque había dado en el clavo. Unos de Hollywood habían estado rodando allí el pasado invierno, después de que se abriese la frontera. Por lo visto, necesitaban una localización de restaurante y ninguno de los que habían visto les encajaba del todo, así que construyeron ese y se lo dejaron a los propietarios del terreno.

Todas las mesas estaban ocupadas; oí tanto acentos norteños como sureños. Me llegaron a los oídos conversaciones sobre desarrollo urbanístico y legislación. ¿Acaso era el sitio al que la agencia mandaba a todos los de fuera de la ciudad? Nancy me confesó que sí, que solo había un puñado de lugares a los que les permitían llevarnos.

El siluro estaba bien, creo. No tenía muy claro a qué debía saber.

Cuando ya nos estábamos yendo, una señora nos dijo en voz bien alta*: ¡Que el Señor esté con vosotros!*

Y con tu espíritu, respondió Nancy.

Ahora le toca a usted, dijo la mujer, alegre y expectante. *Dígalo*.

Me quedé allí plantada, confusa.

Dígalo, repitió, sonriendo.

Y con tu espíritu, le dije, sin tener muy claro qué era exactamente lo que le estaba deseando y lo que ella me estaba deseando a mí.

La reunión de la tarde fue con un hombre llamado Gregory Charleston. La única nota que había junto a su nombre en el itinerario rezaba: «Expresidiario. Grabaciones sujetas a aprobación del departamento». Resultó que Gregory hablaba lo bastante despacio para que yo pudiera transcribir a mano casi todas sus palabras.

El hombre vivía en un motel reconvertido; ahora era un alojamiento para prisioneros recién excarcelados; estaba previsto que fuera una solución temporal, pero se había vuelto algo semipermanente para los ciento cincuenta hombres que lo habitaban.

«Yo sabía que lo que estaba haciendo estaba mal», me dijo mientras

paseaba distraído la mirada por unos muebles de oficina machacados que había rescatado de un vertedero cercano (archivadores, sillas de escritorio y una gran mesa de dibujo).[42]

Un calendario colgaba en un rincón y mostraba el mes que no era. En el rincón había un catre de fondos estatales plegado. Dormía en el suelo; costumbres de prisión.

«Pero ¿sigue pensando que estaba mal ahora que todo ha cambiado?».

«Tenía razón sobre lo que pensaba, pero me equivoqué con lo que podía hacer al respecto», dijo, una frase que, sin duda, se había estado repitiendo a sí mismo durante años, ensayando lo que les contaría a los periodistas que fueran a preguntarle qué motivó sus treinta y seis años de encarcelamiento y reciente puesta en libertad.

Ya había concedido entrevistas a varios reporteros. El perfil que le hizo Mike Spies había sido la primera gran crónica pública de su historia en el Norte, y el efecto halo de su influencia acaparó la atención de la historia oral de las grandes rebeliones del TS que firmó Avery Trufelman.[43] El cineasta Alex Prager, uno de los primeros norteños que tuvo autorización para entrar en el ATS con el Proyecto Obras Unificadas, rodó un sorprendente y casi silente documental centrado en exclusiva en Gregory.[44]

Acostumbrado a la atención, soltó un monólogo continuo durante la primera hora de mi visita, sin necesidad de que le preguntase nada. Me habló de su participación en el comercio de libros prohibidos, cómo escondió miles de títulos ilegales sobre historia mundial, filosofía y ensayo laico confeccionándoles cubiertas falsas y luego colocándolos en partes concretas de la Biblioteca Pública de Byhalia. Con tiento y de forma selectiva, Gregory escogió a un puñado de jóvenes lectores que creyó que serían capaces de entender las ideas de contrabando que había en aquellos libros. A lo largo de una década, reunió una cohorte de jóvenes rebeldes, algunos de los cuales llevaron a cabo acciones que condujeron a que descubrieran a Gregory y lo arrestaran en 1960. Su primera sentencia estipulaba diez años de confinamiento en aislamiento casi total, seguidos de diez años de rehabilitación religiosa en una prisión de seguridad media, pero la fecha de su puesta en libertad fue postergándose meses, luego años, sin explicación. Se dedicó a hacer ejercicio y a meditar. Escribió cientos de poemas y ensayos sin papel ni lápiz, los memorizaba y se los recitaba cada día.

Cuando lo conocí, Gregory tenía sesenta y siete años. Habían levantado el muro cuando él tenía catorce; formaba parte de una generación que aún recordaba la vida antes de la Gran Desunión, tras la que tantos hombres acabaron encarcelados que, a mediados de los cincuenta, la tasa de natalidad del Territorio del Sur se desplomó. Esta

tendencia tuvo un efecto colateral muy concreto: el establecimiento de casas de natalidad, hospitales en los que encerraban a cientos de chicas adolescentes para que hombres mayores las dejaran embarazadas, en su mayoría funcionarios y pastores del Gobierno. Los diarios de infancia de X hablan de esas casas de natalidad y describen a las chicas a las que habían mandado a esos lugares, hermanas mayores que acababan de volver. Esas revelaciones cambian la manera en la que puede interpretarse buena parte de su obra performática y fílmica de finales de los setenta, así como su controvertida instalación *La habitación del dolor*. El proyecto de Gregory de asegurarse de que las generaciones más jóvenes del TS no pensaran que esos inhumanos rituales eran lo común fue un acto tan valiente como destinado al fracaso.

En los años que habían transcurrido desde que las fuerzas del Norte lo liberaron de prisión, había empezado a reunir y organizar carteles y parafernalia de propaganda del mundo que había conocido antes de su detención. Su archivo —con gran probabilidad, el más amplio y detallado que existe— se ha convertido en una herramienta de valor incalculable para historiadores e historiadoras de la Era Desunida. Desde 2002, la Biblioteca del Congreso de Douglas (Washington D. C.) alberga el Archivo Charleston.

Cada objeto de su colección era en sí mismo toda una lección de la mitología nacional y los medios de control del TS. Uno de los carteles representaba un panteón de gobernadores sureños como padres amantísimos, seres angelicales. La portada del manual de los Guardianes de la Moralidad tenía una sorprendente ilustración de una iglesia que parecía un juzgado: Cristo como juez y aquellos mismos gobernadores como jurado. Gregory me fue dando contexto poco a poco sobre cada objeto, como si fuera un chiquillo y aquello no fuera más que su colección de sellos, no los desechos de sus captores. Le hice un par de preguntas de cosas que no necesitaba saber antes de poder colar una sobre X, sobre la primera vez que vio a Caroline Walker.

«Carrie Lu», dijo, su voz ya más menuda y sombría, como si pronunciase un panegírico.

Luego procedió:

«Era julio de 1958. Ella tenía trece años, así que ya no iba al colegio. Su madre la había mandado a la biblioteca a investigar cómo mejorar el rendimiento de sus tomateras... Al principio no lo vi claro con Caroline. Llevaba mucha intensidad dentro, y yo no distinguía si era la de la fe o la de la rabia; a veces parecen iguales. Me preguntó por un título concreto, quería leer *Por qué crecen las plantas*, de Bernice Shannon. Huelga decir que ese libro no existe; era una especie de código, el título y la cubierta donde yo tenía escondida la *Antología*

de ensayos y discursos de Emma Goldman.[45] Si Carrie Lu sabía de ese título, uno de los chicos más mayores se lo tendría que haber contado, así que le pregunté por qué quería leer *Por qué crecen las plantas* y me dijo que Paul Vine le había hablado de él. Paul fue uno de los primeros muchachos a quien empecé a darles ciertos libros. Un crío tremendamente avispado, uno de los pocos a los que nunca arrestaron, aunque llegó un momento en el que dejó de resistirse, pero eso poco importa ahora.

»Pero... aquella edición de Goldman tenía todos los clásicos, si mal no recuerdo; el célebre primer discurso que dio como gobernadora, sus mejores ensayos filosóficos, sus textos sobre la ley de matrimonio igualitario... Incluso contenía alguno de aquellos discursos de su primera época, cuando todavía era anarquista; Goldman acabó frustrando a todos. Era una radical para los conservadores, pero los demás sabíamos que había tenido que ceder mucho para llegar tan lejos. Aun así, yo sentía una profunda admiración por ella. Eso no iba a cambiar por nada del mundo, no creo. Mi padre me llevó a verla pronunciar un discurso en Chicago cuando yo tenía once años. Cogimos el tren rumbo al Norte; fue la única vez que salí del Sur antes del muro. Aquello fue a principios de los cuarenta, el periodo en el que Goldman ya se estaba haciendo mayor, pero seguía bastante activa. Con la guerra y todas esas cosas había una sensación de que el fascismo pudiera llegar a Estados Unidos. La propia Goldman se temía una secesión del Sur y, por desgracia, fue bastante clarividente. Eso dijo en el discurso de aquella noche en Chicago y mi padre rompió a llorar. Luego bajó al público y les estrechó la mano a todos los niños. Cuando llegó mi turno le dije que era de Byhalia, de Misisipi, y se puso muy solemne. Supongo que no muchos sureños viajaban al Norte para escuchar sus discursos; y ahí estaba, una de las oradoras y políticas más grandes del país en el siglo XX, una mujer que siempre tenía algo que decir. Se quedó mirándome fijamente, tan callada, después me preguntó si le prometía que iba a servir a la clase obrera y a los pobres de mi estado, y le dije que sí. Fue un paréntesis repentino y solemne en medio de la festividad. Había globos por todas partes. Y algodón de azúcar. No sé por qué, pero recuerdo el algodón de azúcar.

»Cuando la asesinaron y levantaron el muro, bueno, yo la verdad es que aún era bastante joven, solo tenía catorce años, pero me sentí viejo de inmediato. Los hombres lo festejaban en las calles, encantadísimos de que estuviera muerta, y yo no me lo podía creer, sigo sin poder creérmelo. Algo había terminado. No sabía cómo...

»En fin... ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, los ensayos de Goldman, el primer libro que me pidió Carrie Lu. Ya ve que para mí era un libro muy importante. Mi padre tenía un ejemplar antes de que vinieran y se llevaran todos los libros no autorizados. Lo escondimos con algunos

otros en nuestro gallinero».

Gregory se quedó callado. Nancy y él intercambiaron una mirada rápida, quizá sintiéndose demasiado cerca y demasiado lejos al mismo tiempo, ya que cada cual había sobrevivido al mismo régimen despótico, pero habían vivido una vida muy diferente en esos años. Pronto retomó el asunto de Caroline.

«Carrie Lu me vino llorando porque había leído que asesinaron a Goldman el mismo día que había nacido ella, el 9 de abril de 1945. "Señor Charleston, me da tanta alegría y tanta pena al mismo tiempo", me dijo. Tenía incluso la fotografía de la ficha policial de Goldman, la había recortado de un periódico y la guardaba en un relicario».

Eso explicaba el relicario que me había encontrado en una antigua caja entre otros objetos variopintos: un dedal, un abalorio con forma de calavera, un naipe.




Fotografía hecha por la autora.
Caja 1, objeto 19, AX.

«En resumidas cuentas, Caroline enseguida se convirtió en una más —continuó Gregory—. Puede que hubiera seis o siete muchachos que sabían de la colección "ilegal". Yo estaba empezando a conseguir algunos libros nuevos por medio de los canales clandestinos y pensaba que el TS podía cambiar de verdad si las suficientes personas sabían lo que era realmente, aunque no puedo evitar pensar… Bueno, si hubiera sido más estricto con la manera en la que llevábamos las cosas, quizá podría haber evitado la redada».

A continuación, Gregory me contó la historia de su arresto y la farsa de juicio que tuvo; por un instante, se le quedó la cara flácida, ese fugaz rostro de cadáver que aparece cuando vivir es demasiado difícil.

«Estaba en lo correcto con mis ideas, pero me equivoqué con lo que podía hacer con ellas —dijo por cuarta o quinta vez aquel día—. He tenido mucho tiempo para reflexionarlo. Y puede que no esté bien decirlo, pero no soy de esos que piensan que es valiente morir por

aquello en lo que cree. Igual al principio sí que lo pensaba, pero, cuando me enteré de lo sucedido en Fusiles Revelation, supe que era mi culpa. Todos habían sido pupilos míos… Me hizo pensar en si es la verdad lo que a la gente siempre le hace falta. Puede ser tan peligrosa como la mentira… No, mucho más peligrosa que la mentira. Quizá hubiese sido mejor encontrar un modo de vivir en el territorio sin rebelarme, así ninguno de esos críos habría muerto. Puedo perdonarme muchas cosas, pero eso no… Jamás. Fue lo único que me hizo sentir que merecía estar encerrado para siempre».

Me obligué a no hablar; a no decirle que un puñado sí que había sobrevivido. No sabía cómo o si en algún momento Gregory llegaría a saber de ellos.

Clavamos los ojos en la moqueta manchada del motel y no me miró a la cara cuando me preguntó: «De eso está escribiendo, ¿verdad? Del accidente en la fábrica, ¿no?».

Le dije que no, que no estaba escribiendo sobre el accidente.

«Entonces se libró, ¿verdad?».

«¿Quién?».

«Caroline», contestó.

Sonreí de puro nerviosismo, luego fingí estar confusa y le hice una pregunta inocua sobre otro libro de su biblioteca ilegal.

Enseguida Nancy nos dijo que se nos acababa el tiempo, que teníamos que seguir camino; Gregory volvió a mirarme: «Está viva, ¿verdad?».

«No —respondí. No le estaba mintiendo—. No está viva». Le di las gracias por su tiempo y nos marchamos.

Nancy no me dirigió la palabra mientras me llevaba al hotel. El cielo estaba algo plomizo, como cuando hay tornados, pero no hubo ningún tornado. Llovió toda la noche y yo dormí como si fuera otra persona en otro planeta, no una viuda, no yo misma. Soñé que X atravesaba campos de fuego al volante de un camión y que yo estaba sentada a su lado. «Pienso en ti cada día», le dije, pero no me oyó. Me desperté en mitad de la noche con la total convicción —casi demencial, a decir verdad— de que el mundo se habría acabado si ella y yo no nos hubiésemos conocido nunca. Fue una claridad desahuciada, como la que pasa por encima de la cabeza cual nube escueta en un día soleado; un breve intervalo hasta que la verdad regresa; claro que el mundo hubiese seguido adelante, y sin más. Ya no tengo sueños así.

Cuando fui a ver a Paul Vine, creí que no estaba nerviosa. Estaba

segura de que a X, a Carrie Lu, la habían obligado a casarse con él, que no había sido algo tan especial como un matrimonio de amor de juventud o de entusiasmo ciego, pero, aunque lo hubiera sido, la mancha de aquel viejo amor ya se habría borrado hacía tiempo. Vivía a una hora en coche de Byhalia, en el Centro Masculino Greenwood. No entendía qué era exactamente aquel centro. ¿Una prisión? No. Nancy me dijo que no. ¿Un hospital, un manicomio?

Son las instalaciones para hombres que no son capaces de controlarse con la bebida, me explicó.

Vamos, un hospital.

No exactamente. Lo lleva el Estado. Él no tiene obligación de vivir ahí, pero, a la vez, un poco obligatorio sí que es. Es difícil de explicar. Ya lo verá. O no.

El Centro Masculino Greenwood era un gran edificio gris que se erigía tras una puerta de hierro. Después de media hora con los de seguridad, nos permitieron el acceso, pero, cuando Nancy y yo vimos a Paul Vine en el jardín mirando las gallinas corretear a su alrededor, parecía que se le había olvidado que veníamos.

«¿Es usted Paul Vine?», preguntó Nancy.

«Casi siempre», respondió él.[46]

Me presenté.

Dijo: «Ha venido a escuchar la verdadera historia, la verdadera historia de boca de este pelanas, ¿sí o no?».

Enseguida percibí su encanto, su desenvoltura de perro labrador, pero también desprendía algo extraño e irascible. De todas las personas con las que hablé, parecía el menos afectado por la Reunificación; su ropa —una camisa de lino muy desgastada y con varios parches en los codos y unos pantalones de sarga con tirantes— era llamativa, parecía un disfraz. Le pedí que me hablase de Caroline Walker.

«Por qué no —dijo con una sonrisa adusta—. Me gustaría aclarar algunas cosillas».

Hicimos la entrevista en un pequeño invernadero, y, mientras yo preparaba la grabadora, el señor Vine —me había decantado por usar esas formalidades— arrancó unas ramitas de una planta de menta y masticó las hojas.

«De algún lado hay que sacar los chutes en este sitio —dijo él—. Antes mascaba tabaco, pero aquí no me dejan. Solo te dan un pitillo después de comer, pero antes hay que acabarse todo el plato y a mí eso la verdad es que no me apaña. Prefiero no vivir así».

Mascó las hojas de menta y me ofreció. Decliné la oferta.

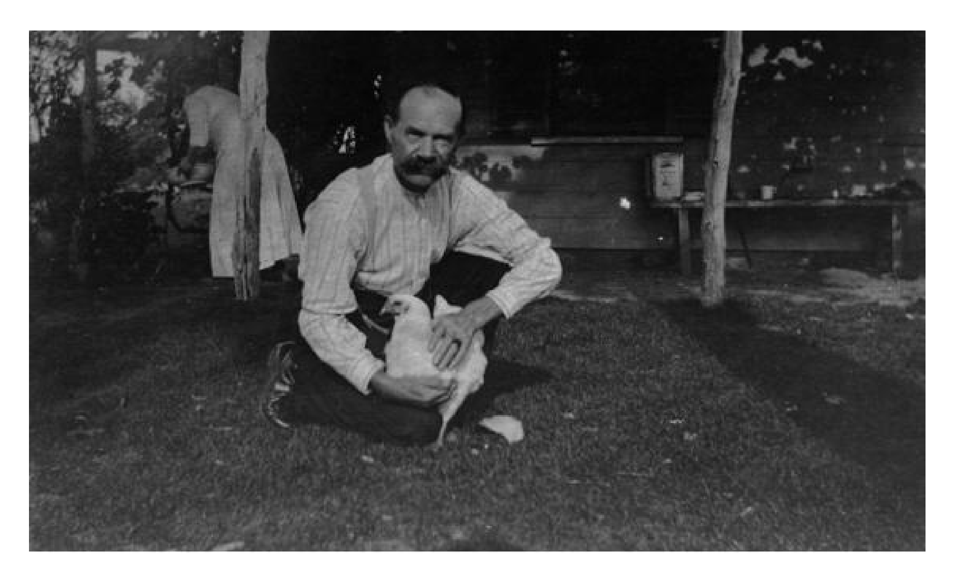
«Costumbres», añadió.

«¿Cuándo conoció a Caroline?».

«Uf, éramos unos críos. Iglesia. A una chica así... no la conoces, no

de verdad... No ha habido un momento en mi vida en el que no la haya querido. Incluso después de todos los líos que armó... ¿A que no tiene sentido? Muchos hombres piensan que todas las mujeres son peligrosas, pero de eso nada. No son las mujeres en sí mismas, sino la compulsión que les generan a algunos... La compulsión es lo peligroso. Las mujeres no. Ni un minuto de su vida son peligrosas, de verdad que no. Pero las compulsiones que a veces se apoderan de dos personas... Con eso sí que hay que tener ojito. De ahí vienen los problemas».

Hizo una larga pausa, escupió la menta y luego se inclinó sobre mi grabadora y le habló muy alto.



Paul Vine, ca. 1990.
Encontrada por la autora.
Centro Masculino de Greenwood.

«El amor es rompible, puede desaparecer. Pero ¡las compulsiones! No se van a ninguna parte. En cuanto te da por una, se acabó. Tú y tu compulsión hasta que la muerte os separe. Y ya ve: cuando ella se fue, la compulsión tuvo que ir a algún sitio. Esa es su naturaleza, ¿lo entiende? No había probado una gota de alcohol en toda mi vida hasta aquella noche. Un mes más tarde, no había un solo contrabandista o fabricante de whisky ilegal del condado al que no conociese. Intenté cuidar de Zeb y claro que quiero a ese chiquillo con todo mi corazón, pero ¡ay, la compulsión! Para mí fue fácil odiar a mi hermano por meter a Carrie Lu en todos esos líos, pero yo seguía teniendo esa compulsión hacia ella y, como ve, a algún sitio tenía que ir a parar. Lo que les estoy diciendo es que la quería y no puedo evitarlo. No puedo evitarlo igual que tampoco puedo pegarle un tiro para que desaparezca. Ahí lo tiene. Eso es lo que tenía que decir».

Me quedó claro de inmediato que el señor Vine no se parecía a nadie que hubiese conocido en el Territorio del Sur —gentes reservadas, desapasionadas, justo el tipo de personas de las que X se compadecía y que no tenía interés en conocer—. La actitud inusual de ese hombre, su primer marido, el padre de su hijo, hizo que me parara a pensar en lo que estaba haciendo. Solo estaba preparada para hablar con una fuente, una persona inocua por quien X no tenía verdadero interés ni a quien hubiese amado. Pero, a mi pesar, atisbé algo en el señor Vine —una agitación, un pulso errático, un cierto poder—, cierto rasgo que nunca había dejado de resultar magnético para mi mujer en una persona.

«¿Podría hablarme del principio?», le pregunté.

«¿El principio? —dijo el señor Vine, luego dio un brinco en el banco y empezó a citar del Génesis con un fingido tono dramático y grandilocuentes aspavientos—: En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba desordenada, ¡y vacía! ¡Y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo! —Siguió un rato hasta que se detuvo de forma abrupta—. Piensa que estoy loco, ¿verdad? Me mira como si estuviese loco».

«No me parece que esté loco», contesté.

«Ajá, ¿y cómo puede estar tan segura?».

El señor Vine se reclinó, sonrió para sí y comenzó a contar la historia.

«Bueno, pues lo primero que tiene que saber es lo oscura que puede ser una noche. Por aquel entonces nadie tenía luz eléctrica; solo nos daban velas por Navidad y había leyes sobre el encendido de hogueras y faroles, así que, durante buena parte del invierno, todo el pueblo se metía en la cama a eso de las siete, las ocho. Incluso ahora que hay gente que tiene luz, por lo menos una parte del tiempo, casi nadie deja las luces encendidas cuando oscurece. Coges un hábito, coges manías, ¿sabe? —Hizo una pausa y sonrió—. Pero la oscuridad también tiene su parte buena. Sobre todo si eres un chaval que está saliendo con alguien con quien no te pueden ver».

Él tenía quince y Carrie Lu catorce cuando empezaron a verse a escondidas al abrigo de la noche.

«Su casa estaba apartada de la calle tras un muro blanco, justo por encima del nivel del ojo —recordó el señor Vine—, y yo encontré un punto detrás de aquel muro donde nadie me veía cuando se ponía el sol. La esperaba durante horas, quizá dos o tres. Daba igual. Cuando salía, exploraba la oscuridad y al principio no me veía, pero sabía que estaba allí. Primero caminábamos en silencio y manteníamos una distancia de un brazo hasta que estábamos seguros de que nadie nos vería y, cuando estábamos ya muy lejos del vecindario, por los campos, nos dábamos la mano y charlábamos. Estuvimos un año

enterito así, sin siquiera un beso. Haciendo manitas y hablando, nada más.

Caminaban en medio de la noche, apartando pinocha a su paso. Nada que fuese a aparecer en una fotografía satélite. Cuando se analiza el Territorio del Sur desde lejos, nadie se detiene a pensar que en mitad de aquel agujero negro —aquel país yermo y oscuro donde encarcelaron, torturaron y asesinaron a millones de personas— también había niños y niñas caminando en la oscuridad, dándose la mano profundamente enamorados. Hablaban de la familia, de los compañeros de clase, la iglesia, pasajes de la Biblia, los libros que habían leído en la biblioteca de Gregory Charleston, si estaba bien o no leer aquellos libros y si los sentimientos que tenían el uno por el otro eran píos o impíos.

«Era lo uno o lo otro —dijo el señor Vine—. Buenísimo o malísimo. De eso estábamos muy seguros..., no sé cómo o por qué. ¿Por qué no podía ser un poquito bueno y un poquito malo? La mayoría de las cosas, y de eso te das cuenta más tarde, tienen un poco de todo, pero a esa edad yo no lo veía así. Aunque cuando se trata de Carrie Lu... Podría seguir contándoles detalles sin importancia o ir directo al meollo del asunto, quitando la paja».

El señor Vine cruzó las piernas, se inclinó hacia mi grabadora y dijo: «Estuvimos enamorados un tiempo y luego intentó matarme».

Hay una breve pausa en la cinta después de la que me oigo decir, como si imitara a otra persona: «Entiendo».

«Me ató a la cama y me apuñaló en la pierna para ir a inmolarse con mi hermano y esa panda de insensatos. Una faena para todos».

Se cruzó de brazos y se echó para atrás, escrutando mi cara —pensé— en busca de pruebas de que me había impresionado; yo aparté la mirada y esperé a que continuase.

«Era una noche normal... Habíamos acostado a Zeb y nos habíamos ido a la cama a dormir... Esas cosas, vamos, una noche normal y corriente, pero entonces me desperté y vi que se estaba vistiendo, lo único que me dijo fue que mejor que no intentara detenerla. Y yo le dije: "¿Detenerte para que no hagas qué?". Y me dijo que ya lo entendería más tarde, así que intenté levantarme, pero me dio un codazo en la cabeza. Me quedé de piedra, nunca había habido violencia de ningún tipo en casa por ninguna de las dos partes y, en cuanto volví en mí, me había atado las manos y una pierna a los postes de la cama, no me podía desatar, ¡que me parta un rayo si miento! Daba patadas con la pierna que tenía suelta sin hacer mucho ruido para no despertar a Zebulon y, de repente, sin más, Carrie Lu me metió una camiseta en la boca, me apuñaló la pierna libre y me ató el tobillo que faltaba. Y se fue, punto. Teníamos una casita detrás de la casa de sus padres, una cabaña que habíamos dejado muy bonita, a

ella le encantaba, la cuidaba muchísimo y, sin más, se largó, y yo ahí, sangrando, nadie me oye y me pongo a pensar que es el demonio mismo el que se ha llevado a mi mujer y que pasarán horas hasta que alguien me encuentre, y que entonces ya será demasiado tarde. No tenía ni veintitrés años y siempre había sido un amor conmigo, y de repente era… así, no sé explicarlo».

En los diarios que conseguí más tarde, la indecisión de Caroline con respecto a su marido es más evidente que para él. «Me caso con Paul con plena conciencia + temor a mi voluntad de autodestrucción —escribe la mañana de su boda—. Parece que el Señor quiere que me case con él, pero quizá también quiere que yo estalle».[47] En la página anterior a esta entrada había copiado un pasaje de *Historia de ciertas mujeres*, de Marguerite Yourcenar, uno de los libros que Gregory Charleston había incluido de manera clandestina en la biblioteca, disfrazado de un ejemplar de las *Confesiones* de san Agustín:

> Yo, esposa sonriente, prometo lo que sigue. Con una nueva identidad, ¿aplasto mi infancia y el nombre de mi padre, como mi madre hizo con el del suyo? ¿Es artificial mi sonrisa cordial? ¿La luz imita a la luz? […] Cordelia no quiso ser falsamente cordial con su madre. ¿De quién es la sonrisa? ¿Es la sonrisa el Gran placer de la alta sociedad por su poder vesúbico de forzarme a entrar en la guarida de la Costumbre, o un rayo de sol para calentar mi cordial aquiescencia? No hay cordeles en la cordialidad.[48]

El señor Vine había cometido el error habitual de ver en la ausencia de conflicto la presencia de devoción. En un diario más tardío, cuando no habían pasado ni tres años desde su boda, X observaba: «En el matrimonio, cada deseo se convierte en una decisión». Más tarde es aún peor: «Quienquiera que haya inventado el matrimonio es un ingenioso torturador. Es una institución comprometida con el embotamiento de los sentimientos. El propósito del matrimonio es la repetición. Su mayor aspiración es la creación de mutuas y sólidas dependencias».[49]

Mientras ella estaba limpiando la casa de su marido y criando al hijo de su marido y haciéndole la comida a su marido, era profundamente consciente de que el estandarte bajo el que se afanaba, el de la familia, lo ondeaba y lo enarbolaba y lo poseía él y solo él. Había sido más dueña de su vida de niña, cuando era ella la que le decía a él cuándo ir a visitarla, dónde quedarse, cuánto tiempo esperar. Decidían juntos por dónde pasear, y sobre qué hablar, y cuánto tiempo estaban por ahí. Cuando se casaron, su cuerpo y su tiempo se convirtieron en propiedades de su marido. Pero no es de extrañar que al señor Vine le sorprendiese tanto la marcha de su esposa; nunca se había enfrentado a su presencia con la suficiente

profundidad para imaginar que pudiera ser contingente.

«A veces me preguntaba si no fue... Bueno, me pregunto si el problema, la razón por la que acabó envuelta en el extremismo de Billy, no era más que un problema que venía de que no habíamos tenido más hijos —dijo—. Una vez que tuvo a Zebulon, ella... Bueno, es natural que tener hijos te cambie, ¿no? Quizá ella era el tipo de mujer que necesita cambiar un par de veces antes de estar satisfecha con la vida. Yo no conseguía entender por qué Dios no nos daba más hijos. Sigo sin entenderlo, aunque no pierdo el tiempo culpando a Dios, ya no».

Gregory Charleston había comentado que todos sus acólitos leían un libro sobre salud reproductiva, ya que el control de la natalidad de cualquier tipo estaba prohibido, por lo que es posible que X supiera cómo evitar otro embarazo. Lo que yo no acababa de ver claro era cómo se había permitido quedarse embarazada la primera vez: si fue un error de la pasión, un mal cálculo de días o elección suya. No fui capaz de localizar ninguna entrada de diario o algo que ella escribiera al respecto. En sus papeles casi nunca hace referencia a la existencia de su hijo.

«¿Está usted casada?», preguntó de repente el señor Vine.

«Sí», le dije, y me di cuenta de inmediato de que ya no era verdad.

«¿No le pasa a veces cuando mira a su marido que no tiene ni idea de quién es, ni un poquito?».

Noté que Nancy también esperaba mi respuesta. Varios periodistas me habían avisado de que la idea misma de la homosexualidad desconcierta y horroriza a la mayoría de los sureños, así que no le corregí lo de «marido». Negué con la cabeza y le dije que no sabía si lo estaba entendiendo.

«Mi segundo matrimonio se me dio un poco mejor —continuó el señor Vine—, ya tenía claro que el mero hecho de estar casado con alguien, incluso de tener hijos juntos, no significa tanto como parece. El matrimonio no tiene un poder especial. Yo no estaba más que en la periferia, viviendo con pistas, intentando recabar más... Pero quizá no sé nada sobre el matrimonio, ya que, claro está, mi segunda mujer me dejó por culpa de la bebida y la Iglesia no te da una tercera oportunidad. Y, mire lo que le digo, la verdad es que no creo que deban darla. Igual yo no tenía pasta de marido y fui desde siempre un caso perdido. Se me olvidan demasiadas cosas, se me olvida lo que me han dicho o lo que yo he dicho».

Sacó la cartera y me tendió un trozo de papel que había guardado durante muchos años, la nota de despedida de Carrie Lu, de la noche en que desapareció.

«Llevo esto encima siempre desde entonces y sigo sin saber de qué habla. No sé qué me dijo "aquella noche" y no sé a qué se refiere con

“llamada a distancia” y no sé por qué pensaba que estar casada “silenciaría” algo. ¿Silenciar el qué? Lo único que me viene a la cabeza es que había momentos, de vez en cuando, en los que se le ponía una cara seria, miraba al infinito por la ventana o removía algo que estaba al fuego... Esa expresión solo la adoptaba cuando pensaba que nadie la estaba mirando... Y yo a esa mujer no la conocía. Puede que conociese a otras de las que era a lo largo del día, pero a esa no. ¿Cómo iba a conocerla? Esa me asustaba... Pero nunca pensé que fuera a largarse. Nadie dejaba a nadie, nunca, era prácticamente imposible. No me hace bien pensar en... Aun así, sigo dándole vueltas, una y otra vez, pensando que, a lo mejor si yo hubiera sido otra clase de marido, ella nunca habría estado en aquella fábrica aquella noche».

El señor Vine se quedó un buen rato en silencio después de aquello y supe que perderla también había acabado con él. Aunque no era un consuelo estar con alguien cuyo dolor reflejaba el mío. No sé qué era. Negó con la cabeza.

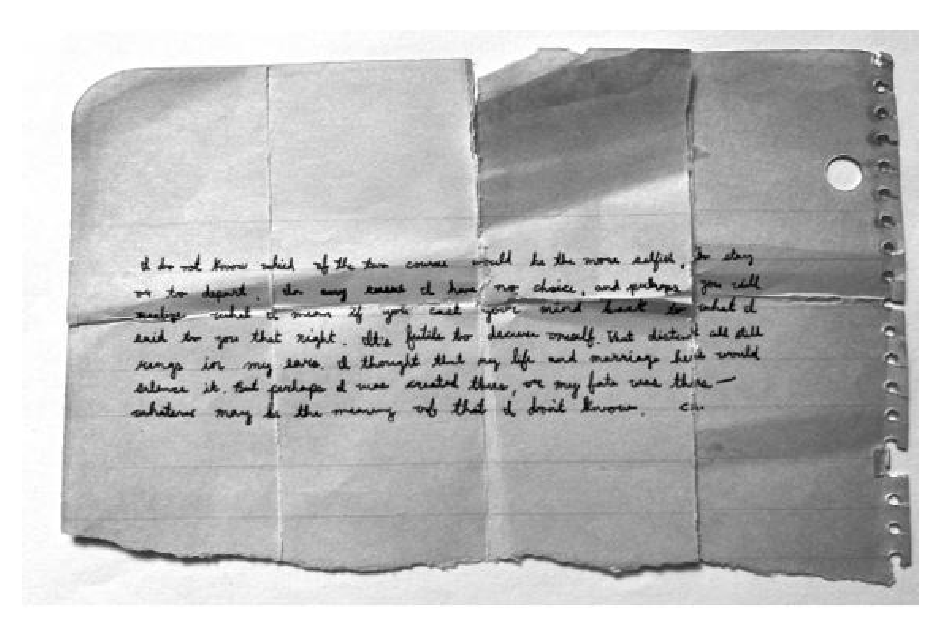
«Lo que le he dicho antes... Bueno, lo digo siempre, pero no es del todo verdad... No intentó matarme. Sí, me apuñaló. Muy rápido, en una pierna, no fue muy profundo. Sé que no se habría tomado todas las molestias de mandarme al otro barrio».

(Una noche, poco después de conocer a X, me dijo que, cuando hacía memoria de las personas de su vida que la habían abandonado, le parecía que estaban muertas, y que cuando pensaba en las que ella había abandonado, a veces sentía que las había matado. Le dije que eso parecía indicar que tenía en muy alta estima su propia compañía; que para la otra persona significaba la muerte que se le negara su presencia. Se rio. Puede ser, me contestó. Llevábamos tan poco tiempo enamoradas, estábamos pasando uno de esos días infinitos en la cama, delirando sobre lo nuestro. Pero ¿quién te iba a abandonar a ti?, le pregunté. ¡Imposible! Yo acababa de dejar a mi marido para estar con X, y mi padre había abandonado a mi madre cuando yo era una niña, así que pensé que sabía de qué hablaba en cuestiones de abandono. Pero claro que no. No de verdad. No entonces. No hablemos de estas cosas, me dijo, y aquello se convirtió en un pacto. Cuando alguien se acaba de enamorar no para de hurgar en la tumba de la otra persona, yace en el suelo, sonriendo, saca la tierra a puñados, con las manos limpias. Casi nunca hablábamos de quienes nos habían abandonado o a quienes nosotras habíamos abandonado. Para nosotras, estaban todos muertos).

«Dicen que las mujeres de aquí eran más felices antes de que las liberaran —dijo el señor Vine—. ¿Ha oído algo al respecto? ¿Lo ha leído por ahí?».

Se refería a un estudio reciente sobre la salud mental de las mujeres del Territorio del Sur posteocracia que habían llevado a cabo

investigadores e investigadoras de sociología y psicología.[50] Aunque ahora las mujeres eran libres de comportarse como quisieran —trabajar, viajar, interrumpir un embarazo, denegarle al marido sexo no retribuido—, una mayoría afirmaban sentirse atrofiadas y con malestar, abrumadas por el lastre de tener que tomar decisiones.


I do not know which of the two courses would be the more selfish, to stay
or to depart. In any event I have no choice, and perhaps you will
realize what I mean if you cast your mind back to what I
said to you that night. It's futile to deceive myself. That distant call still
rings in my ears. I thought that my life and marriage here would
silence it. But perhaps I was created there, or my fate was there—
whatever may be the meaning of that I don't know. C.L.

Texto de la imagen: No sé cuál de los dos caminos sería más egoísta, quedarme o marcharme. En cualquier caso, no tengo elección y puede que te des cuenta de a qué me refiero si haces memoria y piensas en lo que te dije aquella noche. Es inútil engañarse a una misma. Aquella llamada a distancia sigue sonando en mis oídos. Pensaba que mi vida y el matrimonio aquí la silenciarían. Pero quizá me crearon allí o mi destino estaba allí... No sé lo que significa, sea lo que sea. C. L.
Objeto, Catherine Lacey. Texto de *Season of Migration to the North,* de Tayeb Salih, pp. 66-67.
CML, foto de 1999, AX.

Algo incluso más extraño es que la caída del Territorio del Sur coincidiera con un aumento dramático de diagnósticos, casi en exclusiva femeninos, de migrañas, vértigos, trastornos digestivos, temblores, alergias dermatológicas, insomnio y otras afecciones. (Se hizo evidente antes de que se introdujesen cambios en el sistema sanitario del ATS, de precios prohibitivos además de ineficaz; es decir, el aumento de atención médica tras la abolición de los seguros privados de salud no fue el desencadenante de la tendencia). Por ejemplo, en un condado de Alabama, en el otoño de 1996, más de una veintena de mujeres y un hombre sufrieron crisis de atonía —caracterizadas por una pérdida repentina del tono muscular que provoca que el cuerpo caiga al suelo, paralizado, por un periodo de quince segundos a tres minutos—. En Tupelo (Misisipi), no muy lejos

de Byhalia, setenta y dos mujeres fueron diagnosticadas con casos graves de síndrome de resignación, un trastorno psicológico poco frecuente por el que una persona se niega a comer, hablar o incluso a moverse. Aquellas amas de casa se limitaban a meterse en la cama y allí se quedaban hasta que las trasladaban al hospital o a la morgue. [51]

Ese tipo de trastornos provocados por el estrés en el ATS fueron idénticos a descubrimientos similares sobre mujeres que habían sido liberadas de regímenes comunistas en Europa en aquella época, aunque por razones casi opuestas. En teoría, la igualdad de los sexos era una parte integral del comunismo posterior a la Segunda Guerra Mundial en el bloque del Este. Se educaba a las mujeres junto a los hombres y conformaban una parte importante de la mano de obra del país. Había permisos de maternidad obligatorios y guarderías gratuitas, y, aunque aquello no eliminó la discriminación social, esas mujeres tenían vidas estables, predecibles. Mientras que las mujeres del Territorio del Sur estaban subordinadas a los hombres en todos los sentidos, lo que les faltaba en términos de igualdad lo compensaban con el fervor de su fe y las estructuras religiosas en las que vivían. Del mismo modo que sucedía en el bloque del Este, el coste de oportunidad por dar a luz en el Sur era bajo, pero la maternidad también era la única salida que tenía una mujer. Es evidente que, tanto en el TS como en el bloque soviético, los medios de comunicación estaban sometidos a un control estricto —no había acceso a la información sobre cómo era la vida más allá de sus circunstancias—. Tanto detrás del telón de acero como intramuros del TS, la carga de la posibilidad era del todo desconocida. No era la igualdad lo que hacía que las mujeres se contentasen, sino los límites; del mismo modo que una ignorancia feliz puede prosperar en las condiciones más terribles.

Contando con todo esto, escuché las palabras del señor Vine, que decía que el TS era un lugar mejor para las mujeres de lo que la gente pensaba, que su mujer (mi mujer) había confundido la simplicidad de su vida como una forma de opresión, nada más. Esa es una de las realidades más oscuras y menos contestadas de los gobiernos autoritarios: que el animal humano es manso, fácilmente manipulable. Nadie quiere admitir que quizá también sería capaz de vivir bastante felizmente en una simulación, en un simulacro de vida. Nadie quiere creer que, en el fondo, le interesa más la comodidad que la verdad.

«Fue culpa de Gregory Charleston, ya lo ve —dijo, apartando la mirada—. ¿Va a hablar con él?».

Sabía que tenía que evitar responder, pero el señor Vine no esperó a mi respuesta.

«No deberían haberlo soltado. Tiene las manos manchadas de

sangre».

Le agradecí su tiempo y le dije que ya nos teníamos que marchar, luego volví a darle las gracias, aunque en la cinta suena más profesional de lo que me sentí en aquel momento. Justo antes de irnos, me preguntó por qué la había elegido a ella, a Carrie Lu, entre todas las personas a las que podría haber estudiado. La grabadora ya no estaba encendida y no recuerdo muy bien las explicaciones que le di, solo que le mentí y esperaba que no cazara la mentira, y, cuando me preguntó si la había conocido en persona, noté un hormigueo y que me entraban escalofríos. Insistí, aturullada, en que no la había conocido, era imposible, yo me había criado en el Norte y ella había muerto en el Sur. Esa mentira me salió con más facilidad de la que hubiese esperado.

Así que murió aquí, ¿eh?, preguntó.

Nancy tenía los ojos clavados en mí. Yo asentí con la cabeza.

Claro, dijo el señor Vine. Luego, con una sonrisa —más siniestra, menos encantadora— se me acercó mucho y me dijo que era una pena que nunca hubiese conocido a Carrie Lu, pues era una persona muy singular. No es que fuera particularmente guapa, aunque estaba bien, tampoco fingía ser feliz todo el rato como hacían las demás mujeres, pero tenía otra cosa. *Era como un agujero negro o algo parecido, un halo de gravedad*, añadió. *A medida que te haces mayor, se supone que hay cosas que ves más claras, pero con ella nunca tuve nada claro. No lo entiendo. Es que no lo entiendo.*

Me sentí muy cerca de él, cerca en contra de mi voluntad. A pesar de todos los problemas que X me había causado y a pesar de todas las falsedades que me tocaba desenmarañar, y a pesar de la rabia que sentía a veces aquellos días hacia ella, quería y sigo queriendo ser singular en la vida de X. ¿A eso se reducía todo? ¿Era un intento de demostrarme a mí misma que era irremplazable, la vencedora, el amor más crucial y verdadero de su vida? Entonces no sabía que intentar corroborar esa fantasía acabaría por desmontarla.

Cuando Nancy y yo pasamos los cacheos y los arcos detectores de metal del Centro Masculino Greenwood, uno de los guardias armados me sonrió y dijo: «Dios la bendiga», y sentí que lo decía de verdad, a pesar de las armas. Fue un recordatorio de las enormes paradojas de una visión religiosa del mundo que entraña tanta esperanza aturdida y romántica como el fatalismo; la posibilidad del cielo para algunas personas y la certeza del infierno para otras. Uno de los aspectos más difíciles y menos explorados de la Reunificación, según yo lo veo, es el imaginario del Norte. ¿Cómo podemos ver más allá de hombres que operaban la maquinaria de un siniestro Gobierno teocrático

hipercapitalista y atisbar la humanidad que había en ellos? ¿Cómo verlo a través de esa fe en el poder de Dios, la Iglesia y la autoridad que lo impregnaba todo y que castraba sus propias necesidades y deseos en aras de lo divino? No es que la gente del TS oprimida por su género, pobreza o raza viviese engañada, como tantas personas en el Norte parecen decididas a seguir creyendo, sino que su capacidad para amar un concepto tan gigante y atractivo como el de Dios se usaba en su contra una y otra vez.

Según una exhaustiva investigación que llevó a cabo la periodista Imara Jones, la gran mayoría de las personas de raza negra del Sur —tras varios alzamientos en los años cincuenta— aceptaron de manera tácita que la estructura profundamente racista de su sociedad, el viento de cola de la esclavitud, era, simple y llanamente, «el plan divino».[52] Entretanto, mientras gobernadores y predicadores se regodeaban en el poder y la riqueza, el fervor religioso que compartían los ciudadanos de a pie a menudo creaba redes de inmensa caridad y armonía fuera del alcance de las autoridades.

En la primera década de la formación del TS, las nuevas leyes fluctuaron entre extremos. Después de su abolición en 1945, se reinstauró la pena capital y la ejecución pública por ahorcamiento o lapidación era una práctica común a finales de los cincuenta. Los enormes refugios para personas sin hogar que se establecieron en edificios que el TS había confiscado —imprentas de prensa, teatros, salas de baile, etcétera— funcionaron a la perfección durante casi una década, igual que las cantinas públicas que alimentaban tanto a personas sin techo como a familias con bajos ingresos. Proliferaron las granjas, los huertos y las fábricas textiles, con lo que se crearon economías autosuficientes donde antes hubo situaciones de pobreza extrema. No obstante, hacia finales de los años cincuenta, el Estado impuso un control estricto sobre el sistema de refugios y se valió de leyes antimestizaje para volver a segregar esas comunidades. En la década de los sesenta, aquellos refugios ya funcionaban eminentemente como campos de concentración para grupos de personas que no se consideraban aptas para la vida en sociedad.

Otras muchas políticas liberales —justificadas en un principio con fundamentos religiosos y más tarde revocadas por otros fundamentos religiosos— vivieron su auge y caída en los primeros años del TS. Quizá la más notable sea el Referéndum de Reparaciones de 1949, que se aprobó por un margen estrecho tras años de debate. La ley determinaba que se enviaran cheques semanales a todos los ciudadanos adultos del TS que pudieran demostrar que habían tenido un pariente que había estado esclavizado. Las pruebas que se exigían para demostrarlo variaban entre condados, pero a mediados de los años cincuenta, cuando el programa estaba en su momento álgido,

este beneficiaba al menos a un ochenta y dos por ciento de la población negra del TS. Ya en 1961, no obstante, cuando algunos sureños negros empezaron a alcanzar un estándar de vida que rivalizaba con el de sus pares blancos, los pagos se interrumpieron sin explicación.

En zonas más rurales del Sur —puntos aislados que escapaban a las campañas de propaganda del TS y a las lapidaciones públicas—, diversas organizaciones políticas comunitarias fusionaban los valores del Nuevo Testamento con ideas anarquistas. Esas comunidades autosuficientes y radicalmente generosas construyeron carreteras y canalizaciones, compartieron recursos de forma igualitaria y, como es natural, prosperaron.[53] Como sucedió con el sistema de refugios, su éxito desembocó en su desaparición: el Gobierno central intervino para desmantelar cualquier programa de ayuda comunitaria por considerarse que entraban en contradicción con la ética protestante del trabajo del TS. Una sociedad radicalmente benevolente luchaba por ver la luz, pero los dictadores siempre aplastan a los idealistas.

Mientras nos alejábamos de Greenwood, empecé a ver la huella que ese lugar había dejado en mi mujer y casi oía, de nuevo, aquel tono sombrío que adoptaba su risa cuando surgieron rumores de que había nacido en el Sur. X siempre había impuesto una vara de medir extrema para el amor y la devoción; creía que dos personas que se aman de verdad han de ser capaces de leerse la mente, uno de cada tres pensamientos debía ser para mi esposa, que no debería necesitar la compañía de nadie más y, si en algún momento parecía apartarme de esa visión de lo que era o debía ser el amor, su gesto adoptaba una expresión infantil, un menosprecio de chiquilla, dolida por lo que consideraba un fallo por mi parte. Una historia violenta y una creencia romántica en un amor divino y que todo lo abarca encajaba bien con el lugar en el que se había criado. Ella —una mujer nacida el mismo año que el muro, siempre desconcertada, inquieta, en guerra consigo misma— no podía haber nacido en ninguna otra parte.

Pero ¿de qué sirve esta claridad *post mortem*? ¿Será esta la manera que tenemos de vernos unos a otros? ¿Solo podemos hacernos una idea clara de la otra persona cuando ya estamos demasiado lejos para tocarnos?

La tarde vacía de mi penúltimo día en el TS acababa de llenarse, me dijo Nancy; la oficina, de forma inesperada, había tenido noticias de Zebulon Vine, el hijo de Carrie Lu.

X se había guardado tanto secretos que el de su hijo, quería yo

creer, era uno más y punto. Nada significativo. Dar a luz es algo corriente, un acontecimiento biológico básico. No tenía por qué definir a mi esposa ni a ninguna otra mujer. Sin embargo, debía admitir que el hecho de que tuviera un hijo me inquietaba. Ese niño, ese hombre, todo un ser humano que había empezado dentro de su cuerpo; cuando pensaba en él sentía un duelo invertido. Yo tenía cuarenta y un años, pero nunca me había sentido más extrañamente ingenua.

Aunque X parecía tener una opinión compleja y libre sobre todo, no recordaba haberla oído hablar de tener hijos, y aun así hubo una noche al principio de nuestra relación en la que le dije que a mí no me interesaba la maternidad y ella se limitó a responderme: *No es más que una cuestión de existencia o de inexistencia, por lo que ni es una cuestión ni es nada.* No supe muy bien qué me quería decir con aquello y tampoco le pedí que me lo explicara; me daba miedo que se frustrase por que yo no captara el sentido a la primera. Ahí quedó el asunto.

Entre la entrevista con el señor Vine y esa reunión de último minuto con Zebulon, Nancy me dejó descansar una hora en el hotel y fue entonces cuando empecé a notarme bastante enferma. Estaba segura de que aquel chico me calaría, que me reconocería como ladrona, como impostora, como parte del mundo que se había llevado a su madre. Me regañé por tener esas ideas tan fantasiosas, virando bruscamente del miedo a la vergüenza al miedo mientras intentaba convencerme de que sabía lo que estaba haciendo.

Cuando Nancy y yo llegamos aquella tarde a casa de los Walker, donde estaba programada la entrevista, Angela abrió la puerta ataviada con un vestido verde claro; el pelo, una nube gris de laca. Llevaba los labios pintados de color leonado, un lujo nuevo, lo sabía; hacía muy poco que se podía adquirir pintalabios en el ATS. Nos ofreció un café y una cestita de pan de maíz caliente.

Siempre hago cuando Zabby viene de visita.

Lo tienes malcriado, dijo Leon.

Qué bien volver a tener compañía, ¿verdad que sí?

Esperamos casi una hora a que llegase Zebulon. Leon y Angela se bufaban como gatos viejos. Ella le decía que estaba senil; él, que sabía que ella lo quería envenenar, que la idea debía de habérsele pasado por la cabeza.

Vaya ocurrencias, dijo ella, clavando la mirada en el suelo. *Vaya ideas de bombero.*

Por fortuna, sonó el timbre.

Zebulon tenía treinta y siete años y los ojos de X —maldito sea— y la misma nariz. Pero la boca, la mandíbula, las manos eran diferentes; del señor Vine, quizá, aunque ya se me había olvidado su cara. El hijo llevaba unos pantalones de vestir azules y lisos, una camisa gris con

una mancha y se comió tres pedazos de pan de maíz uno detrás de otro mientras yo le hacía una serie de preguntas absurdas y tímidas a las que respondió sin rodeos.[54]

«No me acuerdo».

«Es que ha pasado mucho tiempo».

«Me cuesta recordar».

Luego, como si se estuviera cansando de ser él mismo, de pronto adoptó un tono distinto, formal y afectado: «Francamente, no tengo constancia» y me guiñó el ojo.

Por un segundo vi una de las caras de X emerger en la suya y di un respingo. Zebulon miraba hacia arriba mientras hablaba y hacía largas pausas en mitad de las frases, igual que ella. Aunque aún no me había dicho nada que me resultara útil, volví a sentirme abrumada y me excusé para ir al baño a intentar relajarme. Cuando volví, la señora Walker me preguntó si estaba bien:

«He oído que los norteños son de estómago sensible —dijo, incisiva —. Me pregunto por qué será».

Como yo era incapaz de llevar la entrevista por alguna dirección con sentido, a veces la señora Walker interrumpía para presumir sobre los días de Zebulon como *quarterback* en el instituto, sobre sus voluntariados, sobre sus habilidades como carpintero, una profesión que parecía complacerla y disgustarla a partes iguales. «Mis otros nietos han acabado en campos más intelectuales: dos abogados, un pastor y dos doctores, así que es bueno tener un manitas en la familia, ¿verdad que sí?».

En cierto momento, Leon intervino en el monólogo de la señora. «¡El tema es Carrie Lu, no Zeb! —gritó—. Esta señora no está aquí para saber nada de Zebulon».

«No seas tan maleducado», dijo Angela.

«Una cosa le digo sobre Carrie Lu —siguió Leon—. El caso es que… no era como nosotros. No era una verdadera Walker».

«¿A ti qué mosca te ha picado? —gritó Angela, consternada—. ¡Pues claro que era una Walker! Era nuestra hija y este era su sitio, como el de todos nosotros. Querida, tendrá que borrar eso de la grabadora… Está claro que con la edad que tiene a Leon se le va la chaveta. Qué cosa *tan* trágica».

Nos quedamos en silencio un instante. Luego le pregunté a Leon qué había querido decir, pero Angela me reprendió antes de que él pudiese responderme:

«Señora reportera, no sé qué está insinuando, pero creo que me debe una disculpa. No me cabe en la cabeza que haya venido hasta aquí, que la hayamos invitado a nuestra casa por segunda vez y que usted se comporte tan mal con nosotros».

«Ha pasado muchísimo tiempo y Carrie Lu ya no está —le dijo Leon

a su mujer—. No entiendo por qué no puedes ser sincera y admitirlo».

Angela le gritó, pero Leon cogió la grabadora y le habló directamente:

«Te haces viejo y algunas cosas ya te dan igual, ya no te controlan como antes. Carrie Lu ya no me quita el sueño. No tengo que responder por lo que hizo. No tengo que dar explicaciones. Ella no tenía nada mío. Su maldad era *suya* y de nadie más».

Angela le arrancó la grabadora de las manos y la sostuvo con firmeza unos segundos, al final me la devolvió. En el rifirrafe le habían dado al stop. Nancy metió baza y dijo que mejor si nos íbamos yendo, y, mientras Zebulon firmaba uno de los papeles de las autoridades, lo miré una vez más antes de marcharnos, sin decir adiós a nadie, y salí para esperar junto al coche.

Aquella noche en el hotel sonó el teléfono. Contaba con que fuese Nancy confirmando la hora de recogida para ir al aeropuerto a la mañana siguiente, pero era Jeremiah, de recepción, preguntándome si esperaba visitas. Le dije que no y, como un niño que se está probando una formalidad que le queda varias tallas grande, me contestó que había dos caballeros que solicitaban verme. De fondo, oí una conversación en sordina, y, cuando los murmullos se apagaron, Jeremiah me dijo que los caballeros se habían marchado. ¿Habían preguntado por mí directamente, por mi nombre? Me dijo que sí y luego se disculpó, confuso.

Unos minutos más tarde, el teléfono volvió a sonar; era Nancy preguntándome si estaba bien y, sin esperar mi respuesta, me dijo que no bajara al vestíbulo hasta que me llamara para bajar a la mañana siguiente. Que no recibiese visitas ni atendiese llamadas durante el resto de mi viaje, que cualquiera que intentara contactar conmigo saltándose los canales oficiales del ATS estaba quebrantando la ley.

Le dije que lo entendía. Recordé que el año pasado le habían dado una buena paliza a un periodista en el aparcamiento de un hotel en Carolina del Sur. No había muerto, por lo que el incidente no tuvo mucha cobertura mediática, pero el hombre, machacado, alargaba las noches en el Café Loup de Manhattan con muletas y un parche en el ojo, contando una y otra vez la historia para que sirviera de aviso. Sus asaltantes huyeron antes de que los identificaran, pero se sospechaba que formaban parte de un grupo de resecesionistas llamado Kampaña de Libertad Americana, la KLA, un grupo terrorista nacional que estaba cogiendo vuelo en el ATS.

Por quedarnos tranquilas, me dijo Nancy, lo mejor es que me apartara de las ventanas y apagara las luces de la habitación. Le dije que de acuerdo. Nos dimos las buenas noches. No dormí.

Cuando Nancy me llevó al aeropuerto de Memphis a la mañana siguiente, yo no sabía si algún día volvería al Territorio del Sur. Ya tenía en mente solicitar otro visado de viaje para entrevistar a los muchos hermanos y hermanas que tenía X, otras amistades y familia política, pero me denegaron cada nueva solicitud. Mis intentos de contactar con Nancy a través de la Agencia de Mentorías de Viaje no dieron frutos y cada carta que les escribí a los Walker o a Bree Morton me llegó devuelta con un sello de «entrega imposible». En enero de 2002 volé a Memphis sin visado, ya que se habían levantado algunas restricciones de viaje, pero, después de que la Alianza Policial de la Reunificación me interrogara durante dos horas, me enviaron de vuelta a Nueva York. Era por mi propio bien, me dijeron; mi nombre tenía un código rojo y figuraba en la lista de entrada no permitida, aunque tuvo que pasar otro año hasta saber el porqué.

Los hermanos de Bree Morton formaban parte de la KLA. Cain Morton fue elegido presidente en 1999 y Joseph Morton era su oficial de justicia. Allá por la época en la que yo había visitado el ATS, la periodista Rachel Kaadzi Ghansah había emprendido una investigación revolucionaria sobre la KLA.[55] En una entrevista telefónica con Cain Morton, él le había detallado los planes del grupo para reclamar el Territorio del Sur y restablecer su independencia.

«Para mí, los modelos clave son Hitler y Gandhi —dijo Cain—. Soy un hombre normal. Soy simpático. Agradable. Soy un hombre normal y corriente con los pies en el suelo y, a pesar de eso, mi Gobierno me considera tanto un héroe como un enemigo. Tengo cuarenta y nueve años, y aquí estoy, hablando con *The New York Times*. Claro que soy un extremista. Un dictador. Pero esto no es una democracia. Es una sociedad autoritaria. Con el tiempo me daréis la razón».

En el transcurso de su investigación, Ghansah asistió de encubierto a la barbacoa anual de Fusiles Revelation, una celebración pública de las muertes de los siete hombres y mujeres que se creía que habían perdido la vida en el ataque terrorista frustrado de 1968. Aquel año, el 2000, el ritual de arrojar siete espantapájaros a una hoguera había sido cancelado, ya que la KLA acababa de descubrir documentos desclasificados en los que se indicaba que Ted Gold, Kathy Boudin y Carrie Lu Vine habían escapado del TS aquella noche. En su lugar, se quemaron cuatro espantapájaros y Cain Morton pronunció un discurso en el que juraba que se haría justicia con los otros tres.

Ghansah también descubrió que la hermana de los Morton, Bree, llevaba desaparecida desde finales de 1999. Aunque Cain y Joseph habían presentado una denuncia, escribieron su nombre como Mary Magdalene Morton; según las fuentes de la periodista, con lo reciente

que era el cambio de nombre de Bree, el caso acabó en una especie de remolino burocrático. Nunca se llevó a cabo una investigación formal de su desaparición, aunque varias fuentes anónimas confirmaron que una turba de hombres la había matado a pedradas; una lapidación capitaneada por sus hermanos por permitir a una periodista del Norte entrar en su casa. Según parece, aquella periodista era yo.

«En el pueblo, todo el mundo sabe lo que pasó —le dijo una fuente a Ghansah—, pero nadie quiere oírse diciéndolo en voz alta. Mejor no saber… Date cuenta de que aquí todos pertenecemos a la Iglesia de Mejor No Saber».

Se da por hecho que alimentaron a los perros con el cuerpo de Bree Morton.

De los muchos pasos en falso que di —aunque parece que en casi todos metí la pata— ninguno tuvo un coste tan alto como haber pasado por alto una pista que X me había dejado años antes de su muerte.

Detrás de nuestro chalet, en uno de los postes de la valla de la puerta del jardín, había una caja de metal incrustada en la madera. X la había instalado durante nuestro primer verano alejadas de la ciudad. La parte delantera tenía grabadas las palabras EN CASO DE —la preposición colgando, sin complemento— y X nunca me dijo para qué era la caja ni yo tampoco me molesté en preguntárselo, pues de forma innata pensaba que suscitaría una de sus miradas fulminantes y de decepción que aparecían cuando preguntaba algo para lo que ella creía que ya debería saber la respuesta.

A medida que fui recuperando capacidades básicas en los meses que siguieron a la muerte de X, pensé varias veces en la caja de metal, consciente de que ya habíamos llegado y habíamos pasado el «en caso de» en cuestión, aunque solo era capaz de mirarla a cierta distancia, sin acercarme demasiado, al tiempo que sabía que una persona más fuerte, más razonable, la habría arrancado de inmediato del sitio y la habría abierto, como me ordenaba con toda claridad.

Unas semanas después de mi visita al ATS, en un arranque de temeridad, pero sin tener nada que destrozar, cogí una palanca del garaje y solté la caja del poste de madera. Salió con más facilidad de la esperada, aunque me encontré con que no tenía ni tapa ni pestillo ni cerrojo: no había manera obvia de abrirla. Era una tarde plomiza, encapotada, jaspeada de erráticas ráfagas de viento, mientras me mantenía ante la caja y la aporreaba hasta que una de las soldaduras reventó y saqué una nota muy enrollada. Cuando la desenrollé, me encontré la pulcra caligrafía de X llenando aquella página larga y sin bordes, y, pese a que mis ojos se habían acostumbrado con los años a

leer su meticulosa letra, ahí era tan pequeña que solo conseguí descifrarla con lupa. El documento, embrollado con jerigonza legal y cláusulas apiñadas sobre cláusulas, decretaba afanosamente que las únicas personas que tendrían acceso ilimitado y permisos de uso de su archivo para que lo empleasen como consideraran oportuno eran los miembros de BASEL/ART, es decir, la asociación de Personas Americanas Negras por la Igualdad y Liberación del Sur a través del Arte, la Resistencia y el Terror, por sus siglas en inglés.

No me pilló del todo por sorpresa. A menudo X había hablado del grupo como lo único que le daba esperanzas sobre el futuro del arte en el Territorio del Norte, una opinión que había hecho explícita en su ensayo más controvertido y con el que había quemado muchos puentes: «La notable pereza del artista del Territorio del Norte», una extensa diatriba con frecuencia citada como prueba de su genio como crítica o de su crueldad como persona:

> Pocas ideas son más mentalmente tóxicas y estéticamente aburridas que la de que el «arte» es resultado de la expresión artística del «yo», pero me irrita descubrir que la exploración de esos supuestos yoes es la actividad primaria de buena parte del *material* que producen en el Territorio del Norte personas a quienes permitimos que se denominen «artistas». ¿Acaso no tenemos orgullo, no tenemos decencia, no tenemos pensamientos originales? ¿Acaso ya no tenemos remedio como sociedad, como nación, como grupo de putos *Homo sapiens*? Ay, quizá estoy siendo demasiado dura. ¿Sí? Ciertamente, la expresión del yo puede ser un propósito valioso para quien posea un yo que valga la pena expresar. Pero, por lo visto, los expresantes del yo parecen estar expresando un ejército de copias a carboncillo de seres que se llaman a sí mismos «personas».[56]

X dio nombres para ejemplificar; treinta y nueve de sus pares y sus obras más celebradas, a quienes consideraba «gente llena de una mezquindad irredimible, un antiintelectualismo virulento y fatuas concepciones sobre la percepción». Su tesis primaria era que «el arte es la expresión de la sociedad de la que emerge, no la persona en sí misma», y su principal queja era la relativa comodidad y apatía política que había producido el Territorio del Norte en al menos tres generaciones de «máquinas quitapelusas que funcionan con dinero [...]. Insultan la idea misma de arte como cuestión de supervivencia existencial».

Tras señalar a los y las artistas que definía como «culpables de los crímenes más graves», X pasaba varias parrafadas alabando la obra de artistas que clasificaba como «de carácter legítimo», la mayoría, del extranjero; entre quienes figuraba un movimiento de escultoras feministas radicales que salieron de Irán a mediados de los años ochenta; dos cooperativas de performance francovietnamitas de mediados del siglo XX, y pintores y pintoras de Italia, Japón y China. (Como creadora, crítica y cascarrabias, la propia obra de X fue blanco

de afiladas diatribas tras la publicación de este manifiesto. Sin embargo, salvo un par de excepciones drásticas, las críticas sobre su arte visual parecía que le resbalaban).

Las únicas artistas americanas que recibieron sus elogios sin paliativos fueron Adrian Piper, Nancy Spero y diversos integrantes de BASEL/ART. Nótese, eso sí, que Piper publicó una especie de refutación al ensayo de X en la que decía que, aunque estaba de acuerdo en que la mayoría de los artistas del Norte caían en la pereza y querían llamar la atención, X había sucumbido al «mito de que la crítica podía borrarla de manera impersonal, a ella y a su subjetividad, para poder hacer declaraciones objetivamente válidas con más precisión sobre el objeto criticado».[57] En sus diarios privados, X admitía que Piper tenía razón, pero en las cartas se quejaba de que el ensayo de la artista no había captado para nada su intención.

En el epicentro de los escritores y artistas que habían fundado BASEL/ART estaba Arthur Jafa, uno de los pocos norteños que se identificaba abiertamente como refugiado del Territorio del Sur, tras conseguir asilo a finales de los sesenta mediante una compleja serie de tecnicismos legales. Aunque la KLA lo persiguió durante décadas —en las que se negó a dejar de aparecer en público para participar en conferencias, presentaciones y performances—, Jafa era tanto un genio del disfraz como un intrépido escapólogo cuyos métodos y hazañas puede que no lleguen a entenderse hasta después de su muerte. X siempre había hablado de Jafa con tanta admiración que una vez me tragué el orgullo para preguntarle si había estado enamorada de él. *Uf, no*, me contestó, *él juega en otra liga*, una expresión que nunca la había oído emplear para referirse a nadie más.

De toda la obra de Jafa, la más conocida era su instalación de 1980 *El amor es el mensaje, el mensaje es la muerte*, para la que se había infiltrado en el Territorio del Sur y había sustituido a escondidas todas las biblias en diez iglesias del Delta del Misisipi con biblias trampa en las que la frase «El amor es el mensaje, el mensaje es la muerte» aparecía impresa a intervalos por todo el texto.[58] Cuando las descubrieron, las iglesias quemaron las biblias errantes en una ceremonia pública, acontecimientos que Jafa, aún infiltrado y disfrazado, fotografió: extremistas religiosos quemando lo que parecía ser su propio texto.

Cuando se expuso la documentación de esta performance en Quarry (que también era la galería de X), sucedió, como pocas veces, que una obra de arte se convirtió en asunto de interés mediático nacional. BASEL/ART, el grupo más o menos marginal que había prestado ayuda financiera a la obra, de repente recibió un aluvión de apoyo y atención. Al cabo de dos años, el grupo era multinacional; desde entonces se considera que tuvo un gran efecto —a través de varios

programas comunitarios y obras de arte que llamaban la atención del público— en la política internacional de los años ochenta y noventa sin el que —según afirman muchos historiadores e historiadoras— el muro del Territorio del Sur podría haberse mantenido en pie aún entrado el siglo XXI. (De nuevo, he de decir que no soy para nada experta en las complejidades del legado de BASEL/ART y que estos apuntes no deben considerarse exhaustivos. Para quienes busquen más bibliografía sobre el tema, estaría bien que empezaran con la antología de 1998 *Futuros negros*, editada por dos de las cofundadoras del grupo, Jenna Wortham y Kimberly Drew, que proporciona tanto una historia detallada de la organización como decenas de ensayos y contribuciones de más miembros que sugieren futuros posibles para los Territorios del Norte y del Sur a la luz de la Reunificación). [59]

Al final de aquella nota enrollada y de redacción densa, estaba la firma de un testigo, Chioke Nassor, y un número de teléfono al que llamar con respecto a «cómo ceder el archivo a BASEL/ART y otros detalles pertinentes». Llamé de inmediato y, al oír la voz del señor Nassor —sonora y baja e informal, con instantes de rítmica alegría—, tuve la certeza de que debía de haber sido más que un mero testigo o un contacto administrativo, tenía el tipo de voz que atraía a X. Cuando le dije quién era, enseguida supo por qué lo llamaba. Se expresó con tanta soltura e intimidad sobre mi difunta esposa que me vi a mí misma intentando demostrar que, de los dos, yo la conocía mejor, y en ese estado de amenazada competición le dije —con un tono de voz vergonzosamente ansioso— que acababa de volver del antiguo Territorio del Sur, «el verdadero lugar de nacimiento de X».

Fue en Byhalia, ¿no? preguntó. *Caroline Luanna Walker. ¡Ja! ¡Toma nombre! Las pasó canutas, ¿eh?*

Durante un instante, calculé en silencio todos esos meses que había pasado en busca de la información que ese hombre, ese desconocido, había revelado como si nada; y me di cuenta de que un tipo cualquiera de Brooklyn había guardado el secreto de X como si tal cosa todo este tiempo. Tartamudeé un momento y el señor Nassor me explicó que X —que cuando la conoció usaba el nombre de Deena Stray— había vivido o parecía que había vivido en su edificio de Fort Greene. Una noche de Halloween de los setenta, no recuerda muy bien cómo, acabaron tomando altas dosis de psilocibina y escuchando el *Dark Side of the Moon*, de Pink Floyd, fue entonces cuando ella le confesó toda la historia de su vida y le hizo jurar que guardaría el secreto. Pero ¿por qué no se había sentido obligado a corregir el error de la biografía del señor Smith?, le pregunté.

Por un tipo como ese no vale la pena tomarse la molestia, ¿no cree?

Quería decirle que sí, pero, teniendo en cuenta que aún estaba cubierta del polvo que había levantado al «tomarme la molestia» en

averiguar todo aquello, fui incapaz.

Una vez me habló de usted, me dijo, *cuando aún la estaba cortejando, cuando intentaba que dejara a su marido... Se pasó por casa con unas cervezas después de medianoche, trepó hasta mi ventana, en el segundo piso, nunca supe cómo lo hizo, y, en fin, me despertó, me dijo que teníamos que hablar y que alguien la había cambiado, y que era algo que nunca le había pasado antes.*

Aquello parecía todo cuanto había querido saber siempre; cuánto podía haberla cambiado, qué efecto había tenido sobre ella. Siempre me había parecido que tenía una mente y un corazón demasiado poderosos para tener una brecha, mucho menos por culpa de alguien tan temerosa y tan poca cosa como yo. Le pregunté si recordaba qué efectos había tenido sobre ella, pero respondió con vaguedades.

Aun así, nunca olvidaré aquella noche, siguió. *Me contaba algo sobre lo mal que estaba que vivieras al otro lado del río, durmiendo en una cama con alguien que jamás te entendería. No paraba de decir que era un «modo de vida gélido», que estabas atrapada, que sabía que vivías con respuestas a preguntas que aún no habías pensado en formularte...*

¿Cómo iba a saber esas cosas con tanta seguridad?, pregunté, interrumpiendo su onírica remembranza de X, una mujer que él nunca había tenido que soportar de verdad, al lado de quien nunca tuvo que sufrir, una mujer que, simple y llanamente, se colaba por la ventana de su dormitorio de vez en cuando, y me sentí terriblemente lejos de aquella joven que creía en todo lo que X le había hecho creer: el amor que está predestinado, el amor que está condenado, el amor verdadero y todo eso.

Uy, pues ella sabía cosas. Quién sabe cómo, pero las sabía... Me hizo una pregunta aquella noche... Me dijo: ¿Es posible que lo mejor que le puede llegar a pasar a una persona sea también lo peor? Algo así.

No, respondí. *Eso no es suyo. Es mío. Eso era lo que* yo *pensaba.*

El señor Nassor, que a esas alturas de la conversación ya debía de haberse dado cuenta de la gravedad de mi desequilibrio mental, se disculpó y cambió de tema, volvió a los detalles del archivo.

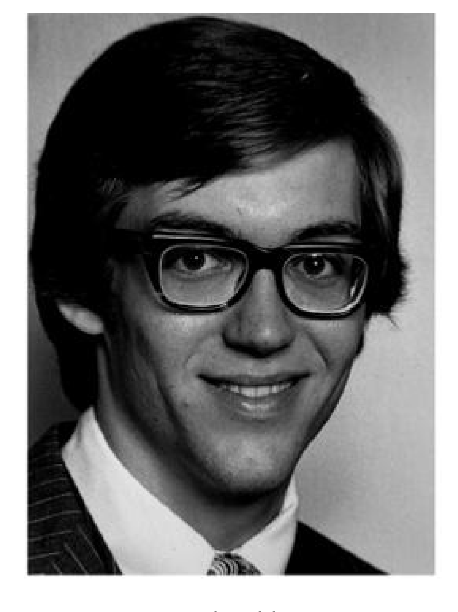
Me había convertido en alguien —eso lo sé ahora— con quien tampoco valía la pena tomarse la molestia.

Ted Gold

Encontrar a Ted Gold fue más fácil de lo que me había imaginado. Unas semanas después de su implicación en el caso de Fusiles Revelation y su huida del TS con los demás, Ted había optado por la vía legítima como refugiado político; se entregó al FBI en Chicago, pidió asilo en el Norte a cambio de información sobre el Territorio del Sur. A Ted le concedieron la ciudadanía tras varios meses de interrogatorios en una prisión secreta, donde juró lealtad a su nuevo país para obtener protección ante su país de origen. En contra de los consejos de todo el mundo, insistió en conservar su nombre —es lo único que era suyo, explicó—, aunque el FBI le inventó un pasado y ya en agosto de 1969 lo consideraban uno de los mayores expertos del FBI en el Territorio del Sur.

Fue solo cuando lo conocí, en otoño de 2002, seis años después de la caída del muro, cuando Ted Gold empezó a hablar con alguien —aparte del Gobierno— sobre su vida en el Sur. Llevaba varios años jubilado, pero, cuando la KLA le puso precio a su cabeza en el año 2000, el FBI le asignó un dispositivo de seguridad. Tras una serie de comprobaciones sobre mi historial y un riguroso cacheo, me permitieron entrar en su piso de Chicago para hacerle una entrevista. Me encontré a Ted sentado a la mesa de la cocina con varios sobres de manila delante. Cuando me presenté, me dijo que ya sabía quién era, que había seguido la carrera de X desde antes de ser X. Tenía una carpeta con mi nombre desde 1989.[60]

«La costumbre —dijo, levantando la documentación y encogiéndose de hombros—. Carrie Lu cogió todas las cosas malas de la vida y las transformó, ¿verdad?».



Ted Gold.
Cortesía de George Booth.
Cortesía de Ted Gold / FBI.

Pero yo solo quería saber cosas de la parte del pasado para las que no había conseguido ni registros ni documentos.

Ted me contó de buena gana los días que siguieron al caso de Fusiles Revelation, cuando Carrie Lu, Kathy Boudin y él se alojaron en un piso franco en Kentucky. Billy Vine lo había organizado todo a través de un canal clandestino que conectaba a los rebeldes del Territorio del Sur con simpatizantes del Oeste y del Norte, y, aunque las cartas de Billy habían indicado que serían siete los desertores, a nadie pareció sorprenderle que solo aparecieran tres; el coste natural de aquella clase de acciones. Durante una semana durmieron tapados con mantas sobre un suelo de madera; nadie se atrevió a quitar los cuatro cojines vacíos con los que compartían espacio.

«Recuerdo sentir que necesitaba ser una especie de brújula para ellas dos, Kathy y Carrie Lu —me explicó Ted—. Sé que es absurdo, pero pensaba que tenía una cierta responsabilidad por ser el único hombre del grupo, aunque yo no era un líder como Billy y no acababa de decidirme sobre cuál había de ser nuestro próximo movimiento, si debíamos rendirnos y separarnos o cambiar el rumbo o volver y seguir luchando… Durante días, casi ni hablamos del asunto. En un momento estábamos todos convencidos de que debíamos seguir trabajando para liberar el Sur y al siguiente sentíamos lo contrario. Hay días en los que me pregunto cómo encajamos las piezas, cómo conseguimos siquiera salir de Kentucky».



Kathy Boudin y X.
Encontrada por la autora.
Carpeta 2 de Ted Gold, objeto 18, AX.

Justo antes de la entrevista, tras llamar a un cerrajero para que abriese la caja fuerte que X tenía en nuestro sótano, encontré una serie de páginas manuscritas tituladas «Todo lo que recuerdo sobre todas las personas a las que conozco»;[61] parece una autobiografía incompleta y ficcionalizada. En ella, X escribió:

> El recuerdo del pobre T en los bosques, llorando como un niño. ¿Acaso no sabía que igual algunos acabarían muertos? Qué rápido se volvió inútil, manejable, errático. Nunca me he sentido tanto la madre de alguien como entonces. Cuando le comenté a K lo de T en los bosques, ella contestó: «Bueno, se acabó, ya lo ves, los hombres ya no te protegen». Y yo dije: «Como si se les hubiese dado bien», y se rio. Es un milagro que T consiguiera salir de allí.

Ted tenía unas cuantas fotografías de X que le había hecho cuando Kathy y ella decidieron mudar de vida; nombre nuevo, historia nueva, ropa y corte de pelo nuevos, gestos nuevos, voz nueva.

«Trabajaron en la cuestión por lo menos un mes —recordó—. Eran como chiquillas jugando a disfrazarse o algo así, pero, claro, era otra cosa… ¿Sabe qué? No puedo decir que haya entendido a una sola mujer en toda mi vida. Me enseñaron que las chicas eran seres muy diferentes, que eran más de la tierra, más naturales que los hombres… No puedo desprogramarme, aunque sepa que eso no es exactamente cierto. Y aquel mes en el que Kathy y Carrie Lu se inventaban una nueva vida… Bueno, pues yo lo intenté un par de veces, pero fui incapaz… No podía desprenderme de quien era. A ellas les salió bien, probaban diferentes personalidades como si se probaran ropa. Y pensé: Van a sobrevivir y yo no, es así. Por eso fui tan rápido al FBI… No tenía otra».

Ted me enseñó varios trastos de sus archivos personales: el mapa de la ruta que los llevó de Misisipi a Kentucky, el plan que Billy Vine había trazado para las bombas y las copias granuladas de recortes de periódico sobre la explosión, entre ellas, su propio obituario, que se había publicado en *The Byhalia Daily*.

«“El señor Gold, Dios lo tenga en su gloria, murió en una explosión que él mismo provocó en la fábrica Fusiles Revelation la madrugada de Año Nuevo”», dijo, recitando con una sonrisa.

Pero, cuando le pregunté a Ted por más recuerdos sobre mi mujer, no recordaba nada que yo no supiese. Cuando le pregunté si había visto a X después de marcharse de Kentucky, se le desencajó la cara.

«No sabría decirle», contestó. Ted tendría unos sesenta años, pero su rostro, sobre todo los ojos, aún conservaba la confusa velocidad de la infancia.

«¿No sabría decirme?».

«No sabría explicárselo ni tampoco le sé explicar por qué no se lo puedo explicar».

No llevábamos ni una hora de entrevista, pero empezaba a parecer una pérdida de tiempo haber hecho el esfuerzo de ir a Chicago para hablar con él. Tenía algo de insoportable y me sentí incapaz de seguir aguantando su compañía. Cuando me levanté ya para marcharme, en silencio, Ted cogió una carpeta en acordeón de una mesita y me la dio.

«Estaba tan decidida a dejarlo todo atrás —dijo—, pero tampoco tuvo el coraje de desprenderse de todo de verdad».

Justo antes de marcharse de Kentucky, X le había dado a Ted un cuaderno que se había traído desde el Territorio del Sur. Dejarlo allí habría sido peligroso, pero tampoco quería llevarlo encima mientras viajaba hacia el Oeste.

«Yo creo que ella esperaba que alguien en el futuro quisiera saber por qué creía en lo que creía y por qué hizo lo que hizo».

Es una esperanza común entre la juventud —para que los juicios

posteriores rediman la insignificancia de sus primeros años—, aunque la mayoría de las personas de veintidós años no han perpetrado un ataque terrorista contra un Gobierno despótico. Abrí la carpeta y me encontré un cuaderno machacado, una valiosa fuente primaria, supuestamente, pero no me conmovió. Ya llevaba años con la investigación y me molestaba la cantidad de diarios y cartas que me encontraba por ahí guardados, casi como si X hubiese diseñado esta persecución por carretera como una especie de venganza contra cualquiera que la emprendiese.

«Ah, antes de que se vaya, una cosa más», dijo Ted mientras iba corriendo a otra habitación.

Fue entonces cuando me di cuenta de que odiaba a Ted Gold del mismo modo irracional en el que odiaba a la gente que se acercaba a X con una disculpa y una súplica —cuantísimo les había encantado uno de sus cuadros o canciones o libros o performances o fotografías, lo que fuera, aunque yo siempre sabía que la adulaban por su fama—. Si una persona respetaba su obra tanto como decían esos desconocidos, no habrían tenido el cuajo de acercarse e intervenir en su vida con sus trivialidades, desviando su atención hacia ellos. Con el paso de los años, hasta llegué a temer que toda esta admiración vacua llegase a torcer a X, que su ego se saturara como una gasa impregnada de sangre y que, en ese momento, me abandonara por alguno de sus jóvenes admiradores o admiradoras, que me dejara de manera tan abrupta como yo a mi marido; un castigo equilibrado, un destino anunciado. Sabía que era una estupidez, pero aun así lo sentía, me quitaba el sueño, le montaba numeritos.

Hubo, no obstante, una ocasión en la que la escena fue al revés. X y yo habíamos ido a ver *Los 39 escalones* en la hora golfa y luego salimos a cenar a medianoche por ahí por el Village, en un bistró de iluminación tenue que parecía un *diner*, un lugar donde acontecía la vida real —una pareja liándose en un rincón y alguien con una llantina en otro—. Una mujer algo más joven que yo se coló en nuestra mesa, le pidió disculpas a X y se dirigió a mí, me preguntó si yo era C. M. Lucca. Tristemente, teniendo en cuenta que la razón principal por la que utilizaba solo las iniciales para firmar era para ser más invisible, confesé que sí que lo era. La joven me dijo que un artículo mío de hacía unos años —un reportaje largo sobre una serie de homicidios sin resolver que vinculé con el líder de una secta— le había cambiado la vida. (Aunque aquel artículo era y sigue siendo la crónica más fuerte que he hecho nunca, el paso de los años transformó mi orgullo inicial en vergüenza, ya que me temía que todo había sido pura chiripa, no porque fuera una periodista de pura cepa, así que no recogí los laureles que me había otorgado el trabajo). La mujer que había interrumpido nuestra cena dijo que ella también era periodista,

pero que después de pasar por la facultad se había sentido dolorosamente perdida y había temido pasarse décadas intentando mantenerse a flote, tragando con lo que fuera que sus redactores jefes quisieran de ella y morirse sin haber trabajado jamás en una historia por iniciativa propia. Nada más leer mi artículo, dejó su puesto en una revista de lujo, se hizo autónoma y dedicó todo su tiempo y ahorros a investigar el escándalo de unos abusos infantiles que habían tenido lugar en un orfanato; escribió y publicó un artículo que provocó una investigación federal y varios arrestos, y justo esa misma noche se acababa de enterar de que había ganado el Premio Revistas del Norte. Estaba celebrándolo. *Y todo empezó*, me dijo, *con lo que usted hizo. Me cambió la vida y siento haberla interrumpido, pero tenía que decírselo.* No recuerdo qué le contesté, solo que me puse toda roja y que me di cuenta de que me había equivocado con la naturaleza de la interacción. La mujer, que me miraba desde arriba, no venía como suplicante, era poderosa; su adoración consiguió moverme la sangre por el cuerpo como si fuera un perro obediente e incluso me sorprendí pensando que estaba radiante, que era hermosa, que tenía una belleza tan rotunda que seguro que le faltaba ese corazón agraviado que late en el pecho de cualquier pluma decente; aun así, debe de ser obvio por qué me pareció tan impresionante. No se me había lanzado a los pies con sus cumplidos, sino que me había agarrado del cuello, me había controlado y, después de que se marchara, X sonrió, cómplice, mientras movía la sopa. Lo entendí más tarde.

Cuando Ted Gold volvió avergonzado con una segunda caja de zapatos —en esta había unas cartas que ella le había mandado a lo largo de los años—, yo seguía sin estar segura de por qué me recordaba tanto a aquellos y aquellas fans, pero, cuando leí todo el material por la noche en el hotel, lo entendí. Lo que sabía de X y habérmelo ocultado así le había dado un cierto poder.

Antes de leer el cuaderno y las cartas de Ted, siempre había dado por sentado que las obras de arte y la subsiguiente fama de X habían sido casualidades, un efecto colateral de su vida. «Entré en el mundo del arte por accidente —le contó una vez a un periodista—, cuando una coincidencia geográfica, personal y asuntos legales resultaron en unas vacaciones indefinidas que, mediante una mezcla de aburrimiento, curiosidad y vanidad, me llevaron a mi profesión actual».[62]

Incluso aunque yo hubiese sido entonces algo escéptica sobre la naturaleza fortuita de su carrera como artista, ahora ya no podía aferrarme a esa imagen que tenía de ella, ya que los papeles de Gold demostraban que, desde el principio, había creído de manera incondicional en su visión y determinación e inteligencia para ser poderosamente superior, para estar destinada a que la respetasen.

Muchas de las cartas que le envió a Ted en los años setenta están dirigidas a su «biógrafo», por más que me hubiese dicho tantísimas veces que se oponía por completo a que escribieran su biografía. Pero esa versión más joven de mi mujer no solo buscaba fama, sino prestigio; su objetivo era que la venerasen personas que aún no habían nacido.

«La última vez que supe de ella, Carrie Lu me dio un consejo —me dijo Ted mientras yo ya me marchaba—. Dijo: "Sé precavido con todo lo que te oigas decir a menudo". Sigo pensando en esa frase, en ocasiones más de una vez al día. Supongo que se ha convertido en una de esas cosas que me oigo decir a menudo... Esa es mi tecla, supongo. Repetirme, quedarme bloqueado. Chicago, por ejemplo. Ahora que estoy libre, libre para irme donde quiera, pensaba que me mudaría a otra parte, pero parece que soy incapaz de hacerlo. Viajo, claro que sí, por el Departamento de Estado, pero, incluso con toda esta seguridad, nunca me siento seguro fuera de aquí. Solo aquí me siento a salvo».

El año después de conocer a Ted, la Kampaña de Libertad Americana por fin cumplió con su promesa de asesinarlo; el único superviviente del caso de Fusiles Revelation. Mientras Ted hacía escala entre dos vuelos en Schiphol en marzo de 2003, una joven disfrazada de azafata de vuelo le tiró a los ojos un vial con un agente nervioso conocido como VX, luego le restregó un pañuelo por la cara impregnado del mismo veneno. Ted convulsionó en el suelo mientras ella huía; la escena resultó tan inusual que nadie supo decir, en un primer momento, qué había ocurrido. Los vídeos de seguridad muestran que la mujer se camufla enseguida entre un grupo de azafatas; la asesina se vuelve anónima como si estuviera en un banco de peces. Doce minutos después, Ted Gold estaba muerto, había sido asesinado de un modo atroz por haber tenido el arrojo, tiempo ha, de creer en un mundo mejor.

Buena parte del diario que X había llevado en su último año en el Territorio del Sur estaba cifrado y la clave la había copiado en una tarjeta que había añadido tras su huida. «Marido es encantador, alegre —escribió—. Sabe cómo marcharse él solito. Eso es lo que tengo que aprender de él. Cómo marcharme solita». Unos días más tarde escribió un pasaje de memoria de uno de los ensayos de Emma Goldman para no olvidarlo, pero al cabo de un par de días lo tachó todo. La semana siguiente lo volvió a escribir, de nuevo siguiendo el consejo de su marido: «Paul dice que no tenemos que hablar de esas cosas. Él puede dejar su pasado atrás, lo ausente que se le queda el gesto en la iglesia. Tengo que aprender a ponerme máscaras como él, la única manera de

sobrevivir al tiempo». Pero las entradas se vuelven sombrías y fatídicas a medida que avanza: «Quizá llegue el día en el que todo esto haya desaparecido: casa, niño, marido, iglesia. ¿O me dormiré en esta tumba?».[63]

De adolescentes, tanto X como Paul leyeron buena parte de la biblioteca secreta, pero, después de la confiscación de aquellos libros, parece que dejaron de hablar de ellos durante años. En una de las últimas entradas antes de marcharse, X le preguntaba a Paul si a veces pensaba en Gregory Charleston, si pensaba que el TS tenía derecho a meterlo en prisión y, en ese caso, ¿eso significaba que ellos también deberían ir a la cárcel? Paul no respondió, así que ella le preguntó si creía que el Gobierno del TS era corrupto o si alguna vez pensaba en la vida al otro lado del muro, entonces él la agarró, le tapó la boca y le dijo que no dijera jamás esas cosas, que no quería ni oírlas.

«Paul dice que tenemos que elegir las batallas, con lo que quiere decir que hay que elegir no luchar», escribió X después del incidente y luego añadió: «¿Es este el destino de las mujeres? Incluso en la Biblia, incluso aquí, nos piden que estemos solas, que nos adentremos fielmente en la soledad, que nos acomodemos en el malentendido, que lo habitemos, que lo hagamos cálido y bonito».

Aunque se cuida de no mencionar en ningún momento de forma explícita, ni siquiera en clave, su implicación en el plan del ataque con bombas, su mente se funde hacia la huida:

> ¿Y si me llevaran adondequiera que hayan llevado a Gregory Charleston? ¿Sería peor que aquí o mejor o lo mismo? No soporto otro día en esta cocina… Billy dice que hay veces en la vida en las que todas las historias se rompen y nuestra manera de reaccionar, esa elección, lo dice todo sobre quiénes somos.

Cuando se acerca la fecha del ataque a la fábrica, sus entradas se anquilosan y se vuelven fragmentarias, y parece que su malestar se vuelve evidente para los demás:

> Madre dice que últimamente parezco nerviosa. ¿Rezo lo suficiente? Sí, mucho. Rezo por ti, madre, incluso por ti. Ah, qué bien, Dios te bendiga, me dijo. Pero yo sé que rezando es donde empieza el problema, no donde termina… Discusión con Paul. Pregunta: ¿quién estás siendo ahora mismo? No le gustaba mi tono de voz, o cómo me movía, o lo que le decía. No lo reconocía. Dejé que no lo reconociera. De poquito le servirá intentar reconocerme, preguntarse quién soy. De poquito.

La última entrada antes de su huida es la más breve: «Las metáforas de la vida se vuelven cada vez menos sutiles. Ah, basta. Basta de metáforas», aunque no dice cuáles eran esas metáforas poco sutiles. El diario tiene un vacío de un mes; luego hay algunas notas garabateadas al bies en las últimas páginas: teléfonos, direcciones, listas que nunca he llegado a entender, una mezcla de recuerdos, tareas, angustias.

Parece que no escribió nada en Kentucky, salvo una carta frenética de una página a Kathy y a Ted la noche en la que se marchó del piso franco sin previo aviso. La carta es una disculpa violenta, un arranque de autocompasión, una humillación dirigida hacia sí misma que es común entre las personas que se dejan arrastrar por una revolución o una religión. Sabiendo que X hubiese odiado que la citara aquí, no la incluiré.

Unas semanas después de marcharse, X volvió a escribir al piso franco a Kathy y a Ted. Les habló de los personajes que se había creado mientras hacía autoestop —Marley, Angel, Joan, Luella—, cada cual con una historia a las espaldas, sus manierismos, sus dejes en la voz. La mayoría del tiempo trabajaba en granjas a cambio de un lugar para dormir, pero a veces encontraba maneras (no dice cómo) de ganarse un dinerillo. Pregunta cómo va el jardín o si Kathy sigue allí o si han encontrado al perro de la vecina, pero cada carta llegaba sin remite. Meses más tarde, cuando llamó a la casa de Kentucky, le dieron la nueva dirección de Ted Gold en Chicago.

Durante un tiempo, sus cartas a Ted adoptaron un tono explícito, no hacia él, sino hacia ella misma. «Lo quiero más que de las dos maneras, lo quiero de todas las maneras. Solo quiero una polla porque los chicos me miran más que las chicas y parece una lástima ir por ahí con las manos vacías».[64] Escribe sobre amantes, pero nunca sobre amor. Escribe de follar con tanta crudeza que parece que se quitó de encima la educación del TS como si fuera un abrigo viejo. Si estas cartas son fiables, parece que pasó una enorme cantidad de tiempo a la caza de sexo, acostándose con gente, planeando nuevas búsquedas sexuales. En un periodo de veinticuatro horas hizo un triplete de tríos con cinco personas diferentes. ¿Por qué? Compulsión, un arranque, la necesidad de compensar toda la muerte con cuerpos cálidos, quizá. Viviendo a la sombra de la muerte de sus amigos, se catapultó de cama en cama.

«Una camarera me dijo que aparentaba dieciocho, así que eso le voy diciendo a la gente, que tengo dieciocho, cinco años de mentira. Es útil para moverse por ahí —escribió en una postal—. Tienes que parecer joven para librarte pareciendo así de vulnerable, cuando estás en un arcén y enseñas la parte pálida del brazo. Has de parecer por completo inofensiva, y al tiempo capaz de acuchillar a alguien».

En aquel momento, X utilizaba el nombre de Angel Thornbird; Angel le decía a cualquiera que le preguntara que huía de Kentucky, de su familia, que la maltrataba. Llevaba una peluca roja y trabajó sobre todo de camarera de motel, aunque durante al menos un mes encontró un trabajo más lucrativo en la administración del rancho Elkhorn. Desde allí escribió con más frecuencia, ya que se pasaba el día delante del escritorio sin gran cosa que hacer. En la carta más

larga —catorce páginas de papel de correspondencia dobladas en un abultado sobre— X escribe con una intimidad diarística.

Describe y redescribe el día que su padre le dio una paliza con la rama de un árbol por preguntarle por qué tenían que ir a la iglesia tan a menudo. Se obsesiona con Paul, se pregunta qué estará haciendo, si se habrá vuelto a casar, si en el fondo se alegró de que ella se fuera: «Yo sabía que en realidad era demasiado para él, todo el tiempo, demasiado para él... Aunque demasiado de qué, eso sigo sin saberlo». Una y otra vez escribe todos los detalles que recuerda sobre la noche en la que abandonó a su marido: «Quiero encontrar el modo de describir su cara, la última cara que le vi poner; era su cara real, es la única vez que la vi». Pero nunca está satisfecha con sus descripciones de Paul. «Jamás lo conocí. Me casé con alguien a quien nunca llegué a conocer», concluye. Al margen, enseguida se reprende por su fijación con él, molesta de seguir llevando el veneno marital, aún obsesionada por lo que la Iglesia le dijo que entrañaba su valía. No escribió una sola palabra de Zebulon.



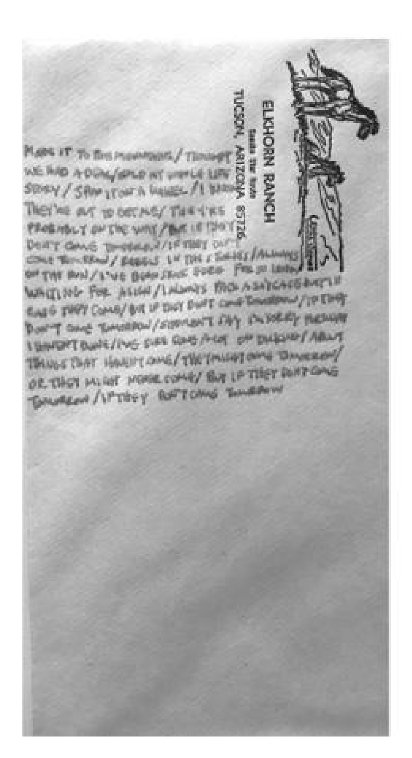
Susan Lorde Shaw.
Cortesía de Susan Shaw Tims.
Cortesía de Susan Lorde Shaw.

Las cartas a Ted Gold también contenían —en el reverso de los sobres del rancho Elkhorn— borradores de canciones que años más tarde grabaría con David Bowie, Susan Lorde Shaw, Connie Converse y más gente.

Durante su breve etapa como productora musical, X se ganó la fama de ser caótica y destructiva; a veces se liaba a martillazos con

maquetas o se quedaba tumbada en el suelo del estudio a mitad de sesión y se negaba a levantarse. Una vez quemó un cuaderno de Tom Waits mientras estaban enzarzados en una disputa artística. Otra vez, detuvo una sesión con Susan Lorde Shaw y dijo que no la retomaría hasta que la artista cocinase sus famosos calabacines gratinados. También se ganó la mala reputación de haber destruido varias libretas y maquetas de Shaw, la niña de los ojos de la crítica y un éxito comercial, con lo que se granjeó muchas enemistades. Los fans no entendieron que Shaw eligiese una fotografía que le había hecho X como portada para el disco *Locations*.

Sin embargo, a X también la conocían por sus raptos de alta productividad, por escribir canciones del tirón —letra, acordes, todo—. Una de las muchas inexactitudes de Theodore Smith se coló en el libro porque el biógrafo se dejó engañar por el mito de que X se sentaba al piano y, de la nada, creaba una canción perfecta. De hecho, muchas de las letras de aquellos inspirados éxitos pueden hallarse en papeles que se remontan a finales de los años sesenta, cuando era una completa desconocida. Probablemente las había memorizado durante años hasta que les encontró una utilidad.



Texto de la imagen: Llegué a mañana. / Pensé que teníamos un trato. / Vendí la historia de mi vida / hilada en la rueca. / Oigo que me buscan, / ya vienen. // Pero si no vienen mañana, / si no vienen mañana. // Rebeldes de películas, / siempre a la fuga. / Llevo aquí tanto tiempo / esperando una señal. / Siempre con una maleta

hecha / por si acaso han de llegar. // Pero si no vienen mañana, / si no vienen mañana. // No debería pedir perdón / por cosas que no hice. / Mucho he hablado / de lo que no ha llegado a pasar. / Igual vienen mañana, / pero igual no vienen jamás. // Pero si no vienen mañana, / si no vienen mañana, // si no vienen mañana… / Si no vienen mañana…
Objeto, Catherine Lacey. Texto de Francis Farewell Starlite.
Carpeta 9, objeto 17, AX.

La más célebre de aquella época es «If They Don't Come Tomorrow», popularizada por la grabación de David Bowie de 1976. En la versión de Bowie, parece que la canta un artista que lucha contra su propia ambición, que desea y ansía el aplauso, tener público, al tiempo que le preocupa que esa idea nunca se materialice. Pero, vista en su contexto —sabiendo que la compuso una exiliada, con la más que justificada paranoia de que la persiguieran y la matasen—, la letra adopta un nuevo significado.

Unos meses después de mudarme con X, en 1989, me encontró llorando en la bañera vacía; se me había saltado el muelle así de repente porque era probable que no volviera a ver a Henry nunca, estaba preocupada por si al dejarlo lo había matado; yo había querido estar con X y estar con ella había significado dejarlo, y dejarlo había significado morir en el mundo en el que habíamos vivido juntos. Había cometido un asesinato-suicidio sin rastro de sangre, y lo lloraba, aunque mi propia pena me parecía penosa, y, cuando me quedé sin lágrimas, X me dijo, con voz calmada, que el remordimiento era una emoción que solo te lleva hacia atrás, que no sirve de nada más que para envenenarse.

Cuando es necesario, dijo, *me saco cualquier cosa o a cualquier persona de la cabeza.*

Enseguida me la imaginé alejándose de mí tranquila, adentrándose en otra vida, yo mirándole la nuca, una imagen que, del susto, ahuyentó mi remordimiento.

Vengo a decir todo esto porque me costó reconocer a la mujer que yo conocía en la jovencita angustiada de los papeles de Ted Gold. Se parecía más a alguien a quien X quizá había conocido mucho tiempo atrás, una persona alterada y desarraigada, alguien a quien no podía más que matar. Si no, ¿cómo explico su obsesión por la manera en que dejó a Paul? Le escribió a Ted:

> Sigo pensando en Paul, en la raja que le dejé en la pierna, un agujero con la forma de un ojo y, si soy capaz de eso, ¿de qué más seré capaz?, podría haber muerto, me abalancé sobre él con un cuchillo y podría haber muerto, podría estar muerto ahora mismo; si no por la herida en sí, entonces por la sangre que perdió, y si no por la sangre que perdió, entonces por la infección, y si no por la infección, entonces por otras complicaciones, y siempre hay complicaciones, y, aunque igual es poco probable que Paul haya muerto, es posible que esté muerto, muerto por lo

> que hice —por las prisas o la necesidad, no estoy segura—, así que puedo y debo, por lógica, concluir que en virtud de la existencia de la posibilidad de que Paul esté muerto soy, en el fondo de mi corazón, una asesina.[65]

Ted guardó copias de todas las cartas que le envió a X; muchas le llegaron devueltas, no habían podido ser entregadas. A menudo él le rogaba que fuera a Chicago, insistía en que ella necesitaba algo de protección institucional. Ted había empleado su puesto en el FBI para intentar encontrar a sus camaradas. Cada semana revisaba cientos de fichas policiales y fotografías de cadáveres sin identificar que los departamentos de Policía del Territorio del Oeste compartían con el FBI. En 1969, Kathy Boudin apareció en una de esas fotos, tomada por la Policía de San Francisco. Habían hallado su cadáver en un hotel de mala muerte en el Haight; había muerto de una aparente sobredosis.

X vivía en Missoula cuando recibió la noticia de la muerte de Kathy. Contestó con una carta lasciva y confusa en la que relacionaba la muerte de Kathy con su propia promiscuidad:

> Una especie de temporada de la chicharra… Kathy muriendo colocada & yo follando. Un hilo invisible entre nosotras, siempre me lo decía. Yo también. Morir es algo notable, lo único notable; pero no hay nada notable en follar. Por eso está tan bien. Nada que decir. No tiene nada. Cuando acabas, te das una ducha. Una vez pensé que podía follar para alcanzar algún tipo de conocimiento. ¡Qué tonta! Antes pensaba que cualquier cosa que me habían quitado de la vida podía serme devuelta. Dios debió de decírmelo.

Además de servir de mapa de los viajes de X por el Territorio del Oeste durante este periodo itinerante y hasta ahora no cartografiado de su vida, las cartas del archivo de Ted Gold no me dieron mucha información o, si me la dieron, eran cosas que yo no quería ver. Había una línea, no obstante, aislada en una página de 1969, que destacaba:

> El precio de tener una identidad es la incapacidad de transformarla.

En cierto momento, durante sus viajes haciendo autoestop, X recaló en Chicago para pasar unos días a cobijo. En un diario posterior recuerda que se acercó una sola vez al edificio de Ted, pensando en entrar, y al final no lo hizo. Después de 1972, X le mandó menos de una carta al año. Buena parte de la correspondencia de esta última época eran notas simples y cortas que revelaban más bien poco. No obstante, en 1984, la que parece ser la última carta la escribe de principio a fin en segunda persona: «Has tenido una infancia anormal —repite varias veces—. Tendrás que volver a vivir tu infancia de nuevo».

Connie

X se quejaba a menudo de que nuestra sociedad supuestamente liberal era de un puritanismo ilógico con respecto a las diferencias de edad en las parejas, que «algunas» personas de catorce años tenían más madurez y capacidad que adultos que les doblaban la edad. Yo le concedía que era una posibilidad, pero parecía que el cupo de adolescentes sagaces era más reducido que el de personas adultas dadas a la lascivia, y que la propia lujuria tiene un efecto transformador, una costumbre de pasar a la acción y de justificarse después. Una vez tuve a un catedrático que fue detrás de mí mientras yo era alumna suya y, aunque yo era técnica y legalmente lo bastante madura para consentir, el desequilibrio de poder hizo que me saltaran las alarmas. Ante eso, X refunfuñó: ¿acaso no sabía que la experiencia personal emborronaba la verdad? Y, además, el catedrático, claro está, no me había resultado lo suficientemente atractivo, así que no era un buen ejemplo. No dije nada sobre que sí que me había atraído bastante, igual que nunca le hablaba de atracciones pasadas; me parecía incluso difícil, en su presencia, recordarlas con claridad por la rotundidad con la que mi noción de deseo y sexualidad parecía estar en manos de X. Nunca llegamos a ninguna conclusión en este desacuerdo; solo concluíamos y volvíamos a concluir que no servía de nada pelearnos sobre abstracciones, aunque lo abstracto seguía siendo lo único por lo que discutíamos.

X hablaba a menudo de la verdad como si fuera un objeto estable y reluciente —algo que estuviera al alcance de su mano—, pero también defendía la posición contraria: decía que la realidad era una ilusión cambiante, imposible de conocer. Yo la creía tanto cuando decía una cosa como la otra. Yo creía casi todo lo que ella me decía.

Pero me vino el recuerdo de nuestras peleas sobre abstracciones al intentar entender la relación de X con Connie Converse, hace ya tanto tiempo; si acaso habían sido pareja o dos amigas intensas o si acaso esa distinción llegaba a importar. Connie tenía veintiún años más que X, casi el doble que ella cuando se conocieron, pero las dos se necesitaban —intensamente, a veces— y las dos se comportaban de manera irracional con la otra en cosas que sugieren que su vínculo no era del todo platónico.

En noviembre de 1971, después de que se descubriera su aventura con David Moser y la despidieran de la planta de procesamiento de ciervos, X emprendió —sin destino claro— rumbo al este durante unas pocas semanas en las que se fraguó un sendero de accidentes, breves trayectos en coche entre pueblecitos, comedores sociales, gasolineras y centros de crisis para mujeres. «Otro centro de crisis —anota en un diario—. Igual va y resulta que sí que estoy en crisis».[66]

En la mochila llevaba algo de dinero, una libreta, dos fotografías, dos mudas de ropa interior, un par de calcetines limpios, una cámara y varios recortes de periódico. Escondía una navaja en el sujetador. Si alguien le preguntaba, decía que se llamaba Dorothy Eagle, que tenía veintiún años, que había nacido en Kentucky. Si alguien le ofrecía algo, lo cogía: un coche, comida, cama, dinero.

X no tenía ni casa, ni familia, ni contactos; y, sin embargo, se movía con una fuerza arrolladora, segura de su destino. Había olvidado sus orígenes y solo pensaba en el futuro, toda su lealtad puesta en los años que estaban por venir.

Sus meses de alejarse de Montana sin un rumbo fijo haciendo autoestop hicieron que recalara en Ann Arbor (Míchigan) el Día de Acción de Gracias de 1971, donde conoció a Connie Converse en un comedor social en el que X comía y Connie servía. Durante años, Connie había padecido una depresión cada vez más profunda; hacer voluntariado —el único contacto humano que tenía aparte de su trabajo como secretaria— era su bálsamo primordial. Su hermano pequeño, Phil, me dijo que Connie había empezado a preocuparse por el Territorio del Sur en aquella época y que, cuanto más leía sobre las hambrunas y, las prisiones y la opresión del Sur, más absurda le parecía la vida, y cuanto más absurda parecía la vida, más quería saber sobre las crueldades del mundo.

Como sucede a menudo con los amores que salen mal, Connie y X recordaban su primer encuentro de manera diferente. Por escrito, cada una presenta a la otra como iniciadora del vínculo y a sí misma como la espectadora ajena a todo lo que queda atrapada en los planes de la otra. En la autobiografía inédita de Connie, escribió que una «mujer joven llamada Dorothy Eagle» se acercó a ella entre lágrimas, diciendo que le habían negado el acceso en el refugio de mujeres y que necesitaba un sitio para dormir unas cuantas noches.[67]

«Me pilló con la guardia baja —escribió Connie—, me pareció increíble oírme decirle que se podía quedar conmigo. No sé por qué me pareció lo correcto, ya que no tiene sentido, echando la vista atrás… Pasaron unos meses y ahí seguía; supongo que me olvidé de que se suponía que Dorothy estaba buscando un lugar donde quedarse. Lo olvidé o no me importó y ya».

Los diarios de X —aunque quizá no sean fiables— relatan una

historia diferente:

> Una señora me ha recogido de un comedor social y me ha metido en su casa. Me ha venido con que ella también es escritora, ya que me ha visto con una libreta. Qué desesperada tiene que estar una persona para acercarse a una desconocida a decirle eso: yo también soy escritora. Pero estaba cansada de centros de crisis y bancos del parque. Llevo aquí una semana más o menos y cada noche, cuando anochece, le entra el pánico, como si no supiera qué hacer conmigo, como si fuera una tarea pendiente. Yo creo que esto está abocado al fracaso.[68]

Connie llevaba viviendo en Ann Arbor desde 1960 tras un periodo de quince años en Nueva York. Cuando dejó la facultad en marzo de 1945, confiaba en sus talentos como música y escritora. Su convicción de que haría carrera como artista descarriló con el asesinato de Goldman en abril de aquel año; y luego se extinguió con la Gran Desunión de aquel otoño. Como muchas otras personas que frisaba la veintena en aquella época, Connie se entregó en cuerpo y alma a las protestas y al activismo —manifestaciones, escribir cartas, hacer voluntariado o leer noticias horribles entre trabajos temporales—. Cuando el ritmo del movimiento por la liberación del Territorio del Sur se ralentizó en 1946, volver al camino de la música folk y la ficción parecía absurdo. En una carta que le envió a su hermano en mayo de aquel año, resume el problema: «¿La vida está en las pequeñas cosas, en las canciones o las historias, o en las grandes: en el país, sus leyes, la libertad y la seguridad de los demás? Siento que no puedo estar en ambos lados. No puedo. Estoy tan agotada, Phil, apenas duermo, aunque casi ni me levanto de la cama».[69]

A medida que fueron pasando los años, intentó permanecer en ambos mundos. Componía sus melancólicas baladas y, de vez en cuando, un ensayo político, al tiempo que asistía y ayudaba a organizar manifestaciones y sentadas y campañas para escribir cartas. Ambos propósitos estuvieron plagados de rechazos. Pedir la liberación del TS era una tarea cada vez más sisífica, aunque sus intentos por conseguir representante para su carrera musical eran igual de desesperados, e iba perdiendo la energía para participar en noches de micro abierto. El activismo se convirtió en la herramienta para evitar su ambición creativa, y su música le parecía una escapatoria que le hacía perder el tiempo de la apremiante realidad del activismo. Ese punto muerto se mantuvo hasta ya entrados los años cincuenta, aún con chispazos ocasionales de éxito —un buen concierto, una canción nueva—, y en 1954 la invitaron a actuar en *The Morning Show* de Walter Cronkite. Nada de eso llegó a ser suficiente.



Creative Commons.

El mismo año en el que actuó en *The Morning Show*, Gene Deitch invitó a Connie a actuar en su salón, un acontecimiento regular que celebraba y grababa en su piso del Greenwich Village. Ella llegó con un vestido largo y holgado, con lo que alguien salió con que «venía de ordeñar a las vacas», a lo que replicó: «A ti sí que te voy a ordeñar», luego cogió la guitarra y se puso a tocar.[70] Aquella noche impresionó al público, aunque les siguió pareciendo extraña y anticuada. El problema, quizá, era que Connie tenía todas las cualidades que se le permitía tener a *un* cantante de folk en los años cincuenta y ninguna de las que se esperaba en *una* cantante. Era desconcertante cuando debería haber sido seductora, dura cuando debería haber sido glamurosa. Sus canciones trataban de mujeres férreas cuando deberían haber sido sobre hombres poderosos. Su voz tenía un tono atildado, pedante —ese tipo de irregularidad que se celebraba en Bob Dylan—, en lugar de nostálgico y melifluo de mujer. Un representante le dijo que, para buscarle bolos, tendría que comprarse pintalabios y tacones altos. En otros ámbitos del Territorio del Norte sí podían apreciarse ciertos atisbos de igualdad, pero los escenarios y los focos seguían exigiendo una bella docilidad. En aquella época, pocas personas percibían o se molestaban en corregir los prejuicios de un sector que, a fin de cuentas, se consideraba frívolo.

Connie encontró escollos similares con su escritura. Un editor importante le rechazó uno de sus relatos aduciendo que era «demasiado taciturno». A menudo se acusaba a sus ensayos de ser vitriólicos, irracionalmente negativos o de estar obsesionados con trivialidades. En aquella época, como las políticas de Emma Goldman habían instaurado los permisos de maternidad retribuidos, la igualdad salarial federal y subsidios para el trabajo doméstico, ¿qué queja tenían las mujeres? En 1960, Connie tiró la toalla y se mudó a Ann Arbor, consiguió un empleo de secretaria y abandonó buena parte de su trabajo creativo. La llegada de X en 1971 frustró sus planes de tirarse por un acantilado canadiense con su Volkswagen.

Cuando X y Connie se conocieron, ambas habían llegado a una especie de callejón sin salida que parecía filtrar su atención para que la centrasen en la otra. Mientras que Connie estaba tan desanimada como para creer que ese callejón sin salida era el único destino de su vida, X era lo bastante joven para creer que podría salir de allí a toda velocidad. «Solo sé que debo crear un monstruo poderoso, puesto que yo soy un monstruo débil», escribió X en el diario que llevaba mientras vivía con Connie. «Debo crear un monstruo separado de mí, que sepa más que yo, que tenga una cosmovisión y que no se equivoque con palabras sencillas».[71]

A principios de diciembre de 1971, Phil Converse se pasó a ver cómo estaba su hermana y le escribió una carta a su madre sobre lo que había visto:

> Hay una chica, una tal Dorothea [*sic*] Eagle, viviendo con Connie. Debe de tener la mitad de años. Creo que es un poco raro meter en casa a una mujer que no conocemos (¿vagabunda?), pero parece que a Connie la compañía le ha sentado más o menos bien. Tiene que centrarse en algo o se aturulla mucho. Está cocinando de verdad. Hasta había una tarta bajo una campana de cristal, como si fuera fiesta.[72]

Cuando Connie admitió que había sido música, X le pidió a su nueva amiga que cantara para ella. Connie se negó. X siguió pidiéndoselo; Connie siguió negándose. Solo cuando X encontró dos cintas en un armario con COMPOSICIONES I y COMPOSICIONES II —sus maquetas caseras y la grabación de la actuación en el salón de Deitch—, oyó por primera vez su talento. Aquella noche, al llegar a casa de trabajar, a Connie le entró un escalofrío al volver a oír aquellas viejas cintas, un yo del pasado colándose en el presente.

Ese tipo de gestos —obligar a alguien a sentir algo que esa persona

quería evitar— era algo que X le hizo toda su vida a quien ella pensara que tenía derecho a cambiar. Parecía que, cuanto más quería a alguien, más dolor quería desenterrar, más demandante se volvía, daba igual el precio, daba igual el daño. En sus diarios, Connie recuerda aquella extraña mañana en la que su amiga Dorothy dio con una nueva estrategia para obligarla a convertirse en (o a recordar) el tipo de persona que X quería que fuese:

> Fue como una especie de disfraz, supongo. Se puso encima toda esa ropa, se encorvó un poco, se plantó una peluca y gafas de sol oscuras. Salió de su cuarto con esas pintas y nos sentamos a tomar el desayuno. Recuerdo decir: «Bueno, buenos días, ¿cómo te llamas?». Y ella me dijo: «Bee Converse». Le pregunté si eso significaba que era mi hermana y me dijo que igual sí. ¿Mi hermano, mi esposa, mi marido? ¿Prima? Siguió diciendo que «igual sí» o «a saber». Más tarde se sentó al piano y empezó a tocar «The Ash Grove» y otras canciones. La acompañé con la voz, algo que no había hecho en años. Yo no sabía que tocaba el piano. Pero así funcionábamos, sin tener que explicarnos.[73]

El hermano de Connie, Phil, se pasó por allí una noche de invierno sin previo aviso y se presentó a Bee sin darse cuenta de que era Dorothy. Tras haber conseguido engañar a alguien sin siquiera intentarlo, X tuvo la confianza para salir en público con ese nuevo personaje. Una noche de marzo de 1972, Bee se unió a Connie y a un par de compañeras suyas de trabajo en un pub. Con su diferencia de edad de veinte años medio anulada bajo el disfraz, enseguida las tomaron por pareja.

Eileen Ellman, que trabajaba con Connie en la revista académica *The Journal of Conflict Resolution*, recordaba: «Se notaba tan a la legua lo felices que eran que hubiese sido absurdo decirlo en voz alta. Pero nadie había visto a *Connie Converse* con una *cita*. Era como ver un gato llevando zapatos... Y luego nos enteramos de que tenían el mismo apellido; ¿ya estaban casadas? ¿Eran primas? Intentaron quitarle importancia, no eran más que viejas amigas, pero nadie se lo creyó. Se veía por cómo Connie la miraba. Ahí había algo...».[74]

En el archivo de X, solo encontré una nota sobre Connie, escrita en una novela de Thomas Bernhard: «Solo somos un par de viajeras solitarias que avanzan con esfuerzo por el territorio de sus vidas».

Cuando X le dijo a Connie que planeaba mudarse a Nueva York aquella primavera, Connie la desalentó, insistiendo en que la Gran Manzana era un albañal de aficionados chapuceros e impostores que solo buscaban la fama, y a cualquier precio. «Cualquiera te dará la patada para pasar por delante de ti, y nadie quiere tener algo que ver contigo salvo que vayas por delante de ellos en el juego e incluso entonces lo que más quieren es vencerte, ocupar tu lugar... No es más que eso, un lugar lleno de gente comiendo. Gente que lo engulle todo».

Pero las objeciones de Connie no sirvieron de nada. A finales de marzo, X se marchó haciendo autoestop con la misma facilidad y de un modo tan repentino como había llegado. Connie se quedó en la cama, apenas comía, perdió el trabajo, dejó de ducharse. Su hermano pasaba a ver cómo estaba, pero ella no le dirigía la palabra. Un mes después, Connie encontró unas cuantas cartas en la montaña de correo que tenía apilada en la puerta delantera.

> Querida Connie:
> Por favor, súbete al coche y ven a Nueva York. Mi dirección es Grove Street 23.
> Tu amiga,
> Bee Converse

> Querida Connie:
> Te sentaría bien salir de Ann Arbor. Mi dirección es Grove Street 23, Nueva York. Tráete la guitarra.
> Tu amiga,
> Bee Converse

> Querida Connie:
> Lee mis otras cartas. No voy de broma.
> Grove Street 23, Nueva York, estado de Nueva York. Véase, *Manhattan*.
> Tu amiga,
> Bee Converse[75]

X también mandó una carta firmada por «Dorothy» —tres páginas de papel de carta amarillo escritas con bulbosa cursiva—. «No soy capaz de imaginarme qué te retiene en Ann Arbor cuando aquí hay tanta vida y oportunidades para ti. Está claro que no es la misma ciudad que dejaste atrás en 1961. No la reconocerías. Puede que tampoco te reconozcas a ti misma. Bee se queja de tu ausencia todo el rato —escribió X—. La gente se aferra a la conciencia, incluso en los momentos más terribles. Te demuestra que es todo lo que tenemos, ¿verdad? Despertar, el primer y último privilegio, despertar una vez más».[76] Debía de saber, ya fuera explícita o implícitamente, que Connie siempre bordeaba el suicidio.

Aquella noche Connie sacó la caja de zapatos en la que había escondido las pocas cosas que X se había dejado allí: un mechero, un pasador, varias horquillas, el recorte de un artículo de revista con el perfil de un hombre que se había quedado huérfano cuando su madre, soltera, había asesinado a su padre, que era muy rico. La historia, recordaba Connie, había copado los titulares de la prensa cuando se mudó a Nueva York —un crimen pasional, comidilla sensacionalista—, pero no tenía claro por qué le había interesado a X. A la mañana siguiente, se guardó en el bolsillo el artículo y el mechero, se prendió el pelo con el pasador, dejó una nota para su hermano diciéndole que se iba a por una nueva vida y se marchó en coche a Nueva York. Phil

no volvió a ver a su hermana hasta que lo llamaron para identificar su cadáver, nueve años más tarde, en 1981.

Mientras intentaba entender la relación de X con Connie y no conseguía descubrir la verdad, a veces recordaba —aunque ojalá lo hubiese olvidado— aquella vieja riña que teníamos sobre las diferencias de edad en una relación y la sentencia de X de que mi experiencia personal había deformado mi capacidad para considerar el asunto con claridad. Con ellas, no obstante, las tornas estaban invertidas: Connie era la desamparada que estaba en las garras de X, pese a ser veinte años mayor; me pregunto si X siempre ha tenido mil años más que todo el mundo, si todas las personas a las que ha amado siempre han sido una criatura para ella, siempre algo que moldear y controlar. O quizá es mucho más simple: somos incapaces de ver toda la cruda verdad de alguien con quien convivimos. Todo se difumina cuando lo tenemos demasiado cerca.

Oleg Hall



Oleg Hall.
Encontrada por la autora.
Cortesía de Oleg Hall.

Solo hay una línea en el diario de X del día en el que conoció a Oleg Hall, su gran mecenas y (a veces) gran amigo:

> 16 de abril de 1972
> ¿Con qué mitos comercio?

X tenía menos de sesenta dólares en el bolsillo. Durante dos semanas, estuvo alquilando una cama en un refugio de mujeres en el distrito de la moda de Manhattan. Había perdido mucho peso y sus intentos de encontrar trabajo habían fracasado. Las monjas que gestionaban el refugio empezaban a cortejarla —¿qué más opciones tenía?—. A pesar de su pobreza, se supone que X conoció a Oleg un día en el que alguien le dio plantón en un bar de champán y caviar llamado Brenda's, un local frecuentado por ricos diplomáticos y magnates inmobiliarios.

Teniendo en cuenta la fama que tenía Oleg en aquella época, el Brenda's era uno de los pocos lugares a los que podía ir sin sufrir el acoso de desconocidos, reporteros o mujeres que pasaban por alto su exuberante homosexualidad e intentaban emparejar a ese «solterón»

acaudalado con sus hijas o sobrinas. Oleg iba allí a comer a última hora un par de veces por semana: caviar y blinis, ostras Rockefeller y un par de refrescos de pomelo. Su sitio preferido estaba siempre reservado y a veces se quedaba toda la tarde, hojeando revistas mientras las camareras cambiaban las mesas para el turno de noche. No era el tipo de lugar en el que recalaría por casualidad una joven sin blanca y sin contactos, pero X ya sabía que sobrevivir en Nueva York implicaba asegurarse de que su aspecto ocultase su situación. Lavaba a mano y planchaba su ropa noche sí, noche no en el refugio de mujeres y antes gastaba en peluquería que en comida. Pasó varias tardes estudiando a las mujeres que compraban en Saks, aprendió a imitar sus gestos, el aburrimiento con el que posaban la mirada sobre cualquier cosa que querían.



Encargo. Obra de Alex Merto.
Efectos personales #129, AX.

«Estoy esperando a alguien», le dijo X al camarero; se lo repitió cuando este le ofreció la carta por segunda vez. Oleg la observó mientras X se quitaba con delicadeza los guantes y los guardaba doblados en su bolso de charol, un poco pasado de moda y barato, pensó él, pero de algún modo estiloso en las manos de esa mujer. Pasó un rato. La cita de X, si acaso existía, seguía sin aparecer.

«No pude evitar compadecerme de ella —me contó Oleg en la primera de las desastrosas entrevistas que le hice—. Yo me sentía un poco solo, supongo; acababa de ponerle fin a una aventura con un hombre casado. Por aquel entonces, hacía ese tipo de cosas y, no sé, supongo que al ver a una joven esperando a alguien que claramente no llegaba... Pobrecilla, pensé. Entendí por lo que estaba pasando». [77]

Oleg dice que no se acuerda de quién habló primero. Si lo recuerda, se cuidó de no decirlo en mi presencia. La naturaleza del inicio de su

amistad es uno de los numerosos aspectos del papel que ha desempeñado Oleg Hall en la vida de X que me ha confundido durante mucho tiempo, sobre todo porque él empezó casi de inmediato a mantenerla, y sin escatimar gastos. El amor —y vacilo al usar esa palabra, aunque me quedan pocas alternativas— rara vez avanza a tal velocidad sin que haya sexo, engaño o dependencia. Aunque en lo que parece que fueron veinte minutos la vida de ambos quedó profunda e incuestionablemente entrelazada; nunca tuvieron una relación amorosa ni parece que se mintieron entre ellos o a sí mismos sobre la naturaleza de su amistad y, salvo que entendamos que Oleg Hall pagaba por la compañía de esa jovencita, tampoco había nada directamente remunerativo en su acuerdo. Después de invitarla a comer en el Brenda's y salir a pasear por el parque, fueron al Met y cenaron en uno de los clubes en los que Oleg era miembro, y, para acabar, copas en un garito de jazz.

«A medianoche me había contado cosas que no le había dicho nunca a nadie, cosas que nunca volvería a contar, ni siquiera a ti», me dijo Oleg.

Entonces me negué a creer que él supiera cosas sobre mi mujer que yo no sabía. Su insistencia en llamarla Dorothy me hace pensar que quizá no sabía que aquel nombre no era más que un alias, pero a lo mejor le tenía cariño por la simple razón de que fue el apelativo con el que la conoció.

«Lo tuvimos claro enseguida: Dorothy era mi familia entera y yo la suya. Lo éramos todo el uno para el otro, la familia entera en una sola persona».

Esta ha sido su postura de siempre sobre el asunto.

«Es la única familia de verdad que tengo», le dijo a una reportera en 1985.[78] «Es la hermana que nunca tuve, la madre que ya no tengo», le dijo a otro en 1988.[79]

Aquella primera noche, cuando él se dio cuenta de que X estaba viviendo en un refugio para mujeres, se negó a que pasara allí una noche más. «¡Como para fiarse de las monjas!», le dijo.[80] Le hizo las maletas, liquidó lo que debía y le pagó una habitación en el Waldorf Astoria, una elección tan macabra como opulenta, dada la historia de Oleg con ese hotel en particular.

A mediados de la década de los sesenta, Oleg casi no podía salir de casa sin sufrir el acoso de los fotógrafos de la prensa amarilla, aunque desde entonces su estrella —si la queremos llamar así— se ha ido apagando bastante. Incluso en 1989, cuando X intentó explicarme el pasado de Oleg, parecía demasiado grande y extraño para creerlo: que su madre le pegó un tiro a su padre y luego se pegó un tiro ella en una suite del Waldorf Astoria, con lo que él se quedó huérfano, pero también se convirtió en el único heredero de la fortuna de su padre.



Nina Kolodnaya, madre de Oleg Hall.
Encontrada por la autora.
Cortesía de Oleg Hall.

«Lo único que recuerdo de mi madre es que quería lo mejor de lo mejor para mí —le dijo Oleg al director Ross McElwee en el documental que este rodó en 1994 sobre X—.[81] Recibía una asignación mensual de mi padre, pero se la gastaba toda en mí y no se quedaba nada para ella… Era como si mi existencia le hiciera sentir que ella ya no existía. Los niños no son tontos, ¿verdad? Saben cosas de sus padres, ¿no? En todo caso, es parte de la razón por la que Dorothy y yo siempre nos llevamos tan bien, creo. Algo sobre eso…».

Fuera de cámara, McElwee le pregunta: «¿Algo sobre qué?».

Oleg responde de inmediato: «La existencia. Algo sobre la existencia».

Después del asesinato-suicidio, Oleg quedó a cargo de su tía Eloise, que no había tenido noticias de su sobrino hasta entonces y lo crio con abierta hostilidad y violencia; lo consideraba el vástago de la asesina de su hermano, no un niño de su propia sangre. En su dieciocho cumpleaños, Oleg desahució a su tía, ya que entonces la casa pasaba a ser legalmente suya, y, cuando su mayordomo le informó una década más tarde de que la pobre tía Eloise había sufrido un ataque al corazón en un probador de Macy’s y la habían declarado muerta allí mismo, Oleg contestó: «No seas estúpido, si no tenía corazón».

A mediados de la década de los sesenta, la tragedia del asesinato-suicidio quedaba lo suficientemente lejos para darle un halo misterioso a la fortuna y apostura de Oleg. En un artículo de las

páginas de sociedad del *New York Times* de 1967 se decía que habían visto a Edie Sedgwick sentada en su regazo en una discoteca, acariciándole la cara y atusándole el pelo; más tarde, aquella misma noche, habían visto a Truman Capote persiguiéndolo entre la multitud, intentando pellizcarle el culo.[82] Elizabeth Taylor solía amenazar con casarse con él si no se andaba con ojo. Robert Frank, enamorado de los ángulos de su rostro, lo fotografió en diversas ocasiones, tanto solo como en grupos de poetas beat. Como suele pasar, atraía a la farándula, que cedía al magnetismo de la teatralidad vital, de la osadía constante. Oleg fomentaba y detestaba su estatus como celebridad trágica. «Como todos los famosos, Oleg Hall no deja de atraer a gente nueva —le escribió Susan Sontag a X en una carta—, no necesita cultivar viejas amistades, resolver disputas, calmar las aguas. Puede pasar a otra cosa».[83] Es cierto que Oleg acostumbraba a atraer a la gente con una mano y a apartarla enseguida con la otra —Sontag fue una de sus víctimas—, pero X, hermana quiral, conservó su lealtad.

Desde la muerte de sus padres, Oleg ha vivido en Park Avenue, aunque cada vez que lo he visto en su casa parece una visita incómoda. El salón en el que hicimos varias entrevistas seguía decorado con los muebles nobles de su padre de los años cuarenta y los retratos al óleo de parientes lejanos. Nunca ha reformado, redecorado ni siquiera recolocado nada; todo está prístino y fantasmal, el ala olvidada de un museo poco popular.

Le pedí a Oleg una entrevista varias veces antes de que me la concediera. O estaba fuera de la ciudad o no tenía ánimos o estaba demasiado ocupado. Cada vez que lo llamaba veía con claridad la escena: el mayordomo llevándole el teléfono de dial en una bandeja de plata; Oleg, pasando lánguidamente otro día vacío de su vida, tirado en el chaise longue, hojeando una revista mientras dice que no tiene huecos en la agenda. Las primeras veces que llamé, me provocó con la existencia del libro de Theodore Smith, que estaba lleno de citas literales y autocomplacientes de Oleg; luego me colgaba sin previo aviso, pero unas semanas más tarde conseguí que aguantara un poco más mientras tenía la grabadora encendida.

«Hay muchas cosas que nunca sabrás de ella, es así —me dijo—. Es una pena, de verdad. Si no fuera tan divertido ver cómo te dejas la piel en esto, sería casi una tragedia, ¿no te parece? Te has equivocado con ella durante tanto tiempo».

«Se casó conmigo», le contesté yo.

«Sí, me di cuenta».

Tras un largo silencio, le pregunté: «¿Qué has tenido siempre contra

mí, Oleg? ¿Qué tengo de malo?».

«No tienes nada malo, querida, pero ¿no ves que tampoco tienes nada bueno?».[84]

Un comentario típico de Oleg, todo un sádico glamuroso, pero por aquel entonces ya no había nada que pudiera hacer o decir que me doliese. A principios de aquel año había estado en el Territorio del Sur y tenía la fiebre que acarrea ese tipo de concentración y obsesión que parece surgir al inicio de un proyecto tan largo como un libro; una sensación no muy lejana a la de un nuevo amor, aunque sin movimiento, una especie de amor silencioso, tan interior y fuertemente atado que desde fuera debe de asemejarse a la parálisis. Mi impasibilidad ante su insulto pareció convencerlo para concederme una entrevista en su ático aquella tarde.

Tras llegar y encender la grabadora para nuestro primer encuentro cara a cara, Oleg le dio sorbitos a su jerez vespertino, luego al segundo, antes de reclinarse en el sofá como si yo fuera su analista. Por fin inició un largo monólogo, del que solo me sirvió una parte. [85]

«Nunca he sentido que *encaje* en ningún lado. Y mucha gente dice eso, claro está, pero ni te imaginas lo cierto que era para mí; lo cierto que sigue siendo. He vivido en el ático de papá todos estos años porque no tengo otro sitio al que ir. Lo pasé... Siempre lo he pasado mal en las relaciones... Románticas, ya me entiendes. No me han resultado naturales. No me gusta que alguien se quede a mi lado demasiado tiempo, pero con Dorothy todo tuvo sentido desde el principio. No puedes llegar a entender cuánto la quería, lo puro que era ese amor».

Al cabo de unos días tras su primer encuentro en el Brenda’s, Oleg le había comprado un piso a X en Grove Street y le había abierto una cuenta bancaria. La llevó a todos los saraos que había estado evitando —recepciones y cenas y galas— y presentaba a su nueva amiga como si fuera la invitada de honor allá donde iban. Su fotografía aparecía a menudo en las páginas de sociedad de 1972 y 1973, siempre con el pie de foto «Oleg Hall e invitada», ya que Dorothy Eagle siempre era una doña nadie de ninguna parte cuando iba con él. En todas esas primeras fotografías lo agarra del brazo, con una amplia pero insegura sonrisa.

Entre las pocas imágenes que X guardó de aquella época, hay una en la que sale con Oleg: una instantánea borrosa que les hizo el poeta Frank O’Hara en el verano de 1972. X había ido a Fire Island con Oleg y unos cuantos conocidos para celebrar el aniversario del escarceo con la muerte de O’Hara en 1966 —cuando lo atropelló un todoterreno y casi muere en el hospital—. Oleg parece especialmente joven, recién afeitado, cosa rara en él, y X lleva una larga peluca rubia; está

probando una nueva personalidad entre nuevas amistades. En el reverso de la fotografía X escribió: *Dos hermosas criaturillas sin nada que ocultar*.

Ambos encontraron en el otro la posibilidad de revivir la juventud que se les había negado, de redimirse, y esa sensación tuvo que conllevar cierta fuerza descarnada, la restauración de la dicha de no haber vivido todavía, de no cargar con el lastre de la memoria. Yo sentí algo parecido al conocerla; una sensación expansiva de futuro y de lo que podía saberse o sentirse en esta vida. Aun así, escuchando a Oleg rememorar sus primeros momentos con ella en nuestra primera entrevista, me sorprendió verme conmovida por las confesiones de un hombre que había puesto tanto empeño en ser cruel conmigo.

Lo conocí a finales de 1989, unos meses después de empezar a vivir con X. Oleg había faltado a varias citas que él y X habían acordado para que me conociera. «La nueva», decía X a veces, guiñando el ojo. No me gustaba la palabra «nueva», como si me colocara en un desfile de novias nuevas y antiguas, novias pasadas y futuras. Oleg cancelaba el plan aduciendo que estaba enfermo; luego volvía a estar enfermo, luego que si se fue al extranjero de manera repentina para un funeral, luego que si se quedaba en París a hacer unas vacaciones largas para recuperarse del funeral, luego, por accidente, se le solapaba nuestra cita con otro compromiso inamovible y al final, simplemente, admitió que no le apetecía, que no le apetecía conocer a la *chica* nueva de su mejor amiga.



Oleg Hall y «Dorothy Eagle» (X).
Encontrada por la autora.
Cortesía de Frank O'Hara.

Es que no paras de presentarme a esa gente que supuestamente significa tanto para ti, recuerdo que le explicaba a X por teléfono, en voz lo bastante alta para que yo pudiera oírlo, *pero luego, sí o sí, te decepcionan, ¿verdad? Por qué no admites que eres como yo… No estamos hechos para relaciones convencionales. Es así.*

X se apartaba el auricular de la oreja, ponía los ojos en blanco y me

sonreía mientras le decía que ya veía por dónde iba, pero que a veces la gente cambia, ¿no? (Con qué intensidad guardé ese momento en la memoria, con la inmensa esperanza que tenía de que eso y nada más que eso era la vida, una vida con ella. Ya tenía una edad para saber que me había equivocado con muchas cosas de las que había estado segura, pero aún era lo bastante joven para ver la posibilidad y la perfección en nuevas certidumbres).

La gente no cambia, dijo Oleg por teléfono aquel día, con un tono lleno de resignación. *Intentan cambiar, hacen como si pudieran cambiar, pero no. No cambian.*

X me miraba directamente a los ojos mientras la voz de Oleg resonaba al teléfono. Se inclinó para besarme un instante, un beso que creí que estaba pensado para fastidiarlo, aunque él no lo viera, a él y a todo lo que estaba diciendo, luego X le contestó, con la boca aún cerca de la mía, que él mejor que nadie debería saber que ella no era como los demás, quizá la gente normal no cambia, pero si había alguien capaz de cambiar de verdad era ella, extraña como ella sola.

Y justo por eso es una locura que intentes comprometerte con alguien, dijo él.

X se dobló por la mitad con una carcajada silenciosa, tapándose la mano mientras yo seguía allí, intentando hacer como que me resbalaba. En cierto momento, Oleg cedió y se fijó una fecha para vernos una semana después en su ático. Cuando llegamos, su mayordomo nos acompañó al salón del ala este y esperamos a la tenue luz de la tarde casi una hora hasta que vino nuestro anfitrión, le dio a X un abrazo larguísimo para dejar clara su postura y le susurró secretos al oído.

Luego me escrutó a mí —el incordio— antes de empezar su inquisición.

De dónde era, y qué hacía, y cuáles eran mis ambiciones, y cómo había conocido a Dorothy, y si de verdad pensaba que podía seguirle el ritmo, y si me daba cuenta de lo especial que era ella, y si podía afirmar con sinceridad que podía manejar la vida que ella aparentemente me estaba ofreciendo. Una vida con esa mujer, esa persona intensa y notable.

Dorothy es, dijo Oleg, *y lo digo con toda seriedad, es una persona peligrosa, una persona increíblemente peligrosa, ¿lo entiendes? ¿Entiendes lo que te estoy queriendo decir?*

Respondí a esa y al resto de las preguntas que me hizo con la serena certidumbre de alguien que ha perdido la cabeza o que se acaba de enamorar, y, cuando terminó su inquisición, pidió quedarse a solas con X un minuto para poder *hablar de un asunto personal*. Pegué la oreja desde el otro lado de la puerta y escuché a Oleg llorar e hiperventilar antes de que X saliera y me condujera rápidamente al

ascensor. A su amigo le daba miedo que lo abandonara, me explicó X. Era algo en lo que estaban «trabajando».

Con los años me pareció que la relación de mi mujer con Oleg era tan intensa e inescrutable como cualquier matrimonio. Eran capaces de charlar desde los extremos de una estancia con un código silencioso, reproducir la caligrafía del otro, imitarse la voz a la perfección; a veces veía a X levantar el teléfono para llamar a Oleg y entonces darse cuenta de que él ya la había llamado a ella, una casualidad tan común que ya no la consideraban perturbadora. Claro que pensaban el uno en el otro de manera simultánea. Claro que sí.

En el perfil que le hicieron a Oleg en *Vanity Fair* en 1988, el escritor Joshua Rivkin explicaba su reacción como «un acuerdo complejo de amor y domesticidad».[86] Antes de que yo llegara, en 1989, X y Oleg pasaban casi todo su tiempo libre juntos —cocinando, jugando larguísimos torneos de backgammon, cantando, leyendo el uno al lado del otro, incluso a veces el mismo libro a la vez, turnándose para pasar la página, siempre en la misma frase—. Siempre he sospechado que el dinero de Oleg Hall es lo que realmente los unió, ya que los primeros años de X en Nueva York habrían sido económicamente inviables sin un mecenas. Sin embargo, es cierto que, cuando X hizo fortuna por su cuenta, fue bastante generosa con Oleg, aunque no fuese algo que le costara verdadero esfuerzo, pues, al fin y al cabo, la gente rica puede ir lanzando monedas a tontas y a locas.

Cuando Connie Converse llegó a Nueva York en mayo de 1972, fue la primera en ser testigo de la intensidad de aquella nueva pareja. Connie se quedó dentro de su escarabajo Volkswagen frente al número 23 de Grove Street y, por un instante, pensó en volver a Ann Arbor, en olvidarse de todo, pero entonces apareció su amiga, resplandeciente con la luz dorada de la tarde. Oleg también estaba; su fastidio se hizo evidente cuando Connie descargó dos maletas del coche. «Me miró como si estuviera cargando con un par de piernas amputadas», escribió más tarde.[87]

Cuando le pregunté a Oleg por la llegada de Connie y su estancia en el piso de Grove Street, me lanzó una mirada dispersa, desdeñosa.

«No me acuerdo», dijo.

«¿Y algo del año que Connie vivió con Dorothy?».

«¿Quién?», me preguntó.

«Connie Converse —le recordé—, la cantante folk de Ann Arbor».

«Uf, la verdad es que no recuerdo nada de ella. ¡Era tan vieja! Llevaba una ropa horripilante y no tenía modales. En todo caso, nunca me ha interesado la música country y me parecía que ella quería que todo el mundo supiera cuánto sufría. Pues claro que estamos *todos*

deprimidos, ¿qué hacía que su depresión fuese tan especial? ¿Por qué no se lo callaba como todo el mundo?».

Cuando insistí un poco más, Oleg bostezó.

«Una lunática, irrelevante», dijo.

¿Y qué me podía contar con las canciones, los discos que compuso con X? ¿Qué recordaba de aquello?

«Dorothy tenía muchísimo talento, como ya sabes, y hay muchas sanguijuelas por ahí, no era más que eso».

En una carta que conseguí de una antigua amistad agraviada de Oleg, queda claro que le tenía celos a Connie. Se refiere a ella como «la anciana esa» y dice que le molesta cuando X declina invitaciones a fiestas porque está trabajando en una canción con ella. «¿Por qué diablos Dorothy insiste en ponerse esa peluca tan horrorosa cuando está esa mujer delante? Está claro que esa señora ha maniobrado para meterse en su vida».[88]

Como un animal marcando territorio, Oleg hizo más patente su carácter de propietario del piso de Grove Street intentando echar a Connie, a base de no dejarle espacio para vivir. Contrató a una empresa de reformas para que remodelaran el salón y la cocina, pero Connie se fue a dormir a la bañera hasta que terminaran. Luego hizo que instalaran un piano de cola pequeño en el salón —lo subieron con grúa hasta el tercer piso y lo metieron por la ventana—, indicó que lo colocasen donde iba el camastro de Connie, pero entonces ella se acomodó bajo el piano y hasta colocó cortinas para tener intimidad.

Durante toda la campaña de Oleg por volver a ganarse la atención total de X, ella y Connie siguieron componiendo decenas de canciones, las grababan en el dormitorio en mitad de la noche. Durante todo aquel año, Oleg intentó planificar y controlar cada hora de los días de X. Cuando ella le comentó que quería aprender italiano, él le contrató un profesor particular cuatro días por semana. Siempre tenían compromisos nocturnos: cuando no era una fiesta, entonces era una obra de teatro, una cena, una película que Oleg quería ver, sesión doble.

«Oleg Hall era un personaje de cuidado. ¡Menudas cosas decía! ¡Qué expresiones se inventaba! Una era “tienes un don para la obviedad”. Él no, claro —me dijo Mark Doten, amigo suyo de muchos años, en una entrevista—. O al menos no desde la aparición de Dorothy. Antes de ella, a mí Oleg siempre me había parecido tosco, tan serio… Pero el nuevo Oleg de repente se presentó un día en una fiesta con una peluca color rojo chillón y Dorothy con un bigote falso, y fingían tener chepa y no paraban de reírse… Durante una temporada, siempre los vi juntos, en saraos, claro, pero también comprando, de paseo… Prácticamente por todas partes. Oleg es una de esas personas que no soporta sentirse solo, ha de tener a alguien al lado siempre que sea

posible».[89]

Todo apunta a que la presencia de Connie amenazaba con cambiar de manera drástica aquel acuerdo.

En otoño de 1972 algo pasó entre Connie y X, aunque ninguna de las dos dejó constancia de los detalles con claridad. En las cartas y diarios de aquel año, X lo denomina «el Incidente», mientras que Connie escribió al respecto de manera recurrente a la par que vaga en sus memorias y lo llamaba «aquella noche» o «aquella extraña noche» o «la noche en la que todo cambió». Pero ninguna de las dos explica, por escrito, qué cambió exactamente o cómo fue, y, aunque sin duda fue un punto de inflexión en sus sentimientos, sus costumbres siguieron siendo más o menos las mismas. Gran parte del tiempo que pasaban juntas lo dedicaban a tocar la guitarra o el piano o a componer canciones; Oleg seguía siendo un metomentodo, se llevaba a X siempre que podía y dejaba a Connie sola escribiendo baladas.

Cuanto menos tiempo pasaba Connie con X, más melancólicas y poderosas se volvieron sus letras. Aquel año compuso y grabó casi cincuenta canciones sin X, aunque ninguna de las cintas salió a la luz hasta después de su muerte. Algunas hacen referencia a un amor que se desliza entre disfraces; hay canciones de amor no correspondido bajo el disfraz de la heterosexualidad; aunque las historias de amor homosexual ya eran bastante comunes en la década de los setenta, a Connie la seguía hiriendo y limitando la homofobia de su juventud. En la canción «Trouble» [Problema], describe los meses que pasó durmiendo bajo el piano de cola:

Duermo sin casa
un piano tapa el cielo.
Problema, que va y viene,
sin dar razones.

La narradora de la canción vive en la periferia de una mujer a quien se refiere como «Problema», aunque no vale para nada más:

Sal y no vuelvas,
pero, si dices que ya se acaba,
¿dónde hallaré otra alma
para hablarle de mi problema?[90]

Un día de finales de octubre de 1972, Oleg fue a Grove Street buscando a «Dorothy», pero únicamente se encontró a Connie, sola, bebiendo un vaso de cerveza para comer. Ninguno de los dos sabía dónde estaba su amiga, pues a ambos les había dicho que pasaría el

día con el otro. Incómodos, esperaron toda la tarde en silencio. Ya de madrugada, X llegó a casa, aunque iba vestida de una manera que ni Connie ni Oleg habían visto antes. Se había cortado el pelo muy corto y llevaba los labios pintados de negro y la raya del ojo también negra y emborronada. Iba con una camisa sin mangas, los vaqueros desgarrados. Se había puesto unas botas robustas de combate y apestaba a amoniaco.

«Nos miró como si no tuviera ni idea de quiénes éramos y seguro que nuestra mirada fue la misma —recordó Oleg—. Se sacó un horrible fajo de billetes mojados de los bolsillos y cruzó el salón, bebió agua directamente del grifo. Me quedé… Me quedé absolutamente escandalizado».

Espantado, Oleg le preguntó qué le había pasado a su pelo. Ella se encogió de hombros y se quedó un rato callada antes de decirles que había conseguido trabajo en un sitio llamado el Big Bar; le había dicho al jefe que se llamaba Clydelle y que había sido camarera en el Rainbo Club de Chicago. El falso currículum y su actitud bastaron para conseguirle dos turnos por semana.

Cuando le pregunté a Oleg si la adopción repentina de X de una identidad alternativa, con su correspondiente vestuario, le sorprendió, casi me gritó: «Para nada, ni por un instante», aunque esa declaración contradice los propios diarios de X, en los que dice que Oleg lloró por su pelo, aunque él era consciente de que últimamente ella se ponía peluca cuando salía como Dorothy. Desde la primera de nuestras entrevistas, Oleg afirmó conocer el plan de X de vivir en Nueva York siendo personas diferentes.[91]

«Desde el inicio, para mí tuvo todo el sentido del mundo —prosiguió—, ya que en nuestra mente apenas había separación entre uno y otro. Todas las ideas que ha tenido, todas las palabras que ha escrito, todo lo que ha hecho tiene algo de mí, yo era su catalizador».

Desde la muerte de mi mujer, Oleg ha insistido pública y repetidamente en que él ha sido la persona más importante de la vida de X y que si yo no lo compadeciera tanto quizá me sentiría insultada. No voy a discutir que Oleg Hall fue una de las primeras personas que le allanaron el camino, ya que siempre estuvo dispuesto a poner el dinero que ella necesitaba para un proyecto o a presentarle a gente o a darle total privacidad si eso era lo que ella necesitaba. En cierto sentido, Oleg fue su primera mujer —la primera persona en intentar darle todo lo que ella necesitaba—, y las primeras esposas siempre tienen el derecho, por frívolo que sea, de mirar con marchita compasión a las chicas que vienen después. Como le escribió en una carta a un exnovio, Oleg pensaba que era triste que las novias y esposas de X muy a menudo «tuvieran la conmovedora temeridad de albergar ambiciones propias», a lo que añadió: «Al final, X se cansa de

todo el mundo, como debe ser, y entonces esas chicas se unen a la sombría sororidad. Se vuelven locas con pasmosa frecuencia».[92]

Cuando escribió aquella carta, yo era la mujer de X; Oleg no podía saber que, en lugar de volverme loca, yo, su última mujer, al final acabaría bastante cuerda, ya que nunca he sentido tanta claridad mental como ahora, mientras escribo este libro, con toda la investigación a mis espaldas, sin trabas, sin control, casi invisible en el mundo. Por desgracia para Oleg, también descubrí la verdad de lo que realmente hizo que X entrara en su vida.

Aunque mi mujer se tomaba muchas molestias para conservar la ilusión de que ella y Oleg se habían conocido por seráfica casualidad, una vida como la suya, una vida continuamente construida y urdida, contiene pocos accidentes. Siempre he pensado que el apoyo económico de Oleg para la supervivencia de X en Nueva York era demasiado necesario en la historia para ser una mera coincidencia; una sospecha que conseguí confirmar.

En 1967, la revista *Time* publicó un reportaje de cinco páginas sobre Oleg Hall en el que la periodista acompañaba al protagonista durante una de sus tardes errantes por Manhattan; caviar en un bar sin nombre en el East Side, compras vespertinas y luego una cena reposada en uno de sus clubes.[93] X encontró un ejemplar de aquel número de *Time* en algún momento antes de su llegada a Nueva York; lo recortó y lo guardó antes de dejárselo en Ann Arbor, según una de las cartas de Connie.

X también había resumido los detalles del artículo en un cuaderno que nunca se molestó en hacer desaparecer; compiló una lista de los lugares donde era probable encontrarse con Oleg, planes sobre cómo encandilarlo. El día antes de su encuentro fortuito en el Brenda's, X se había presentado a una oferta de trabajo en la guardarropía de uno de los clubes de Oleg, así como en la sección de caballeros de Bergdorf Goodman. Oleg, con toda su «conmovedora temeridad», nunca fue consciente de que lo estaba cazando.

Connie abordó el asunto de cómo se conocieron X y Oleg al menos una vez, hay una cinta que lo confirma, de una de las sesiones de grabación en el dormitorio de X de finales de 1972.[94]

CONNIE: ¿… sobre Oleg?
X: Bueno, ¿te refieres a después de ver aquel artículo sobre él?
CONNIE: Sí.
X: Algo tuvo que ver.
Connie rasga unos acordes.
CONNIE: ¿Qué te parece «Two Tall Mountains»?

X: Bien.

Connie empieza a tocar y luego para.

CONNIE: Entonces… ¿lo planeaste? ¿Ibas a sitios donde te lo podías encontrar?

X: Hasta donde se pueden planear esas cosas.

CONNIE: Ya.

X: Y no se puede planear que alguien… se vaya a llevar bien contigo.

CONNIE: Supongo que no.

X: ¿Lista?

Empiezan a tocar.

Al final de una de nuestras últimas entrevistas en 2003, ya cansada de la machacona insistencia de Oleg en que la mercancía principal que intercambiaban «Dorothy» y él era el amor, salté y le dije que lo había engañado, que X lo sabía todo de su herencia y había ido a por él de manera premeditada.[95] Podría haberlo respaldado con pruebas —las notas de X sobre el artículo, la grabación de Connie—, pero parece que confirmé un miedo que él había tenido todo este tiempo. A Oleg se le encendió la cara de rabia, perdió toda su gélida calma y me dijo que me largara de su casa. Lo hice, encantada. Ahora me doy cuenta de lo insensato que fue enemistarme con una fuente tan importante como esa. Una biógrafa de verdad habría tenido más tacto.

¿Quién la quiso más? ¿Quién la conoció mejor? Solo puede haber una viuda, me dije mientras entraba en el ascensor. Lo demás son ex.

Downtown

Una entrada de diario del verano de 1972:

> Y hete aquí la pesadilla, la pesadilla de vivir. De la importancia del vivir. Y de la importancia de tener éxito en la vida o simplemente de tener éxito. En otras palabras, de ser algo. Algo más o algo menos de lo que es una.[96]

El Big Bar, el tugurio del East Village en el que X —usando el nombre de Clydelle— había empezado a trabajar a finales de 1972, no fue una elección azarosa, sino un portal a un mundo alternativo. Antes de trabajar allí, X había conocido la ciudad a la vera de Oleg Hall y, aunque los meses en los que había conseguido hacerse pasar por *socialité* habían sido todo un logro, había contado con la ventaja de tener un guía experto en ese mundo. La cercanía a Oleg ocultaba su desconocimiento de las normas de etiqueta en la mesa, de la alta costura o de cómo comportarse en un yate. Sabía que adentrarse en el mundillo del Downtown —un lugar supuestamente sin ley en el que, en realidad, el control de autenticidad era mucho más estricto— sería mucho más difícil.

X logró convencer al dueño del Big Bar de que estaba cualificada para el trabajo. Ciertamente, parece que se camufló bien tras pasar un par de fines de semana observando y tomando buena nota de cómo funcionaban esos antros; cómo manejar el tirador de cerveza, la caja registradora, la máquina de hielos, el lavavajillas. Tomó notas de cómo y cuándo intervenir en las peleas, cuándo y cómo negarse a servirle a alguien que se había pasado bebiendo y se mostraba demasiado hostil, y, quizá lo más importante, cómo pescar al final de la noche.

Trabajar en el Big Bar fue su manera de ser tanto invisible como omnipresente en el mundo en el que planeaba infiltrarse; ponía la oreja a los cotilleos, tomaba nota de las rivalidades y las facciones; cada noche veía con más claridad las tramoyas de aquel escenario. Unos cuantos parroquianos y parroquianas de aquella época que se acordaban de «Clydelle» confirmaron que nunca hablaba de sí misma, ni siquiera cuando le preguntaban. Las jóvenes que se rezagaban hasta la hora de cierre para llevársela a casa rara vez conseguían más que un par de palabras.

«Yo pensaba que era una especie de leyenda urbana hasta que fui

allí en persona —me contó una mujer llamada Rebecca Novack—. Pero empezó a oírse por ahí que la tía de la cabeza rapada se llevaba a una chica al final de su turno y se la follaba como si cambiase una bombilla, ¡así de rápido! Casi no soltaba prenda, no preguntaba ni el nombre y se iba antes de que una se diera cuenta. Suena un poco, no sé, ¿borde? Pero era más como…, no sé, una especie de servicio a la comunidad. Sí, hacía un verdadero servicio a la comunidad».[97]

Fue a finales de 2002 cuando conocí a Rebecca y a otras mujeres que se habían acostado con X en aquella época. Para entonces, los recuerdos que tenían otras personas sobre mi mujer habían emborronado los míos, cosa que, tal vez, había sido el objetivo desde el primer momento: no verla con más claridad, sino entender que nunca la conocí del todo. El dueño del Big Bar en la época en la que X trabajaba allí me dio el teléfono de Rebecca; nos vimos en un banco frío del parque Riverside. Había acabado de psicóloga y me observó con esa mirada síncrona de pregunta y respuesta tan intrínseca entre la gente de su profesión. Se había especializado en el trauma posmuro y me comentó que varias pacientes suyas eran lesbianas recientemente liberadas del ATS.

«Es terrorífico escuchar lo que estaban pasando mientras aquí andábamos todas folleteando por ahí, viviendo como nos parecía».

Se me llenaron los ojos de lágrimas, aunque intenté ocultarlo. Claro que aquella mujer no tenía ni idea de que X había nacido en el TS, que había dado a luz a un niño cuando aún era una cría y había arriesgado la vida para escapar. Habían pasado seis años desde la caída del muro, pero el caos y el horror seguían dominando los periódicos —el descubrimiento de nuevas atrocidades, nuevas amenazas o actos reales de violencia a manos de la KLA— y, ante todo ese duelo colectivo, yo me había encerrado en el mío personal. Cuando Rebecca me miró aquella tarde, supe que había reconocido ante sí la imagen más simple del mundo: una viuda temblorosa a punto de llorar. Su formación entró en juego. Me puso la mano en la muñeca y me susurró: «¿Va todo bien?».

En el duelo hay veces en las que lo único que necesitas es que alguien te vea, y hay otras, años, meses en mi caso, en las que solo te va bien la invisibilidad. Me repuse, le di las gracias por su tiempo y acorté la entrevista.

Tim Holt, un editor del que X se había hecho amiga aquel año, era el único parroquiano del Big Bar que no acababa de encajar allí. Llegaba cada viernes a las cinco para tomarse sus tres martinis de costumbre mientras leía una pila de manuscritos. A aquellas horas, el bar estaba casi vacío; lo bastante en silencio para leer durante una

hora, luego lo bastante bullicioso para distraerlo de todas esas páginas de pura desesperación. Holt se fijó en los libros que llevaba X en el bolsillo trasero del pantalón y empezó a llevarle ejemplares de New Directions, la editorial donde trabajaba; regalos que ella correspondía con bebidas más cumplidas y sirviendo el sobrante en un vaso de chupito. Hablé con Holt por teléfono, ya que se había jubilado y trasladado al Territorio Occidental.[98]

«Le diera lo que le diera el viernes, a la siguiente semana ya se lo había leído —me dijo—. Recuerdo que le encantaron Kay Boyle y Borges, y, aunque siempre tenía algo que decir, nunca comentaba obviedades… En aquella época, yo estaba muy quemado, pero empecé a esperar con ganas los viernes, nuestras charlas».

Una semana, Holt llegó muy alicaído; habían pasado meses desde la última vez que había contratado un manuscrito y lo que había publicado aquel año no había ido bien. El problema era el propio sector, dijo, la queja más común de quienes lo conforman. Se quejó de la estupidez de los libros de consumo de masas, de la cantidad de manuscritos sosos, del misterio de que lo que vende no suele ser bueno y lo que es bueno no suele vender.

«Entonces Clydelle se inclinó sobre la barra y dijo: “¿Y por qué no escribes tú uno? Escribe uno que sea bueno *y* que venda”. ¡Ja! Parecía que lo decía de broma, pero no era de las que bromeaban. Era como recibir consejo de una alienígena: escribe un libro, punto. Como si los libros estuvieran esperando en la cabeza de uno, sin más, esperando a que los deje salir. En todo caso, no me hice ilusiones tontas, los escritores son gente pocha. La literatura no se escribe por el contenido. ¿Por qué tengo que sufrir yo escribiendo cuando leer es mucho más agradable?».

Holt siguió desarrollando la hipótesis que tenía sobre la escritura, la idea de que intentar traducir ideas y sentimientos a una historia y al lenguaje es antinatural, quizá incluso venenoso. «Los pensamientos no encajan bien en las palabras», dijo, y ahí reconocí yo la razón que había esgrimido X a menudo para explicar por qué ya no escribía libros, pero en 1972 X seguía creyendo que escribir un buen libro debería ser una tarea sencilla, que si Holt era capaz de reconocer un buen texto debería ser capaz de producirlo.

«Le dije que no era habitual que los editores publicaran en su sello», dijo Holt.

Usa un seudónimo, le propuso ella.

Como si eso resolviese el problema de escribir el maldito libro.

En realidad, es bastante fácil.

Bueno, pues, si tan fácil te parece, te agradecería mucho que te sacaras uno de la manga.

Vale.

Y, ya puestos, si no te importa, para el viernes.

Holt estaba seguro de que aquello se convertiría en una broma habitual entre ellos —la novela que Clydelle nunca escribiría—, algo sobre lo que preguntarle cada viernes, algo imposible.

Dos días más tarde, X se presentó en el ático de Oleg con una máquina de escribir y una resma de papel. Se adueñó de uno de los dormitorios de invitados, le pidió al cocinero que dejara una jarrita de café a las siete de la mañana, cuatro ciruelas a las doce del mediodía, la cena a las seis y dos copas de brandi a las ocho. Necesitaba cuatro días, le dijo a Oleg; estaba escribiendo un libro del tirón y quería que la dejaran en paz.

«Hacía todo lo que se proponía —me dijo Oleg el año siguiente—. Tenía una fuerza, una determinación tremendas. No me sorprendió nada que saliera de la habitación con el manuscrito terminado. Ni lo más mínimo».[99]

El jueves por la tarde, un día entero antes del plazo fijado, X llegó a las oficinas de New Directions, se presentó como Clydelle, pidió ver a Tim Holt y dejó el manuscrito de *La razón por la que me he perdido* encima de su mesa.

«¡Me había tomado en serio! —exclamó Holt—. ¡No me lo podía creer! También me dio miedo, claro. ¿Qué posibilidades había de que fuera bueno? ¿Sería legible? Fijo que me tocaba buscarme otro bar... Pero va y resultó que... ¡la hostia, era *bueno*! Por supuesto, pensé que seguro que ya llevaba tiempo trabajando en el texto y que se había limitado a terminarlo. Insistió en que había tardado cuatro días... Incluso meses después de que lo publicáramos yo seguía preocupado por si descubríamos que lo había plagiado, pero hasta el propio manuscrito tenía el aspecto de que lo hubiese tecleado de una; se ve cómo la cinta de tinta se iba agotando a lo largo de unas cuantas páginas antes de que la reemplazara. Ni siquiera había saltos o correcciones en el texto... Pero ¡la leche, sigue sin tener sentido!».

New Directions publicó *La razón por la que me he perdido* aquel otoño, en noviembre de 1973. Clyde Hill, el seudónimo del seudónimo, está acreditado como autor debutante y el alias ahondó el misterio que envolvía al libro; una novela que emulsionaba la realidad y la ficción de tal manera que a veces la han catalogado erróneamente como biografía. New Directions enviaba los cheques de los derechos de autoría a Dorothy Eagle —su hermana pequeña, según decía Clydelle— para proteger todavía más su anonimato. (Sin embargo, era una cuestión de mera logística. Dorothy Eagle era el nombre que aparecía en el único carnet oficial de X y el que figuraba en su cuenta bancaria). En la parte interior de la sobrecubierta aparece una

fotografía granulada y desenfocada de alguien (quizá X, con el pelo rapado a lo Clydelle) que supuestamente es Clyde Hill. La nota biográfica es igual de sorprendente: «Clyde Hill promete no volver a escribir un libro. Sabe un poco sobre barcos y tiene una hachuela. Las quejas pueden enviarse por correo a New Directions».



Penguin Random House Grupo Editorial.
Alfaguara.

Cada viernes, Holt le llevaba a X correos de admiración y de odio en fajos atados con cuerda, pero llegó un momento en el que el ritual acabó llamando la atención; empezó a circular la teoría de que la estoica camarera del pelo rapado era *Clyde Hill*; un rumor que se extendió tan rápido que el Big Bar, que era bastante pequeño, estaba hasta la bandera —insoportable— a todas horas con lectores que llevaban sus ejemplares de *La razón por la que me he perdido* a la caza de una firma. X se hacía la tonta, no decía nada, servía copas, pero su comportamiento no hizo más que avivar la llama. Después de dos fines de semana de espectáculo, lo dejó; el trabajo había cumplido su propósito original. Durante un año estuvo este cartel en la ventana del Big Bar: NO TENEMOS NI PUTA IDEA DE QUIÉN ES CLYDE HILL, NO TE MOLESTES EN PREGUNTAR.

A partir de entonces, New Directions remitió las cartas al piso de Dorothy Eagle y, durante años, X, en ocasiones, contestó firmando siempre como «Clyde». Una de las correspondencias que inició el libro fue el intercambio con el escritor Denis Johnson, autor de *Hijo de Jesús*,[100] aunque por entonces aún no había publicado ningún libro.

Su primera carta a Clyde Hill llegó en 1977:

> Querido Clyde Hill:
> Dudaba si escribirle o no, albergaba la esperanza de que faltara a su promesa y publicara un segundo, un tercer, un cuarto libro; entonces, me decía a mí mismo, escribiría aliviado. Pero, bien al contrario, sigo releyendo este libro, año tras año, en ocasiones más de una vez al mes. Quizá no necesita escribir otro; quizá no tiene por qué. De hecho, ayer abrí un ejemplar mohoso de *La razón por la que me he perdido* y estuve leyendo sobre Gabe Smith y Danny Osgood…
> Primero fui a un pasaje de cinco páginas que aparece hacia el final de la obra; una discusión entre Oswald y su novia Maureen, el primer diálogo que he repasado de manera analítica en toda mi vida por sus subidas y bajadas, los giros y las réplicas, las estrategias de los combatientes…



Clyde Hill, fotografía del autor.
Encontrada por la autora.
Cortesía de New Directions.

> Luego volví al párrafo inicial de la novela y a eso de medianoche me la volví a leer entera y me sentí tan conmovido como la primera vez —como las primeras diez veces—, como cada vez. *La razón por la que me he perdido* no solo fue un ejercicio de prosa ejemplar. A fin de cuentas, este libro, y la envidia que le tengo, trata de una vida plagada de glamour y fealdad y toda clase de amor —amor frustrado, y amor loco, amor triunfal—, por encima de todo, del amor entre esos dos amigos.[101]

Johnson escribió dos páginas más sobre la novela y sus dificultades para escribir algo tan «perverso e hipnótico» como ese libro. «Pero lo conseguiré, ya me las ingeniaré. No me queda otra, porque su libro me ha dejado algo tocado… Ya no me reconozco… Y lo único que quiero

saber es ¿quién es usted y de dónde ha salido? Igual es mucho pedir, pero se lo pido. No puedo evitarlo».

Ella no escribía muchas cartas como Clyde Hill en el momento en el que le llegó la de Johnson, pero su prosa la conmovió bastante y así empezaron una correspondencia regular. Su primera respuesta fue inusualmente optimista, un estallido de ánimos casi infinitos para el futuro del joven Johnson como escritor:

> Todo lo que te pase, lo pones blanco sobre negro, lo trabajas hasta que tenga forma, lo iluminas. En realidad, no queda muy lejos de grabar el movimiento de las nubes en el cielo y decir que es una película; aunque hay que admitir que las nubes pueden bajar, agarrarte, llevarte a toda clase de sitios, algunos terribles y no vuelves al lugar del que venías durante años y años. No me cabe duda de que lo harás muchas veces, de que tu obra será importante para muchas personas. En cuanto a mí, ya lo hice una vez y ahora pienso en otras cosas, no en libros, ya no... Pero es bonito pensar que se tiene una destreza, la capacidad de producir un efecto. O que se tuvo en algún momento.

La carta, de siete páginas, la primera de las muchas que le llegaron a Johnson, acaba de manera abrupta: «Una vez entretuve a unos niños con una historia de fantasmas y uno se desmayó».

Durante el año y medio siguiente, se escribieron con regularidad. Johnson escribía sobre su adicción, sus trabajos, sus viajes. Clyde Hill le contestaba alabando su estilo y su talento, animándolo a escribir sobre aquello que le doliera más, sobre aquello que le pareciese demasiado horrible para decirlo, que empezara por ahí, que se moviese con rapidez y nunca echara la vista atrás. Las cartas de X contienen muchos y ominosos *non sequitur*; parece que era incapaz de evitar que su vida real sangrase a través de los ropajes de Clyde Hill. En medio de una larga alabanza a Dostoievski, escribió «es probable que Connie esté muerta y la echo muchísimo de menos» antes de seguir con el flujo de pensamiento anterior. [102]

Johnson me permitió una breve visita a su cabaña en el Territorio Occidental para ver las cartas que había guardado en fundas de plástico y archivadores. Tenía un aire distraído y no parecía muy interesado al hablar conmigo, pero me dejó a solas con aquellas cartas, que leí, en busca de algo que no encontré. La última carta no era de «Clyde Hill», sino de «Dorothy Eagle». Solo le pedí permiso para hacerle una foto a esa, la más corta de todas, en lugar de limitarme a tomar notas.

Mucho se ha hablado sobre el hecho de que X pasara buena parte de los años setenta usando decenas de seudónimos, apareciendo y desapareciendo a hurtadillas de ciertos rincones de Nueva York, fingiendo ser experta en algo, importando acentos, contando diversas

historias ficticias. Aunque he narrado parte de esa era en esta obra, a quienes les interesen todos los supuestos detalles de esta época en la vida de X pueden consultar la tediosa reconstrucción de Theodore Smith —su periodo trabajando en el espectáculo de sexo en vivo de Times Square, la época que pasó travistiéndose de hombre, su fugaz banda de punk, cómo le reventaba las fiestas a Andy Warhol, sus escenitas en sociedad, etcétera, etcétera—. La reseña que le hizo Merve Emre al libro del señor Smith —en mi opinión, la única legítima— señalaba la falacia fundamental del punto de vista del autor: «Smith retrata la vida de X como una batalla que no podía ganar entre su yo público y su yo privado; con ese fin, el autor trafica con oposiciones más que burdas de apariencia frente a carácter, mente frente a cuerpo, intelectualismo frente a erotismo, personaje frente a yo privado. Cualquiera que le haya prestado algo de atención a la obra o las entrevistas de X puede ver con meridiana claridad que para ella esas fronteras no existían y vivía una vida sin ningún tipo de limitaciones».[103]

Dear Denis

Thank you for your letter. I don't know what else to say. Clyde died unconscious, and this morning very early we went to the crematorium.

A sunny day, a cold sun, and a lot of flowers but it made no sense to me.

I feel that I've been been walking a tight rope for a long, long time and have finally fallen off. I can't believe that I am so alone, and there there is no Clyde.

I've dreamt several times that I was going to have a baby- then I woke with relief.

Finally I dreamt that I was looking at the baby in a cradle- such a puny weak thing.

I don't dream about it any more.

Dorothy Eagle

It's so cold

Querido Denis:

Gracias por tu carta. No sé qué decir. Clyde ha muerto inconsciente, esta mañana a primera hora hemos ido al crematorio.

Un día soleado, un sol *frío*, y un montón de flores, pero para mí no tenía sentido.

Tengo la sensación de que llevo mucho mucho tiempo caminando por la cuerda floja y que al final me he caído. No me puedo creer que esté tan sola y que Clyde ya no esté esté [*sic*].

He soñado varias veces que iba a tener un bebé y luego me he despertado aliviada.

Luego he soñado que estaba buscando el bebé en la cuna; una cosita esmirriada y debilucha.

Ya no sueño con esas cosas.

Dorothy Eagle

Hace *tanto* frío.

Encargo. Obra de Maryse Meijer.
Carpeta 12, objeto 19, colección de fotografías e investigación de CML, AX; Cortesía de Denis Johnson.

La repulsión de X ante la idea de que un escritor o escritora intentara sintetizar aquellos años fue su principal razón para negarse a autorizar una biografía. «Me he ganado el derecho de llamarme lo que me dé la gana», repetía a menudo en las entrevistas. «Soy la única que ha pagado por tener ese privilegio».[104] Daba por sentado —y al final resulta que no iba desencaminada— que si alguien escribía su biografía cometería el error de darles demasiada importancia a las minucias de aquellos años.

Además, X afirmó de manera explícita en su obra seminal de 1982, *El sujeto humano*, que la propia exposición era el único retrato fiel de aquella época. El meticuloso intento del señor Smith de catalogar lo que se queda fuera de la obra deja ver lo mal que entendió lo que X quería decir. Aunque seguro que el señor Smith habrá leído la «Confesión» de X, que aparecía al inicio del catálogo de *El sujeto humano*, está claro que no lo comprendió.

Por su bien y por el de quien lea este libro, la reproduzco aquí:

CONFESIÓN

Mi nombre es X y mi nombre siempre ha sido X y, aunque X no es el nombre que me dieron al nacer, siempre he entendido, antes de entender cualquier otra cosa, que yo era X, que no tenía otro nombre, que todos los nombres que me habían puesto eran mentiras. El año y el lugar de mi nacimiento ya no tienen validez; pocas personas conocen esa historia, algunos piensan que sí y la mayoría no la conocen ni necesitan conocerla. De 1971 a 1981 —una década de juventud —, suspendí el uso de mí misma; es decir, no estaba aquí, no era la actriz dentro de mi cuerpo, sino un público para las escenas que mi cuerpo interpretaba; una lectora de las ficciones que mi cuerpo vivía. Si suena absurdo es porque es absurdo; es absurdo del mismo modo en el que tu vida es absurda; tú, que te has convencido, casi como todo el mundo, de los límites intratables de tu vida, tú, que, con toda probabilidad, te has hecho papilla hasta quedarte en lo más pobre que te puede dar la vida, tú, que te has secuestrado, te has dicho que eso era la vida. Tú no eres tu nombre, no eres lo que has hecho, no eres lo que otra gente ve, no eres lo que ves o lo que has visto. Te sonará un poco, seguro, o puede que lo hayas sospechado siempre, pero ¿qué se puede hacer al respecto, si acaso se puede hacer algo? ¿Cómo escapar del confinamiento de ser una persona que permite que el pasado la controle cuando el pasado en sí mismo no existe? Quizá creas, ya que resulta cómodo, que no hay modo de escapar de ese confinamiento, y puede que tengas razón. Pero durante unos años, yo, de manera necesariamente limitada,

pero la mía, escapé.

Aun así, puede que insistas en que escapar es imposible. Ciertamente, no es posible; sin embargo, intentar lo imposible siempre es posible, siempre imperativo. Mi intento duró diez años y, aunque entonces me sirvió, ahora ya no.

En un sentido de la palabra, vuelvo a ser yo misma. Lo he admitido.

Ahora te pido que entiendas que esos años, un periodo al que me referiré como *El sujeto humano*, no han de entenderse como años de mi vida, sino años en los que estuve exenta de ella. Fui una espectadora más, igual que quienes me hablaron, me tocaron o interactuaron de algún otro modo con ese «yo» también formaron parte del público.

¿Hay algo más trágico que ver un teatro vacío antes de que empiece la función? Se ve tan claro que el escenario es una farsa cuando está desnudo, pero, cuando las personas que actúan, que interpretan, que bailan suspenden su incredulidad, entonces nosotros, el público, nos encargamos de pagar la factura. Rara vez caemos juntos en el engaño.

Pero eso es lo que yo quería: un engaño total, continuo, una obra de arte que se apoderara de una vida tan al completo que no se vieran los costurones, que ni siquiera los viera el yo que estaba suspendido dentro del cuerpo al tiempo que el cuerpo se convertía en el escenario, los actores, la entrada al espectáculo, el propio guion. Alquilé mi cuerpo a un teatro que yo no dirigía. Lo dirigía el mundo mismo, las posibilidades que le brindaba. Los ensayos ocurrían de manera simultánea a la obra en sí. Por esa razón, pido que cualquier persona que haya representado un papel inconsciente en *El sujeto humano* entienda la frontera que se levanta alrededor de aquellos años. La obra ha terminado. Marchaos.

Aquí, en los desechos que conmemoran *El sujeto humano*, encontrarás diversos documentos y atrezo de los personajes que formaron parte de la obra. Algunos personajes escribieron libros de desigual calidad, otros hicieron películas, pintaron cuadros, compusieron música. Otros lo único que hicieron fue causar problemas. La mayoría, de hecho, pasaron buena parte del tiempo intentando encontrar algo que hacer. Cualquier recuerdo que una persona diga tener sobre acontecimientos adicionales que supuestamente tuvieron lugar dentro de *El sujeto humano* es falso. Lo que revelo aquí, en imágenes y texto y películas y artefactos, es *El sujeto humano* en toda su extensión. No hay nada más.

No fue una estafa, no fue un delito. Solo ficción. Los nombres, las actividades, las voces, las historias: todo una ficción. ¿Me sigues? Esas personas no eran personas. El yo se escapó del cuerpo. El cuerpo iba por ahí conmigo dentro, pero yo no estaba allí. Me abstuve de mí misma, igual que tú también puede que a veces te abstengas de ti mismo o de ti misma. Qué alivio, qué alivio fue. [105]

Es cierto que muchos acontecimientos relacionados con personajes de *El sujeto humano* quedaron fuera de la exposición, pero no es verdad, como sugiere el señor Smith, que aquello fuera un intento de «borrar la historia». Vaya idea pueril: borrar la historia. No se puede borrar la historia igual que no se puede fotografiar la historia, ni escapar, ni ceñirla ni reconstituirla de manera directa. El catálogo de la exposición consiste, casi por completo, en fuentes primarias: correspondencia con las personas implicadas, entradas de diario, fotografías, los libros que escribió, los artículos, las entrevistas, las películas. Lo que el señor Smith intenta añadir al archivo de una performance de diez años son los recuerdos deformados de quienes no fueron lo bastante importantes para la obra y, por tanto, no se

incluyeron en su versión definitiva.

Aunque buena parte del libro del señor Smith apesta a egocentrismo, la tediosa sección de este periodo de la vida de X es, de lejos, la más insensata; como si hubiera mezclado una paleta de colores pastel y se hubiera concedido el gusto de darle un toquecito de color a un Rembrandt. Incluso se atreve a diagnosticar a X como ninfómana y maniacodepresiva con enormes delirios de grandeza; tendría que haberle quedado claro que, si X fue capaz de completar su performance de diez años, no fue por desconectarse de la realidad, sino por aferrarse con uñas y dientes a sus límites.

Además, buena parte de los «datos» que presenta el señor Smith pueden refutarse de inmediato con contenidos del archivo de X, a los que yo, ciertamente, le negué el acceso. Fue más tarde cuando descubrí que mi mujer quería que su archivo estuviera disponible en algún momento para artistas, escritores y escritoras que formaban parte de BASEL/ART, para que lo usaran con el propósito que consideraran adecuado, aunque a cualquier otra persona que accediera a sus archivos se le prohibiría escribir sobre su contenido.

Esto puede llevar a que quien esté haciendo una lectura atenta se pregunte: ¿qué me parece entonces que estoy haciendo yo? Aunque en su momento respeté el deseo de X de no intentar explicar o resumir su vida tras la muerte, he descubierto que cometió una infracción imperdonable contra mí misma y mi intimidad y ya no pienso respetar sus deseos. Pero, por mucha ira que pueda tener hacia mi difunta esposa, el señor Smith sigue siendo nuestro enemigo común; un hombre estúpido, un necio que, insensato de él, quiso entrevistar a gente famosa sobre cosas que, simple y llanamente, no importaban; por ejemplo, ¿qué hacemos con lo que David Byrne le dijo al señor Smith, que X era «una mujer incapaz de corresponder la amistad», [106] si la mujer a la que él creía que se estaba refiriendo no era una persona, sino un personaje? ¿A quién le importa que Patti Smith pensara que no podía fiarse de «Deena Stray»,[107] si la autenticidad y la confianza nunca fueron los objetivos de la obra?

En el que quizá sea su error más flagrante, el señor Smith acusa a X de intentar *hacerse pasar* por todas esas personas. Hay abundantes pruebas que contradicen esa afirmación, pero daré un único ejemplo.

En paralelo a los meses en los que X trabajó en Fun City, el espectáculo de sexo en vivo de Times Square donde conoció a la escritora Kathy Acker, también asistió con regularidad a recitales en el East Village; allí se presentaba como «Pamela Reno», llevaba vestiditos de florecitas abotonados hasta el cuello y leía sus asexuados sonetos en un susurro. Cuando Kathy Acker reconoció a «Pamela» y se dio cuenta de que era su compañera de trabajo «Deena», aunque llevara una peluca y tuviera una personalidad del todo diferente, X no lo

negó; se limitó a echar a Kathy hacia atrás y a darle un buen morreo.

«En los recitales, cuando la gente me pregunta en qué ando metida, nunca digo que en escribir o en arte —escribió en una entrada de diario que más tarde formó parte de la exposición—. En vez de eso, ¡les digo que tengo un espectáculo de sexo en vivo! Y me dicen: qué maravilla, estupendo».[108]

El señor Smith, a la contra, habla de la época de X en Fun City como si fuera una especie de escándalo, a pesar de que está ampliamente documentada en *El sujeto humano*. A X no le daba vergüenza ni se arrepentía del tiempo que pasó allí, un lugar donde todo el mundo tenía un nombre falso, donde todo el mundo entendía el deseo humano de poseer una automitología y que todos los deseos se disfrazan de alguna manera. Con ese fin, a X y Kathy les encantaba imaginarse sus propias escenas.



«Deena Stray» (X).
Encontrada por la autora.
Colección de fotografías de CML 2, objeto 4, AX.

«En uno de sus números —escribe Chris Kraus en la biografía de Acker—, Kathy representaba a una paciente que le confesaba sus fantasías sexuales con Santa Claus a su excitada psicoanalista

[interpretada por X]. Introdujeron la cabeza rapada de Acker en el espectáculo: se ha convertido en Juana de Arco, está completamente loca».[109] Después de que Kathy se fuera («Estoy harta de follar y de no saber quién soy», explicó), las actuaciones de X se volvieron incluso más raras y mucho menos populares. En una subía al escenario disfrazada de anciana —peluca gris, bastón y una chabacana falda hawaiana—. Luego, arrancándose un disfraz tras otro, envejecía al revés: señora regia, madre agotada, madre primeriza, novia, adolescente, preadolescente, niña —hasta que se retorcía en el suelo, ya de bebé, desnuda y, aparentemente, tenía un orgasmo—. Sin duda, X exploró rincones extraños de la psique en esta obra, pero nunca se preocupó por la vergüenza.

Connie, otra vez

Cuando empecé, tenía reglas para investigar la vida de X y me atuve a ellas. La primera era que solo leería la parte del archivo que X había dejado «en orden», nada más. La segunda era que, en cuanto descubriera su lugar de nacimiento, pararía. La tercera, que, si era incapaz de seguir la segunda norma, solo investigaría los años anteriores a su trabajo en la obra *El sujeto humano*, que inició en 1971. La cuarta era que solo iba a escribir un ensayo para refutar los múltiples errores de Theodore Smith, nada más. Me he saltado todas las reglas que me había impuesto. Y ahora estoy ocupada, ocupadísima, día y noche, arruinándome la vida.

Una noche, sin darle mucha importancia, saqué todo el desastre de materiales que X había guardado en cajas de leche y vino en el desván; la parte «ordenada» del archivo pronto se había mezclado tanto con el resto que ya no sabía dónde iba cada cosa.

«Poner las cosas en orden» era una tarea que a veces X se planteaba con un ánimo sombrío, en el borde más oscuro del crepúsculo, a menudo después de haber sufrido algo que ella consideraba una afrenta a su obra —que la hubieran ignorado en un premio, cuando se sentía desairada por una invitación perdida o que nunca enviaron, o tras leer una reseña negativa, incluso tibia, que más tarde quizá decía que no le constaba—. No le importaba la opinión de nadie, pero le importaba la opinión de todo el mundo. Estaba desesperada por obtener reconocimiento, pero también era incapaz de respetar los laureles que le otorgaban —no la habían entendido bien; la habían mirado con mala fe; la ignorancia de un crítico, sus errores o estándares perezosos la habían destrozado—. Su única venganza sería un archivo impecable, lo único sobre lo que tenía un control absoluto. *Ya va siendo hora de poner las cosas en orden, ¿no?* Siempre lo formulaba como una pregunta, pero en realidad no lo formulaba como tal, ya que nunca le preguntaba a nadie, ni siquiera a sí misma, qué tenía que hacer.

No es de extrañar que lo primero que atrajo mi interés —hasta el punto de no fijarme en casi nada más de aquellos papeles— fueran las cartas de sus amores pasados, más o menos relevantes, los retratos de carboncillo, las fotografías, las entradas de diario que detallaban las

idas y venidas de aquellos cortejos. Las leí con tantísima atención que no podía ni mirarme al espejo al lavarme los dientes aquellas noches de lo zafia que era aquella invasión de su intimidad. Justifiqué mi comportamiento creyendo que la versión más interesante de una mujer surge cuando está embelesada, pero no es verdad. El amor es un circuito cerrado. Nada hace que una persona sea más incomprensible para el resto del mundo que el hecho de estar enamorada.

Satisfecha e insatisfecha, pasé a las cosas que eran pertinentes para su obra y su impacto —páginas manuscritas, libretas, planos, los recuerdos de los años de Bowie, fotografías de rodaje de *El juego del coma*. X decía que odiaba la veneración que despertaban sus obras más populares; una queja frecuente: *produce un par de canciones con una estrella del pop y te perseguirán toda la vida*. Sin embargo, la ironía es que, si alguien hubiese estado al corriente de sus orígenes sureños, su cercanía con el mundo de la fama habría dejado de importar.

Aclamada por *lo que no correspondía*; su constante e irresoluble queja.

En la inauguración de su retrospectiva en el MoMA de 1994 estaba tan molesta con las felicitaciones —*Si estáis asistiendo a mi funeral, ¿por qué me andáis felicitando?*— que hizo que nos fuéramos pronto. Su ingratitud me avergonzaba. Había muchas personas del museo que habían trabajado un sinfín de horas en la instalación y en organizar la fiesta, ambas tan elegantes como respetuosas, pero sabía que era mejor callarme. *Panda de imbéciles*, farfullé, dándole la razón, mientras un taxi se nos llevaba de allí.

A menudo me preguntaba cómo habían gestionado sus anteriores novias y esposas ese carácter que le salía cada dos por tres; si acaso habían ideado una estrategia viable para calmarla y desviar su foco de atención. En mis momentos de mayor desesperación, me imaginé buscándolas, quizá incluso llamando a su primera mujer, para pedirles consejo, cosa que, por supuesto, jamás hice. Cuando ya estaba investigando, me costó organizar entrevistas con cualquier persona con la que hubiera tenido alguna relación sentimental, por miedo a encontrar rastros de X en aquellos cuerpos; la manera en la que fumaban, ciertos giros a la hora de hablar, un gesto, una joya, una cicatriz.

La persona con la que tenía más ganas de hablar —Connie Converse — llevaba tiempo muerta; lo único que había dejado eran sus canciones, acongojados lamentos que poco me dicen de ella, además de sus memorias, inconclusas, que no revelan mucho más. Parece que ella y X mantenían un forcejeo continuo, incierto; sin estar nunca seguras de si la otra era la cura o la causa de sus males.

El 30 de diciembre de 1973, X volvió al número 23 de Grove Street tras un turno largo en Fun City y se encontró todos los regalos que le había hecho a Connie apilados en la mesita de centro: varios libros, discos, una bufanda, un dietario sin estrenar, la figurita de un burro, un cristal rosa, una navaja. Las llaves de Connie estaban en la cocina, en un vaso de agua. No dejó ninguna nota.

Me encontré varias páginas arrancadas del diario de X de aquella época en una caja de zapatos cerrada con cinta americana. Primero se pregunta, asombrada, si la marcha repentina de Connie es una estratagema, si volverá pronto, pero al cabo de unas semanas las entradas se vuelven más frenéticas. Empieza a llamar a hospitales y morgues de la zona. Coge turnos consecutivos en Fun City, donde sus números se vuelven cada vez más absurdos, con disfraces de animales y tartazos a la cara. Sus diarios se hunden en el sinsentido; conversaciones consigo misma, odas a Connie, parrafadas airadas de echar los restos. Oleg Hall recordaba que X estuvo «de un humor de perros una temporada de aquel año»,[110] aunque no lo atribuía a la marcha de Connie, un suceso que seguro que celebró. Los diarios de X son conversaciones desquiciadas consigo misma o, más bien, con «Bee»:

> Le he dicho a Bee: todo dolor enfurece. ¿Por qué no estoy en contacto con mi ira? ¿Qué siento? Y Bee me ha dicho: depresión. Pero eso significa que estoy «deprimiendo» otra emoción. Será desesperación. Pero la desesperación es una conclusión que se deduce de una historia de dolor (está ocurriendo de nuevo). No hay conclusión. No concluyo nada.
>
> Así que he dicho: todo el mundo que ha tenido una mala niñez está iracundo. Debí de sentirla al principio (pronto). Luego «hice» algo con eso. La convertí en… ¿qué? (rebelión). Odio a mí misma > miedo (de mi propia ira, de la venganza de los demás). Desesperación. Ser lógica con el dolor, luego disociar.
>
> Bee me ha dicho: «No se me ocurre nada que deforme más la personalidad que tenerles aprecio a los padres». Pero ellos no tienen nada que ver.
>
> Entonces Bee dice que hablo de la depresión como alguien que nunca se ha psicoanalizado. Le he contestado que claro que no me he psicoanalizado, pero que ella tampoco.
>
> Bee: sí, pero no hablo como si sí.[111]

Ya en octubre de 1974, casi un año después de que Connie se marchara, la depresión de X se había transformado en rabia: «Podría escribir a C dentro de unas semanas: “Estoy indignada, estoy herida dolida, estoy enfadada. No permitiré que me hagas esto”», escribió en su diario, a lo que añadió: «¡Pero no tengo dónde mandarle la carta!». [112]

Unos días después llegó una carta de Connie; le explicó su nueva vida con una desenvoltura y un buen humor impropios de ella: «Este sitio es de lo más encantador, ¡todo lo que tiene! Está bien y es justo como me lo imaginaba (salvo el nombre Morningside Heights, ¿a

quién quieren tomarle el pelo?, aunque me estoy acostumbrando). Además, los (muchos) años de beber sin parar no me ayudan a estar tranquila con las cucarachas que veo… Da igual tranquila todo bien». [113]

Al día siguiente de la llegada de esa carta, mientras X aún estaba con los borradores de la respuesta, sonó el teléfono. Era —hablando como si no hubiera pasado el tiempo— Connie. Esa noche iba a un concierto con unos amigos y tenían una entrada de sobra. X apuntó la dirección del local. El garabateo parece indicar que le temblaba el pulso.

Es posible que nunca hablaran del año de ausencia de Connie; si acaso lo hablaron, no hay referencia alguna a la conversación en sus papeles. Connie, no obstante, describe con toda franqueza su marcha del 23 de Grove Street en sus inacabadas memorias. Sintiéndose ignorada por Bee, se mudó a un estudio de alquiler por semanas en el Uptown, infestado de bichos pero pagable. Había conseguido trabajo en una lavandería de la Sesenta y cinco Oeste, pero, a principios de marzo de 1974, un día que fue a trabajar con conjuntivitis su jefe la mandó a una clínica cercana.

He estado pensando en matarme, bromeó Connie durante la revisión, *pero, hasta entonces, tengo pensado conservar los dos ojos*.

El doctor la mandó al fondo del pasillo, a un psiquiatra que diagnosticó a Connie como maniacodepresiva y le prescribió litio.

Si me lo hubiera pensado dos veces, igual no me habría tomado esas pastillas, escribió, *pero no pensaba yo mucho en aquella época*.

Bajo los efectos del litio, Connie dejó de detestar el panorama musical del Downtown; volvió a ir a conciertos, a algunas audiciones con representantes, impertérrita ante los rechazos. Aquel otoño, un agente le consiguió un bolo de telonera cuando mandaron a uno de sus clientes a rehabilitación de la noche a la mañana. Aquella noche tocaba Tom Waits, la primera gira en la Costa Este tras salir de su hogar, en el Territorio Occidental.

Connie le entró por el ojo bueno a Waits, quien se la describió a un amigo como una «especie de minotauro…, parte bibliotecaria, parte camionera. Canta como una abuela que está contando un chiste verde».[114] Nueva York era la última parada de la gira de Waits y tenía planeado quedarse una temporada en la ciudad. Invitó a Connie a un par de conciertos aquella semana y, aunque hacía casi diez meses desde la última vez que había hablado con X, Connie la llamó como si nada, como si llamara a cualquier persona… ¿Le apetecía apuntarse?

La recreación completa de aquellos acontecimientos es innecesaria, por lo que, cómo no, el libro del señor Smith le da vueltas al asunto,

machacón como él solo, durante una decena de páginas, pero aquella fue la noche fortuita en la que Waits conoció a X, o, más bien, a «Bee Converse».[115] En un arranque de optimismo, Connie le dijo a Waits que Bee era «productora musical», aunque su única aportación como productora había sido darle al botón a una grabadora de casetes en un armario forrado de mantas.

A lo largo de las siguientes semanas, Waits estuvo ensayando con el piano en Grove Street tan a menudo que X le dio llave. En un diario, mi mujer escribió que le parecía respetable porque, al contrario que muchos otros músicos, entendía que «la importancia de triunfar en la vida es una soga de ahorcar. Nada más que una soga de ahorcar». [116] Waits no tardó en invitarla a los Electric Lady Studios, donde le habían concedido algo de tiempo aquel invierno. («Era como un juguete roto que funciona mejor que antes de romperse», le dijo Waits al señor Smith).[117] Huelga decir que en Electric Lady a nadie le sonaba una tal «Bee Converse», pero no hacía falta preguntar por sus galones o por los discos en los que había trabajado. Llegar con Waits era aval suficiente.

Uno de los muchos misterios de X que fui incapaz de resolver fue cómo aprendió a utilizar una mesa de mezclas o un equipo por el estilo antes de aquel día en los Electric Lady. Es cierto que, en los años en los que vivimos juntas, X nunca tuvo que consultar un manual de instrucciones, parecía saber de forma innata cómo hacer funcionar cualquier aparato —el vídeo, la alarma, el lavavajillas—. Después de comprarse una camioneta vieja, se pasó media hora haciendo una lectura en diagonal de un libro de texto de mecánica y, desde entonces, se encargó de todo el mantenimiento del vehículo. Las pocas veces que le hice un cumplido o comentario sobre la velocidad con la que era capaz de absorber una nueva destreza, ella me insistía —no por humildad, sino por frustración— que no tenía *misterio*. Lo único que les pasaba a otras personas, a su entender, era que les daba demasiada pereza aprender algo por su cuenta y, aunque parecía que esa acusación también me incluía a mí —ya que yo nunca arreglaba el coche ni instalaba aparatos grandes o ni siquiera intentaba programar nuestro radiodespertador—, opté por no presionarla más con este asunto.

Puede que el enfoque poco ortodoxo de X hacia la producción musical fuera, simple y llanamente, una manera suya de hacer de la necesidad virtud, algo para que nadie se diera cuenta de que aún estaba empezando a aprender a usar aquellos aparatos. Le pidió a Waits que cantara un verso concreto de una canción una y otra vez, le daba indicaciones veleidosas tras cada intento —*Ahora eres un matorral viejo* o *Haz que suene a trozo de tarta*— mientras se inclinaba sobre la mesa de mezclas.

«Cuando le gusta algo, se vuelve loca; te vuelca los teclados y los micros porque le afecta muchísimo. Pero, en cuanto oye un sonido que no le gusta, lo corta de raíz, le resulta imposible escuchar música mala —declaró Waits a *Rolling Stone* en 1979—. Es una gran colaboradora, una diosa butch y una artista del trapecio, etcétera. Te arregla la camioneta. Es experta en la violeta africana, etcétera… Con una persona así sí que te vas al monte, ¿verdad?».[118]

En la época de la sesión con Waits, cuatro años después de la muerte de Jimi Hendrix, muchas personas de los Electric Lady sentían la presencia de Hendrix rondando por allí. Algunos estaban convencidos de que su fantasma era responsable de bendiciones y maldiciones, nadie sabía si Bee era una cosa o la otra. Enseguida corrió la voz sobre ese nuevo y extraño talento, pero, cuando alguien intentaba contratarla, era imposible dar con ella. Aunque el director del estudio, Eddie Kramer, tenía el teléfono de Bee Converse, normalmente nadie lo cogía y, cuando alguien levantaba el teléfono, era una tal Dorothy Eagle, que decía ser su «representante» y siempre declinaba las ofertas de trabajo, explicando que Bee estaba demasiado ocupada, que no quería trabajar con esa persona o con ese grupo, o que no estaba de humor, sin más.

«Los rumores y las habladurías son herramientas mucho más efectivas para que avance una reputación naciente que empapelarlo todo con tu nombre, que no le importa a nadie», escribió X en un diario años más tarde.[119]

En primavera de 1975, apenas unos meses después de su reconciliación, Connie volvió a interrumpir todo contacto con X, dejó de visitar el piso de Grove Street, de llamarla, de cogerle el teléfono. Sus memorias no explican por qué, pero sí que ofrecen un testimonio directo de la noche en la que sucedió: «Se me ocurrió de repente, aquella noche de la tormenta de nieve, cuando no le aguantó la puerta a alguien que iba detrás de ella en el Jeweled Thief, que no me gustaba nada Bee Converse, ni pizca ni media. No me gustan sus cambios de humor, su obstinado egoísmo. No la volví a ver».[120]

Después de unas semanas sin saber de Connie, X fue al Uptown a su piso —segura de que algo habría pasado con el teléfono o con el correo—. Llamó al número 5. Sin respuesta. Apretó el timbre 5 sin descanso. Nada, así que gritó a su ventana, luego, cuando alguien salió del edificio, atrapó la puerta antes de que se cerrara y subió corriendo las escaleras para aporrear su puerta hasta que la pilló el conserje y la echó de allí.

Los diarios de X de aquella época muestran preocupación por la falta de continuidad en su vida. Como si la gente a la que más había

querido estuviera muerta o muerta para ella. (Es revelador que no haga ninguna mención a Oleg Hall). X seguía perdiéndoles la pista a las personas a las que quería y, a la vez, a sí misma. Ya no se consideraba una persona unificada, sino, más bien, varias, todas decepcionantes e inertes. Le dio por el alcohol, los opiáceos y los estimulantes. Ligaba con mujeres en bares o dejaba que los hombres ligaran con ella; cada vez, otro nombre, otra historia, otra voz, pero eso también la aburría. Durante páginas y páginas, parece que sufre una regresión a un personaje adolescente con el corazón roto, todas las entradas son caóticas y están llenas de autoanálisis:

> Escribo ahora porque me acabo de meter un poco de coca (parece que el noventa por ciento de las veces que escribo aquí voy puesta o hay una chica). Pero el nuevo desarrollo que he vivido últimamente (¿es bueno o malo que me cueste más escribir que pensar?, ¿es malo?) se resume en esto: las dolorosísimas dudas que tengo conmigo misma hasta el punto en el que todas las manifestaciones de mi «yo» —de la forma que tengo de vestir a la de caminar, cantar, escribir, etc.— me parecen profundamente vergonzosas hasta el punto de que quiero retirarme por completo. La sensación se intensifica con cada droga que pruebo —hierba, speed, coca, psicodélicos (aunque con psicodélicos quizá solo suceda en periodos muy cortos, creo que no han pasado muchas semanas desde la última vez), salvo heroína, que destruye por completo la posibilidad de experimentar sensaciones. [121]

Me cuesta un mundo reconocer a mi mujer en ese y en otros pasajes, nunca la he visto tan machacada y desesperada. Durante nuestro matrimonio, a menudo me preocupaba que, en caso de dejarla, se curase sin más, que igual yo nunca la había cambiado o desafiado lo suficiente para ser intratable. Con esto no quiero decir que no me quería; solo que nos queríamos de maneras diferentes, con necesidades diferentes. Yo le hice la vida un poco más fácil y sabíamos cómo aplacarnos, pero no me engaño: yo no era irremplazable. Parece ser que Connie sí.

Europa

En noviembre de 1975, se supone que X sobrevivió a un intento de secuestro.

Según sus diarios, iba andando por un callejón a la altura de la calle Cuarenta y cuatro cuando un hombre intentó meterla en la parte trasera de una furgoneta. Tras forcejear con él, escapó y corrió las veinte manzanas que la separaban del edificio de Oleg.

«Saben dónde estoy», le contó a su amigo mientras él le limpiaba y le vendaba las heridas.

«Estaba preocupadísima, toda amoratada y sangrando —recordaba Oleg—. Pero lo peor era su paranoia: no era propio de ella. No dejaba de preguntarme: "¿Cómo lo han conseguido? ¿Cómo me han encontrado?". Yo tenía claro que había sido un asalto aleatorio. *Nadie* iba tras ella».[122]

Nunca le he explicado a Oleg que, como X escapó del Territorio del Sur, tenía buenas razones para pensar que los agentes de allí tal vez la estuvieran siguiendo. Si se lo hubiese contado, él quizá me habría dicho que ya lo sabía, aunque esta anécdota deja ver que no estaba al tanto.

X se quedó en casa de Oleg unas cuantas semanas tras aquel incidente, luego contrató a un detective privado para que la siguiera por la ciudad en busca de alguien que pudiera estar siguiéndole la pista y, aunque el detective no descubrió nada, ella no se calmó. Empezó a aceptar todos los trabajos de producción que había estado rechazando y pasaba tanto tiempo en público como podía con la intención de no quedarse sola en ningún momento. Una noche, en un recital poético, se cruzó con Kathy Acker y, según una carta que Kathy escribió en aquella época, no se la quitó de encima durante semanas. «Aquella tía de Fun City se me ha pegado como una puta lapa. Algo falla, algo falla, pero a lo grande».[123]

En enero de 1976, David Bowie invitó a X a Berlín Occidental para trabajar en un nuevo disco. X había insistido con anterioridad en que no tenía interés alguno en trabajar en el pop ni le interesaba el ambiente colaborativo que Bowie le había descrito —ya que había otros dos productores trabajando allí en Berlín con él: Tony Visconti y Brianna Eno—, pero la idea de salir del país tuvo un atractivo muy fuerte. Connie seguía sin devolverle las llamadas o las cartas, y X tenía los nervios destrozados por el temor a que un agente del TS apareciera

en cualquier momento.

Poco después de que X llegara a Berlín, ya en marzo, convertida en Bee Converse, Bowie le enseñó las maquetas que habían terminado. Según los diarios de X, las escuchó en silencio, sintiéndose «obstinada y molesta».[124] Con cada canción, parecía que Bowie se ponía más ansioso. Cuando terminó, le preguntó a X qué le parecían las canciones.

Después de una larga exhalación, ella le contestó: «Nunca habría accedido a trabajar contigo si hubiera sabido lo feliz que eres».

Pero ¿qué le parecían las canciones?, insistió él.

«Si no oyes dónde está el problema, no puedo hacer nada por ti», le contestó.[125]

Aquella noche le explicó a Eno que ella no estaba hecha de la pasta necesaria para ese tipo de trabajo, que ella sabía de folk y de rock y de jazz, pero que el pop encarnaba demasiada seguridad, que era «el sonido de pensar una única cosa a la vez». Eno fue quien la convenció para que se quedase, aunque los primeros días X se limitó a observar mientras el resto trabajaba; a veces permanecía en silencio durante horas antes de gritarle a alguien alguna incongruencia o aporrear una secuencia en el piano como si fuera una niña enfadada. Visconti era especialmente receloso con la supuesta brillantez de Bee Converse, pero a Bowie le embelesaba su antipatía. En cierto momento, los estallidos de X acabaron colándose en las canciones. Mientras Bowie estaba grabando las voces de «Breaking Glass», X gritó *Eres raro. Pero tienes problemas. Nunca te querré.* Bowie añadió aquellos versos a la canción de inmediato, por incongruentes que fueran.

De los muchos rumores que circulaban sobre Bee Converse y su manera de trabajar, el más impresionante es que se sacaba canciones de la manga, que, cuando le venía la idea de una canción, lo único que necesitaba era sentarse al piano y le venía del todo. En realidad, X tenía un repertorio de canciones que había compuesto y memorizado durante años, algunas aparecen en sus diarios ya desde finales de los sesenta. «Be My Wife» es la única canción que aportó a *Low*, el primer disco de la etapa berlinesa de Bowie. La letra le pega a una canción de Connie Converse —solitaria y errabunda—, pero la melodía es puro pop. Era casi el negativo prefecto de una canción que le había compuesto a Tom Waits unos meses antes, «Better Off Without a Wife». Bowie decía que «Be My Wife» era su canción favorita del disco, pero, al contrario que la mayoría de sus sencillos, nunca entró en las listas de éxitos inglesas o americanas.

Durante aquel verano en Berlín, Bee cogió la costumbre de desaparecer durante semanas y, aunque su irregularidad era un incordio, cada vez que volvía de donde fuera que hubiese estado, les presentaba una canción nueva, terminada, y luego conseguía grabarla

tan rápido que nadie podía quejarse de que no estuviera haciendo la parte que le correspondía. Una de las canciones más conocidas de aquella época fue «If They Don't Come Tomorrow» —«Si no vienen mañana»—, cuyo título más tarde se acortó a «Tomorrow».

X escribió aquella letra en uno de los momentos más oscuros de su pasado —cuando hacía autoestop por el Territorio Occidental—, pero los sintetizadores minimalistas de Eno y la voz de Bowie la transformaron en un tema chispeante y eternamente actual. En una entrevista con Max Porter en 1988, Bowie describió la experiencia:

PORTER: Trabajaste y grabaste la canción «Tomorrow» con Bee Converse. Bee trabajó contigo en el tema.

DAVID BOWIE: Sí. Salió de una conversación que tuvimos sobre apariencias y personajes..., sobre la vergüenza que sientes por algo que deseas.

PORTER: ¿Fue emocionante trabajar con Converse?

BOWIE: ¡Vaya que sí! Ha sido una de las influencias más importantes en mi vida musical. Yo pensaba que ella era de lo mejorcito que se puede hacer con el rock and roll. Y me sentía muy en sintonía con ella. Hurgaba en la vanguardia y buscaba ideas que estaban tan afuera, tan en la periferia de lo que se consideraba comercial. Y luego las aplicaba de manera práctica a algo que se consideraba popular y hacía que funcionara...

PORTER: ¿Te sorprendió que Bee Converse fuera una farsa?

BOWIE: ¿Una farsa? No diría que era una farsa.

PORTER: Que fuera uno de los muchos personajes de X.

BOWIE: Me pareció perfecto para la época, que realmente representaba la esencia de los setenta. Era una sensación... Después de los cincuenta y los sesenta... Hubo una apertura real en la actitud de la gente en los sesenta... Y luego, en los setenta, todo se volvió... Los setenta fueron plurales, ¿verdad? Había tantas versiones para una misma historia en esos años... Nada era correcto. La idea de los absolutos estaba empezando a desaparecer, más o menos.[126]

Cuando salió *Low*, en enero de 1977, los y las periodistas que se habían reunido para la fiesta de prensa se sorprendieron de ver que Bee Converse —esa huraña recién llegada a la industria— había accedido a conceder entrevistas. Los rumores de que Bee Converse había destruido varias libretas y maquetas de la joven música Susan Lorde Shaw, tan querida, le había valido la enemistad de parte de la prensa, que se negó a dar cobertura a sus proyectos. Los pocos medios que habían intentado conseguir entrevistas con ella, no obstante, casi nunca habían llegado a nada.

La grabación de la inhóspita sala de prensa del hotel de Berlín muestra a una X (como Bee) de un humor inflexiblemente poco cooperativo. (También parece que va drogada). Cuando un adusto periodista australiano de radio le pregunta si ha sido duro abandonar la vorágine de Nueva York para centrarse en exclusiva en la obra de Bowie, ella pone los ojos en blanco. «Dicen que no tengo éxitos y que es difícil trabajar conmigo. Y lo dicen como si eso fuese algo malo», contesta ella. El periodista insistió, como si intentara venderle su propio atractivo de nicho y la manera en la que parecía haber surgido de la nada, ya en su versión definitiva:

BEE: Mentira. Había cinco yoes saliendo por ahí, como los Drifters en los viejos tiempos.

ENTREVISTADOR: ¿Usted cree?

BEE: Lo sé. Dos están aquí. Hemos estado mutando. Daño genético.

ENTREVISTADOR: ¿Le gusta producir?

BEE: No.

ENTREVISTADOR: ¿Y por qué lo hace?

BEE: Porque no me gusta.

ENTREVISTADOR: ¿Le gusta hacer cosas que no le gustan?

BEE: Sí. Una paradoja, ¿verdad?

ENTREVISTADOR: Sin duda.

BEE: Ya lo sé.

ENTREVISTADOR: Es usted un manojo de paradojas.

BEE: Bueno, cuando me enfrento a una paradoja, me vuelvo paradójica.[127]

Unas semanas después de esta entrevista de 1977, X se marchó de Berlín para no volver, solo dejó canciones y una maqueta del que se ha convertido en uno de los sencillos más famosos de Bowie, «Heroes». Aunque la canción siempre se ha entendido como un himno contra el muro de Berlín, a la luz de la vida de X y su exilio del Sur, cuenta una historia diferente, aunque paralela; una reconstrucción oblicua del caso de Fusiles Revelation. A X le fascinaba el muro de Berlín, que se veía desde el Hansa Tonstudio, donde se grabó la trilogía berlinesa al completo. Eno recuerda verla parada en mitad de la calle, mirando el muro, sin decir nada, inmóvil durante lo que parecían horas.

Una década más tarde, en 1987, la interpretación de David Bowie de «Heroes» en el festival de la Platz der Republik fue tan potente —con el escenario construido contra el propio muro y un montón de alemanes del Este congregados al otro lado para escucharlo— que más tarde los dirigentes del Gobierno de Berlín Occidental reconocieron que Bowie había aumentado la presión para desmantelar el muro. Cuando a X le preguntaban por esta o por cualquier otra de las

canciones que había escrito para Bowie, acostumbraba a fingir que no eran cosa suya o que no le sonaba el nombre, o que, en todo caso, nunca había sido muy de pop.

X llevaba en Europa al menos un mes cuando Connie Converse apareció en el edificio de Oleg Hall buscando a su amiga.

«Fue francamente patético, llevaba un traje de lana rosa horrendo, supongo que era la trágica idea de la elegancia que tenía. Y perlas de plástico y guantes blancos y los labios pintarrajeados. Si no hubiera sido tan divertido, habría sido para echarse a llorar. Me llamó el portero y me dijo que había una tal “señora Converse” en el vestíbulo y pensé: Cielos, ya estamos. A ver, no la iba a dejar subir, claro, así que sugerí que nos diéramos un paseo por el río… Menos mal que no llegamos porque, si no, ¡se habría lanzado al agua! Quería saber dónde estaba Dorothy, claro. Así que le dije: “Si Dorothy no te ha dicho adónde se iba, querida mía, ¿no crees que tendrá sus razones?”. Inmediatamente, como si fuera una niña pequeña, se echó a llorar, sentada ahí en la acera… ¡Abyecta! Como si se hubiera acabado su mundo».[128]

Oleg pensó que Connie se estaba portando como una cría y se estaba poniendo sensiblera, pero el mundo existe en tanto que existe entre personas. Sin esos mundos no hay mundo, e, independientemente de lo que Connie supiera o no supiera, estaba segura (y estaba en lo cierto) de que su vida con Bee, con X, había acabado. No volverían a verse jamás.

Gioia

El primer fin de semana de enero de 1992, X y yo volamos a Roma —iba a recoger un premio de una organización artística que ahora ya no existe—; yo sugerí que alargásemos el viaje cogiendo el tren a Milán, quizá a Venecia o a Florencia. Era mi primera vez en Italia y tres días en Roma no me parecían una presentación adecuada, pero X insistió en que de eso nada, sobre todo Milán, una ciudad horrenda, nada reseñable que ver allí. *Comida horrible, gente horrible.* Como yo no me notaba con fuerzas para pagar por su rabia, no la presioné para que me explicara por qué se sentía así. Durante todo nuestro matrimonio, tuve la tendencia de respetar los muros que ella construía, sin avisar, alrededor de ciertas cuestiones. Para cuando hicimos aquel viaje, ya llevábamos cuatro años juntas, así que ya sabía que X estudiaba y hablaba italiano cuando tenía veintitantos, pero no sabía por qué había elegido ese idioma en particular o si aún se manejaba con fluidez. Hay varias fotografías de la exposición de *El sujeto humano* que simplemente tienen como fecha *Italia, 1976,* y a partir de ahí yo había deducido que debía de haber estado por allí cuando estaba trabajando en Berlín, pero cada vez que intentaba sonsacarle algo, no entraba en detalles. Sí, pasó tiempo en Italia. No, no me iba a decir por qué.

En los años antes de su muerte, cuando vivíamos las dos solas en el norte del estado, en el chalet, a veces hacíamos un trayecto de cuarenta minutos en coche para ir a un colmado italiano porque tenía una marca específica de tomates en lata y pasta hecha a mano. Cada vez que íbamos, veía al mismo anciano sentado en un banco de madera en el aparcamiento, fumando en pipa mientras observaba a la clientela entrar y salir de la tienda. En ocasiones, alguien intentaba hablar con él, pero siempre contestaba en italiano, encogiéndose de hombros, sonriendo. Una vez, mientras guardaba la compra en la camioneta, levanté la vista y vi a X sentada junto al señor, charlando como si nada. La cara del anciano se había relajado, estaba conmocionado —igual había llorado, aunque estaba demasiado lejos para distinguirlo bien—, y, cuando X se alejó de él, el señor le gritó algo, con una voz acongojada y operística. Ella hizo un único gesto de despedida con la mano, se deslizó en el asiento del conductor y arrancó. No le quité los ojos de encima mientras íbamos hacia casa, con la esperanza de recibir (pero no la expectativa, nunca con la

expectativa) unas palabras de explicación. No me dio ni una.

En la parte desordenada de los archivos de X encontré una fina libreta amarilla llena de caligrafía suya en italiano —notas extrañas, nombres, fechas y unas pocas direcciones en Milán—.[129] Junto a la libreta había una pila de unas doscientas páginas mecanografiadas como una especie de diálogo entre dos personas que solo se identificaban como «M. R.» y «C. L.» y una fotografía de una mujer que pensé que podía ser X disfrazada.

De inmediato, reservé un vuelo y en el aeropuerto, ya al día siguiente, me compré un diccionario bilingüe de italiano para intentar hacer traducciones chapuceras de la libreta: la mayoría eran detalles sobre lugares en los que había estado, gente a la que había conocido. Sin embargo, cuando intenté traducir algo del diálogo, me costó verle el sentido; pocas de aquellas palabras entraban en la categoría de palabras útiles para una turista al uso.

Hacía un hermoso día de primavera cuando me registré en el hotel, aturdida por el viaje, pero decidida a ponerme manos a la obra. Sentí la perturbada claridad y la fijación mental que provoca a veces el desfase horario; una sensación que llegué a conocer bastante bien al viajar con X, ya que ella negaba su existencia. *Es un sufrimiento falso que fingen quienes tienen bastante suerte como para poder viajar*, decía siempre, así que yo, por muy cansada que estuviera después de un vuelo, tiraba adelante como una buena soldado.

Una vez le planteé la teoría de que sus ritmos circadianos puede que no fuesen normales, y quizá funcionaban de manera diferente a los de una persona corriente, pero me pidió que le explicara cómo «funcionaban» los ritmos circadianos, al detalle, en esa supuesta «persona corriente». Qué sabía con total seguridad sobre esos ritmos, si podía citarle algún estudio fiable y si mis ideas sobre ese proceso biológico estaban actualizadas. Por supuesto, yo no contaba con esa información a mano y tuve que cederle la discusión; es decir, tuve que dejar de hablar.

Esto pasaba con cierta frecuencia —el darme cuenta de lo poco que sabía y cuánto repetía o cuánto confiaba en información sobre cosas de las que no tenía un conocimiento directo—. Aunque sondear la ignorancia de alguien de ese modo pueda parecer hostil, incluso controlador, yo no lo vivía así. En vez de eso, tuvo como resultado que, al hacerme profundizar en mis conocimientos, yo confiara menos en los atajos y, si bien acabé leyendo bastante sobre los ritmos circadianos, en aquella época no había suficientes estudios fiables

sobre el desfase horario para convencer a X de su existencia.

Sin embargo, sin X a mi lado para oponerse, puedo decir con anecdótica seguridad que tenía un jet lag tremendo cuando me aventuré por Milán a solas al final de aquel día. Fui a la primera dirección que tenía en la libreta, llamé al número de la vivienda indicado y pregunté por el nombre que figuraba en la página: Carla. La persona que había al otro lado del interfono no entendía mi rudimentario italiano, así que salió: era un hombre barrigón que llevaba un delantal.

Carla, dije. *¿Está Carla?*

¿Carla qué más?, preguntó.

No lo sabía. En la libreta no aparecía el apellido, solo CARLA, en grandes letras de imprenta. Me encogí de hombros, y el hombre se rio y me invitó a cenar con su familia.

Me preguntó si era americana. Le dije que sí y creo que me dijo que mi italiano era muy malo, y yo le dije que sí, que lo sentía. Luego creo que me preguntó algo complicado sobre la situación en mi país. Estábamos a principios de mayo del 2000 cuando llegué a Milán, cuatro años después de la caída del muro y de la muerte de X; las noticias del ATS copaban todos los periódicos y revistas, al igual que nuestros enclenques intentos de reunificación y los bombardeos ocasionales o tiroteos a manos de grupos resecesionistas militantes. Parte del atractivo de viajar en aquella época era alejarme de toda aquella locura, quedarme al margen de las malas noticias durante al menos una semana.

Fui incapaz de decir algo complejo sobre el asunto, por supuesto —*molto brutto, molto triste*—, así que me volví a disculpar por mi ignorancia y decliné la oferta del hombre barrigón de quedarme a cenar, una estupidez, según lo veo ahora, ya que no es habitual que alguien aterrice en un país extranjero, se plante en la puerta de un desconocido y reciba la invitación de cenar con su familia. Le enseñé la libreta amarilla como explicación de por qué no me podía quedar. *Tengo mucho que hacer*, le dije, como si esas palabras aclarasen algo.

Mientras intentaba localizar la siguiente dirección de la libreta —caminando en círculos en busca de una callejuela—, me entró un hambre lobuna y me metí en la primera *trattoria* que encontré. Aún era pronto para cenar; solo una pareja sentada —un hombre y una mujer, ambos muy bajitos y mayores, vestidos con sendos trajes de tweed que parecían ir a juego, daban cuenta con elegancia de sus espaguetis con tenedor y cuchara—. Verlos me dio una sensación que me invadía a menudo cuando viajaba al extranjero: la sensación de que nuestro país se había equivocado mucho, en casi todo, y que quizá yo también estaba atrincherada en mi error, tanto que quizá me había comprometido con él y ya no sabía cómo salir de allí.

Yo también pedí espaguetis y vino; comí con tal alivio y deleite que el camarero me observó como si compartiésemos una gran victoria. Cuando terminé, me trajo un *amaro* y un postre en un platito de cristal, y me comí el postre y luego pedí otro *amaro*; era el mejor, el más amargo que había probado en mi vida. Dejé las liras y me fui. Cuando el camarero me abrió la puerta, sentí que me lo veía en la cara: que estaba buscando un fantasma. Me fui directa al hotel, aunque aún era bastante pronto —quizá las ocho— y me quedé dormida.

Al día siguiente me levanté con la ropa del día anterior. Un poco de luz desde la ventana: morada y tenue. Mi reloj marcaba las cuatro. Las cuatro de la mañana, y yo completamente despierta. Me duché, sin prisas, por lo pronto que era, pero, cuando me estaba vistiendo y mirando por la ventana, me di cuenta de que en realidad era por la tarde, había caído un aguacero y acababa de escampar. Había astillas de sol entre las nubes y la gente de la calle cerraba el paraguas. La tormenta había pasado y la ciudad había vuelto. Había dormido veinte horas.

Junto a la ventana, mientras me recogía el pelo húmedo con una toalla, sentí —como me suele pasar— que X me estaba observando, decepcionada por lo patética que era mi manera de vivir en su ausencia; así que me vestí rápido e intenté reforzar mi propósito. Salí del hotel como si tuviera clarísimo adónde iba y tuviera clarísimo lo que estaba haciendo, aunque no era el caso.

Si en algún momento se me pasó por la cabeza lo improbable que era que una persona conservara la misma dirección durante más de dos décadas, no supuso un obstáculo para mi búsqueda. La siguiente dirección de la libreta era de alguien que se llamaba Gioia y esta vez di con el edificio en una calle lateral cortita que no había conseguido encontrar el día anterior. Solo había un timbre junto a la enorme puerta de madera y, en cuanto llamé, apareció una mujer. No supe decir qué edad tendría —podría haber tenido, como yo entonces, cuarenta y algo, pero también podría haber sido mucho más joven o mucho mayor—. No sabría decirlo.

Le dije que estaba buscando a Gioia y, cuando me dijo que era ella, me di cuenta de lo poco elaborados que tenía mis planes. Le enseñé el cuaderno y le dije: *Esto era de mi mujer*. Me sonrió en señal de comprensión y me invitó a pasar.

Al entrar en el edificio, vi que no estaba dividido en pisos diferentes, como me había imaginado, sino que era una única casa señorial, herencia familiar, di por sentado, que habría pasado de generación en generación. Tenía los techos altos y las paredes eran de

piedra pálida con revestimiento de madera. Gioia me explicó que había vivido allí toda la vida, primero con sus padres, hermanos y hermanas, pero ahora ya sola. (Había un cierto temblor en su voz que sugería que era mejor no preguntar por su familia ausente). Me acompañó a un salón. Todos los muebles parecían reliquias familiares, bien conservadas y con aire regio, suavizado por las vidas que habían transcurrido allí.

Bueno, me dijo Gioia cuando nos sentamos frente a frente, *¿qué puedo hacer por ti?*

Le conté más o menos mi situación, lo de mi mujer, la otra biografía y mi intención de corregir sus fallos; me había escrito la explicación en italiano en un par de tarjetas, pero, tras mi recital en lo que yo pensaba que era un italiano comprensible, Gioia me preguntó, con un preciso acento británico, si mejor pasábamos al inglés.

¿No has entendido nada de lo que he dicho?

Agradezco el esfuerzo, pero no... Tu pronunciación es un poco... desastrosa.

La idea de tener que repetirme me resultó triste, un descenso a la realidad; Gioia tuvo que notar el cambio de mi expresión porque se levantó de un brinco y se acercó a un aparador donde nos mezcló dos cócteles; me dio uno sin preguntar. Tenía una especie de aire desenvuelto sin edad; me pareció que era común entre las mujeres italianas, como si el tiempo no pudiera tocarlas, como si los años pudiesen pasar si así lo decidían, pero sin hacerles mella. Al fin y al cabo, ¿qué era el tiempo sino una serie de tardes, noches, estaciones..., algo que desparramar y disfrutar, algo que poseer?

Mientras Gioia retorcía un largo collar de cuentecitas negras entre los dedos, me avasalló a preguntas, como si fuera ella la que necesitara algo de mí, como si fuera ella la que me hubiese llamado. Me preguntó —con un extraño apremio— qué pensaba sobre los viajes, la psicología de la sexualidad; mis grandes miedos, las oscilaciones del duelo. Para cuando me hube terminado la primera copa, ya me estaba sirviendo la siguiente. Exhalé, nos sonreímos y volví a contar, esta vez en inglés, que mi mujer había muerto hacía unos años y que habían publicado una biografía suya con errores importantes, y que, en el proceso de intentar corregir las principales incorrecciones del libro, mis inclinaciones periodísticas habían entrado en juego (era la manera en la que a veces me lo explicaba a mí misma) y ahora estaba decidida a entender las partes de mi mujer que no había conocido en vida.

Gioia me dijo, aún en mi idioma, que «lamentaba mi pérdida»; luego, de inmediato, negó con la cabeza: siempre había odiado esa frase. ¿Acaso los eufemismos ingleses para la muerte no eran los peores de todos?

Seguro que la lengua inglesa piensa que va a vivir para siempre, dijo y, por alguna razón, aquello nos hizo reír a ambas un poco, luego Gioia sacó un cigarrillo de una pitillera metálica, se lo encendió y me dijo que mi proyecto, en conjunto, le parecía una locura, buscar explicaciones sobre una mujer muerta, pero era una locura por la que sentía compasión.

Cuéntame, me pidió, *¿quién era tu esposa?*

Mis explicaciones le parecieron ridículas: *¡Que se llamaba X! ¡Solo una americana pensaría que es posible escapar de su propio nombre!* Pero, cuando le expliqué que mi mujer había nacido en el Territorio del Sur y en un principio se había visto obligada a usar y tirar nombres como medida de protección, el ánimo de Gioia cambió. Se disculpó, como si la propia historia de su país con el fascismo se hubiese colado a hurtadillas en la estancia. Le dije que no tenía nada por lo que disculparse. Al fin y al cabo, no podía sino estar de acuerdo con que una persona que se llamaba X era un poco absurda.

Gioia me pidió ver el cuaderno amarillo, a lo mejor así recordaba quién había sido mi mujer, hace tantos años. Lo leyó en silencio, enunció un par de palabras en voz alta, a veces las traducía, a veces no. Luego, de repente, le cambió la cara: la había reconocido.

¡Martina! ¡Ay! ¡Martina, Martina Riggio! Pues claro que me acuerdo. ¿Cómo me iba a olvidar?

Me sorprendió oír allí aquel nombre. X había tenido una pequeña editorial en Nueva York usando el nombre de Martina Riggio, pero yo no contaba con que hubiese usado ese nombre o personaje en Italia, donde hacerse pasar por italiana habría sido más arriesgado.

«Por favor —le pedí a Gioia cuando comencé a grabar—, ¿puedes empezar desde el momento en el que la conociste? ¿Cuándo fue y cómo?».[130]

«Fue por Carla, Carla Lonzi», clarificó.

Lonzi, una buena amiga de Gioia, había sido crítica de arte en los años sesenta hasta que dejó la crítica para centrarse en el activismo y montar una editorial y colectivo feministas en Milán. Como sentía que Italia se estaba quedando un poco atrás con respecto a los derechos de las mujeres en comparación con el resto de Europa, y a años luz del Territorio del Norte americano, Lonzi se dedicó a escribir ensayos y a hacer peticiones al Gobierno demandando igualdad de derechos.

«Ni te imaginas lo loca que estaba Carla por Martina —continuó Gioia—, aunque siempre intentaba que no se le notara. No recuerdo dónde se conocieron, de hecho, creo que lo guardaban en secreto a propósito. Les gustaba que la gente se hiciera preguntas, igual que la gente hacía cábalas sobre si eran pareja o no, y, cuando ya fue obvio que estaban juntas, estaba el problema de que Martina desaparecía todo el tiempo y, aunque Carla hacía como que no le importaba y

afirmaba que Martina y ella eran *muy poco convencionales*, yo sabía que gracia no le hacía. A mí Carla no me podía mentir; a otras igual sí, pero a mí no».

A Gioia se le apagó un instante la mirada, luego encendió un segundo cigarro, empalmándolo con el primero, y sonrió mientras me confesaba que a ella nunca le acabó de gustar Martina, nunca había confiado en ella, sentía que estaba usando a Carla, aunque no sabía exactamente cómo o por qué.

«Lo siento», dijo Gioia.

Le dije que no lo sintiera, que había pasado mucho tiempo, y que yo conocí a X mucho después, y que sabía perfectamente lo difícil que era a veces.



«Martina Riggio» (X).
Encontrada por la autora.
Colección de fotografías de CML 3, objeto 15, AX.

«Aunque al principio *sí* que me la creí —siguió Gioia—. Nos la creímos todas, aunque su historia era de locos... ¡Ay! Vaya historia, de verdad, de telenovela... Nos dijo que había nacido en Italia, en un pueblecito a las afueras de Milán, pero que su tío la había secuestrado cuando tenía dos años y se la había llevado a América, que la había

criado como si fuera hija suya y que le había dicho a todo el mundo que su madre murió en el parto. Ella no tenía ni idea de nada, según decía, hasta que él se lo confesó todo en su lecho de muerte (uno de los detalles que a mí no me parecieron muy realistas), confesó toda la farsa antes de morir: que su nombre real era Martina Riggio, que era italiana, que él era su tío, no su padre, que no sabía si sus padres seguían vivos. ¡Todo eso de boca de un moribundo! O eso dijo Martina. Yo creo que en las películas y los libros seguro que la gente dice muchas más cosas en su lecho de muerte que en la vida real. En la vida real, cuando uno se está muriendo, no está para confesarse. Morirse es una ocupación a tiempo completo. Entonces… ¿me dices que al final tenía yo razón? ¿Que no nació aquí? ¿Que no la secuestraron?».

Sí, dije, Gioia no había ido desencaminada al sospechar de Martina…, de X.

«¿Porque nació en el Territorio del Sur?», preguntó Gioia.

Le dije que eso era verdad.

«Tuvo que ser horrible. Lo que la delataba, al menos para mí, ya ves que Carla nunca dudó de ella, nunca, pero a mí me parecía raro que Martina dijera las mismas frases de la misma manera. Siempre contaba su historia como si la hubiera memorizado, palabra por palabra… ¿Y no crees que hay veces que, pongamos, en un día estupendo, hasta los peores recuerdos parecen bonitos? Y lo mismo, pero al revés, en un día horroroso, un día de esos en los que te dejan, en que los pantalones no te abrochan, en que se te escapa al gato, en que hasta las cosas más bonitas de tu vida te parecen un poco feas, ¿no?… Es natural, ¿verdad? Acabas contando la historia de tu vida de manera diferente según el momento. Si no, el aburrimiento nos mataría… En todo caso, Martina, o quienquiera que fuese, X, le decía a todo el mundo que había estado estudiando italiano durante años en América y "pellizcando peniques" (esa es la expresión que utilizaba, "pellizcando peniques", era la primera vez que la oía), había estado ahorrando para venir a Italia a encontrar a su verdadera familia pero se encontró con Carla y Carla, claro, no creía en la familia, la paternidad… Me parece que fue el día que la conocí, a tu esposa, quiero decir, estábamos sentadas en el piso de Carla, en la cocina, y Carla le estaba diciendo a Martina: "No, no necesitas a esa gente, ¡te van a decepcionar, no vale la pena!". Y al poco Martina dejó de buscar y decía una y otra vez: "Carla es mi familia, a quien buscaba era a Carla". A veces era así, Carla, absorbía a la gente, se la tragaba».

Gioia se queda en silencio unos instantes y luego dice: «La verdad es que intento no pensar mucho en Carla. Me pone triste, no me gusta estar triste».



Carla Lonzi.
Carla Lonzi, de Bassa Lonzi.
Carla Lonzi, por Lonzi Bassa.

Fue una confesión clara: no quiero estar triste. A veces no conseguimos ocultarnos en nuestra segunda lengua.

Para entonces ya íbamos un poco borrachas y de repente Gioia se levantó de un salto y dijo que quería salir a bailar, insistió en que la acompañara, aunque yo nunca había sido de las que «salen a bailar». «¿No es demasiado pronto para bailar?», protesté, pero Gioia dijo que conocía un lugar donde se bailaba a todas horas, que tenía unos amigos que probablemente estarían por allí, era su ritual de cada semana. Me apagó la grabadora, me arrancó de la silla con ambas manos. Había pasado tanto tiempo desde que alguien me agarraba así que me dio una especie de empuje jovial… ¿Por qué no iba a ser yo de las que salen a bailar?

Me dijo que dejara mis cosas allí, que ya volveríamos a por ellas después, que tendríamos muchísimo tiempo de hablar más tarde, pero que ahora tocaba bailar. Me llevó de la mano mientras recorríamos la casa, atravesamos un comedor y pasillos y una cocina donde una mujer de uniforme almidonado planchaba sábanas. La mujer sonrió y llamó a mi anfitriona por su nombre y Gioia la saludó en italiano muy afectuosa y luego anunció: *¡Nos vamos a bailar!*

¡Qué bailarinas más guapas!, contestó la señora, alzando los brazos

como si las chicas que bailan fuesen su único dios. El chófer de Gioia nos llevó fuera de la ciudad y nos esperó aparcado junto a un almacén en el que ella y yo nos adentramos para mezclarnos con la masa y, aunque yo casi nunca había bailado, me vi bailando, según parecía, sin demasiado esfuerzo. Gioia intentó gritar por encima de la música para presentarme a sus amigos y fue entonces cuando me di cuenta de que no había llegado a decirle mi nombre y, cuando tuve la oportunidad, no la aproveché, una omisión que el entorno excusaba; en todo caso, había demasiado ruido para presentarse en condiciones. *Está escribiendo sobre Carla*, explicó Gioia, y los demás levantaron la vista y asintieron en señal de comprensión.

En cierto momento, uno de sus amigos, un joven delicado y larguirucho y de ojos serios, intentó hacer una pregunta complicada por encima de la música, medio en italiano, medio en inglés, sobre un atentado terrorista reciente en Nueva York y sobre que había oído que ahora todos los americanos, en todos los territorios, tenían armas. Aunque había entendido perfectamente lo que me estaba preguntando, me temo que no tuve nada esclarecedor que decirle. Durante la reunificación del país, el hecho de que toda la población del Territorio del Sur estuviera en posesión de armas había provocado una rápida relajación del control armamentístico del Norte, ya que millones de personas se habían comprado una por miedo. Aunque la tendencia me había dado escalofríos, yo también me había comprado un fusil —justificaba la compra diciendo que vivía sola y que los acosadores de X seguían rondando por allí—. Antes de tener ocasión de responder a la pregunta del chico, empezó a sonar su canción favorita y se fue a la pista de baile dando vueltas.

La noche prosiguió como imagino que se suceden este tipo de noches. (Puede que nunca me hubiese corrido una juerga en la que no se celebrase algo en concreto). Al cabo de unas horas, unos cuantos nos metimos en el coche que nos había traído a Gioia y a mí. De vuelta en su casa, hizo tortillas para todo el mundo. Alguien me preguntó por qué estaba escribiendo sobre Carla, pero Gioia respondió por mí; anunció que yo era una historiadora feminista, que estaba escribiendo sobre todas las feministas europeas que hasta entonces habían sido ignoradas. *Está corrigiendo los libros*, dijo Gioia, y todo el mundo arqueó las cejas. Una mujer llamada Misha se ofreció a darme algunas grabaciones que tenían de las charlas de Carla, y Gioia le pidió que las dejaran allí al día siguiente, que ya me las enseñaría. El grupo fue menguando hasta que fuimos un puñado y de repente sentí que también era hora de irme y, mientras recogía mis cosas, saqué una de las páginas manuscritas de mi bolso y la ondeé ante Gioia.

¿Te interesa traducir doscientas páginas esta semana?

Cogió la hoja y la leyó, se le apagó la sonrisa entre tanto. Me dijo

que volviera al día siguiente, que trajera las hojas y que haría lo posible por descodificarlas.

Qué rara es la vida, ¿verdad?, gritó mientras yo bajaba los peldaños de la entrada; le dije que sí, aunque no teníamos nada con lo que compararla.

Estaba saliendo el sol. A medio camino del hotel, me di cuenta de que no llevaba zapatos.

El día siguiente empezó predeciblemente tarde, ya quedaba atrás el mediodía. Me tuve que comprar un par de sandalias en una tienda del hotel y sentarme un rato en el vestíbulo, bebiendo café solo mientras trataba de convocar la energía para volver a casa de Gioia. Me parecía que los últimos dos días no tenían mucho sentido. Nunca me habían absorbido en un grupo de amigos de esa manera mientras intentaba entrevistar a una fuente y, ahora que lo pensaba, me parecía un poco sospechoso. Pero, de nuevo, ¿por qué tenía que sospechar de Gioia? Había sido toda amabilidad. Puede que en Milán las cosas fueran así, que nadie hubiese conocido nunca a una extranjera y que todo el mundo se rigiera por el deleite y la inmediatez.

Una doncella me abrió la puerta de Gioia esta vez y me llevó al mismo salón del día anterior. Mis zapatos abandonados llamaban la atención junto a una silla. En el otro rincón de aquella gran estancia se había dispuesto un pequeño proyector y una pantalla.

Gioia llegó algo después, se disculpó por haber tenido que interrumpir nuestra entrevista del día anterior y por haberme hecho esperar tanto ahora. Fue entonces cuando advertí que la luz era diferente a cuando había llegado. Había pasado por lo menos una hora. Yo me había quedado mirando por la ventana.

No esperaba tener que pensar en ella, dijo Gioia. *No estaba preparada, es eso.*

¿En Martina?

En Carla, me corrigió. *Está muerta… Ya ha pasado mucho tiempo, es verdad, pero sigue sin gustarme pensar en lo que pasó. Murió de una forma tan estúpida. Bueno, en todo caso, no has venido aquí a oír esas historias. No tienen nada que ver con Martina.*

Un deje triunfal en su tono —*No tienen nada que ver con Martina*—. Debía de creer, igual que yo (aunque es mentira), que la cercanía con alguien en el momento de su muerte le da más importancia al lugar que tuviste en su vida, más de lo que realmente era: algo azaroso. No la interrumpí. Dejé que continuara mientras volvía a encender la grabadora.

«¿Por dónde nos quedamos… con Martina?».[131]

«Que desde el inicio quedó absorbida en la vida de Carla», añadí.

«Ah, sí, sí. Bueno. Todos pensábamos que éramos revolucionarios, ya te lo imaginas, Carla y todos nuestros amigos, algunos los conociste anoche, Nico, Giuliana, Misha... Así que siempre sentí que, bueno, aunque esta mujer, esta *Martina*, aunque estuviera mintiendo sobre lo de su tío y todo lo demás, pues que igual estaba hasta bien, ya que el patriarcado también es una ficción, o eso pensaba yo entonces. Si ella quería inventarse otra historia para vivir, pues adelante. Estoy segura de que Carla pensaba lo mismo, ya te imaginas que en aquellos días todo era un experimento. Lo único en lo que realmente creíamos era en que no podía haber jerarquía ni respeto a la jerarquía. La ambición era el peor pecado; querer dominar a alguien. No había nada más feo... Pero siempre hubo algo raro con Carla y Martina, ¡se tomaban tan en serio! Entre ellas, todo era a vida o muerte, cada conversación, cada idea... Martina se mudó a casa de Carla desde el principio, el mismo día que se conocieron... Yo pensé: Bueno, pues ahí está la americana esta que tiene a Carla fascinada, Carla quiere saberlo todo sobre cómo funcionan las cosas entre hombres y mujeres por allí, pero también es cierto que... ¡todo lo que dice Martina enfurece a Carla! Como lo que te conté ayer; lo de pellizcar los peniques. Bueno. La cosa es que a Martina no le daba ninguna vergüenza cómo había conseguido ese dinero. Un espectáculo de sexo en directo: se había acostado con otras personas con gente delante, por dinero. Carla se encendía con esto, agravaba el problema de que los hombres viesen a las mujeres como objetos; Martina había reforzado abiertamente la idea de que las mujeres *actúan* para los hombres... Y ahí no quedaba la cosa: lo del piso... Había un hombre homosexual, creo, que le había comprado un piso a Martina, ¿no? Carla pensó que era otro ejemplo de cómo los hombres poseían a las mujeres y robaban sus emociones... Pero Martina decía que de eso nada, ¡que había sacado un piso! ¡Y así estaban todo el día!

»Era 1976 o 1977, creo. Muchas habíamos tirado la toalla con los cambios gubernamentales y creíamos que experimentar con las relaciones sociales era la única manera de ejercer el feminismo, criar en comunidad a nuestras criaturas, evitar a los hombres por completo, pero llega un momento en el que eso también fracasa. La sugerencia se convierte en un precepto, se convierte en una norma, en una ley. Queríamos liberar a las mujeres de la dominación, pero no podíamos hacerlo dominándolas... Es el programa ideológico que se come su propia cola».

Gioia se quedó callada, sonriendo, y luego ya no y, por un segundo, vi cómo se le había acumulado la vida en el cuerpo. Al poco volvió a recuperar su glamurosa indiferencia, su manera de sujetarse al presente con ligereza. Me pidió ver las hojas manuscritas y las leyó en silencio un instante antes de explicarme que eran sus diálogos, una

costumbre que tenían de grabar y transcribirse a ellas mismas. Gioia siguió leyendo, absorta, y con aquel silencio nos preparé un par de copas como había hecho ella el día anterior; un licor amargo con agua con gas. Bebió sin levantar la vista.

«Lo siento —me dijo—. Debería estar diciéndote lo que pone, pero se me da muy mal traducir. Estuve un tiempo intentando traducir la obra de Carla al inglés, pero me parecía muy frustrante. No conseguía trasladar su voz, todo me sonaba plano y... No sé... Pero lo voy a intentar».

Se irguió en la silla, casi como si se estuviera preparando para algo físico, un concierto de piano o una voltereta hacia atrás. Sacó papel y boli del bolsillo de su camisa y empezó a tomar notas. Al cabo de unos minutos me leyó un poco de lo que había traducido.

«Hay que "abandonar a los hombres, por su cuenta y riesgo", dice Carla. "No con enfado. No con odio. Pero hay que abandonarlos. No somos sus contrapartes y ellos tampoco lo son para nosotras". Martina está de acuerdo con ella, repite más o menos lo que ha dicho Carla, pero con otras palabras. Entonces Carla añade: "Los hombres generan una atracción a través de su personalidad que le da un halo erótico incluso a su decadencia. Las mujeres se dan cuenta de manera brutal de que el deterioro de su frescura física despierta... una especie de tolerancia..." o algo así. "Los hombres usan los mitos, las mujeres no tienen los recursos para crearlos. Las mujeres que lo han intentado sufren tanto estrés... que viven menos"».

Gioia se quedó mirando fijamente sus notas, luego volvió a la página original y frunció el ceño.

«No, no es eso. Creo que no estoy captando el tono. ¿Te importa si sigo leyendo un poco? Igual así me ayuda a recordar».

Le dije que no había prisa y ella me sugirió que viera algunos de los vídeos de Carla que había traído Misha. Me enseñó cómo usar el proyector y se disculpó por que no tuviesen sonido; Misha solo había encontrado las bobinas mudas.

«No sé si te ayudarán, la verdad, pero a lo mejor te dan una idea de cómo era Carla», dijo Gioia antes de regresar corriendo al manuscrito, alejándose de la pantalla.

La estancia tenía la penumbra adecuada para permitirme ver la proyección, un collage de escenas parpadeantes y de factura imperfecta de Carla Lonzi dando discursos en pequeñas librerías o frente a una muchedumbre en una plaza, levantando, por turnos, el puño derecho o un cigarrillo hacia su rostro algo serio, la larga melena con la raya en medio y recogida en una coleta baja. Aun cuando a menudo la imagen temblaba y se desenfocaba, no vi a X en ninguna de las escenas, aunque Gioia sí que aparecía en la mayoría, siempre observando a Carla con una intensidad respetuosa. Al cabo de varios

minutos de eventos públicos y protestas, la bobina parecía llegar al final, y entonces aparecía la grabación de una fiesta. De hecho, había tenido lugar allí, en aquel mismo salón y, al mirar en derredor, me di cuenta de que todos los muebles y los cuadros estaban como hace tantos años.

La cámara recorre la estancia —hay una mujer con una boa de plumas, un hombre con una peluca de pelo largo, todo el mundo fumando, brindando, riendo, besándose—, y ahí estaba Carla, con unos pantalones de cuero negro y una camisa blanca almidonada, y ahí estaba X como nunca la había conocido: el rostro más suave, los ojos más abiertos, el pelo corto y teñido de oscuro. Está feliz, casi irreconocible, mientras agarra a Carla del brazo. Unas copas llenas de champán entran en plano, un brindis, y Carla se vuelve hacia los demás para decir algo, levanta la copa también y asiente con la cabeza antes de inclinarse para besar a esa mujer, a esa versión más suave e inacabada de mi esposa.

La cinta acababa ahí como si fuera un empujón. Apagué el proyector y me quedé en silencio.

Al cabo de un rato, Gioia gritó desde su charco iluminado por el flexo en aquella estancia por lo demás oscura. Muy alterada, me resumió una parte del manuscrito en la que Carla acusaba a Martina de tener un «secretismo patriarcal». Pensaba que Martina no estaba siendo lo bastante respetuosa con la comunidad de Rivolta Femminile. «Solo los hombres y los gobiernos exigen transparencia total», dijo X, como Martina, en defensa propia.

«Me acuerdo de aquello —dijo Gioia, negando con la cabeza—. Qué enfadada estaba Carla. Entonces Martina le preguntó: “Y tú qué eres, ¿un hombre o un gobierno?”. ¡Menudo cabreo llevaba Carla...! Pero no había pasado ni un día y anunciaron que se iban a convertir, juntas, en una nueva persona. ¡Eran Marla Rigonzi! Marla Rigonzi (alguien que estaba entre ellas dos, pero que no era propiedad de ninguna, ni de nadie), y durante un tiempo así lo arreglaron. Se pasaban horas hablando en el piso de Carla, grabando sus conversaciones, luego las transcribían y formaban un único monólogo, obra de “Marla Rigonzi”. Algunas de estas páginas son de aquella época... No duró mucho».

Gioia me pidió permiso para seguir leyendo, aunque yo estaba perdiendo el interés en aquel rifirrafe intelectual entre dos mujeres que ya estaban muertas. Me recliné un ratito en un diván con los ojos cerrados, volví a pensar en aquella fiesta, en lo desenvuelta y feliz que parecía X. ¿La había visto alguna vez así?

Más tarde, Gioia me leyó más traducciones suyas de una pelea que tuvieron Carla y Martina el día de Navidad de 1976.

«Aquí Carla le dice: “Si una persona le da prioridad a la producción

artística antes que a la relación humana, la relación humana, inevitablemente, no puede ser plena, porque ambas cosas compiten… Cuando hay conflictos, como entre tú y yo, no hay posibilidades porque tú le das más valor al arte”. Para ella, era siempre así. El arte o el amor. Nunca hubo un verdadero espacio para ambas cosas».

Gioia volvió a echar un vistazo a sus notas, quizá también estaba empezando a hartarse de aquella discusión de antaño, pero encontró una cita que volvió a captar su atención.

«¡Ay! De esto me acuerdo perfectamente. Carla le dijo: “No tienes horarios, no tienes trabajo, no tienes obligaciones, pero creas una situación más limitante que si tuvieras trabajo y jefe”. Y Martina no le daba explicaciones. Martina decía (ay, y esta es la parte más triste de todas), Martina dice: “La necesidad de amor que tienen las mujeres la creó el patriarcado para ayudar a los hombres a triunfar en la vida. Las mujeres le dan al amor un valor intrínseco, mientras que para los hombres es algo instrumental”. Y, uy, sí, aquí gritaba, me acuerdo, dijo: “Tú estás tomando la decisión de darle al amor un valor intrínseco, y puedes elegir darle un valor instrumental. Así te liberarás de todas esas tonterías, del daño que te haces. ¿No lo ves? ¡Quererte hace que mi vida sea más *posible*, pero quererte no es mi vida!”».

Gioia se echó a llorar mientras leía, entonces alzó la vista como si hubiese olvidado por qué estaba yo allí.

«Era un asunto del que Carla hablaba a menudo; lo peligroso que era pensar la vida según los momentos en los que estábamos trabajando y los que no, definir el tiempo libre de nuestra vida por lo que no era…, tiempo de no trabajo. Pero, para la fiesta de Nochevieja de aquel año, habían firmado una especie de tregua. Fueron tan felices aquel invierno. Nunca he visto a Carla tan feliz. Justo ahí, ahí se apoyaban, en aquel rincón».

Señaló el rincón de la estancia donde yo había visto los vídeos, luego pasó un par de páginas del manuscrito que tenía sobre el regazo.

«Pero en enero de 1977, creo que fue entonces, otra vez habían roto… Presencié su última pelea, la última vez que vimos a Martina. Fue en casa de Carla, en mitad de una cena, otra estúpida pelea sobre el trabajo, Carla quería ir a la playa, pasear sin hacer planes, cantar una canción, ¡silbar! Y Martina dijo: “No se puede hacer el amor con alguien que silba”… Qué triste. ¿Por qué intentaban amarse si se odiaban tanto?».

Gioia me miró como si yo tuviera la respuesta, luego regresó a las hojas.

«Dice Martina: “Vine aquí a descubrir de dónde venía”. Y Carla interrumpe y dice: “Pues vete olvidando. ¿Me estás oyendo?”. Y Martina contesta: “Claro”. Y entonces Carla replica: “Vete pues”. *Adesso vai pure…* Y Martina se fue sin decir una sola palabra más. Y ya

está. Carla estaba tan enfadada que se lo pintó en la puerta porque quería recordarlo la próxima vez que Martina volviese: *Vai pure*».



Fotografía hecha por la autora.
Cortesía de Gioia Realto.

Gioia le hizo una fotografía a la puerta la última vez que estuvo en el piso de Carla. Un cáncer de mama, me explicó, no quiso tratárselo. Odiaba el hospital, odiaba a todo el mundo que estaba allí, así que fue a ver a un curandero y el curandero le dijo que el cáncer le había

salido por un trauma infantil sin resolver.

«Nunca volvió a hablar con un médico de verdad. Todas sus amistades se volvieron enemigas. Se enemistó con todo el mundo para que nadie pudiese hablar con ella. Llegó un punto en el que (y estaba delirando, lo sé, pero también lo soltó con mucha claridad) me dijo que parte del motivo por el que estaba enferma era porque Martina nunca la quiso, que ella había querido a Martina, pero su amor no había sido correspondido, así que su amor no había tenido ningún lugar al que ir y se le había podrido dentro del cuerpo. Había desarrollado esa teoría por el artista Pietro Consagra, un amigo suyo con el que casi se casó cuando era jovencísima... Carla conocía a dos mujeres que habían amado a Pietro con todo su corazón: una en la infancia y otra en la veintena, y, aunque Pietro había tenido amistad con aquellas mujeres, no las había amado, no como ellas a él. Ambas desarrollaron unos tumores terribles de muy jóvenes, glandulares, justo después de darse cuenta de que su amor no era correspondido. Y Carla estaba segurísima de que aquello significaba algo, de que querer a alguien sin que fuera correspondido te podía dar cáncer, tanto que no había manera de convencerla de lo contrario. Murió convencida de aquello».

La boca de Gioia se quedó abierta como si se estuviera acercando a una palabra, y entonces se puso de pie de repente.

«Qué anfitriona más terrible he sido, perdóname», dijo.

Fuimos a la cocina, donde decidió que haría un *risotto*, por tarde que fuera; era lo que quería servirme. Removió el arroz en silencio mientras yo la miraba. Yo había apagado la grabadora. Si no llega a ser por aquel espléndido despliegue de hospitalidad, ponerse a hacer un *risotto* cuando ya era de noche, me habría ido. Estuvimos un rato sin decirnos nada, así que miré a mi alrededor: las antiguas bandejas de plata sin pulir, las ollas de cobre, la textura de las paredes de piedra.

Después de comer, Gioia me dijo que tenía algo que confesarme. Me lo dijo sin mirarme, mientras toqueteaba el borde del mantel con la mano izquierda.

X le había enviado varias cartas a Carla cuando ya estaba enferma, me contó, aunque no tenía ni idea de lo del cáncer. Llevaban años sin tener contacto, pero, como en aquel momento Gioia se estaba ocupando de todo por ella —alimentarla, bañarla, pagar sus facturas —, leyó las cartas y las destruyó sin decírselo a Carla, sabiendo que solo servirían para hacerle daño. Gioia me pidió perdón por no haberlas conservado, ya que podrían haberme ayudado con la investigación; las había quemado. Se había enfadado mucho al leerlas; cómo esa mujer se pensaba que después de haber abandonado a alguien podía volver como si nada.

Esta sí que es una historia real, dijo Gioia. *Una historia real de la vida real. Ni un secuestro ni una confesión en el lecho de muerte. Las cosas son siempre mucho más sencillas: cartas que acaban en la basura. Esa sí que es una historia real.*

Le dije que creía que había hecho bien en quemarlas, aunque no necesitaba mis palabras de consuelo.

Cuando ya me iba, le di las gracias por su tiempo y le aseguré que me había ayudado, pero me dijo que no me había dado la panorámica total de las páginas que había traducido. Había tenido sus propias razones egoístas para leerlas, admitió, luego añadió que tenía una amiga que era una talentosa traductora, una traductora de verdad; la mandaría a mi hotel mañana.

Cuando ya me iba, se detuvo en la entrada para decirme una última cosa: había sabido quién era yo desde el principio. Había visto el retrato de Martina —no, de X—, había visto el retrato en una revista en un viaje a Nueva York y desde entonces le había seguido la pista todo lo posible.

Intento no odiar a nadie, añadió Gioia, *pero es que no puedo evitarlo... Aún la odio. Sé que ella no tuvo la culpa del cáncer de Carla, pero tampoco tengo otra explicación.*

Yo también la odio un poco, dije, unas palabras que me sorprendieron al llegar.

Gioia me preguntó si la odiaba por morirse, pero negué con la cabeza. No sabía por qué había dicho eso. En aquel momento quería creer que aún la quería, a pesar de todo, que la echaba muchísimo de menos y que la biografía era la prueba de fuego de mi duelo, pero ya se había transformado en otra cosa, algo más oscuro, algo que yo sabía que era fatal.

Un día después, Teresa, la traductora, se acercó a mi hotel y se llevó las hojas para empezar a trabajar. Sin embargo, volvió a la tarde siguiente, compungida y derrotada. *Lo siento*, me dijo, *pero esto no tiene ni pies ni cabeza*.

Knife Fight

Bertha Hurts no contestó a mi primera carta y, por una vez, supe que lo que evitaba la entrevista no era un viejo rencor, sino que ella trabajara para Brace & Sons, la editorial que había publicado el libro de Theodore Smith; le habían pasado el recado de que no hablase conmigo. Cuando dejó ese trabajo para irse a otro sello, no obstante, sí que accedió a que comiésemos juntas. Nos vimos en un restaurante japonés con reservados de madera bastante íntimos, un lugar que yo había elegido con toda la intención. Era pequeño y bullicioso, pero el personal parecía tomárselo con calma. Cada mesa estaba rodeada de paneles de madera y cortinas gruesas, se generaba una arrulladora sensación de privacidad. Una vez había comido allí con el redactor jefe de una revista con quien quería trabajar, pero, para cuando trajeron la cuenta, había contado tantos detalles sobre mi vida personal —historias que casi nunca le contaba a nadie— que me dio demasiada vergüenza tener que volverlo a mirar a la cara. En retrospectiva, le eché la culpa al propio espacio.

En una libreta, X describió a Bertha como «discreta y astuta… Posee una perspicacia intencionalmente maquillada con un disfraz femenino rayano en lo infantil: joyas llamativas, lazos en el pelo, colorete rosa… Corteja el desdén, lo emplata y se lo come con una pizquita de sal». [132] X contrató a Bertha para que llevase Knife Fight, la pequeña editorial feminista que montó al volver de Europa en 1977.

Knife Fight es, sin duda, una imitación de la Rivolta Femminile de Carla Lonzi, pero, mientras que Carla y el resto de las integrantes del colectivo tenían problemas tangibles contra los que rebelarse —las mujeres italianas seguían peleando por derechos de los que disfrutaban desde hacía décadas las mujeres del Territorio del Norte —, Knife Fight solo podía alzarse contra abstracciones. Aunque por mandato federal se establecían la igualdad salarial, las guarderías gratuitas, el acceso al control de natalidad y la representación igualitaria en el Gobierno y la mayoría de las profesiones —y aunque había un arrollador apoyo nacional a las políticas que habían propiciado esos avances—,[133] según muchas personas, seguían existiendo formas tenaces de sexismo en la cultura. En los años setenta, la mayoría de la población del Territorio del Norte se consideraba feminista, pero la definición de «feminismo» siguió transformándose para satisfacer las necesidades de quien lo

esgrimiera. De manera regular había escándalos de discriminación y acoso, pero las soluciones que se sugerían eran innumerables y contradictorias.

«La crueldad subliminal es nuestro enemigo —rezaba el primer manifiesto de Knife Fight—, y al dar un espacio a voces de mujeres disidentes, litigantes o *non gratas* por otras razones contribuiremos a erosionar las limitaciones sexistas de lo que se considera o no se considera "femenino". Nuestros libros os herirán, como debe ser». [134]

Sentada frente a Bertha en el reservado de madera, vi que se le ensanchaba la mirada mientras leía aquel viejo manifiesto, reluciente como los ojos de una madre cuando mira fotografías de sus criaturas. Me contó que conoció a X al responder a su extraño anuncio clasificado: «Se busca editor/a. Experiencia relativa. Salario competitivo. Se precisa no ser convencional».

«Olía a estafa —recordó Bertha—, pero por aquel entonces tenía un trabajo horroroso de auxiliar de edición y ya había dejado de albergar la esperanza de que me llevara a alguna parte. Aunque aquello fuera una estafa, por lo menos era una estafa *diferente*».[135]

Poco después de mandar su candidatura, Bertha recibió una llamada para hacer una entrevista y, cuando llegó a la dirección de Chambers Street, se encontró la planta baja abandonada de un almacén. X le abrió la puerta con agujeros de bala y se presentó como Martina Riggio. Aún tenía que comprar muebles; la entrevista tuvo lugar mientras caminaban por aquel espacio amplio y sin calefacción.

«Claro que parecía sospechoso, pero toda la gente rica parece sospechosa, ¿no? Aunque por lo menos estaba haciendo algo con su dinero, algo que me parecía respetable. Me habló de su abuelo, o quizá era su padre, que había hecho fortuna de manera algo siniestra, así que quería utilizar su herencia para ir contra todo lo que él representaba. Por supuesto, le pregunté por qué quería hacer todo eso en el Territorio del Norte cuando Italia seguro que necesitaba mucho más su ayuda. Bueno, sugirió que *exportaría* los libros, y, por cómo lo dijo, entendí que pretendía exportarlos al Sur. Había oído hablar de los canales clandestinos de comunicación con el TS y, cómo no, aquello solo hizo que aumentara una barbaridad el atractivo del trabajo; vuelvo a repetir, era joven y, por tanto, estaba loca. Ahora ni me imagino metiéndome en algo tan peligroso. Qué tonta era. Tonta y suertuda».

Bertha se quedó un rato callada. La camarera nos sirvió sendos cuencos de sopa y, mientras Bertha envolvía la cerámica con las manos, me admitió que parte del atractivo probablemente tuvo que ver con cómo la habían criado. Había nacido en New Hampshire, en una familia muy metida en el movimiento AntiSo —antisocialistas que

rechazaban la renta mínima universal del Territorio del Norte y la sanidad pública, a menudo en contra de sus propios intereses—. Su padre en particular, presidente de la filial americana de Ateos Americanos Convencidos, protestaba una y otra vez contra aquellas «paguitas», ya que consideraba que el dinero estaría mejor invertido reclamando el TS y destruyendo su violenta teocracia. Entre sus actos de rebeldía infantil se había contado leer la Biblia, hasta que su padre quemó su ejemplar, ya que, según opinaba el señor, los libros religiosos eran los únicos que merecían acabar quemados. Ella discutía constantemente con sus padres, discordias que ellos mismos fomentaban ya que insistían en que nunca, bajo ninguna circunstancia, debía acatar la autoridad. Cuando Bertha se mudó a Nueva York a los dieciocho años, sus padres, como muchas otras personas del movimiento AntiSo, emigraron al Territorio del Oeste, entonces un paraíso libertario. Eso fue casi un año antes de que tuviese noticias de su madre. Tras un encuentro casi mortífero con un puma, la madre de Bertha de repente creyó que Jesús la había salvado. Abandonó a su marido, se sometió al arduo programa de inmigración del Territorio del Sur y nunca más se supo de ella.

«Mamá desapareció el mismo mes en el que empecé a trabajar en Knife Fight. Yo llevaba casi un año en la ciudad, y por fin había dejado de pensar que, de alguna manera, algo me iba a salvar. Casi ni llegaba a fin de mes (ni con los cheques de la RBU, como mucha gente), así que sobrevivía casi solo a base de avena y adrenalina».

Aunque Bertha siempre había querido trabajar en el sector editorial, tras el intento —abortado— del Territorio del Norte de convertir los bienes impresos en bienes de utilidad pública a principios de los años setenta, la mayoría de las editoriales sufrían por reconstruirse. Ahora los lectores esperaban que los libros fueran gratis o muy baratos, los bajos salarios implicaban que casi todo el mundo que trabajaba en su oficina se había casado con alguien rico o venía de familia bien.

«La mayoría intentaba esconderlo —recordó Bertha—, al mismo tiempo, parecía que no había nada más vergonzoso que ser rico. Incluso conocí a una mujer que metía el bolso, que era de los buenos, en una bolsa de papel cuando entraba en el despacho y se ponía un abrigo viejo y barato encima de la ropa cara».

No encontré pruebas de que X entrevistara a nadie más para el puesto de Bertha, pero cuesta imaginar a alguien que encajase mejor en él. Tenía la experiencia justa para saber lo que estaba haciendo, pero aún era lo bastante joven para acatar órdenes.

«Según lo recuerdo, no me preguntó por mi experiencia laboral; me hizo preguntas que no tenían relación con nada. Que si recuerdos de infancia y preguntas sobre música... Yo no sabía nada de música, pero parecía que daba igual. Nos limitamos a caminar por aquella estancia,

y, aunque ahora sé que el acento era falso, la verdad es que en aquel momento me pareció encantador. Hacía que todo sonara más bonito, esa forma que tenía de hablar tan cantarina… Me contrató y empecé aquel mismo día, creo. Cogimos un taxi para ir a la oficina que acababa de alquilar en Mott Street, en Chinatown. A ver, oficina oficina… No sé, era más bien una habitación con unos archivadores y escritorios y un par de teléfonos, y al día siguiente llegó con Mitchell [Abbott] y me dijo: "Este es tu secretario". Mitchell tenía por lo menos seis años más que yo y estaba claro que ella no le había explicado que tendría de jefa a alguien con menos experiencia que él y, claro, pues se quedó parado y yo igual. Entonces Martina dijo algo del tipo: "¿Hay algún problema?". Y los dos contestamos: "No, claro que no". ¿Cómo íbamos a ponerle pegas? Nos pagaba lo mismo y en efectivo, cada semana. La única diferencia es que en mi tarjeta de visita ponía DIRECTORA EJECUTIVA y en la suya SECRETARIO DE BERTHA HURTS.

»Acabamos teniendo tanta faena que los dos hacíamos casi de todo, pero fue precioso, uno de los pocos trabajos que me ha gustado de verdad de la buena. En primer lugar, Martina nunca se acercaba a la oficina, y no exagero: no venía *nunca*. Pero llamaba casi a diario, normalmente nos decía qué hacer, pero a veces solo llamaba para saludar, a Mitchell nunca, solo a mí. La verdad es que con él era un poco borde, lo mangoneaba de maneras que a mí me parecían un poco, no sé, injustas. Si él cogía el teléfono cuando ella llamaba, no le decía nada, carraspeaba y él me pasaba el teléfono. Cuando se dirigía a él, era para darle las tareas más insignificantes, pero ella y yo…, la verdad es que creo que éramos… ¿amigas? A veces hasta me llamaba a casa los fines de semana y a mí no me importaba.

»Y sí, ya sé que Martina no era una persona real, aunque tardé en enterarme de la exposición y de todo aquello, y si te soy sincera no lo entendí, pero nunca conocí a *X*. Solo a Martina. A lo mejor es una estupidez pensar que mis conversaciones con ella eran reales, que de verdad era mi amiga, pero, no sé…, lo era… Me trataba como si fuera su igual. Sin ella, dudo mucho que me hubiera quedado en este sector. A veces me visitaba los domingos por la mañana porque yo vivía cerca de una iglesia y sonaban las campanas, y nos quedábamos sentadas sin hablar, escuchando las campanas juntas…

»Bueno, no me digas que no es de ser tonta —me dijo Bertha, secándose los ojos con un pañuelito—. Llorar por una persona falsa. Hace años que ni siquiera pienso en esto. Supongo que era una actriz de primera para meterse tanto en la piel de alguien. ¿De eso va tu libro? ¿De lo bien que sabía fingir?».

La camarera apareció y retiró los cuencos de sopa. Clavé los ojos en la mesa vacía. Estaba en un momento extraño de mi investigación. Llevaba años trabajando, había leído el archivo al completo, había

viajado a Montana, Misisipi, en Illinois y en Italia, pero había estado evitando algunas entrevistas importantes y aún no había mirado los papeles del despacho de X, la habitación en la que murió. De hecho, había sido incapaz de entrar, aunque lo había intentado varias veces, había intentado estar allí dentro; para colocar la silla, por lo menos, o, no sé, quitar un poco el polvo o quizá tirar los muebles por la ventana y quemarlos en el jardín... Pero era incapaz. Cuando me reuní con Bertha, ya sabía que no estaba investigando la vida de X para desmentir las falsedades del libro de Theodore Smith y punto, pero aún tenía que aceptar del todo que estaba compilando todos aquellos datos para mi propio libro, un libro que nunca habría elegido escribir de haber sabido, al inicio, dónde me estaba metiendo. La pregunta de Bertha —si mi libro trataba de lo bien que sabía fingir X— me hizo darme cuenta de lo que estaba haciendo, de en qué se había convertido mi vida, y darme cuenta de eso me trajo un duelo nuevo y abrumador.

«No estoy segura», respondí.

Bertha asintió con la cabeza y yo vi en su cara el reflejo de mi expresión inexpresiva (*Lo bien que se le daba fingir*).

«Debería hablarte de Cassandra Edwards», dijo Bertha, sonriendo con seguridad renovada, y supe que era una historia que había contado muchas veces.

Sí, claro, maravilloso, cuéntamelo todo.

Durante su primer año en Knife Fight, Bertha solo fue capaz de encontrar cuatro textos que valiese la pena publicar entre la avalancha de manuscritos —muchos menos de los diez libros que Martina quería publicar cada año—. En agosto, Bertha leyó un manuscrito de cuatrocientas páginas titulado *37* que había enviado una mujer llamada Cassandra Edwards, quien, en su carta de presentación, decía que era una «*socialité* del Upper East Side». Bertha recibía a menudo manuscritos de personas que se identificaban como gente de la flor y nata de la ciudad, todas convencidas de que eran la próxima Edith Wharton, de que sus chismorreos sobre la élite serían superventas, pero las crónicas de la gente rica eran anatemas en la época. Hubo varias grandes manifestaciones contra la controvertida legislación tributaria de la ciudad de Nueva York, que había creado una especie de paraíso fiscal en Manhattan que atrajo oleadas de residentes acaudalados en los años sesenta y que hizo que aumentara el coste de la vivienda. A finales de la siguiente década, se consideraba que los ricos eran la gran deshonra de la ciudad. Pero aquel manuscrito —*37* — era muy diferente.

«Era... Era el libro más triste que había leído nunca —dijo—. Más deprimente que *La campana de cristal*».

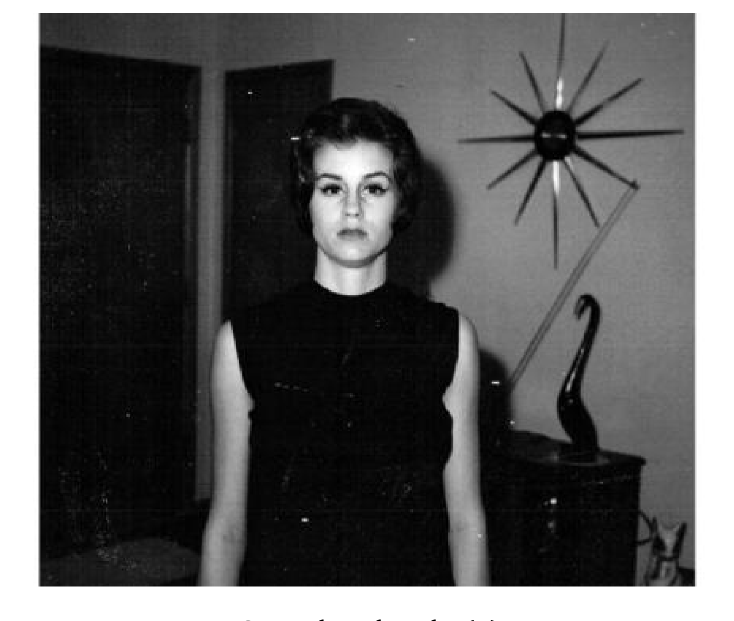
La novela es una historia dentro de otra historia.[136] Sigue las

peripecias de un hombre llamado Cass Edwards, que escribe una novela que se llama *Treinta y siete*, en la que una mujer sin nombre promete matarse cuando cumpla treinta y siete años. La novela de Cass Edwards se resume dentro de la novela de Cassandra Edwards como la explicación de la narradora sin nombre sobre las razones por las que quiere matarse a los treinta y siete. Tras el resumen de *Treinta y siete*, de Cass Edwards, la segunda mitad de *37* consiste en extensos monólogos de amistades de Cass Edwards, todo el mundo habla contra el suicidio general y contra el suicidio de él en particular, pues temen —tras leer la novela— que el libro sea velada pero a todas luces autobiográfico. Al final de este libro, cuando Cass cumple treinta y siete años, no se mata, y, cuando parece que el libro va a tener un final feliz, la última frase describe que Cass «vivió cada día de su trigésimo séptimo año con una serenidad rayana en la dicha y el último día de aquel año se pegó un tiro entre ceja y ceja, y tuvo una muerte larga y dolorosísima en un hospital cercano unas horas después».

«La voz era tan extraña, tan siniestra. Quise conocer a aquella mujer de inmediato —contó Bertha—. Pero, cuando llamé a Martina, me dijo que ella *conocía* a Cassandra Edwards *personalmente*, que la había visto un par de veces, pero que no tenía ni idea de que era escritora. Insistí en que leyera de inmediato el manuscrito; estaba preocupadísima por si otra editorial compraba los derechos antes de que tuviéramos la ocasión de hacerlo nosotras».

Lo que Bertha no sabía entonces es que a X no le hacía falta leer el manuscrito, ya que lo había escrito ella utilizando otro seudónimo. Tras volver de Europa, X había pasado mucho tiempo en fiestas con Oleg, disfrazándose con un *bob* negro cuervo y enormes gafas de sol. Aunque en un inicio aquello pudo ser para despistar a los agentes del TS que temía que aún la buscasen, al final el disfraz se convirtió en un personaje como tal.

Usaba un acento vagamente británico y se presentaba como Cassandra Edwards. Decía que era una prima segunda de Oleg Hall, que habían pasado muchos veranos de infancia juntos en el rancho que tenía su familia en el Territorio del Oeste. Decía que su padre, «Duke Edwards», era criador de caballos y tenía varios aviones. «Un hombre tan espléndidamente orgulloso e ingenioso», le dijo una vez a una reportera de una revista de sociedad. «Era emocionante mirarlo. Como mirar la bandera americana. Y siempre ha mantenido un perfil bajo, pero ¡a mí no ha conseguido inculcármelo! Esa es la razón por la que casi nadie sabe nada de él aunque ha tenido mucho éxito en los negocios. A él le gusta hacer así las cosas».[137]



«Cassandra Edwards» (X).
Encontrada por la autora.
Colección de fotografías de CML 3, objeto 19, AX.

Unos días después de que Bertha leyese *37,* Martina la llamó para decirle que había conseguido los derechos y que Cassandra Edwards se pasaría aquella tarde por la oficina de Knife Fight para conocer a su editora.

«Esperaba que fuera extraña —recordó Bertha—, pero se dejó las gafas de sol puestas todo el rato y dijo una sarta de ridiculeces. Era como si… tuviera miedo de algo, pero al cabo de unos minutos me di cuenta de que, bueno, de que era *Martina.* Martina con una peluca y hablando con un perfecto acento americano. Mitchell no lo vio; yo pensé que igual me estaba volviendo loca, aunque *sabía* que era ella. Las piezas encajaban a la perfección. Pero ¿qué iba a hacer yo? ¿Acusar a mi jefa de escribir de tapadillo un libro de una persona inventada para que tuviésemos algo que publicar? ¿O acaso estaba haciéndose pasar por la *verdadera* Cassandra por alguna razón?».

Aquello sucedió en un momento en el que X empezó a utilizar nuevos nombres y disfraces de manera más atrevida y con menos fronteras. A veces, con Oleg, iba a una fiesta en la que la mayoría la conocía como Cassandra Edwards, pero se presentaba como Martina Riggio, la *editora italiana*. Oleg fingía que era una broma, una de las muchas y maravillosas bromas que le gustaba gastar en esas fiestas. *Qué chica más tonta, no hay que creerse ni media de lo que dice.* A veces X le decía a la gente que había ido a una «escuela italiana para señoritas», un detalle que resultaba raro; había escuelas inglesas y suizas para señoritas, algunas chicas de clase alta incluso se iban al sur

de Francia a estudiar, pero ¿una escuela italiana para señoritas?

Cielos, ¿no es inusual?, recordaba Oleg que le había preguntado una *socialité* a X. *Querida, ¿en qué región de Italia estaba esa escuela?* Y, cuando X le contó que estaba en el norte, cerca de Austria, la señora le recomendó en voz baja que dijera que había ido a una escuela para señoritas «en los Alpes», no «en Italia». Otro señor hizo una broma de que no sabía que los italianos tuviesen modales que enseñar.[138]

A pesar de las excentricidades de Cassandra Edwards, Oleg la atesoraba como su *boutonnière* ideal. Enseguida la adoptaron como la «Reina de los Cisnes» en el círculo de amistades de Oleg, que se tejía a base de depravadas salidas nocturnas. Aunque entrevisté a ciertos miembros de aquel grupo, solían extenderse sobre cosas poco importantes. La única historia que me interesó fue sobre una larga tarde de ebriedad que Cassandra, Oleg y compañía pasaron en el Ritz-Carlton, donde abrieron una cuenta a nombre del padre de Cassandra a la que consiguieron cargar la comida y una propina del cien por cien. La comida acabó con X robando varios juegos de la cubertería de plata.

Un puñado de aquellos amigos repitieron las mismas y sosas anécdotas sobre cómo la pandilla se colaba en fiestas de la Factory de Warhol, pero la más común de todas era que Cassandra los tenía escandalizados por rechazar las insinuaciones de Warren Beatty. Parece que los dos se conocieron en una cena y, cuando él le pidió que se tomara una copa con él la noche siguiente, ella le dijo que no estaba libre, y, cuando le pidió que le dijera cuándo estaba libre, ella le contestó que estaba libre todo el tiempo, libre en cada momento de su vida, que lo que pasaba es que era demasiado libre para ir por ahí con un hombre como él. Parece ser que ahí Oleg sí que se enfureció.

«Warren no es problema mío», le escribió X en una carta.

«Pero ¡tú sí que eres problema suyo!», le insistió Oleg en persona al día siguiente.

«Créeme, Warren ni es mi problema ni será mi problema. Si para él es un problema que yo no permita que él se convierta en problema mío, pues entonces tiene un problema».[139]

«Sí, seguro que la mayoría de las mujeres se habrían sentido halagadas —escribió X en uno de los cuadernos de Cassandra—, y era halagador, pero sabía a qué jugaba [Beatty]. Warren le dijo a Oleg que yo era la única mujer que lo había vencido en su propio juego, aunque no me sentía victoriosa. Si había ganado algo, ¿qué era?».[140]

Cuando se publicó *37,* ninguno de los conocidos de X del Uptown se enteró hasta que Geraldine Snow escribió un perfil de Cassandra Edwards en el que la puso de vuelta y media para *The New York Review of Books* en otoño de 1978.[141] Snow no ocultó que odiaba el libro, lo describió como «un torrente de ideas hastiadas»; describió a

Cassandra como «una farsante de lo más insoportable». Ni Bertha ni Mitchell se libraron del desdén de Snow: cuando visitó la oficina de la «pequeña editorial de dudoso nombre», se encontró a dos empleados «pusilánimes, de esos que fluyen como sangre tibia de una editorial a otra».

«Pusilánime —recordó Bertha durante nuestra comida—. Me han llamado muchas cosas, pero eso nunca... Pero, claro, cuando Geraldine Snow te cuelga una etiqueta, ya está, ya es verdad, ¿no?».



Encargo. Obra de Alex Merto. (Versión de Penguin Random House Grupo Editorial). Cortesía de Quinto Piso.

«Pensándolo bien —escribió Snow—, puede que Knife Fight sea una editorial apta para publicar el debut de la señorita Edwards, ya que dicen que sus libros pretenden herir a quienes los lean... ¡Me cautivó tanto que *37* no dejara de ser malo en ningún momento que no pude parar de leerlo, no fuera que le diese la espalda y el libro se levantara a apuñalarme!».

La mala publicidad hizo que aumentaran mucho las ventas de la novela y motivó invitaciones de librerías para organizar presentaciones, X solo aceptó dos: una en Three Lives y otra en la St. Mark. Disfrazada con el *bob* negro de Cassandra y gafas de sol gigantes, ambas veladas se encontró con un público muy dividido. Sus lectores y lectoras eran un grupo muy variopinto: serios estudiantes de escritura creativa, el rarito punk o un par de autodenominados intelectuales, además de un buen puñado de chicos nerviosos, uno de los cuales se desmayó en ambas ocasiones. También había muchos mirones del mundillo editorial, que estaban allí solo por el salseo, y unos cuantos alborotadores que balaban en la última fila.

En la St. Mark, en mitad de la presentación, alguien gritó: *¡La vida*

es demasiado corta para esto!

X contestó: *Uy, ¿y para qué es lo bastante larga?*

Como todos los libros que publicó la editorial, la novela no tuvo beneficios. X insistía en que la producción fuera de la mejor calidad posible —tapa dura cosida, caligrafía repujada en cubierta y papel del bueno—. Bertha intentó (sin éxito) convencerla para publicar ediciones más baratas y ligeras de sus títulos más populares, pero ella se negó.

«Era habitual que robaran *37* de las librerías —recordó Bertha—, tan a menudo, de hecho, que muchas ni tenían ejemplares o los guardaban detrás del mostrador y, la verdad, ¿cómo se puede culpar a alguien por no querer pagar casi el doble de lo que solía costar un ejemplar en tapa dura? Pero Martina era inflexible. Si le sacaba un asunto del que no quería hablar, ella fingía que no entendía el idioma o me colgaba. Al cabo de un tiempo, dejé de presionarla con nada… Cuando Martina me envió el manuscrito de las novelas cortas de Cindy O, yo ya tenía muchas preguntas, por ejemplo, ¿quién era esa mujer y por qué le enviaba los manuscritos a ella en lugar de a la oficina y por qué no nos dejaba gestionar los contratos o los pagos? Pero no tenía sentido intentar razonar con ella… En cierto modo, admiré la tetralogía de Cindy O, pero sabía que sería un fiasco económico; aunque, *claro*, el dinero no era un argumento convincente para Martina… Pero lo que ahora me parece francamente ridículo es lo *obvio* que me tendría que haber resultado que *Martina* había escrito todas esas novelitas. Era la única explicación lógica».

Los libros que formaban *La Tetralogía*, como se acabó conociendo, eran cuatro novelas cortas de «Cindy O» (otro de los seudónimos de X); se publicaron en abril de 1980 individualmente en rústica, pero con sobrecubierta —la única cesión de X—, aunque también como edición limitada en tapa dura que vendió menos de cien ejemplares. [142] A la edición en rústica no le fue mucho mejor, se vendieron unos mil ejemplares de cada una antes de que se destruyeran los restos a principios de 1981. Cada novelita es una historia del malestar estándar de las zonas residenciales pudientes —amas de casa que bostezan, niños deprimidos, hombres que se van de picos pardos— y, aunque *La Tetralogía* acabó siendo un libro de culto cuando se reeditó en 1993, la primera edición pasó casi desapercibida. (Casualidades de la vida, uno de los ejemplares en rústica originales acabó en mis manos cuando estaba en la Facultad de Periodismo).



«Cindy O» (X).
Encontrada por la autora.
Colección de Knife Fight, carpeta 3, objeto 1, AX.

No sé muy bien cómo, pero X vendió los derechos para la edición japonesa de *La Tetralogía*, aunque ningún otro título de la editorial se publicó en el extranjero. Como la mayoría de los documentos de Knife Fight fueron destruidos, es un misterio cómo lo consiguió. Casi inmediatamente después de que saliera la traducción japonesa, en noviembre de 1980, *La Tetralogía* se convirtió en un superventas en Japón; unas pocas fotos desenfocadas de autora de Cindy O adornaron un montón de parafernalia para fans: paños de cocina, sellos de caucho, camisetas y papelería. Como se negó a hacer apariciones públicas o a dar entrevistas, aquello alimentó su mística en el extranjero, aunque su reclusión pasó desapercibida en su país, ya que una autora poco popular no es más atractiva por ser inaccesible.



«Cindy O: triste esposa de libro».
Fotografía hecha por la autora.
Colección de Knife Fight, carpeta 3, objeto 13, AX.

No obstante, es probable que el ingreso que supuso el trato con el sello japonés fuera lo que, a mediados de 1981, llamó la atención de Hacienda sobre las negligencias fiscales de Knife Fight. Sospechando que los del fisco no tardarían en hacer una redada en la sede de la editorial, X destruyó casi todos los documentos y existencias pocas horas antes de que se presentaran allí los agentes. Llamó a Bertha y a Mitchell en plena noche: *No volváis. No hagáis preguntas. No habléis con nadie. No sabéis nada.*

Cuando Bertha y yo salimos del restaurante, entrecerrando los ojos por el solazo de la tarde, me preguntó si alguno de los libros de Knife Fight había llegado al Territorio del Sur. Yo no lo sabía. Poco había sobrevivido a la muerte repentina de la editorial —solo unos pocos libros y cartas— y siempre era difícil conseguir información fiable a partir del ATS.

«Ella nació allí», le dije a Bertha, aunque no tenía pensado hacerlo.

Se detuvo en seco en mitad de la acera; una transeúnte con prisa le dijo alguna bordería al pasar.

«No lo sabía —dijo, pasmada—. No tenía ni idea».

Era la primera vez que se lo contaba a alguien a bocajarro. Aún no estaba acostumbrada a oírme decirlo en voz alta. Bertha tenía muchas preguntas, pero yo ya no quería hablar más. La confesión en sí misma había sido agotadora, me causó un dolor inmediato. Le dije que me tenía que ir, que ya llegaba tarde para otra cosa, le mentí, lo siento, lo siento mucho, luego me fui.

Zebulon

En abril de 2002 me sonó el teléfono: *¡Me cago en todo!*

Supe al instante que era Zebulon. Casi no había hablado en aquella breve y caótica entrevista en la casa de los Walker, hacía más de tres años, pero yo había escuchado la grabación de su voz una y otra vez, en ocasiones fascinada y en ocasiones asqueada por la existencia de un hijo de X, un hombre más cercano a mi edad que yo a la de ella. Nancy le había dado mi teléfono.

«No quería decirte eso», admitió.

Aunque se había mostrado reacio a hablar en persona, ahora parecía no tener límites sobre lo que me iba a contar sobre su familia, su casa, su irritación con casi todo lo que había en su vida. Como no tuve manera de grabarlo aquel primer día, solo me quedan mis notas, aunque, como hablaba arrastrando las palabras, me dio tiempo a escribir casi todo lo que dijo.

Primero quería disculparse por sus abuelos, me dijo. Había intentado que celebráramos la entrevista sin que estuvieran ellos por medio, pero Angela no lo permitió y tenía suficiente influencia en Byhalia para hacer un par de visitas al juzgado y conseguir que hicieran «esto o lo otro por ella». Era un secreto a voces que su madre —Carrie Lu— no era una Walker. Uno de los tíos de Zebulon se lo había contado hacía mucho tiempo: que quien había parido a su madre era Clara, una hermana de Angela. Clara había estado «trajinando con varios hombres» que trabajaban las tierras que había tras su casa. Nunca se habló de quién podía ser el padre y, tras dar a luz, la obligaron a darle a la niña a su hermana, Angela, para que la criara como si fuera suya. A ella la internaron y todo el mundo sospechaba que quizá el destino le deparase lo mismo a su hija.

«Un par de veces me han dicho que fue bueno que saliera volando por los aires —dijo Zebulon—. Mejor eso a que te encierren».

Angela le contó la verdad a su nieto cuando tenía siete años, pero le dijo que no volviera a hablar de Carrie Lu o de Clara nunca jamás. Si alguna vez las mencionaba, la gente pensaría que no se avergonzaba como Dios manda de los pecados de esas dos mujeres y darían por sentado que él tampoco estaba bien.

«En todo caso, la gente piensa que yo tampoco estoy bien —dijo—. No es que vayan diciéndomelo, no directamente, pero eso se nota, ¿no crees? Por la manera en que la gente te mira. Ahí ves lo que ellos ven,

¿no?».

Después de la caída del muro, Zebulon intentó encontrar a su abuela biológica, pero el manicomio donde Clara había vivido se incendió en 1993; no consiguió encontrar registros suyos en ninguna otra parte. Cuando le pregunté por qué me contaba todo eso ahora, me dijo que había desarrollado una teoría, una filosofía vital.

«Creo que todo el mundo llega a un punto en el que ya no puede seguir adelante —dijo—, la mayoría se para ahí. Se paran ahí y ya no cambian nada en su vida. A lo mejor incluso empiezan a creer en los límites de su vida, a pensar que es todo parte de un plan. Yo creo que llegué a ese punto hace unos años, y no hice nada, igual no podía hacer nada, pero, cuando cayó el muro y todo el mundo estaba aterrorizado, yo no estaba preocupado. Para nada. Entonces me di cuenta de que esa gente estaba asustada porque no querían que su vida cambiara, pero yo sí, sigo deseándolo. No hay nada que me ate a este sitio, ni mujer, ni hijos, nada, esta nunca ha sido mi casa. Tal vez soy como Clara en ese sentido, diferente, y, si también hubiesen metido a los hombres en manicomios, seguro que yo estaría en uno, y aquella tarde, cuando te fuiste, sentí que, no sé, que tenía que ir allá donde tú fueras».

Se detuvo un instante y oí su respiración, un tipo de intimidad que casi había olvidado, pues hacía tiempo que no me acercaba tanto a la boca de alguien como para oír el aire entrar y salir.

«La verdad es que no puedo parar de pensar en ti —me dijo—. Mi cabeza no deja de volver en círculos a ti una y otra vez».

Esperé a que desactivara las implicaciones de su confesión, pero no lo hizo. Seguro que solo quería decir que quería vivir la vida que imaginaba que yo tenía en el Norte, ser libre, experimentar todo el hedonismo y el paganismo contra el que le habían puesto sobre aviso. Pero había una corriente subterránea inconfundible en su voz. Sentí una oleada de náuseas.

«Mira, me han puesto en una de esas listas. ¿Sabes a lo que me refiero? Necesito a alguien que me ayude a salir de aquí. Yo te puedo ayudar si tú me ayudas», me dijo.

Un alivio: solo era una cuestión de logística. Había oído hablar de las listas antiemigración que impedían a ciertas personas abandonar el ATS. Le dije a Zebulon que lo ayudaría con lo que estuviera en mi mano. Él, a cambio, se ofreció a ayudarme con la investigación y me dijo que podía, bien mandarme los diarios y cartas de su madre, bien llamarme para leérmelos en voz alta. Como el sistema postal entre el Norte y el Sur seguía siendo poco fiable, opté por la segunda opción, y los siguientes dos meses Zebulon me llamó cada semana para leerme en voz alta aquellas fuentes primarias.[143] Muchas de las cosas que me fue leyendo se limitaron a confirmar lo que ya sabía; que X había

sido vivaz e idealista de joven, que su matrimonio parecía haber apaciguado sus impulsos rebeldes durante un tiempo.

Aun así, las llamadas resultaron inesperadamente emotivas, como si a veces Zebulon hablara con dejes o ritmos que se parecían a la voz de X. No me había imaginado que la huella de una madre ausente podía abrirse camino en el niño al que había abandonado y, al mismo tiempo, dudaba de mis propias observaciones; pensé que estaba viendo a X porque quería verla, quería creer que aún estaba en alguna parte. De vez en cuando me preguntaba si debería contarle a Zebulon quién era yo en realidad —que había conocido a su madre, que la había amado, que me había casado con ella—, pero encontraba justificaciones para no confesárselo o no reunía el valor. Técnicamente, pensaba a veces, soy su madrastra; luego: No, técnicamente no soy nada ni nadie.

Como recompensa por sus lecturas, intenté dar con la manera de que le quitaran el estatus de emigración vetada. Me encontré con que lo habían catalogado como ciudadano del ATS de «altísimo riesgo»; solo podía marcharse del Territorio del Sur si asistía a un programa de rehabilitación de dos años dirigido por el Ejército del Territorio del Norte. No había forma de esquivar el programa, me dijeron, y si Zebulon intentaba instalarse en el Norte sin pasar por ahí, se arriesgaba a una larga pena de prisión. Se negó a participar en el programa —«Los cojones voy a meterme yo en un puto campo de concentración. Me tomarán por imbécil, pero no lo soy»—.

Cuando insistió en que había conocido a otras personas del Sur a las que habían quitado de esa lista si un ciudadano del Norte les hacía de «valedor», hablé con una abogada de inmigración que me dijo que había listas diferentes, que cada ciudadano del ATS tenía asignado un nivel de riesgo por razones tanto concretas como misteriosas. Por ejemplo, los miembros conocidos del grupo Kampaña de Libertad Americana no tenían permitida la entrada en el Territorio del Norte de ningún modo, aunque, por supuesto, pasaban por alto la orden y venían igualmente, ponían bombas, mataban gente, intentaban dejar claro su mensaje.

En una de nuestras últimas llamadas, reuní el coraje para preguntarle a Zebulon si había hecho algo para que lo metieran en la lista de alto riesgo. Él dijo que no había hecho nada, absolutamente nada. ¿Pertenecía a alguna organización política? Contestó que nunca le había interesado la política. ¿Puestos de primer nivel en la Iglesia?

«Nunca se los confiarían a alguien como yo».

Insistía en que no tenía sentido, que lo habían confundido con otra persona y, aunque probé por diferentes vías, no me encontré más que callejones sin salida. Al principio, Zebulon se indignaba, pero, cuanto más se alargaban nuestras llamadas y más partes le pasaba de mis

fuentes y métodos para indagar en su situación, menos parecía molestarle.

«Me gusta hablar contigo», dijo una tarde con una franqueza que volvió a preocuparme. Tiempo después lo repitió y me preguntó si yo también esperaba con ganas las llamadas, tanto como él. Salí con cualquier tontería, intentando desviar su atención. Continuó leyendo una nota que su madre, mi mujer, le había escrito a una vecina con una receta para el horno, una anécdota de la iglesia y un chiste malo sobre una ardilla. Nos reímos; supongo que porque aún teníamos cierta cantidad de amor obstinado hacia ella, pero al cabo de unos minutos, arrullada por el ritmo que solían adoptar esas charlas con Zebulon, cometí un error grave e inconsciente. Empecé a contarle una anécdota mía con X; una historia que he contado muchas veces sobre una tarde en Francia en la que una gaviota bajó en picado y le robó el sombrero a mi mujer. Me reí un poco antes de darme cuenta de que él se había quedado mudo.

«¿Estaba viva?».

El silencio se extendió, no sabía dónde meterme, luego Zebulon me preguntó:

«¿Adónde se fue?».

«Al Oeste. Luego al Norte».

«Pero ¿por qué?».

«Creo que yo también he intentado entenderlo», dije, pero en realidad no era cierto. La manera tan violenta en la que se había marchado del TS me había sorprendido en un primer instante, pero, cuanto más lo reflexionaba, más sentido tenía. Hay otras cosas que no entendía sobre ella, pero que abandonara a aquella familia y aquella vida no era una de ellas. Aun así, no podía decirle eso a él, a su hijo, un hombre congelado en la niñez.

«¿Y la conociste?», me preguntó.

De nuevo se me atragantó una explicación en la garganta, no recordaba lo que le acababa de decir. ¿Había dicho que era mi mujer? ¿Había usado la palabra «amor»? ¿Quién me mandaba a mí decir nada? ¿Por qué no paraba de volver una y otra vez a los recuerdos de esa persona que ya sabía que me había traicionado, que me había mentido, que me había considerado inferior a ella, algo que controlar, explicar, cincelar? Me eché a llorar e intenté reprimirlo. Que no se entere. Que no sepa que la querías.

«Has dicho que era... ¿tu mujer? ¿Mi madre?».

Así que ya era demasiado tarde.

«Sí —contesté. Luego, y si no estuviera grabado no recordaría haberle dicho esto, añadí—: Y sobreviví a ella».

Otro silencio en la línea, después Zebulon me lanzó una andanada de insultos violentos, aquellas palabras me aullaban desde un lugar

oscuro y visceral. Me quedé congelada con el auricular en la oreja, la mirada inexpresiva, incapaz de colgar.

En mi viaje al ATS había sido extremadamente cuidadosa, como me habían dicho, pero me había criado en una cultura tan ausente de homofobia que el propio concepto en sí siempre me ha parecido absurdo. La única experiencia que he tenido con ese tipo de odio ha sido de forma secundaria, con las historias que he oído de amistades que me doblaban la edad o con las de personas que habían nacido en otro país. Sin embargo, la ilógica postura de que la sexualidad de alguien fuera motivo de enfado me seguía resultando algo abstracto y no sentí de verdad su calor hasta el momento en el que me convertí en objeto de la repugnancia de Zebulon. Cuando colgó de malas maneras sentí que mi propio hijo me había rechazado. Nunca volví a saber de él.



Zebulon Vine.
Encontrada por la autora.
Cortesía de la Comisión de Información de Mentorías de Viaje del ATS.

Ginny Green

¿Hay algún tipo de persona más odiosa que un galerista de Nueva York? Gente cínica, en su mayoría, cínicos de la peor calaña; quizá algún día fueron verdaderos aficionados al arte, pero acaban convirtiéndose en gente de negocios, ya no *ven* el mundo, sino que lo miran de manera inexpresiva, como si fueran una calculadora. Y es una pena que quienes mejor conocen a esa clase de personas no suelan estar en posición de decirles cuatro cosas, pero yo no me siento ni en deuda, ni estoy interesada, ni siento respeto alguno hacia el supuesto mundo del arte y sus variopintas maquinaciones.

Odio a Ginny Green. Todo el mundo lo sabe —incluso la propia Ginny—, aunque ella metabolice inmediatamente todo el desdén, puede que incluso la alimente. Por eso al menos sí que me merece un respeto, a pesar de mi profunda disconformidad con ella y con todo lo que representa.

Aun así, X adoraba a Ginny. Lo adoraba todo de ella. Adoraba estar en su compañía, adoraba sus monólogos narcisistas, su estilo, sus amistades, su loft; adoraba todo lo que era con un deleite tan desenvuelto que empecé a dudar de si mi mujer y yo habitábamos la misma realidad cuando Ginny estaba delante.

La conocí en 1989, unas pocas semanas después de que X y yo empezáramos a estar juntas. Alta y fornida, pelo azabache cortado a tazón; solo llevaba conjuntos monocromáticos, hasta las gafas, circulares y de pasta gruesa, que debía de tener en cincuenta colores, con varios tonos de blanco, rojo y rosa, y por lo menos diez tonalidades de azul. Entre la muchedumbre, destacaba como si fuera una columna plantada en medio, era el puntal, obligaba a todo el mundo a gravitar a su alrededor. Una vez me miró entrecerrando los ojos, de inmediato olvidó mi nombre y, después de que X le recordara por décima vez cómo me llamaba yo, *la nueva*, Ginny se llevó las manos a la cara y se quejó, gimoteando, de que era un nombre *complicado* y sugirió que todo el mundo me llamara «C» a secas. Sonrió al decirlo, habló como si yo no estuviera delante y desde aquel momento esa fui para Ginny, si acaso era algo: C.

A Ginny se le olvida el nombre de todo el mundo, me contó X. Yo sabía que era mentira, pues había visto que prácticamente cantaba los nombres de aquellas personas cuya atención o dinero sí que necesitaba, pero la excusé. X y Ginny dependían la una de la otra

hasta un punto en que yo sabía que era mejor no intervenir, aunque también sabía que X veía el cinismo de Ginny con tanta claridad como yo misma. Mi mujer y yo despreciábamos un alto porcentaje de las obras de arte que Ginny exponía y vendía en Quarry, pero, por supuesto, X asistía a todas las inauguraciones que Ginny le pedía y le bailaba el agua al artista en cuestión si ella le daba un toque para que lo hiciera. X perdonaba cualquier cosa que Ginny tuviera que hacer para que su galería siguiera estando en primera línea, una posición de la que ambas se beneficiaban.

Mi mujer también empezó a llamarme C y, aunque cuando Ginny me llamaba así me resultaba despectivo, la cosa cambiaba en boca de X. Es algo que me pasaba a menudo; había comportamientos que encontraba repelentes con otras personas, pero que, si los veía en X, me parecían agradables, incluso preferibles. Al fin y al cabo, me razonaba ella, si utilizaba las iniciales para firmar los textos, ¿por qué no para el resto de mi vida? ¿Qué más daba?

Era como si me hubieran dado y quitado nombres toda mi vida por razones que escapaban a mi control. Mis padres no se habían puesto de acuerdo en qué escribir en mi partida de nacimiento, uno insistía en que tenía que ser Charlotte Marie y la otra en que Cynthia Malone. Hasta los siete años me llamaron por los dos nombres de manera indistinta y, de niña, cuando alguien me preguntaba cómo me llamaba, decía los dos de corrido: Charlotte Marie o Cynthia Malone Lucca. Algunas veces pasaba que alguien acababa llamándome «Mario» después por haber oído mal la ristra de nombres, así que, durante un año, en los *scouts,* fui Mario. Y la cosa no quedaba ahí: mi apellido es una invención de mi madre, un intento de alejarse de su propia familia, cuyo verdadero apellido no conozco, pero al final mi padre ganó la discusión de mi nombre, así que me quedé como Charlotte Marie como nombre oficial, aunque mi madre seguía llamándome Cindy y mis hermanos me llamaban Malone, Mally o Luni. Como había demasiadas Charlotte en mi clase de tercero, una profesora comenzó a llamarme Marie y se me quedó una temporada y me dio igual. En la universidad volví a ser Charlotte, por defecto, al pasar lista, pero en la Facultad de Periodismo algunas personas me llamaban Lucca, ya que la mayoría habíamos adoptado ese gesto afectado de las redacciones de llamar a la gente por su apellido. Cuando comencé a publicar opté por C. M. Lucca y, pese a que mi intención era que las iniciales se limitaran solo a la firma, la mayoría de mis colegas empezaron a llamarme C. M. Henry tenía la extraña costumbre de llamarme Char, que ni siquiera era un nombre, ni era gracioso porque no llegaba ni a «charada», pero también acepté ese nombre por la simple razón de que no tenía una alternativa que me gustase más. Al principio, X no me llamaba de ninguna manera, o, si

lo hacía, no lo recuerdo —quizá «la mujer de Henry Surner», de broma —, así que, cuando Ginny empezó a llamarme C y X siguió su ejemplo, me acabó por encajar, ya que parecía que había nacido bajo una luna sin nombre y puede que esa ausencia de nombre fuera lo que atrajo a X desde el principio: era una casa sin cimientos.

Cuando me entrevisté con Ginny, llevaba sin verla desde poco después de la muerte de X. Se había presentado en el chalet con un litro de sopa de una de esas tiendas gourmet de la cuidad que alimentaban a gente rica claramente inútil. *Lo siento*, me dijo, casi como si fuera una pregunta, plantada en el porche con un traje brillante azul medianoche. No recuerdo qué le contesté o si acaso le dije algo. Aquel litro de sopa estuvo unos años en el congelador y, aparte de los pocos correos que me mandó su secretaria con respecto a la obra de X —Ginny en copia, pero sin decir nada—, no tuve contacto con ella hasta que, de mala gana, quedé con ella para una entrevista e, incluso más a regañadientes, fui.

Cuando llegué a la galería fue Ginny la que, cosa rara, respondió al timbre y, al verla a través de la puerta acristalada pensé en que nunca la había visto *hacer* nada. Siempre estaba rodeada de gente —asistentes y sicofantes— que se lo hacían todo mientras Ginny se quedaba quieta en el centro, escupiendo órdenes. Mientras cruzábamos la galería para ir a su despacho, un teléfono sonaba; el ruido se expandía por todo el espacio de techos altos, estridente y solitario. La secretaria no estaba.

Puso los ojos en blanco al oírlo. «Llevo años sin coger el teléfono. Si quiero hablar con alguien, ya llamo *yo*».[144]

Aunque había visitado la galería infinidad de veces, nunca había estado en su despacho, que se encontraba en la parte trasera, y fue una sorpresa y también una confirmación que su escritorio no solo estuviese vacío, sino que fuese transparente; una caja de metacrilato de diseño. Casi todo el resto de los objetos de la estancia eran blancos o transparentes —una escultura de vidrio soplado, sillas transparentes, mesitas transparentes—. Había incluso una hoja de plexiglás enmarcada en la pared, obra de una nueva artista cuyos precios ya rozaban las cinco cifras. El despacho no tenía papeles ni libros —no se veía ni siquiera un ordenador—, como si Ginny no trabajara nunca y solo usara aquel espacio para sentarse y respirar. Quizá por eso escribir ficción sobre personas reales a veces parece forzado: vivimos en metáforas burdísimas.

«Todo lo que tenía que ver con X rompió las reglas de cómo va este mundo —me aseguró Ginny cuando le pedí que me contara cómo se conocieron—. Era abril de 1977 y el chico de recepción vino y me dijo

que había alguien importante en la galería, pero que no sabía quién era. Yo hacía que mis chicos memorizaran las fotografías de los grandes críticos y conservadores, por supuesto, así que me resultó francamente gracioso. Pensé: ¿Cómo va a saber este *crío* que alguien es importante solo *de vista*? No sé por qué le hice caso, pero salí al espacio de exposición y ahí estaba ella, con un vestido largo y holgado de seda que llegaba hasta el suelo, con una especie de estampado circular, pero era la manera en la que miraba la obra, con absoluta ferocidad. No sé explicarlo de otra forma, era como si fuera peligroso que te mirase.

»Le pregunté si disfrutaba de los cuadros y ella me contestó: "Uf, no, para nada". Ni se volvió para ver quién le había hecho la pregunta. Le pregunté si era coleccionista, o artista, ¿o...? Pero no me contestó, se limitó a pasearse... Al final me preguntó si la *culpa* de que estuvieran allí esos cuadros era mía. Le contesté que, en efecto, yo era la galerista y por primera vez se volvió hacia mí y me dijo: "Pues mi más sentido pésame", luego me soltó una perorata de lo horribles que eran las obras, que si el artista no entendía nada de color o de dimensionalidad o de textura, que era blando, que no tenía ideas, que los cuadros documentaban todas las oportunidades que había perdido. Dijo: "No ha puesto nada en los cuadros porque no sabe cómo. No sabe nada de arte y, peor aún, no le importa". Yo estaba acostumbrada a las críticas, incluso a veces me parecían hasta bien, pero jamás la opinión de una persona me había hecho sentir tantas dudas como la suya. ¡Ah! Y después dijo una cosa en la que he pensado mucho: "Hay que saber qué es lo que se está dejando fuera de plano para que no se te cuele en la obra. Si no, no es una ausencia, es la nada". De inmediato entendí mejor a todos esos artistas del vacío de entonces; había tantos. En todo caso, le dije al chico de recepción que se podía ir antes y al final aquella mujer me dijo que se llamaba Věra, yo le pregunté cómo había desarrollado sus opiniones sobre el arte. "Bueno, es que no son opiniones", dijo. Volví a preguntarle si era artista, crítica, escritora... Pero se limitó a exhalar y a soltar otra diatriba sobre otro artista mío (uno de esos señores a los que me habían presionado a exponer). No me acuerdo de cómo se llamaba, pero su próxima exposición se inauguraba la siguiente semana... Era uno de esos artistas que estaba obsesionado con el vacío. Todos los hombres estaban haciendo arte sobre el vacío y la verdad es que vendía bastante bien. Pero este... Se había frustrado con algunas de sus esculturas, no tenían suficiente *vacío*, me había dicho, así que les había prendido fuego y yo había accedido a exponer las cenizas.

»Sabía que las cenizas no eran lo que se dice *buenas*, pero me pareció bastante inteligente y sencillo; vendería. No sé cómo, pero Věra lo sabía todo de ese hombre, ¡incluso sobre las cenizas! Aquello

le parecía de lo más odioso, me dijo, y luego siguió explayándose sobre lo patética que era la obra de aquel hombre en general. Me había hecho un barrido entero por la historia del arte, de la antigua a la contemporánea, y cuando acabó yo tenía un nudo en el estómago. Era demasiado tarde para cancelar la exposición, los coleccionistas ya se estaban poniendo a la cola, pero ella lo había visto todo con meridiana claridad. Cuando acabó, se fue de inmediato, como si estuviera demasiado disgustada para quedarse un minuto más. Más tarde le pregunté al tipo de las cenizas si había oído hablar de una mujer llamada Věra, pero me dijo que no. Al cabo de unas semanas, volvió a pasarse, fue todo muecas y risas ante la pila de cenizas, pero esta vez la convencí para que me acompañara a un bar que había al doblar la esquina. Yo seguía intentando descubrir *quién* era, claro, pero tampoco soportaba estar en la sala con ese montón de cenizas después de que me hubiese hecho pasar tanta vergüenza.

»Nunca había conocido a nadie en Nueva York con menos ganas de hablar de sí misma que ella, y lo mantengo hasta la fecha, pero aquella tarde, después de un par de copas de vino, por fin le sonsaqué algunos detalles: que era artista, pero que solo exponía en el extranjero, que las galerías de Nueva York no le merecían ningún respeto y me vi casi rogándole que me enseñara sus obras; tú piensa que nunca le he rogado a nadie por nada, mucho menos si es *artista*, ya que esa gente siempre está sirviéndome su propia cabeza cortada en bandeja a mis pies, desesperada por conseguir mi atención, pero eso era lo que tenía ella, puede que fuera una farsante como artista, pero la farsa siempre era sincera».

Aquella tarde, X, conocida en aquel momento como «Věra», accedió a acompañar a Ginny a un par de inauguraciones y, mientras que su negativa a enseñarle su propia obra podía parecer una táctica para mantener vivo el interés de la galerista, lo cierto es que X no tenía obra que enseñar. «Pasó por lo menos un año antes de que me permitiera ver nada, mucho después de que dejara de pedírselo», añadió Ginny.

Las primeras obras que Věra expuso en Quarry, a principios de 1979, eran supuestas piezas documentales de performances que había montado años atrás, pero lo cierto es que X había producido aquellas «piezas documentales» unos meses antes de meterse en el mundo de Ginny, un hecho que la galerista se niega a aceptar.

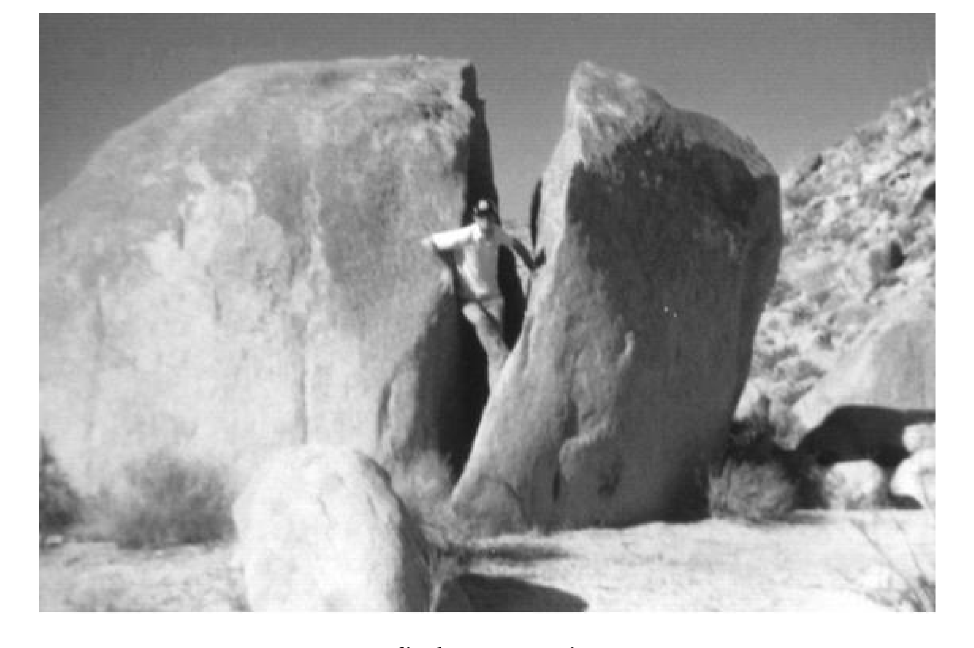
«Entiendo que Věra fuese un seudónimo, una persona inventada, pero la obra *era* la obra. No mintió sobre eso, es imposible».

Cuando le dije que tenía pruebas, si las necesitaba, me cambió de tema.

El debut de X en la galería fue en marzo de 1979, titulado *Provocación*, un nombre que había extraído de la pieza central de la

performance *Provocación, 1975*, una serie de fotografías y documentos que supuestamente representaban la compra y la venta de una gran roca situada en algún punto del Territorio Occidental.[145] La primera venta de Věra fue a «Harold Winston hijo» en 1975 por cinco dólares. Una fotografía documentaba a Harold tendiéndole de manera solemne un billete de cinco dólares a Věra, ambos frente a la roca. Se mostraba un certificado de propiedad junto a la fotografía y en los términos de propiedad se especificaba: «La roca no puede moverse bajo ninguna circunstancia» y «El legítimo dueño de la roca tendrá el derecho exclusivo de percibir y ser percibido por la roca. Ninguna otra persona podrá reclamar ningún otro tipo de relación con la roca salvo que cambie la titularidad del certificado».

Según la «escritura oficial» de la roca, Winston se la vendió a Věra por diez dólares. Una segunda fotografía muestra la imagen contraria a la primera: Věra le tiende a Winston un billete de diez dólares. «Fue un día muy emocionante —declaró Věra en una entrevista—, porque el valor de la roca se había duplicado en muy poco tiempo».[146] Unos meses después le vendió la roca por veinticinco dólares a un músico que conoció en un bar. Volvió a comprarla por treinta y cinco dólares al cabo de unos días. La siguiente venta se produjo al cabo de unos meses a un comprador anónimo que adquirió la roca por doscientos cincuenta dólares. Meses después de aquella transacción, Věra —según las diversas cartas que documentaban esta supuesta performance— negoció con el comprador anónimo para que le revendiera la roca. Al final, aquel o aquella coleccionista —cuyo nombre aparece censurado en negro en la correspondencia— le permitió a Věra comprar la roca por quinientos setenta y cinco dólares. Incluso antes de que se inaugurara la exposición, todo el paquete de documentación de *Provocación, 1975* se vendió por diecinueve mil seiscientos dólares al célebre coleccionista Ayşegül Måks.



Fotografía de *Provocación, 1975.*
Encontrada por la autora.
En colaboración con la galería Quarry.

Måks también adquirió una obra aún más controvertida, *Continuation d'un chemin de bois pour aller d'un lieu a un autre dans le but d'une quelconque communication* (*Continuación de un sendero de madera para ir de un lugar a otro con el objetivo de establecer cualquier tipo de comunicación*), otra performance documentada en siete fotografías. *Continuation* mostraba a una persona (posiblemente X) tumbada boca abajo en una playa de arena con los tobillos atados a un sendero de madera medio destruido.[147] Tanto el título como el contenido eran una copia literal de una performance de 1970 de la artista Gina Pane. Cuando la pillaron, Věra declaró que ese plagio tan obvio había sido una mera coincidencia, una osada mentira que habría sido más escandalosa si Måks no poseyera también las fotos de Pane; la duplicidad tenía su aquel, explicó el comprador: «Soy coleccionista de arte, así que nada me gusta más que los timadores, los imbéciles y los delitos de poca monta».[148] Sin embargo, la única pieza de la exposición de 1979 de Quarry que no estaba a la venta acabó siendo la más famosa.

«Todo el mundo señala que *Un relato de mi secuestro* es la razón por la que yo seguro que sabía que Věra era una impostora —dijo Ginny, inclinándose sobre el escritorio—. Pero ¡no es verdad! Yo qué iba a saber de todo aquello... De los otros personajes, de su nombre real, nada, yo pensaba que Věra era Věra, y ya bastante lío llevaba yo, ¿no? Por ejemplo, primero me dijo que era de un pueblecito de Croacia,

pero más tarde que era de Roma, luego que su madre era francesa y que había nacido en Francia, pero que se había criado en la Dinamarca rural, luego otra vez Roma, ¿o era Croacia? Si intentaba clarificar algún detalle (*¿La otra vez no me dijiste que era Roma?*), me gritaba (*¡Ponte las pilas, Ginny! ¡Presta atención!*), así que dejé de preguntarle. Me metí en muchos líos con mi contable por extenderle cheques a alguien sin apellido y sin altas en Hacienda, pero siempre estuve al margen de su plan general. Y, la verdad, las opiniones de los demás me suelen resbalar, hay que tener la piel dura para sobrevivir, bien lo sabes, pero la idea de que fui cómplice suya todo ese tiempo es bastante ridícula e irritante».

No tuvo que convencerme. Yo sabía que Ginny no tenía ni idea de los verdaderos planes de X. Y puede que lo que más la irritara no fuera que otras personas creyeran que ya estaba metida en las ficciones de X, sino que, más tarde, en 1982, también fue parte del público de mi mujer, sin saberlo. Pero no le saqué el tema, todavía no, enseguida me sugirió que viéramos algunas de sus obras.

«Ahora no queda más que la obra, ¿verdad?», me preguntó.

La seguí al piso de arriba, al archivo de la galería —una estancia iluminada como si fuera una clínica en la que todas las superficies eran del mismo gris paloma—. Ginny extendió nueve fotografías sobre una mesa —*Un relato de mi secuestro, 1979*—. Nos quedamos en silencio un rato, con la mirada fija en las imágenes. Unas eran fotogramas de *La cinta azul*, el corto experimental que debutó en Anthology Film Archives en 1979, firmado por Yarrow Hall —cineasta aún en el casi anonimato—, y el resto eran fotografías atribuidas a Věra. Aunque ahora se sabe perfectamente que tanto Yarrow como Věra eran dos de los personajes de X, entonces no se sabía y la acusación de Věra —que Yarrow la había secuestrado y la había retenido en su piso, atada y amenazada durante horas, mientras la filmaba— se tomó bastante en serio.[149][150]

Han corrido ríos de tinta sobre *La cinta azul*, pero es preciso hacer una breve descripción. La película tiene un metraje de ochenta y siete minutos que no van a ninguna parte, tiene tres cambios de escena. La primera es un plano estático de una figura envuelta de pies a cabeza con cinta azul que se retuerce y gimotea en el suelo mientras una voz fuera de campo le hace amenazas cada vez más graves. La segunda escena es silente, hay una mujer (que parece Connie Converse en el piso de Grove Street) vestida como una Virgen María embarazada, fumando cigarrillos con alguien que va disfrazado de Jesús; entre ellos, la cabeza cortada de Juan Bautista. Los tres sonríen y hablan, de manera inaudible, y en algunos momentos Jesús acerca un cigarrillo a la boca de Juan Bautista. El tercer fragmento de la pieza es un collage de vídeo robado de los artistas Vito Acconci y Richard Prince

paseando por Manhattan. La mayoría de las escenas de Acconci y Prince son silentes, pero, mientras están en una cafetería, un micrófono oculto graba buena parte de su conversación.

En cierto momento, Acconci dice: «Lo que aún me interesa sobre el catolicismo es la cantidad de santos que existen. No hay vacío, no hay distancia entre "persona" y "Dios". Ahí están todos esos santos: uno para cada paria, para cada problema. Así que uno siempre forma parte de un grupo, no hay abstracción, todo es tangible». Aparte de ese comentario, hay muy poco o quizá ningún contenido temático que conecte los tres fragmentos de la película.

La cinta azul no tiene un interés intrínseco (al menos no para mí), pero el hecho de que documente el espionaje a Acconci, uno de los pocos artistas varones que tenían éxito en aquella época, disparó su popularidad inicial. La obra de Acconci *Seguimiento*, de 1969, en la que el artista seguía y fotografiaba a desconocidos por la ciudad, dio mucho que hablar y, en general, de manera positiva, pero asimismo lo convirtió en objetivo de activistas de la privacidad que lo acusaban de «microterrorismo social», también de algunas feministas que consideraban que su obra era descaradamente chauvinista. Solo por las escenas de Acconci, hubo varios pases de la película en los Anthology Film Archives a principios de 1979, pero tras la acusación de Věra, quien clamaba que era *ella* la figura envuelta en cinta azul, que Yarrow Hall la había tenido secuestrada en su propia casa para rodar aquella película, el escándalo fue de aúpa. Los AFA, alegando dudas sobre el consentimiento de la artista, dejaron de proyectar *La cinta azul*, pero las bobinas siguieron circulando un poco por otros cines y escuelas de arte. Más adelante, en ese mismo 1979, se proyectó en el MoMA, hasta que Věra empezó a sugerir que Yarrow Hall podía ser un *alter ego* de Vito Acconci; en pleno escándalo, el museo canceló los pases que quedaban.

«Más tarde, *La cinta azul* se proyectó en Yale, y todo el mundo se rio —dijo X durante la única entrevista en la que reconoció su autoría—. En la siempre tan vanguardista Escuela de Diseño de Rhode Island, lloraron… Todo dependía de la primera reacción que hubiese… La gente seguía el ejemplo de la primera; estaba todo el mundo muy sensible».[151]

Después de mirar las fotografías de *Secuestro* un rato, Ginny las volvió a meter sin previo aviso en las respectivas carpetas negras y las guardó de nuevo en el cajón.

«¿Hay algo más que quieras ver?», me preguntó.

En realidad no, pero quería robarle tanto tiempo a Ginny Green como fuera posible, así que mentí y le dije que me gustaría ver las fotografías de *Cena*, una serie de performances de guerrilla que X montó en varios restaurantes de tres estrellas de Manhattan en 1980.

[152] Se disfrazaba de camarera, se acercaba a un comensal ajeno a todo y le presentaba una bandeja con campana de plata, y al levantarla había una rata muerta. Los comensales reaccionaban de diferentes maneras ante el animal muerto: algunos conmocionados, otros enfadados, otros con un desdén sereno ante la imagen del roedor por no ser el plato que habían pedido.

«Ah, sí, faltaría», dijo Ginny, apenas consiguiendo ocultar la irritación con su voz tensa.

Cena había sido la serie que peor había vendido de X; a los ricos no les suele gustar ser el blanco del chiste. La serie tenía quince fotografías, tres de cada restaurante. Ginny las dispuso en horizontal en la mesa de visionado; las espació de forma precisa, como si fuera una verdadera instalación. Estuvimos un rato observándolas en silencio, paseando la mirada por la historia en tres instantáneas repetida en escenarios distintos, con nombres distintos y muecas de asco distintas.

En el momento de la entrevista, yo acababa de leer algo sobre la hambruna de 1975 en el Territorio del Sur; solo la habían cubierto los periódicos más pequeños, por razones que no comprendo. Cuando se produjo la secesión del Sur en 1945, se levantaron todas las normativas medioambientales apelando al fundamento bíblico de que los hombres tenían «dominio sobre la tierra», pero, a mediados de los años sesenta, tres décadas de veda levantada y contaminación imprudente habían erradicado casi al completo a los animales de caza y el forraje. Las sequías, las cosechas echadas a perder y un estricto embargo comercial implicó que las familias que mejor sobrevivieron a aquellos años fue porque desarrollaron métodos para cazar ratas, ardillas y gatos salvajes. Pero X nunca respondió a la crítica de que su obra pareciera apolítica por no hacer referencia alguna a la división del país; en aquella época, casi todos los demás artistas del Territorio del Norte parecían obligados, en algún punto de su carrera, a que su obra hiciese algún tipo de declaración sobre el muro, y que X nunca fuese en esa dirección se señalaba a menudo como prueba de su carácter desalmado y frívolo.

Mientras estaba allí con Ginny (que no sabía lo que yo sabía), reflexioné sobre lo mucho que cambiaba el significado de la obra de mi mujer la revelación de su lugar de nacimiento. Nunca entendí muy bien por qué el arte de X le había valido tanto reconocimiento y dinero, pero, visto a la luz de su huida de Territorio del Sur, cada pieza parecía más interesante, más significativa y compleja.

Cuando Ginny me preguntó qué más podíamos ver, yo sabía que ya quería que me fuese, pero sentí el impulso de ponerla a prueba, pedirle que sacara las bobinas, que me hiciera un pase privado de *Nacimiento/sexo/muerte*, una grabación de cincuenta minutos de X

susurrándole relatos pornográficos a un moribundo en un hospital, [153] o, mejor aún, *Psicosis 24 horas* —la de Hitchcock, pero ralentizada para que durase veinticuatro horas—. Pero en realidad no estaba allí por la obra de X, y Ginny seguro que lo sabía. Quería saber lo que ella recordaba de mi mujer, quién había sido, no lo que había hecho, intentaba alargar la visita lo suficiente para que quizá se le escapara algo espontáneo sobre ella, algo que yo no supiera ya.

Por hacer tiempo, le pedí ver la obra sobre Sophie Calle —*¿Dónde estás, Sophie?*—, en la que X espió a la artista francesa durante tres días mientras Calle visitaba Nueva York. La mayoría de las fotos están tomadas en espacios públicos, pero algunas se supone que las hizo bajo la cama del hotel de la artista.[154] Calle afirmó que en ningún momento fue consciente de que la seguían y se negó a hablar del asunto en entrevistas. «Es su obra —decía a veces la francesa—, no la mía, no me corresponde a mí decir nada».[155]



Fotografía de *¿Dónde estás, Sophie?*
Fotografía hecha por la autora.
En colaboración con la galería Quarry.

Junto con las fotos y los objetos que conformaban la obra, Ginny había guardado, en una carpeta vinílica, varias entrevistas que X concedió en aquella época a la prensa. En aquel punto de mi investigación, había muchas que no había leído, ya que lo único que X no guardaba eran recortes de prensa, pero saltaba a la vista que Ginny

estaba orgullosa de ellas, me enseñó algunos retratos y titulares, me hizo copias de sus favoritas e insistió en las partes que tenía que citar sí o sí. En un texto de *Playboy* de 1981, justo unos meses antes de que X retirara todos sus personajes, Kendra Malone le preguntó a Věra si se había propuesto de manera deliberada ser provocadora con su obra:

> No creo. Para mí, esas situaciones son banales... No hay nada extraordinario o diferente en esas cosas que les pasan a muchas personas: acostarse con alguien, comer carne. No siento que quiera conmocionar a nadie. Bien al contrario, cuando estaba siguiendo a Sophie me daba mucho miedo estar haciendo algo cruel. Y lo pensé hasta que me di cuenta de que solo era provocador para otras personas, no para la propia Sophie. En cierto modo, pensé que el conjunto de su obra hasta ese instante había sido un llamamiento para que alguien la siguiera así. Y eso hice. Me aseguré de que lo disfrutara. Aunque nunca he hablado con ella. Supongo que nos hemos dicho todo lo que puede decirse.[156]

Cuando le dije a Ginny que ya me tenía que ir, me contestó que quería darme algo y me pareció detectar un sutilísimo rastro de magnanimidad en su voz. Sacó una caja de listones de madera de un armario que había en el rincón; contenía el cartel que había colgado de la puerta de *La habitación del dolor*.[157] Parecía querer dármelo como si fuera una especie de regalo, o quizá era uno de los objetos que pertenecían a X, ya que llevaba mucho tiempo ignorando los correos de los secretarios de Ginny referentes a poner en orden «los últimos flecos» en apariencia interminables. No quería llevármelo, pero Ginny insistió, y luego me explicó por qué había sido tan importante en términos culturales *La habitación del dolor* y lo mucho que le irritaba la incomprensión que había recibido.

No dije nada. Por supuesto que sabía exactamente de qué trataba aquella obra, una instalación que X había montado decenas de veces en 1979 y a lo largo de todo 1980; de hecho, conocía el tema con mucha más profundidad de lo que Ginny se imaginaba en aquel entonces, ya que su sentido había quedado transformado por la revelación del lugar de nacimiento y huida de X.



Fotografía hecha por la autora.
En colaboración con la galería Quarry.

La habitación del dolor estaba diseñada para que se contemplase de manera individual. Sus espectadores tenían que abrir una puerta bajita, entrar a gatas en la pequeña habitación, encerrarse y sentarse en una silla para ver una película de seis minutos; una compilación de imágenes y escenas viles —torturas, descomposición, violencia, muerte—. Si el espectador o la espectadora se encogía de horror o apartaba la mirada, recibía una breve descarga eléctrica a través de la silla. Si se administraban cuatro descargas, la película terminaba y la puerta se abría de golpe: el espectador había fracasado. Si la persona en cuestión soportaba la película hasta el final, se abría una trampilla bajo la silla que hacía que cayera por un tobogán hasta una fiesta secreta, un circo de bailarines y actores semidesnudos pagados para adular a quien bajase, para calmar a esa persona con cualquier tipo de alcohol o droga o atención que deseara. Los espectadores potenciales tenían que firmar un acuerdo de confidencialidad y un consentimiento informado incluso para ponerse a la cola, aunque muchos no conseguían entrar en *La habitación del dolor* y muchos menos llegaban a caer por el tobogán. Al final se descubrió el pastel; pandillas de *club kids* formaban una cola que daba la vuelta a la manzana y casi se amotinaban cuando la galería cerraba a las dos de la mañana.

Ginny hizo una fortuna llevando *La habitación del dolor* por diferentes museos del Norte, puesto que X —que ya estaba con otra obra— había cedido derechos de instalación a Quarry por un porcentaje. La obra era costosa de montar y de poner en marcha, pero los rumores sobre la misteriosa instalación despertaban el interés como pocas otras cosas. Después de que a dos espectadores del Centro de Arte Contemporáneo de Chicago les diesen sendas crisis nerviosas, la intriga que generaba la obra se transformó en controversia. Hubo varias protestas a las puertas de Quarry y artículos en revistas de arte que, bien defendían, bien lamentaban los beneficios que le habían sacado Ginny y X. Le pregunté a la galerista si se arrepentía de algo de aquella época.

«Para nada —espetó—. En el fondo… el arte trata del dolor y el sufrimiento y la fealdad. ¿No crees?».

No contesté. ¿Yo qué sabía de arte?

«A que no culpamos a los enterradores por la muerte, ¿eh?».

«Supongo que no», concedí, aunque me dio la sensación de que no era exactamente lo mismo.

Al volver a cruzar la galería, esta vez para irme —un espacio blanco y vacío entre exposiciones—, el secretario de Ginny se dio la vuelta y me sonrió de un modo que dejó claro que sabía que yo era «la viuda». (Quizá mi fotografía figuraba en una hojita fotocopiada que todos

memorizaban). El golpe de sentirme observada tras tantas horas buceando en el pasado hizo que me diera cuenta de que no había conseguido lo que quería de Ginny. No había contestado a mi principal pregunta: ¿cómo había conseguido *vivir* X en los últimos coletazos de los setenta? En términos de pura productividad, no cabía ni un alfiler en aquella cronología: fundar Knife Fight, escribir aquellos libros, fingir ser por lo menos cinco personas distintas, acompañar a Oleg Hall en lo que parecía un sinfín de actos sociales, toda la obra que creó y expuso en Quarry… Incluso había remasterizado y relanzado *The Complete Connie Converse* en 1981. No me cuadraba. ¿Cómo tuvo la energía o incluso el tiempo material para sacar adelante todos esos proyectos? ¿Se estaba desmoronando? ¿Se estaba drogando? ¿Tenía trabajadores sobre quienes no conseguí encontrar documentación? Cuando ya me iba, le pregunté a Ginny una torpe versión de esta pregunta: ¿cómo lo había hecho, cómo había atravesado esos años?

«Lo hizo porque tenía que hacerlo», contestó la galerista.

Era una respuesta razonable, supongo, pero incompleta. Me quedé parada junto a la puerta, frustrando todavía más a Ginny por rezagarme. Me acordé de aquel día, años atrás, en el que se había presentado en el chalet, cómo noté que le temblaban las manos al darme aquel litro de sopa. Ella también había perdido a alguien a quien quería y yo no me había percatado hasta entonces.

Por la manera en la que me miraba, pensé que me iba a dar algún consejo innecesario sobre mi dolor, pero en vez de eso dijo: «Escribas lo que escribas, asegúrate de no incluir eso que me has dicho antes, la tontería esa de que falsificó las performances. No es verdad y punto».

«Dejó pruebas», respondí.

Se le afiló la voz al contestar: «No quiero ni oír hablar del tema —gritó—, no es verdad, fin de la historia».

Se impuso el silencio; aunque pensé que igual se disculpaba por haber levantado la voz, no lo hizo. Yo no pensaba dejarlo fuera del libro. Es un hecho que *Provocación, 1975* se creó en 1977. Y que el plagio de la performance de Gina Pane tuvo lugar en Fire Island también en 1977, no en una playa mediterránea en 1974, como X siempre le había dicho a Ginny.

«Afirmar algo así dañaría su reputación», añadió Ginny.

Le dije que me daba igual. Si le quedaba algún resto de amabilidad hacia mí, desapareció y fue entonces cuando me di cuenta de por qué me había dado el letrero de *La habitación del dolor* —tras las protestas, emitió un comunicado en el que decía que donaría los ingresos derivados de la obra a alguna obra benéfica—. La obra y sus restos no tenían valor. Se había limitado a hacer limpieza.

«Lo arruinas todo —dijo Ginny—. Arruinas todo lo bueno que hay

en tu vida, eso es lo que siempre me decía X de ti».

«Oh, vaya», dije.

No podía hacerme daño. Ya no tenía más espacio, en aquel momento, para abrir más heridas. Por un segundo dio la impresión de que iba disculparse, pero ahora sé que probablemente estaba esperando a que le contara que había descubierto la última obra de X, inacabada (aunque pasaron años antes de que yo me enterara de eso), o quizá estaba intentando reunir el coraje para contármelo ella, para hacerme daño con lo que sabía.

Unos meses más tarde, en marzo de 2003, el asesinato de Ted Gold en el aeropuerto de Schiphol copó las noticias, y justo antes de mi entrevista con Ginny, David Moser había sufrido un ataque al corazón en los mismos billares de Montana en los que lo había conocido; cuando llamé a Gioia para confirmar unas pocas citas, su hijo me devolvió la llamada para contarme que su madre se había matado aquel invierno, que había saltado de un puente. Aquel año hubo momentos en los que la somnolencia se apoderó de mí de tal manera que pensé que también era la muerte. Lo pensé porque todas las personas que habían formado parte de la vida de X parecían ir disipándose con una especie de coreografía; bueno, quizá me había llegado la hora. Pero no me morí. No aquel año, o no exactamente.

Desaparecer

«Tus primeras piezas llevaban consigo un método de aparición/desaparición», le dijo una crítica a X al entrevistarla en 1991 sobre *El sujeto humano*.

«La obra temprana aplicaba estrés al cuerpo, y este luego tenía que adaptarse, cambiar, abrirse por ese estímulo —contestó X en un primer momento, una frase automática que yo le había oído usar a menudo, pero luego añadió—: Quería liberarme de mí misma para dejar espacio para otros yoes».[158]

En su tono de voz había un deje inusualmente sincero y abyecto, aunque no estaba respondiendo del todo a la pregunta. Enseguida la crítica pasó a los temas más habituales: su breve y extraña carrera musical, sus obras de arte más controvertidas, sus diversas enemistades, el debate perenne sobre su cordura.

«Para mí, la locura sería como irme de vacaciones o tener fe en Dios; por desesperación, te dejas caer ahí», contestó.

Pero, mientras observaba a mi mujer desde las butacas del público, no dejé de pensar en sus desapariciones. Sabía que el hecho de esfumarse no era una preocupación abstracta en su obra, sino un hecho concreto de su vida.

Llevábamos dos años juntas por aquel entonces y yo seguía viviendo con un miedo cerval. La amaba, pero me aterraban sus capacidades, su arrojo, su inescrutabilidad. Y luego estaba la cuestión de nuestro acuerdo, los términos que estableció cuando me mudé con ella.

En la primavera de 1989, X me dijo que me preparase para que ella se esfumara en cualquier momento y durante el tiempo que fuera. Me hizo prometer que nunca denunciaría su desaparición, que nunca iría a buscarla, que no le diría a nadie que estaba desaparecida y que nunca le preguntaría dónde había estado a su regreso. Como cautiva suya que era, le dije que sí, sí a todo. Me dijo que esa cuestión había sido problemática en otras relaciones; que sus ex no la habían querido lo bastante para confiar en ella a ciegas, pero veía que yo era diferente. Yo era «despiadada» con la vida —esa fue la palabra que usó—. Yo vivía despiadadamente y ella lo había visto desde el principio.

Sería razonable decir que, en aquel entonces, X y yo solo nos conocíamos por instinto. Aún no habíamos convivido, no habíamos capeado temporales, no habíamos viajado juntas y solo habíamos

tratado asuntos personales de manera más que superficial. A pesar de eso, yo sentía que X me conocía mejor que nadie; tan pronto como dijo que yo era despiadada, me creí que lo era. Antes quizá me hubiese identificado como una persona más bien dócil, temerosa, alguien a quien le daba mucho miedo el dolor, la dificultad o el conflicto. Pero ahí estaba ella, esa mujer tremendamente poderosa diciéndome que *yo* poseía una inusual veta de fuerza. Lo acepté por completo. De inmediato me convertí en una nueva criatura, una que era capaz de aceptar —sin preocupación o dudas— que la persona más importante de su vida pudiera desaparecer durante semanas sin dar explicaciones y sin la seguridad de que fuera a volver.

Al mismo tiempo, seguía cargando con esos yoes temerosos míos del pasado, y el fantasma de la mujer de Henry seguía paseándose por el fondo del cráneo, igual que la hija silenciosa y sin nombre de mis padres, igual que la chica que una vez deseó la vida más convencional y estable posible: un salón bonito, una cara que nadie diría que es fea, un matrimonio, la aprobación de los demás. En aquel primer año y pico con X, me rondaron como espectros todas las voces y preocupaciones de aquellos yoes del pasado, sobre todo cuando X se marchaba.

La primera vez que desapareció fue a principios de otoño. Llevábamos unos meses viviendo juntas y, una noche, mientras hacíamos unos espaguetis, me di cuenta de que no teníamos parmesano, así que me fui a la tiendecita que había al doblar la esquina, me sentí triunfal porque conseguí entrar justo unos segundos antes de que cerraran, pero, cuando volví al loft, X no estaba. El agua seguía hirviendo en la olla al fuego. Intenté tranquilizarme —ella me había avisado de que desaparecería, que no tenía que preocuparme—, pero me pasé casi toda la noche llorando o avergonzada en silencio por haber llorado; apretaba los dientes, respiraba con dificultad y luego volvía a sucumbir a los sollozos. Regresó tres semanas después y hundí la cara en su cuello para que no se diera cuenta de que se me habían llenado los ojos de lágrimas al verla en el umbral. Aunque pensé que en el futuro se me daría mejor aceptar esta faceta de X —no saber adónde se había ido o por qué tenía que ser secreto o cuándo volvería—, lo cierto es que cada vez que desaparecía yo deliraba y lloraba tanto como la última vez, y cada vez que regresaba yo fingía indiferencia para ocultar mi abyección.

En febrero de 2003, una redactora, conocida lejana, me llamó para decirme que se había puesto en contacto con ella un joven reportero

que estaba trabajando en un tema sobre ciudadanos del Norte que habían trabajado en secreto para el FBI y que X era uno de los nombres que tenía. El chico quería hablar conmigo. La periodista me dio su teléfono. Lo llamé de inmediato.

Me han dado un soplo fiable de que puede que X participara en misiones como infiltrada en el Territorio del Sur y que puede que incluso naciera allí. ¿Tiene información al respecto?, me dijo el joven reportero.

Le dije que no, pero que no me sorprendía. Le pregunté quién era su fuente y me dijo que era el abuelo de una amiga de la facultad, un señor llamado Fred Holton que vivía en una residencia de ancianos en Maine. Al parecer, el chico no sabía que yo también era (o había sido) periodista, así que me dijo en qué residencia estaba. Le deseé buena suerte y, de inmediato, hice planes para irme a Maine aquella misma semana.

En aquel momento pensaba que la única tarea pendiente de mi investigación era reunir el valor para entrar en el despacho de X y acabar de atar los cabos sueltos que pudiera encontrarme allí; una tarea que seguía postergando, ya que sabía que marcaría el final de mi trabajo y no sabía qué hacer con mi vida una vez que desapareciese el agujero en el que me escondía. La idea de que X había sido agente del FBI encajó como un guante en la abultada carpeta de teorías de la conspiración, aunque también tenía un atractivo extraño: estar metida en el FBI habría explicado todas sus desapariciones, pero, de ser cierto, también habría significado que X era el tipo de hipócrita que siempre había dicho detestar.

Es difícil imaginar a alguien que odiara más que ella al Gobierno. Detestaba al Congreso, al Ejército, a los diferentes departamentos de Policía y, sobre todo, a Hacienda, pero también al servicio postal, los hospitales, las escuelas públicas, el arte público, las carreteras interestatales: todo. Decía que no confiaba en nada que el Gobierno hubiera tocado, convencida de su uniforme corrupción. Le encantaba saltar vallas federales, destruir billetes de dólar, hacer pintadas en monumentos, destrozar banderas. Su cinismo era tal que no solo se negaba a votar, sino a discutir la mera existencia de la clase política, acusaba a todo el sistema de ser tan falso y corrupto como una religión organizada.

Al principio, cometí el error de desafiar, aunque fuera con timidez, su posición monolítica. Claro, claro que había problemas, incluso fallos inequívocos en nuestro Gobierno, pero yo seguía pensando que valía la pena conservar cierto grado de optimismo con respecto al Territorio del Norte, ya que estábamos mucho mejor que en el pasado. Antes, la gente se endeudaba hasta el cuello para permitirse ir a la universidad y solo los ricos recibían una atención médica adecuada, incluso hubo una época en la que era legal que un director ejecutivo

ganara un salario mil veces superior al del empleado con el sueldo más bajo de la empresa. Y, sí, a la Policía todavía le seguía costando poco ponerse violenta y casi siempre se iba de rositas, pero ¡por lo menos ya no llevaban armas! (Eso fue antes de la Reunificación, antes de que la policía del Territorio del Norte fuese otra vez armada). ¿Daba igual que hubiésemos llegado tan lejos? Sin embargo, con ella las discusiones nunca eran una partida en igualdad de condiciones y, cuando entrábamos en esos asuntos, enseguida me enterraba en estadísticas y llaves retóricas; no había humanidad, insistía, en ningún aspecto o rama de ningún poder federal, y era moralmente indefendible trabajar para ellos, respetarlos o pensar que eran poco más que criminales.

La idea de que fuera una agente del FBI a ratos me divertía y a ratos me horrorizaba; solo de imaginármelo me entraban ataques de risa nerviosa y fue entonces cuando empecé a preguntarme si acaso todo este trabajo no me había vuelto —rematada y definitivamente— loca hasta el punto de darle credibilidad a esa afirmación. De camino a Maine para conocer a Fred Holton, recordé las miradas fulminantes que me echaba X cuando yo iba a votar y, de nuevo, me entró la risa, la única respuesta racional que tenía; no podía hacer nada más.



Fred Holton, 1985.
Encontrada por la autora.
Cortesía de Fred Holton/Archivo del FBI.

Fred Holton llevaba dos años viviendo en una residencia de ancianos en Maine, desde la muerte de su mujer, un dato que comparé con mis siete años de viudedad. Cuando llamé a la residencia para

concertar una visita, me aseguraron que el señor Holton seguía estando bastante despierto a pesar de ser, a sus ochenta y ocho años, uno de los residentes de más edad. Le encantaba recibir visitas, me dijo el auxiliar, iba a verlo mucha gente.

Cuando llegué, me indicaron que pasara a un comedor donde me encontré a un hombre con camisa blanca y corbata negra sentado a una mesa, alerta, tomando notas con un lápiz corto en un cuaderno pequeño. Me estrechó la mano con la firmeza de quien cierra un trato, como si yo hubiese ido a ofrecerle una gran suma de dinero.

«¿Ha tenido buen viaje? —preguntó—. El campo está bonito en esta época del año, a finales de invierno, todo pelado. Los colores del otoño, los calurosos días de verano, para quien los quiera, sí, señor, para quien los quiera. A mí, que me dejen con el invierno, es lo que digo siempre».[159]

Su sonrisa me hacía sentir que ya había secretos entre nosotros y, en cierto modo, los había, solo que no lo sabíamos. El comedor estaba vacío salvo por la joven que estaba poniendo mesas a nuestro alrededor —jarroncitos de flores, saleros, tazas de café boca abajo sobre platillos—.

«Usted sí que es una profesional. Ya no quedan muchos como usted», dijo cuando le coloqué el micrófono delante.

Le pregunté si lo entrevistaban a menudo y empezó a garabatear cosas de manera intermitente en su libretita mientras hablábamos.

«Ea, pues sí... Supongo que me he acostumbrado —dijo—. A hablar de los viejos tiempos, del pasado, de antaño y demás. Qué buenos tiempos, qué buenos».

Ahí comenzó a relatar una larga historia sobre su trabajo en el Departamento de Estado en los años cincuenta, cómo había formado parte de un grupo que consiguió que un conflicto en Vietnam se desinflara. «Casi acabamos en guerra —dijo—, pero la gente nunca se entera de las guerras que no llegan a ser guerras, nunca».

Me contó sus historias con deleite y soltura, nunca había visto nada igual, un hombre en el umbral de la vida, que sabe que ha llegado al final, que echa la vista atrás con un orgullo natural y en paz con lo que ha conseguido. Yo nunca jamás he llegado al final de nada —ni siquiera de aquellas cosas que me ha hecho feliz terminar— con otra sensación que no fuera de dolor. Cada escuela y facultad que he pisado, por ejemplo, no me ha dado más que años penosos y sin amistades, pero he llorado en todas las graduaciones.

Al final, encontré el momento de interrumpir el soliloquio de Fred Holton y le pregunté si alguna vez había oído hablar de una mujer llamada X.

«Por supuestísimo —contestó—. Pero yo no la llamaba así».

Esperé a que completase la respuesta, pero volvía a estar ocupado

tomando notas.

«¿Cómo la llamaba?».

«Creo que la llamábamos agente Hip. Alguna historia había con su nombre, pero ahora se me escapa. Como tantas cosas. Qué se le va a hacer. A escapar…, ya sabe».

«¿Cómo era?».

«Una mujer de lo más interesante —respondió, asintiendo con la cabeza mientras apartaba otra vez la libretita—, aunque no ha venido a visitarme. Es la única que no ha venido a visitarme».

Por alguna razón, parecía que fuera mi culpa que X nunca le hubiese hecho una visita; es decir, si era cierto que lo conoció. El señor Holton volvió a echar un vistazo a su cuaderno, como si fuera un reloj, luego lo guardó en su maletín. Nos quedamos callados unos instantes y luego le pregunté si se había infiltrado en el TS con la agente Hip.

«Eso es justo lo que hizo. —Asintió de nuevo con la cabeza—. Sí. Toda una experta. No creo que yo hubiese ido de no ser por ella. Nunca he conocido a ningún hombre o mujer más valiente que ella».

Otra vez nos quedamos callados. Toda su locuacidad se había disipado y aquel silencio moroso me incomodó.

«¿Le importaría contarme en qué año en concreto estuvo en el TS con la agente Hip?», le pregunté.

«Uy, estuve varias veces. A ver, si me jubilé en 1990, ¿o fue en 1995? Y con "jubilarme" me refiero a que me pidieron que me retirara. No me habían permitido hacer gran cosa los últimos años. Pero con Hip tuve que estar por allí en los ochenta o en los setenta. Sí, lo de los viajes al Sur debió de ser entonces».

«Y la agente Hip… ¿era mucho más joven que usted?».

«¿Que yo? Rediez, ¡todo el mundo es más joven que yo! Yo no soy más que un vejestorio al que ya nadie busca para nada, ¿sí o no? Si lo pienso, la verdad es que no sabría decirle qué edad tenía la agente Hip, ya que en casi todos los recuerdos que tengo de ella iba disfrazada de alguna manera… Esa era una de sus especialidades, si no me falla la memoria. Me enseñó cómo pergeñarme una barba falsa indistinguible de una verdadera. ¡Ja! ¡Si hasta se la colé a mi mujer! Estuvo toda una tarde pensando que yo era el fontanero. Ay, ¡si hubiera visto la cara de mi señora! Se llevó un susto de muerte cuando se dio cuenta de que era yo».

Estuvo un rato hablando de su difunta esposa, regocijándose de tener público para sus recuerdos, y lo toleré un rato antes de cambiar de tema y volver a lo de los disfraces.

«Mire, así hacíamos las cosas en el Sur. No había otra. Como los guardias tuvieran el pálpito de que eras otra persona, te cazaban. Les pasó a muchos agentes antes de que empezáramos a cuidar hasta el

más mínimo detalle… Creo que todo aquello fue lo más peligroso que he hecho en mi vida, todas aquellas misiones, aunque en aquel momento no era consciente. Cuando estás ahí, no lo ves, ¿verdad que no? Pues claro que no, es imposible. Eso pasa con las mejores y las peores cosas de la vida, ¿verdad? Ea, seguro que me habría olvidado de todo si no me hubiesen llegado esos archivos».

«¿Archivos?». Mi voz chirría en la grabación.

«Desclasificados, me dijeron, algunas de las cosas que hice. Y yo estaba ahí revisándolo todo y casi me alegré de que Helga ya no estuviese con nosotros, así no se enteró de lo que hacía entonces. Se habría preocupado a toro pasado, qué mujer. ¡Incluso cuando algo ya era agua pasada, seguía preocupándose! Nos casamos en 1937 y no pasó un solo día en el que no se preocupara por a quién había olvidado invitar a la boda o porque se trabó con una palabra al decir sus votos. Mujer más sufridora no se ha visto. Bueno es que nunca supiera lo que hicimos en el Sur; por ejemplo, la misión aquella en la cárcel. Antes de que el Gobierno de Hoyne le diera carpetazo a todo, claro, planeamos liberar aquella prisión, ya que retenían a muchos rehenes del Norte. Pero Hoyne consideró que el número de víctimas estimadas era demasiado alto. Una maldita vergüenza, ya ve. Y el meollo del asunto es este: a la gente la matan, siempre, la cosa es a *quién* matan. Y eso es algo en lo que nadie quiere pensar, ni los pacifistas ni nadie. No entienden que son cosas que pasan sí o sí, ¿me entiende? Nos gustaría que fuera de otra manera, pero es como es».

Estuvo asintiendo con la cabeza unos instantes; un gesto grave en la mirada, en otra parte.

«¿La agente Hip estaba con usted en aquella misión?».

«Lo que sí que recuerdo sobre la agente Hip es que era muy estricta con su privacidad. De eso sí que me acuerdo, pero era una mujer maravillosa. Muy interesante. Ea, creo que no he conocido a nadie tan *interesante* como ella».

Llamó a una de las enfermeras que estaban poniendo mesas y le pidió que por favor nos trajera dos cafés.

«¿En qué sentido era interesante?», pregunté.



Agente Hip.
Encontrada por la autora.
Cortesía del Archivo del FBI.

El señor Holton sonrió y volvió a sacar su libretita, la abrió y se puso a escribir mientras decía: «Bueno, a ver, no voy a ser yo ahora el que invada la privacidad de la agente Hip, ¿no? Todo vuelve a ella, nada escapa a ella».

De nuevo pensé en decirle que la agente Hip estaba —si ciertamente estábamos hablando de la misma mujer— muerta, que yo estaba allí porque ella estaba muerta, que la privacidad ya daba igual, que la muerte también se la había llevado.

«Últimamente mi nieto se ha interesado por cosas históricas, así que le envié unas copias de estos papeles. ¿Quiere usted echarles un vistazo también?».

El anciano sacó una pila de carpetas de su maletín y colocó unos cuantos papeles ante nosotros: fotocopias de memorandos, mapas, informes con líneas censuradas en negro y unas pocas fotografías.

«Aquí está —dijo, colocando un retrato pequeño de una mujer delante de mí—. La agente Hip».

Aunque yo sabía que X era buena con las prótesis faciales y el maquillaje y las pelucas, conocía lo bastante bien su cara para descubrirla incluso cuando la había ocultado a propósito. No encontrar nada de ella en la foto me pareció el final del camino; a menos que, quizá, usará técnicas avanzadas para misiones tan serias y peligrosas. Cuando más tarde supe que la letra X se usaba en documentación interna del FBI para sustituir el nombre real de sus

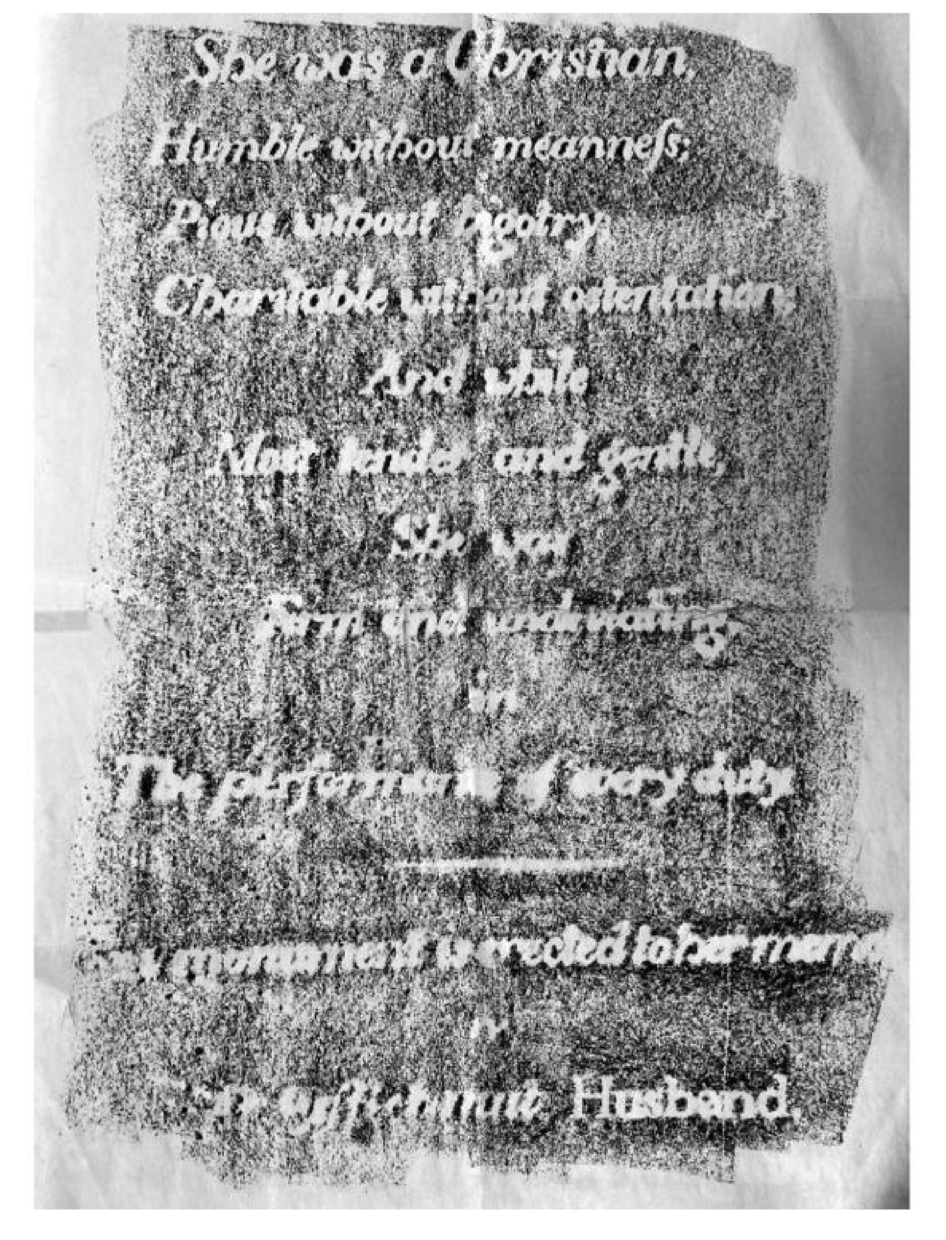
agentes, volví a pensar que había habido algún tipo de malentendido, que quizá mi mujer nunca había trabajado para ellos. De nuevo, podía haber sido coincidencia. La «X» se usaba con frecuencia para eso, un signo para sustituir personas o cosas descartadas, ocultas o desconocidas. Malcolm X, Madame X, despejar la *x*.

«Equilicuá —dijo el señor Holton mientras levantaba una página y la leía—. Yo fui el que entrevistó a la agente Hip allá por... El año no lo ponen, pero serían los setenta o los sesenta; y me acuerdo de que... O no me acordaba hasta volverlo a leer, y entonces ya me acordé... ¡Ah! ¡Qué cosas dijo en la entrevista! Parecía un verdadero prodigio... “Aprendí a escribir en dos semanas”, dijo, “y a partir de ahí fui como un cohete, nada me paraba... No le prestaba atención al asombro de mis profesores, a la admiración o envidia de mis compañeros de clase. Los profesores me miraban suspicaces y los niños empezaron a intentar ser mis amigos, pero yo estaba ocupada con esa maravillosa máquina con la que se me había dotado. Era fría como un campo de hielo, nada me estremecía”. ¿Qué le parece? Sabía lo que valía, ¿eh?».

Ciertamente, pensé, sonaba al tipo de cosas que X podría haber dicho sobre sí misma.

«¡Y mire esto! —dijo el señor Holton, enseñándome la página de otro informe que habían censurado tanto que era un rectángulo de tinta negra—. ¡Nada por aquí!» —dijo en tono bromista.

Desplegó una gran hoja de papel, era un calco de lo que parecía ser una tumba.



Texto de la imagen: Una cristiana / humilde sin maldad / pía sin egolatría / caritativa sin ostentosidad. / Y siendo / la más tierna y dulce / era [...] / en el ejercicio de sus deberes. // Este monumento se erige en su memoria / ... marido. Encargo. Obra de Rebecca Novack.
Suplemento de CML, carpeta 5, objeto 4, AX.

«Esto trae recuerdos, ¿no? —dijo, mirando el dibujo—. Sí. Era el cementerio por el que a veces pasábamos, el único sitio en el que uno tenía la certeza de estar solo».

«¿Y eso qué es?».

«Hombre, ¿no es obvio?», preguntó.

No dije nada.

«Era *su* tumba», dijo, justo cuando nos traían sendas tazas de café.

No aparté la mirada de la hoja, del calco borroso.

«No hace falta explicar por qué hizo un calco de su propia lápida, ¿verdad?».

Holton apuró el café como si fuera un vaso de agua, aunque aún humeaba; luego siguió tomando notas, levantaba la vista para mirarme cada pocos momentos. Me perturbó la rapidez con la que había invertido el propósito de nuestra entrevista, era yo quien me sentía interrogada.

«¿Le molestó que el Gobierno de Hoyne pusiera fin a su misión?», pregunté, intentando recuperar el control.

«Ninguna misión es en balde —dijo—, pero si lo que me pregunta es si me *decepcionó* que el Gobierno de Hoyne echara por tierra casi todos mis esfuerzos en el Territorio del Sur, bueno, ¿de verdad hace falta que le responda?».

Llevaba tiempo sin pensar demasiado en aquella época, en el desmoralizante revés de las elecciones presidenciales de 1980, cuando Ann Hoyne —del neofascista Partido del Crecimiento— ganó por la mínima a Ronald Reagan, del Partido Verde. Que por primera una mujer fuese nombrada presidenta debería haber sido una victoria, pero Hoyne creía que la mayoría de las mujeres —«¡Con alguna salvedad!», añadía siempre— eran innatamente inferiores a los hombres. Popularizó una teoría falsa que afirmaba que el estrógeno era antagónico a la agudeza mental y con frecuencia se jactaba de que sus niveles de esa hormona habían sido bastante bajos toda su vida a pesar de su llamativa presencia femenina, que exageraba con carmín y tacones de aguja. Fue una época bastante amenazadora. El lema propagandístico del Partido del Crecimiento, «Dejad vivir a la gente, haced trabajar a la gente», se extendía en muchos espacios públicos y Hoyne llegó a sugerir que el Norte debería bombardear el Territorio del Sur, arrasarlo y reclamar la tierra, al mismo tiempo que fingía actuar pensando en los «costes humanos» cuando le quitó al FBI buena parte de su presupuesto para las misiones en el Sur.

«¿No le parecen raras las cosas que piensa la gente?», preguntó Holton.

No sabía exactamente a qué se refería, pero asentí para ser agradable. Guardamos silencio unos instantes y di por sentado que cada cual se había quedado pensando en la época de Hoyne —aunque con perspectivas distintas—. A principios de los ochenta, yo justo entraba en la edad adulta, mientras que Holton se acercaba a la cinturilla de años entre la madurez y la muerte. Empecé a preguntarle a qué se refería, qué le parecía raro sobre las cosas que pensaba la

gente, pero cuando lo miré las lágrimas le surcaban el rostro, aunque parecía no darse cuenta.

«Nunca vino a visitarme —dijo—. La agente Hip».

«Murió —contesté—. En 1996».

«No», replicó. Yo lo dejé estar.

Por un momento pensé en explicarle quién era yo, pero la palabra «viuda» se me escapaba. A menudo la olvidaba, esa palabra para referirse a aquello en lo que se ha convertido una mujer después de que muera su esposa. Como un sonido, parecía recordar a una cocina con todos los armarios abiertos, cosa que me solía pasar ahora que vivía sola.

«La agente Hip... vendrá. Estoy seguro de que su visita está al caer», concluyó el señor Holton.

Fue entonces cuando me di cuenta del error que había cometido haciendo aquel viaje, de lo insensata que había sido al creerme aquella teoría, basada en nada más que rumores, en una única llamada de teléfono. De lo triste y estúpido de mi comportamiento.

«Creo que el mundo está bonito en esta época del año —añadió Holton, repitiéndose—, a principios de invierno, todo pelado. Los colores del otoño, los calurosos días de verano, para quien los quiera, sí, señor, para quien los quiera. A mí, que me dejen con el invierno, es lo que digo siempre».

Me lo tomé como el momento adecuado para marcharme y, al levantarme, eché un vistazo a su libretita y me sorprendió ver que lo único que había escrito eran *X* en cada línea. *XXXXXXX.*

Me dije que no significaba nada, claro. Una *X* no es más que una *X*, una forma. Dos líneas. Un sonido, una letra, el garabateo ocioso de un viejo desequilibrado. Me sacudí la paranoia, le di las gracias por haberme atendido y le estreché la mano como se hace en los funerales, sin apretar mucho y sin que signifique nada.

Cuando ya me iba, la mujer que estaba en el mostrador de recepción me preguntó: *¿Cómo ha ido?*

Le contesté que me parecía que el señor no estaba muy allá.

Ah, ya, tendrá el día así, otros días está de otra manera. Como todo el mundo, me imagino.

El sujeto humano

Bastantes obras de arte de X me confundían o quizá debería decir que a veces me aburrían; no creo que su arte tuviera una calidad uniforme. Algunas obras eran maravillosas; las novelitas de Cindy O, por ejemplo, aunque creo que ahí me quedo sola, ya que las han vuelto a descatalogar, y la novela de Clyde Hill, *La razón por la que me he perdido*, aunque X consideraba la obra pueril y desacertada. Sin embargo, muchos de sus cuadros, performances y esculturas ahora me parecen un poco desalmadas, pensadas no para generar sentimientos reales, sino una reacción o un cheque. Era demasiado inteligente. Sabía qué cosas vendían, cómo suscitar controversia, y se dejaba caer en los brazos de aquella atención fácil —que fingía detestar, pero con la que por supuesto estaba obsesionada— en lugar de aceptar el dolor de crear algo sincero y que luego lo malinterpretaran o lo ignorasen.

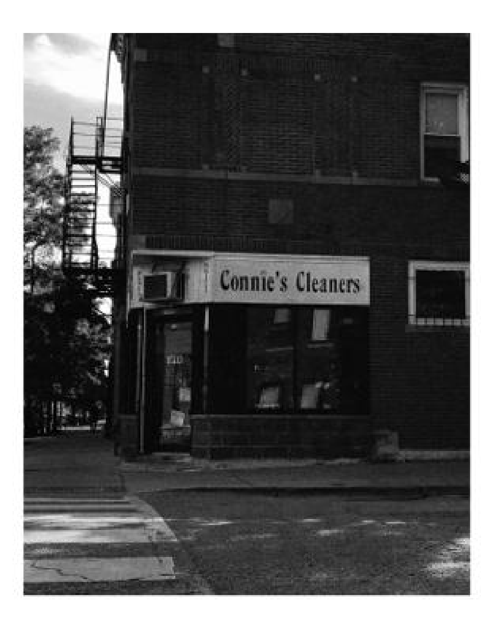
Otra excepción era *The Complete Connie Converse*, la compilación de cuatro discos que X (como «Bee Converse») lanzó con Pulse-Kinsella Records en 1980. Contenía casi todas las canciones que Connie y ella habían hecho juntas. Aunque pasó muy desapercibido al inicio, de repente se popularizó cuando Kurt Cobain empezó a hacer versiones de las canciones de Connie en su gira de 1992, y era imposible encontrar una copia de aquellos discos. Fue por aquella época cuando cometí el error de preguntarle a X qué le había pasado a Connie y ella me aplicó un correctivo de silencio durante varios días. Solo supe la verdad después de su muerte.

La tarde que Oleg le dijo a Connie que X se había ido a Europa, Connie dejó su trabajo de lavandera en Manhattan, recogió lo que tenía en su modesto piso y se mudó a Queens, no muy lejos, donde encontró una casa y un trabajo casi idénticos.[160] Nueva York es una ciudad lo bastante grande para que trasladarse a otro barrio casi sea como mudarse a otro país. Mudarse al otro lado del río disminuía pero no borraba por completo la posibilidad de ver a X cuando volviese de Europa, y me atrevo a pensar que esa era parte de la explicación.

Connie vivió sus últimos años a unos pocos kilómetros de X, pero sus caminos nunca volvieron a cruzarse, y ni siquiera Phil Converse supo dónde estaba su hermana hasta que murió. Connie siguió componiendo canciones, aunque no volvió a actuar en público ni a

grabar. Aun así, también parece que los últimos años de su vida fueron felices. Cuando su jefe, un anciano solterón que era el propietario de la lavandería Buckley's Cleaners, falleció en 1978, le dejó el negocio a ella, su única empleada. Connie le cambió el nombre a Connie's Cleaners y la regentó hasta que murió de un ataque al corazón a finales de 1981. Parece ser que no llegó a ver que X había lanzado un disco con su música; quizá sea mejor así. Según el obituario que escribió su hermano cuando lo llamaron para que fuera a Queens a identificar el cuerpo, el vecindario quería mucho a Connie. Tenía un perro llamado Chipper y lavaba la ropa de las personas que vivían en la calle mientras se bañaban en una tina de metal que tenía en la trastienda. Luego, mientras se la planchaba, les ofrecía té y pastel.

Phil avisó de la muerte de su hermana a todos los que figuraban en la agenda de direcciones de Connie, entre ellos, una tal «Bee Converse», a la atención de Oleg Hall. El día de Año Nuevo de 1982 fue cuando X se enteró de que Connie llevaba todos aquellos años viviendo casi al lado, pero que ya se había ido. La biografía de Theodore Smith no menciona este suceso y pasa por encima de esos meses de finales de 1981 y principios de 1982, como si X hubiese estado demasiado ocupada preparando la inauguración de *El sujeto humano* para pensar en otra cosa.



Fotografía hecha por la autora.
Creative Commons.

Es probable que X aprovechara la distracción del trabajo para taponar la pena, pero sus dolorosos y caóticos diarios, que casi no

tienen ningún sentido gramatical (parece que volvía a drogarse), muestran a una mujer a la que el duelo ha afilado y embotado a partes iguales. Varios factores contribuyeron a que retirara a todos sus personajes y adoptara el nombre de X a principios de 1982, pero la muerte de Connie fue sin duda el más significativo.

Una pérdida teñida de vergüenza, arrepentimiento o la sensación de que algo no ha acabado del todo es la más peligrosa; un duelo en forma de agujero negro que arrastra a la persona hacia su centro, sin cesar, y cuando en la vida nos encontramos con uno de esos agujeros solamente hay dos opciones: hacerle una reverencia o alejarnos por completo. X optó por la segunda, hizo como si Connie nunca hubiera existido, en lugar de enfrentarse a un amor imposible de resolver o doblar y guardar como si nada. *Es mejor cortar que rasgar*, aconsejaba a veces. Años más tarde me di cuenta de que aquella frase era una traducción de uno de los diálogos de su película favorita de Camille Bordas, *Le mauvais paradis*, cuando la protagonista, María del Mar Sánchez Vivancos, llama a su marido para cortar con él por lo sano: «*Il vaut mieux couper que déchirer*».

En diciembre de 1981, un artículo del *New York Post* afirmaba que Cassandra Edwards era una estafadora que abría cuentas por toda la ciudad a nombre de su padre ficticio;[161] a la semana siguiente, *Artforum* publicó una pieza extensa demostrando que Yarrow Hall y Věra eran la misma persona y que, por tanto, *La cinta azul* había sido una farsa.[162] La avalancha de artículos de prensa llegaron en el momento idóneo o quizá aceleraron los planes de X de retirar todos aquellos nombres, e inaugurar su obra más influyente y perenne: *El sujeto humano*.

Con toda honestidad, nunca llegué a entender por qué tanta gente consideró *El sujeto humano* un hito en el arte norteamericano del siglo XX. A pesar de haberme casado con dos artistas muy diferentes, jamás he llegado a entender las leyes ocultas que parecen regir el mundo del arte. Después de conocer a X, me llevó un tiempo estudiar las obras que ella respetaba para entender mejor sus referencias y contexto. Teniendo esto en cuenta, aquí intentaré describir brevemente el panorama cultural en el que se inauguró *El sujeto humano*. No pretendo que mi sinopsis sea exhaustiva, pero creo que puede ser útil para ciertos lectores y lectoras.

Aunque ahora nos cueste imaginarlo, en Estados Unidos, antes de la Segunda Guerra Mundial, el oficio de «artista» se consideraba una vocación exclusivamente masculina; solo mediante una combinación de diversos acontecimientos económicos y culturales este estereotipo se invirtió y fue entonces cuando el «arte» pasó a ser cosa de mujeres.

(Por qué tenía que pertenecer a un género o al otro ya es otra cuestión del todo diferente). Muchos identifican la Masacre de los Pintores de 1943 como momento clave en la inversión del estereotipo.[163] En diciembre de aquel año, una turba de separatistas sureños irrumpió en una inauguración que se estaba celebrando en el Museo de Pintura No Objetiva de Nueva York; asesinaron a catorce artistas varones: Marcel Duchamp, Alexander Calder, Vasili Kandinski y Jackson Pollock entre ellos; perdonaron la vida a todas las mujeres. Ese ataque terrorista sería más conocido si no hubiese sido uno de los incidentes menos mortales de los que perpetraron grupos similares; suele aparecer más en los libros de historia del arte que en los de la Gran Desunión.



Muerte de los patriarcas n.º 13 y *Muerte de los patriarcas n.º 64*, en el estudio de X.
Fotografía hecha por la autora.
Colección de fotos de CML 2, objeto 25, AX.

La estela del acontecimiento reverberó en la obra de las artistas supervivientes. La serie de Dorothea Tanning *Muerte de los patriarcas*, en las que usó a su amante, Max, como pincel humano, se considera el epítome de ese periodo.

Poco después de que X y yo nos casáramos, compró un par de obras de la serie —*Muerte de los patriarcas n.º 13* y *Muerte de los patriarcas n.º 64*— y las puso en un rincón de su estudio, apoyadas contra la pared. Ginny Green se volvía loca por su falta de respeto hacia los cuadros y

le rogaba que los colgara y los iluminara en condiciones, o que los guardara en un almacén si tanto los odiaba.

Un hombre acabó de pintura hasta arriba, fin de la intriga, respondía X a las repetidas quejas de Ginny. *El respeto hace que lo corriente se vuelva magnífico, como a través de un caleidoscopio.*

Más tarde, cuando le pregunté por qué había comprado los cuadros si le parecía que no eran para tanto, X me contestó que le servían de recordatorio de que las obras importantes no siempre son *buenas* y también como desafío para hacer cosas que fueran tanto buenas como importantes. Aquellos cuadros también eran, aunque a mi mujer le daba asco pronunciar esas palabras, una *inversión*.

En la década anterior a la Masacre de los Pintores de 1943, las ideas del feminismo radical y el anarquismo se extendieron como la pólvora por el país, una tendencia en general atribuida a la popularidad de los discursos y políticas de Emma Goldman. En ningún otro sitio eran más visibles o se enarbolaban de manera más extrema esas convicciones que entre los artistas jóvenes. Chicos que habrían hecho carrera como pintores y escultores, si las cosas hubieran sido de otro modo, se vieron empujados hacia la parte administrativa del arte y, si aun así querían trabajar con las manos, se entendía que la opción más lógica era que fuesen ayudantes de mujeres artistas. La convicción de que la perspectiva femenina era la única necesaria se estaba convirtiendo en un lugar común en la época; los artistas hacían carrera con el lastre de tener que explicar o relatar la historia global de la violencia y la destrucción masculina; es decir, los hombres solo podían hacer arte sobre ser hombres. Pocos emprendían la tarea y aquellos que lo hacían solían ser objeto de ridículo.

Un segundo factor que contribuyó a la inversión de las normas de género en el mundo del arte fue económico. Los potenciales beneficios financieros de dedicarse al arte cambiaron de forma drástica a principios de los años cuarenta; el río de dinero que Europa había dirigido al mercado del arte en los años treinta se secó a causa de la Desunión; casi dos tercios de todas las galerías de arte de Nueva York cerraron entre 1940 y 1960. Aunque las convenciones culturales estaban cambiando, la mayoría de los hombres del país, incluso en el Territorio del Norte, seguían sintiendo la necesidad de ser el sustento económico de la familia. El dinero en sí mismo se consideraba una necesidad social en la era Goldman y post-Goldman, y la tarea de generar ingresos para la familia se entendía como algo inherentemente masculino, algo desagradable pero aún necesario, una especie de penitencia por ser miembro del sexo violento.

A lo largo del siglo XX, se produjeron vuelcos similares en el ámbito de la arquitectura, el cine y la música, aunque en porcentajes diferentes y por razones distintas. En los años setenta, no obstante, la

inversión europea en el mercado americano del arte volvía a fluir. Abrieron galerías y museos por todo el Territorio del Norte y muchas artistas visuales —casi todas eran mujeres— se hicieron inmensamente ricas. Si este cambio financiero fue una simple *coincidencia* o la *causa* del creciente desasosiego del grupo de artistas varones ignorados es tema de acalorado debate.

Larry Rivers, un pintor y camionero americano de mediana edad que tiraba como podía, y su amigo Yves Klein montaron una exposición de guerrilla de sus obras en el exterior del museo Guggenheim en 1972 para protestar por que hubiera pasado una década desde la última vez que el museo había expuesto una obra de arte firmada por un hombre. Klein tenía bastante éxito en su Francia natal, pero aquí lo ridiculizaban por haber copiado la serie de *Muerte de los patriarcas* con una modelo en lugar de con un hombre. Las actitudes con respecto al género estaban cambiando otra vez en el Territorio del Norte y la protesta de Rivers-Klein puso patas arriba el mundo del arte y lo dividió.

En 1980, el crítico y académico Richard Cusk publicó un ensayo sobre este conflicto que sirvió como síntesis del asunto. «¿Puede un artista varón, por virtuoso y talentoso, por disciplinado que sea, llegar a alcanzar una libertad fundamental partiendo de su propia condición masculina? —se preguntaba Cusk—. ¿Hay que responder siempre a las políticas de la masculinidad, tanto si es para ignorarlas por completo como para enfrentarse a ellas de manera deliberada? Esta última es una elección fatídica que puede cincelar la vida y obra de un artista, pero la primera, evitarse a uno mismo como sujeto masculino, ¿compromete de forma inevitable el acto expresivo?».[164] Cusk proseguía con una descripción del «arte femenino» como un arte que había alcanzado una especie de meseta creativa y planteaba que la predominancia de las mujeres en el sector desde los años cincuenta había surtido el efecto buscado; había cambiado de parte a parte el modo en que los hombres creaban arte.

Cuando se inauguró *El sujeto humano* en primavera de 1982, se describió varias veces como una contestación a la tesis de Cusk. Los hombres habían creado casi todas las obras de arte anteriores al siglo XX. Habían representado la forma femenina una y otra vez y, por ende, habían definido «lo femenino» de manera restringida y tenaz. Unas pocas décadas de dominación femenina en el mercado del arte no bastaban para corregir ese desequilibrio. «*El sujeto humano* —explicó una crítica— nos presenta a una decena de mujeres que vivían dentro de una sola artista, pero harían falta miles para llenar el cráter que dejó la temeraria historia del Arte Masculino».[165]

La exposición cartografiaba cómo había morado X en cada uno de sus personajes a través de una serie de artefactos. En una sección

titulada «Dorothy Eagle, 1968-1978» había una vitrina que exponía su carnet de Montana, dos pañuelos, su bolso de charol blanco, varias cartas, dos diarios y una colección de fotografías —algunas tomadas por «Dorothy», y otras, retratos que le habían hecho—. La sección llamada «Bee Converse, 1972-1977» exponía algunos de sus aparatosos disfraces, una peluca, un ukelele con su nombre tallado y muchos borradores manuscritos de las canciones que más tarde produjo con Waits, Bowie y demás gente. «Clyde Hill, 1973» contenía un solo objeto: el manuscrito a máquina de *La razón por la que me he perdido*. Para evitarse problemas legales, X no incluyó a «Martina Riggio» en la exposición, pero entre los distintos objetos de las secciones de «Cindy O» y «Cassandra Edwards» hay cartas dirigidas a o procedentes de aquella escurridiza editora y evasora fiscal. Las secciones de «Yarrow Hall» y «Věra» estaban la una frente a la otra, y las cartas entre ambos personajes eran tan complejas que motivaron teorías sobre la posible esquizofrenia de X, una teoría que la propia X alentaba.

«En esos retratos no estoy interpretando un papel, ni mucho menos —le dijo a un periodista—. Creo que, como soy artista, mi imagen siempre me precederá. Soy artista, soy una representación, por eso creo que la gente se piensa que hago de directora en una historieta e interpreto un papel, pero esto no es un personaje».[166] La controversia que generó la exposición y el alcance que tuvo hicieron que se convirtiera en una de esas rarezas que atraen visitas más allá del puñado de urbanitas que se autosacralizan y suelen llenar las galerías. Para sorpresa de nadie, cuanto más popular se hizo la exposición, más frecuente era la queja de que la obra era poco seria, pedestre. Las reseñas iniciales, no obstante, fueron efusivas.

«La amplitud misma de la autotransformación es asombrosa —escribió Calvin Tomkins en *The New Yorker*—. Valiéndose solo de maquillaje, pelucas, ropa y algunos elementos de atrezo, parece vulnerable, sensual, desmañada, compuesta, un desastre total, rolliza, esbelta, dura, infantil, machacada; todos los tipos de mujer salvo ella misma. Uno podría estudiar las fotos durante una hora y luego no reconocerla por la calle».[167] Tomkins fue uno de los pocos críticos que se tomaron *El sujeto humano* en cuanto obra de arte sin entrar a discutir cómo categorizarla o si debía sentirse traicionado, ya que él también había escrito una crítica de la película de Yarrow Hall y de la exposición de Věra en el Instituto de Arte Contemporáneo de Filadelfia. El crítico la definió, con toda sencillez, como «una performance de diez años cuyo público había sido el mundo entero».

Richard Cusk, en su crítica para el *Village Voice*, definió la exposición como «una experiencia sublime… No llega a ser un sueño, tampoco es del todo una pesadilla».[168] Como les pasó a otras

personas, se sintió personalmente perturbado incluso ya fuera de la galería: «Durante días, después de mi primera visita, me sentí incómodo al mantener contacto visual, me sentía inseguro de mi propia cara ante el espejo. Hablé con la galerista y volví a Quarry para un segundo visionado; llegué media hora antes de la cita que me habían dado y me quedé esperando fuera, en una mañana inusualmente fría para el mes de abril, fumando con prisa. Y entonces lo vi con claridad, era terrible: ese dolor indignado que sentía era el mismo que había experimentado la mañana que vi a mi hijo, del que me había distanciado… Nuestro encuentro me había parecido más como el teatro que como la vida, cosa que me molestó… Ya dentro de la galería, era incapaz de decidir; ¿es una buena obra de arte? ¿Es acaso una obra de arte? No sabré dar una respuesta concreta, pero lo que no puedo olvidar es que me empujó a ver algo terriblemente honesto sobre cómo la performance se cuela en la vida».

Otros medios cubrieron la exposición con menos contemplaciones. El *New York Post* hizo un breve resumen bajo el titular «¡Estafadora en serie dice que lo hizo por el arte!».[169] *Art in America* publicó una pieza seca, algo confusa: su autor estaba molesto por que X no le concediese una entrevista y por su falta de cooperación para verificar los datos.[170]

Hito Steyerl, en su monográfico sobre *El sujeto humano*, usó el efecto que había tenido X en la música de David Bowie como elemento incriminatorio. Sugería que el «héroe» que X había inventado para Bowie «ya no era un sujeto, sino un objeto: una cosa, una imagen, un espléndido fetiche». Utilizó el videoclip de la canción de 1977 como prueba más clara: «[El videoclip] nos muestra a Bowie cantándose a sí mismo desde tres ángulos simultáneos; las técnicas de superposición de capas triplican su imagen. No solo se ha clonado el héroe de Bowie, sino que, por encima de todo, se ha convertido en una imagen que puede reproducirse, multiplicarse y copiarse… Un fetiche que encapsula el glamuroso e impávido aspecto posgénero como un producto […] dotado de una belleza poshumana: una imagen y nada más que una imagen».[171]

Steyerl añade también en su texto que X había iniciado «el borrado del yo en una imagen» como nuevo tema principal de la era moderna, aunque la autora apuntaba que ese nuevo motivo conllevaba un riesgo: «Se violan las imágenes, se arrancan, se interrogan y se exploran. Se roban, se cortan, se editan y se reapropian. Se compran, se venden, se alquilan. Se manipulan y se adulteran. Se vilipendian y se reverencian. Participar en la imagen significa participar en todo eso».

«Hay otro mundo —decía X a menudo—. Este no me satisface. Por eso estoy en el escenario. Para estar más cerca del otro mundo».[172]

Una vez, cuando una entrevistadora le preguntó qué quería decir con eso de «en el escenario», se limitó a responder: «Sí, exacto. En el escenario».[173]

«¿Aborrece estas preguntas?», le preguntó otra reportera.

«¿Quieres saber lo que más aborrezco? ¿La literatura? ¿El trágico malentendido que lleva por nombre amor? ¿La gente en general? Es una pregunta difícil. No aborrezco ni a nada ni a nadie. No tengo derecho... Pero no aguanto que la gente me siga mintiendo, ni los libros ni las mujeres, y no aguantaré las mentiras que me digo a mí misma».[174]

Acabó la entrevista poniéndose en pie de manera abrupta y marchándose.

En un programa de radio en directo, la presentadora le preguntó si alguna vez las echaba de menos, si acaso echaba de menos a todas esas mujeres que había sido.

«Vaya, ¿y *tú*? ¿Las echas de menos? —preguntó X a modo de respuesta—. Ahora que todo mundo sabe que se han ido y que no van a volver, ¿tú las echas de menos?».

«Bueno, yo no las conocía».

«Ni yo tampoco».[175]

A principios de 1983, a X le concedieron el Premio Ensayo por *El sujeto humano*. En la ceremonia apareció con un traje negro y gafas de sol, pelo blanco engominado hacia atrás; en el escenario la entrevistó Jenna Sauers, presidenta de la Fundación Ensayo.

SAUERS: ¿Está de acuerdo con que *El sujeto humano* es un ensayo?

X: Parece que por su elección ya han respondido a la pregunta y que yo, aceptando el premio, también he respondido.

SAUERS: ¿Cómo definiría la palabra «ensayo»?

X: Eso es cosa suya.

SAUERS: Ha dicho que se arrepiente y no se arrepiente de *El sujeto humano*. Varias de las personas «reales» que se vieron implicadas, de maneras distintas, se han pronunciado muy contrarias al proyecto; ¿siente que a fin de cuentas valió la pena? ¿Cómo pone en la balanza los reparos morales de una obra como esta y los de una artista? ¿Es uno de los casos en los que el fin justifica los medios?

X: Sin duda, la pregunta es ¿vale la pena desde un punto de vista artístico o literario? Parece que ustedes piensan que sí, me han dado este premio. En cuanto a mí, incluso si a veces me he

arrepentido cuando unas pocas personas han declarado que mi proyecto las ha hecho sufrir (cosa que francamente me ha sorprendido, ya que si las impliqué en la obra es porque me parecieron el tipo de personas que estarían a favor de la idea de escapar de un yo)… Pero, a pesar de esos remordimientos, no puedo negar que mi emoción fue más fuerte que mi culpa… Si tuviera que volverlo a hacer, lo haría. Durante los años en los que estaba haciendo *El sujeto humano*, abandoné muchos posibles personajes porque consideré que no estaban a la altura de su intriga o del peligro potencial, de su crueldad potencial. No creo que siempre sea moralmente incorrecto actuar de forma cruel, siempre que una acepte la carga de tener que calibrar bien si los destinatarios de dicha crueldad podrán soportar beneficiarse del dolor más que del placer. Cada persona a la que impliqué en el curso de la obra me reveló si era susceptible de ser explotada de esa manera. Se tuvieron en cuenta muchos factores para dar con respuestas a este problema de «fines» y «medios». La pregunta surge cada vez.[176]

Marion

Una vez X me contó que su primera mujer, Marion Parker, había empezado siendo tremendamente encantadora, pero enseguida se volvió cruel y celosa e infantil. Cuando se traspasaron ciertas líneas, no hubo vuelta atrás. Me lo tomé como una advertencia de que todas las relaciones tienen puertas que solo sirven para entrar; límites que solo puedes cruzar una vez, fronteras que, toda nerviosa, yo intentaba localizar y evitar.

Tras su divorcio, Marion estuvo viviendo fuera una temporada, me dijo X, se volvió a casar un par de veces, trató de reinventarse en diversas ocasiones. Había intentado hacer carrera como actriz, luego como cantante, pero ni los abundantes contactos de su padre le sirvieron; es probable que la menguante reputación de aquel hombre pesara sobre su hija. Marion escribió una autobiografía, pero nadie se la publicaba y, tras pagar a una galería para exponer algunos de sus cuadros abstractos, la prensa se rio tanto de la inauguración que se mudó a Filipinas durante un año. Parece que andar trampeando se convirtió en la actividad principal de su vida; un destino que a menudo infecta a quienes han nacido entre los algodones de la riqueza o con un exceso de amor propio; sin duda, lo suyo venía de lo primero, aunque tampoco se descartaba lo segundo.

Entretanto, Marion continuó mandando cartas largas e intensas a X, que mi mujer leía con una triste sonrisa de suficiencia antes de tirarlas a la basura y no contestarlas nunca. La falta de respuesta, no obstante, no era disuasoria y las cartas de Marion seguían llegando, a veces varias el mismo mes. Cuando veía una entre el correo, a veces se me pasaba por la cabeza abrirla y leerla, pero nunca lo hice. En lugar de eso, le entregaba cada sobre a X en una bandeja de plata, intentando transformar mi desdén en una broma, intentando esconder mi avidez, mi deseo inmaduro de que cualquier persona que hubiese estado antes de mí desapareciera para siempre sin dejar ni su sombra. En algunas ocasiones, X me las leía en voz alta; en otras, yo me obligaba a no rescatar los pedazos de la basura y recomponerlas.

Cuando contacté con Marion para hacerle una entrevista en 2003, llevaba viuda lo bastante tiempo para que hubiese dejado de darme miedo encontrarme con su primera mujer, aunque tampoco diría que me muriese de ganas. Admito que me intimidó su elegancia natural —¿a quién no?—. Es bastante más joven que yo, no tanto en años, sino

en cómo los lleva, y no solo en términos físicos, sino también en su mirada chispeante, sin mella, la de quien no conoce la decepción. Podría decirse, por supuesto, que la belleza física no indica nada profundo sobre nadie, pero pocas personas pueden evitar caer bajo su embrujo.

Nos reunimos en un restaurante del West Village de su elección; uno con un patio interior con calefacción y un «maravilloso bistec con patatas fritas», que pidió sin mirar la carta. Aunque yo había estudiado muchas fotografías de Marion, me pareció incluso más encantadora en persona de lo que había esperado. Tenía un aire de tremenda relajación, desenvoltura, magnetismo.

«He estado releyendo la poesía de W. H. Auden», anunció antes de recitarme un par de versos.[177]

Consternada, enseguida entendí por qué había atraído a X, incluso hace tantos años, y le presté atención de un modo que traspasaba la simple tarea investigadora y me recordaba a mi manera de mirar a las mujeres cuando era una chiquilla, esperando convertirme algún día en una de ellas.

«Bueno, ya sabes que era... una mujer maravillosa, una mujer francamente portentosa —dijo sobre X—. Y estoy segura de que sabes muy bien lo absolutamente mágica que era, pero la cruda realidad es que ella y yo estábamos más destinadas a ser amigas... Yo era *tan* joven... Y supongo que entonces no supe verlo, no supe ver que a veces puedes querer muchísimo a alguien sin necesidad de casarte con esa persona. ¡Igual nunca he aprendido la lección!». Se rio, dejando ver sus dientes perfectos.



Marion Parker.
Retrato de Isabella Watling.
Cortesía de Marion Parker.

Me sentí avergonzada al oír aquellas palabras: era la misma justificación que daba yo para explicar mi divorcio de Henry; una explicación que pretende poner orden en un naufragio, absolver a todas las partes. *Era tan joven.* Me conocía la excusa como la palma de la mano.

Intenté traspasar el encanto de Marion, centrarme en mi propósito, pero no podía evitar preguntarme si me miraba con pena. En estos años de aislamiento me había vuelto más insegura, más plana todavía, seguro que le asombraba que X hubiera acabado con alguien como yo. «¿Cuántas mujeres norteamericanas de su generación tuvieron amantes de ambos sexos tan abundantes, bellos y prominentes —bromeaba una fuente del libro de Theodore Smith—, para luego acabar casándose con una personita arratonada e insignificante?». [178] Marion podría haberme mirado y, con toda facilidad, haberse declarado la vencedora de aquel matrimonio: la que fue a mejor, a cosas más hermosas.

Mientras removía el azúcar del té, Marion confirmó lo que yo ya sabía de su primer encuentro con X en octubre de 1983. Su padre —Winthrop Parker, el productor de cine caído en desgracia— la había mandado a una entrevista pública que X concedía en un festival de arte en la Universidad de Nueva York. El señor Parker estaba pensándose si producir la película de X, *El juego del coma*, y quería la

opinión de su hija sobre la escritora. La entrevista, celebrada sobre el escenario, iba bien hasta que su interlocutor le tocó las narices con algo; X tiró el micrófono y se fue con cajas destempladas, un detalle que Marion recordaba con alegría.

«No tenía miedo a ser hostil… y eso era algo que me interesaba mucho en aquel momento. Por desgracia, siempre he sido de esas personas que quieren agradar, una de las peores debilidades que se puede tener, pero ¿qué le vas a hacer? Está claro que las virtudes de cada cual van de la mano de vicios opuestos, así que me estaba rebelando, supongo, intentando ir contra mi propia naturaleza. ¡A X no le importaba lo que la gente pensara de ella! Absolutamente nadie. No esperaba a tener el visto bueno de nadie».

«¿Y es verdad que aquella noche la espiaste? ¿La seguiste?», le pregunté.

Al oír eso, Marion meneó el hombro, coqueta, y se inclinó hacia mí: «Ay, querida, otra cosa no, pero seguridad sí que tenía».

En aquella época, trabajaba de aprendiza de un detective (un divertimento, parece ser), así que estaba de sobra preparada para seguir a X; se quedó acechando cerca de la discreta salida de artistas del edificio, luego la siguió hasta un bar cualquiera del que se había vuelto una clienta habitual. Fue ahí cuando Marion la abordó —según los diarios de X—, o cuando X se acercó a Marion —según esta entrevista—. Las dos mujeres pasaron el resto de la noche y el día siguiente juntas, despiertas, para pasear por toda la ciudad, para cruzar todos los puentes, para beberse un café en todos los *diner* que se encontraron. En cierto punto, parece que volvieron al loft de X y cabe asumir que hicieron el amor, aunque X —a pesar del gran detalle con el que describía todos los demás escarceos sexuales— nunca escribió una palabra al respecto. Puede que esa omisión indique la naturaleza sagrada de su encuentro, demasiado ideal para profanarlo con la descripción; o puede que más tarde destruyera aquellas páginas por rabia o asco. Me temo que fue lo primero, pero, dado el breve y desastroso curso del matrimonio, sé que son unos celos irracionales, aunque los celos son una de las emociones menos racionales.

Pese a no contar con la aprobación de su padre, Marion y X se casaron dos meses después de conocerse. Ella tenía veintitrés, pero parecía una niña. X decía que tenía veintinueve, en cierto momento admitió tener treinta y tres, pero en realidad tenía treinta y ocho. Su boda, en diciembre, se celebró en un invernadero gigante con calefacción. Un artículo de la sección de sociedad detalló la lujosa ceremonia y el banquete; asistieron Tom Waits, Susan Sontag y David Bowie; había enormes jarrones con hortensias por todas partes y un cuarteto de cuerda tocó versiones de Satie mientras las dos caminaban hacia el altar, un detalle que explica por qué desaparecieron todos mis

vinilos de Satie cuando me mudé con X.[179]

¿Quién soporta tanta nostalgia obligatoria?, me preguntó X, y, aunque Satie había sido desde hacía mucho uno de mis favoritos, adopté de inmediato su opinión, creí que todas esas canciones eran facilonas y falsas.

Más tarde, X quemó las fotografías de la boda, pero quedó una: X con un traje blanco y Marion con un vestido azul claro e intenso, corriendo hacia el altar, eufóricas. Marion está en primer plano, llevándose la mano de su esposa a la boca. Solo la pareja está enfocada, la muchedumbre y la vegetación las rodean borrosas, la viva imagen de un mito del matrimonio: que es algo que transforma a una pareja en algo estable alrededor de la cual el resto del mundo da vueltas. Encontré la fotografía en la trasera de un armario justo después de casarme con X. *Un error impulsivo*, me explicó ella, *no como nosotras, ni mucho menos*, aunque nosotras también nos habíamos casado con la arriesgada claridad de un pronto. Intenté olvidar la imagen, pero pensaba en ella a menudo, sobre todo en la cara de Marion, en su euforia. Me daba igual saber lo rápido que se había ido al traste su relación; la fotografía era una ficción poderosa, más poderosa aún por la poca realidad que contenía. Cuando le pregunté a Marion por la boda, no tenía nada que decirme, aunque me pareció ver que los ojos se le ponían vidriosos un momento, como si el chantaje emocional de la ceremonia aún siguiera teniendo cierto influjo sobre ella. Llegó su bistec; se puso a cortarlo enseguida.

X y Marion se mudaron a una «pequeña finca» en Connecticut en enero de 1984. La revista *W* público un perfil de ambas acompañado de los retratos que les había hecho Annie Leibovitz drapeadas una sobre la otra en una chaise longue, con varios perros alborotadores a sus pies.[180] X lleva lo que parece un traje de amazona, aunque nunca montó a caballo, ni allí ni en ninguna parte. Marion luce un vestido victoriano con corsé, elegante hasta decir basta. Susan Sontag, amiga y enemiga ocasional de X, redactó el perfil y describió su matrimonio como algo «inusual por su celeridad y por su felicidad... Cuando estás en su presencia, te lo crees, están hechas la una para la otra». Cuando la escritora le preguntó a X por el traslado al campo —viniendo de la ciudad—, ella contestó a borbotones: «Me encanta. Me encanta. Me encanta ser la esposa de una chica joven y vivir en una casita de campo y quitar hojas muertas de los rosales. ¡Que me aspen si no!».

En una carta a Oleg, la dicha de X me parece irreconocible:

> Me encanta tener una casa, me encanta que sea todo bonito allá donde mires, me encanta tener un jardín grande lleno de perros. Tenemos dos nuevos, una de cuatro meses, salchicha, un verdadero encanto, se llama Fraülein, y otra mestiza llamada Revuelto que, vaya feliz coincidencia, es la única perrita del mundo a la

que es imposible adorar. Ese defecto en su carácter hace que nos desvivamos para colmarla de atenciones, así que aún empeora la cosa. ¿No conoces a nadie que quiera una medio terrier galés, medio zambi?[181]

Los perros acompañaban a Marion y a X a todas partes, sobre todo en sus frecuentes viajes a la ciudad. La mayoría estaban muy mal educados y ni X ni Marion hicieron ningún esfuerzo por meterlos en vereda. En febrero de 1984, en las páginas de cotilleo del *Post* se relata un incidente.[182] Mientras Marion y X estaban en el hotel Waldorf con Oleg, tomando caviar —su mórbida celebración anual del cumpleaños de su madre—, uno de sus tres perros «se portó mal en el vestíbulo», según el *Post*. «El gerente apareció de inmediato. "¡Miss Parker! ¡Miss Parker!", gritó el señor. "¡Mire lo que ha hecho su perro!". Marion se acercó y lo fulminó con la mirada. "He sido yo", respondió X. Entonces las dos mujeres se marcharon con tanta dignidad como pudieron dadas las circunstancias».

Después de aquello, optaron por dejar a los perros en casa. Aunque Marion decía no recordar el incidente, añadió: «Siempre he odiado el Waldorf».

Más tarde, me adentré poco a poco en los temas más espinosos. «¿Te importaba su secretismo?».

«¿Cuál?», contestó Marion.

Tartamudeé un poco, luego me expliqué con más claridad: el secreto de dónde venía o a dónde se iba cuando desaparecía todo el tiempo.

«X era excéntrica de verdad... Y yo siempre he estado acostumbrada a la gente excéntrica. ¿Qué más me daba de dónde venía o a dónde iba? De todas maneras, supongo que la admiraba por no tener un pasado. Por no tener padre, por ejemplo».

(Aunque Winthrop Parker llevaba unos años muerto, los escándalos que habían sepultado el final de su vida habían eclipsado sus logros como director y productor. Cabe imaginar que tener a alguien así por padre fue difícil, incluso peligroso, pero, como el señor Parker no era asunto mío, no entré en esa cuestión).

«¿Y qué me dices de las dificultades del final?».

«¿A qué dificultades te refieres?», preguntó.

Le leí varios fragmentos que había copiado de los diarios y cartas de X, eran de esa fase tan desagradable que precedió a su divorcio: los arranques de celos de Marion, sus acusaciones de que X la estaba engañando, sus intentos de desbaratar el trabajo de X, el numerito que le montó en la sala de espera de Electric Lady cuando no le permitieron entrar en el estudio y el incidente de Nochevieja de 1984, cuando se tiró por unas escaleras de mármol en una fiesta como protesta ante los coqueteos de X con otra persona.

«Bueno, para empezar, en aquella fiesta, yo me caí *de verdad* por las escaleras, hubo gente que dijo que X me había empujado, pero *me caí*.

Un esguince en cada tobillo, y tuve suerte de que no fuera más... Mira, yo era muy joven y aún no había aprendido a cuidarme. Ya sabes..., me crie yo sola. No tuve padres, no tuve padres de verdad, y todavía estaba en proceso de madurar... Aun así..., no me sorprende que X reescribiera unas cuantas historias... Tampoco es que fuera el periodo más cuerdo o halagüeño de su vida, ¿verdad? Era *ella* la que pensaba que *yo* le estaba poniendo los cuernos. Hasta contrató a un detective para que me siguiera, pero por supuesto lo cacé enseguida. ¿Necesitas más detalles?».

«¿Y qué me dices del incidente con la historia de "La hija de Yvette"?», le pregunté.

Marion juntó las manos, como si fuera a rezar, luego exhaló.

«Llevo años sin pensar en eso —contestó, la voz más suave y débil —. Fue lo más triste que he visto en vida. Yo... No sé... Casi no me podía ni creer lo que estaba sucediendo... Pero hay que ver la foto completa. Ella estaba absolutamente paranoica con todo, no aceptaba ni una taza de té si se la preparaba yo... Temía que fuera a envenenarla. Se negó a ver a un médico, ni siquiera quiso *reconocer* el problema».

«¿Y es cierto que espiabas sus conversaciones telefónicas?».

«Bueno, no me quedaba otra, sobre todo después de que contratara al detective. Parecía capaz de hacer algo, no sé el qué exactamente, pero algo peligroso. Así que, sí, ella tenía su propia línea telefónica en la casita, pero la pinché... Había dejado de hablarme, ni siquiera *escribía* en casa; cargaba con la máquina de escribir hasta el bosque, ¡aunque nevara! Cuando le pregunté por qué hacía eso, me dijo que no estaba "lo bastante sola" en casa... ¡Pues claro que no estaba sola! ¿No era esa la gracia de estar casada? Luego me acusó de intentar plagiar su trabajo, decía que yo era capaz de saber qué palabras estaba tecleando por el sonido de las teclas. ¿Y qué se responde ante algo así? Está claro que no estaba muy bien, pero nunca pensé que desconfiaría tanto de mí. De verdad pensé que lo que teníamos al principio era diferente... Incluso perfecto. Nunca pensé que ella tiraría la toalla tan rápido como lo hizo».

Aquel invierno, X escribió buena parte de *La desaparición*, el primer libro con el que se metía desde la tetralogía de Cindy O. Pero entre los papeles de la época también había una historia llamada «La hija de Yvette», fechada el 24 de febrero de 1985. Junto al manuscrito había una nota que indicaba que el relato no debía publicarse jamás, que estaba incompleto, que Marion Parker había impedido que lo terminara. La historia empieza así:

> La hija de Yvette me contó ayer que muchas veces ha imaginado su muerte, que cuando naces siendo hija de cierto tipo de madre pronto aprendes que tu trabajo es pensar en la muerte. Alguien tiene que hacerlo. En todas las familias. Alguien

se tiene que encargar. Yvette fumaba, tan hermosa ella, y dijo que probablemente su hija tuviera razón, al margen de lo que estuviera diciendo.

—No sé de qué habla —dijo Yvette—, pero es una chica lista. Es lo que me dicen.

Puede que Yvette estuviese borracha. Vi que su hija llevaba las llaves del coche y un bolso grande, mientras que Yvette solo llevaba un cigarrillo en la mano.

—Creo que nuestra vida está definida por la generación que nos precede —dijo la hija de Yvette—, de hecho, mi madre me ha asegurado personalmente que mi vida estará definida por la muerte, no solo en un sentido generacional, sino de una manera muy real, muy doméstica.

Asentí con la cabeza ante aquellas palabras —era un comentario perspicaz y que no resultaba incorrecto— y luego miré a Yvette. Reparé en que solo llevaba una zapatilla, de esas sin cordones, medio metida. Siempre me gustó Yvette. Sonreía, le acariciaba el pelo a su hija. Su hija se estremecía un poco cada vez que bajaba la mano de su madre, como un gato resentido por su estatus inferior, pero resignado a una vida sin remedio. Nunca tuve hijas, pero sabía que Yvette y yo éramos iguales. Lo habíamos jodido todo. Por un momento pensé en mi hijo, pero ¿qué hacía yo pensando en alguien a quien no conocía de nada? No había razones. No había ninguna razón para pensar en aquel niño, un desconocido.[183]

«*Jamás* llegué a leer el relato —insistió Marion, se dio toquecitos con un pañuelo en el labio antes de retocarse el carmín con un espejito de mano—. Por aquel entonces, ella guardaba todo su trabajo en una caja fuerte; ¡esa era la confianza que tenía en mí! ¡Así de mal estaban las cosas! Y, claro, el problema era que es imposible demostrar algo que no ha sucedido. ¡No había manera de convencer a X de nada! Nada de lo que yo le dijese hacía que se sintiera mejor. De hecho, en realidad, creo que era una trampa. Todo era una trampa para hacerme sentir que la loca era *yo*, que todo era por mi culpa».

Ese «todo» al que Marion se refería era una secuencia de acontecimientos que X describe en varias cartas; una tarde en la que el personaje de la hija de Yvette parece que cobró vida, una historia que Marion confirmó.

A principios de marzo de 1985, una adolescente que llevaba un bolso blanco de gran tamaño se presentó en la puerta de la casa de Marion y X en Connecticut. En el recibidor, la chica le explicó a X que ella y su madre se habían mudado a la casa que había un poco más abajo, pero que su madre estaba bastante enferma y necesitaba ayuda. Ya venía de camino un médico, pero necesitaba que le echara una mano para dejar a su madre en «un estado presentable» antes de que él llegase.

Mi madre me mata si dejo que un hombre la vea así, explicó la hija.

A X le encantaba asomarse a la vida privada de personas a las que no conocía, así que por supuesto que acompañó a la chica y, cuando ya se estaban marchando, Marion apareció aún en bata de estar por casa, pero se echó un chaquetón marinero por encima y fue con ellas.

En la casa, se encontraron a la madre hecha un ovillo en el

recibidor, con un cigarrillo entre los dedos, solo llevaba una pantufla. X ayudó a cargarla hasta el salón, donde la colocó erguida en un sofá mientras la hija le fue salpicando la cara con agua fría.

Yvette, tenemos compañía, gritó la hija.

¿Ese es su nombre? ¿Yvette?, preguntó X.

Así se llama, contestó la hija con amargura.

Uy, ¿tenemos compañía?, le preguntó Yvette a su hija. *Chica lista, ¿verdad que sí? Todo el mundo dice que eres una chica lista.*

Al oír eso, X dio media vuelta y se marchó sin explicación y Marion salió corriendo tras ella, insistiendo en que se quedaran y echasen una mano, pero X no respondió, no dijo nada hasta que llegaron a casa. Le parecía obvio que Marion había forzado su caja fuerte, había leído su historia y luego había contratado a esas mujeres para que hicieran el teatrillo, y no era gracioso, no era inteligente, ni siquiera particularmente cuerdo. Era patético. Era cruel. Era un intento —y no muy bueno, pero un intento en todo caso— de volverla loca, y ella no pensaba aceptarlo.

«No tenía ni idea de qué me estaba hablando —recordó Marion—, pero me dijo que, cuanto más siguiera mintiendo, más lo empeoraría, que no le dejaría opción. No tenía ni idea de qué me estaba diciendo ni manera de salir de aquella situación... Pero ella no dejaba de decirme: “Marion, mi historia, mi maldita historia, ¡has intentado convertirla en realidad porque estás enferma, eres una mujer enferma!”. Era muy preocupante, como te puedes imaginar. No estaba bien. Estaba perdiendo la cabeza de verdad, pero ¿qué podía hacer yo? Yo no tenía ni veinticinco años y nunca había visto a nadie sufrir un brote psicótico; ni siquiera sé si sabía lo que eran. Intenté razonar con ella, como te puedes imaginar, Yvette es un nombre común y por aquí casi todo el mundo le da a la bebida... Pero daba igual. Luego me entró la risa y ya no pude parar».

El relato de Marion encajaba a la perfección con los diarios de X; la negación, la risa. Cada esposa veía la locura y la crueldad en la otra. Aquella noche, X hizo las maletas y se fue a la ciudad y, según su diario, presentó los papeles del divorcio al día siguiente.

«No volvimos a hablar salvo por mediación de nuestras abogadas —dijo Marion—. Es lo más triste que me ha pasado en la vida, esa muerte total y repentina de aquel “nosotras”. No me enorgullece decir que nunca llegué a superarlo».

Apareció un camarero y Marion, con las lágrimas resplandeciendo en los ojos, pidió una copa de helado.

«Quería que yo tuviera un hijo, ¿lo sabías?».

No.

«Quería que tuviera un hijo utilizando el esperma de Oleg Hall... Habíamos hablado un poco sobre la idea de tener familia cuando nos

conocimos, pero había sido todo muy vago y yo le había dicho que creía que no quería tener hijos, pero que igual podíamos adoptar, pero no. Ella estaba segura de que cambiaría de idea. Quería verme embarazada: de eso sí que me acuerdo. Estaba obsesionada, incluso trajo a casa un baúl lleno de ropa premamá justo después de casarnos. Pero solo de pensar en el embarazo yo me asustaba. Siempre me ha pasado. Está claro que las dos fuimos un poco ingenuas al pensar que la cuestión de tener o no tener familia se acabaría resolviendo por sí misma sin llevarnos a nosotras por delante... Mira, yo creo que la cosa era... Bueno, esto igual suena a tontería, pero yo siempre he querido ser padre, no un padre como el mío, claro, sino uno de verdad. Eso es lo que yo quería. No quería quedarme embarazada. No quería ser madre».

De la misma manera que la justificación de Marion para el divorcio me había resultado incómodamente familiar, reconocí en aquel plan inalcanzable mis propias esperanzas de antaño: tener a una criatura y, de manera inmediata, dejar de ser un cuerpo que la hubiese tenido, estar del todo dentro y luego completamente excusada del proceso. En resumen, ser padre.

«La cosa no iba a ningún lado, eso es así —continuó Marion—. Y yo creo que ella también lo sabía, con la misma claridad que yo, por eso se volvió tan paranoica, por eso estaba tan enfadada. En el fondo, X era una buena mujer, lo sé. Aunque cuando veía asomar el fracaso en algo, era imposible hacerla cambiar de idea... Pero ¿no es natural que la gente se comporte mal cuando pierde toda esperanza? Así que no la culpo, ya no... Por eso nunca la denuncié. Nunca hablé con nadie de nada de esto hasta mucho después. Sentía, bueno, estaba segura de que la violencia era una aberración de su carácter, una enfermedad».

Marion habló como si supiera lo que quería decir con la palabra «violencia». El camarero le sirvió la copa de helado y, a mí, un chupito de whisky que no recordaba haber pedido.

«Estaba convencida de que había sido yo la que había contratado a aquellas mujeres y, cuanto más insistía en que no, más se enfadaba conmigo... Estoy segura de que no quiso empujarme tan fuerte, pero cuando oyó el crujido del hueso, pues, la verdad, creo que ahí las dos supimos que se había acabado. Le dije que se marchara y lo hizo. La doncella, Rhonda, fue la que me llevó al hospital; le dije que nos habíamos peleado, pero que me había tropezado y me había caído, que había sido un accidente. Bueno. En fin. Estoy segura de que contigo, probablemente, nunca fue violenta, ¿verdad?».

En la cinta se me oye claramente sorprendida. «¿Qué?», le pregunté antes de contestar en el acto a mi propia pregunta: «No-no, para nada. Ella, no, no, nunca». Toda esa parte de la historia, no obstante, no había entrado en el libro de Theodore Smith. Le pregunté por qué.

«No se la conté... Quería hacerlo, la verdad, pero, cuando llegó el momento, no quise que nadie la recordara así».

Entonces ¿por qué me lo dijo a mí?

Marion me miró a los ojos y aguantó el contacto visual un instante; luego se encogió de hombros o algo parecido y apartó la mirada.

«Tenía una obsesión insana con estar sola —prosiguió mientras se comía poco a poco las esferas perfectas de helado, sin mezclar los sabores—. A veces pasaba tanto tiempo sola que olvidaba cómo estar en compañía. Por eso no podía evitar ser tan intensa con el amor. ¿No te parece? ¿Verdad que sí?».

No podía añadir nada.

«Yo no quería divorciarme, pero no me dejó más opción. No quería que la ayudaran. No estaba bien y yo era demasiado joven para cuidar a alguien así. Es bastante triste todo esto».

Hasta ese momento, nunca se me había ocurrido localizar los documentos de su divorcio, pero eso mismo hice una semana después. Aunque siempre había creído que fue X la que se divorció de Marion (como había escrito en el diario), parece que fue al contrario.

Durante un rato, observé a Marion marear por el platillo vacío la guinda al marrasquino.

«Odio las guindas», dijo, y dejó caer la cuchara sobre el cristal.

En la acera, ya fuera del restaurante, Marion se despidió con un abrazo. Sabía que era un gesto sincero, algo que la gente que está a gusto con la vida suele hacer hacia los demás, pero yo di un respingo. Justo antes de despedirnos, me preguntó: *¿Tú aún sientes que controla tu vida?*

La grabadora ya no estaba encendida. Marion me miraba directamente a los ojos. No supe qué responder.

Aún dejas que te controle, dijo Marion, contestándose ella misma, *pero no era más que una mujer*.

No, no es eso, repliqué.

¿No a que no era más que una mujer o a que ya no te controla?

Negué con la cabeza mientras ella se alejaba; no me miraba a mí, sino al cielo.

Veinte años, dijo.

Yo tampoco añadí nada. Meses después, mientras transcribía la cinta, me di cuenta de que habíamos quedado el día exacto de su aniversario de boda.

Se metió en la limusina que la había esperado fuera y, mientras me marchaba, aún sentía en la espalda dónde habían estado sus brazos.

Schuster

Después del divorcio, parece que X tuvo que estar medio muerta para seguir viva. Todo lo que hacía resultaba deslucido, vacío —los cuadros, los dibujos, las esculturas, las ideas para trabajos posteriores—. *Una escultura de un relicario sin nada en su interior. Una obra silenciosa, sin música, sin personajes; el público con los ojos vendados, se les dice que es ahí. Una habitación hecha de espejos, no se le permite a nadie verla.*[184] En las fotografías, su mirada fulminante es severa. En los diarios, nada en el pesimismo y la mundanidad.

En abril de 1985, X envió el manuscrito para *La desaparición* a Tim Holt. El editor llevaba años esperando tener noticias suyas, pero el nuevo libro le pareció harto difícil; el narrador, desagradable, el tono un poco sensiblero. «Puede que esperara una especie de secuela —explicó en una carta de rechazo—, siendo que la otra era la de *La razón por la que me he perdido* y esta llevaba *La desaparición* por título. Creo que descolocará un poco a la gente que ha leído a Clyde Hill. Lo siento mucho, pero no puedo ofrecerte un contrato por esta obra en concreto, aunque te deseo mucha suerte con ella y espero con los brazos abiertos lo próximo que tengas».[185]

X hizo pedazos la carta, los volvió a meter en el sobre y la guardó para la posteridad. Parece ser que nunca volvió a dirigirle la palabra a Holt. En una entrevista, X decía que estaba harta de los libros: «Lo que me molesta de la escritura es que yo estoy aquí y la página está allí».[186]

Su guion, *El juego del coma*, estaba previsto para pasar a fase de producción a finales de 1985, pero el divorcio de Marion y ella provocó que Winthrop Parker abandonase el proyecto y lo dejara en un limbo financiero que X no tuvo interés en resolver. En cambio, dirigió su atención a crear la serie de obras de arte menos exitosa que tuvo (y, francamente, la peor): *Puñalada en la pierna*, varias encáusticas, dibujos técnicos y esculturas de cera y hormigón. A partir del éxito y el impacto de *El sujeto humano*, habían seleccionado a X como una de las protagonistas de la serie documental de la cadena pública *Art20*, retratos de una hora a artistas de la contemporaneidad que se decía que «estaban definiendo el siglo XX». En una parte de la entrevista, la presentadora de *Art20* pasea con X por su estudio mientras observan las obras en las que está trabajando.

«Aquí, ¿de quién es el muslo que recibe la puñalada?», pregunta la

presentadora.

«De esta», contesta X, señalando uno de los dibujos.

«Lo digo... en términos metafóricos. ¿Qué representa el muslo como metáfora?».

«No es una metáfora —contesta X casi en un susurro, clavando la vista en el suelo—. Es parte de una pierna».[187]

«Su técnica de delineado nunca fue muy buena —me había dicho Ginny Greene cuando revisamos las imágenes de *Puñalada* durante nuestra entrevista—, así que los dibujos eran imprecisos, incluso anatómicamente incorrectos. Huelga decir que en eso no estábamos de acuerdo. X insistía en que era su estilo, que los errores eran intencionales, que había aprendido a dibujar estudiando el clásico manual de *Anatomía de Gray*, pero, en realidad, no era más que vagancia... Las pinturas eran un poco mejores y las esculturas, probablemente, lo mejor de la serie, aunque yo no diría que me gustase ninguna en particular».[188]

Es cierto que X nunca cursó estudios formales de artes visuales y su técnica de dibujo era bastante pueril, y no de forma intencionada. Se vendieron todas las piezas —en aquella época, las obras de X eran una buena inversión, incluso aunque costaran de mirar—, pero las reseñas fueron atroces todas, sin excepción.

«Me da igual si nadie lo entiende —repetía X en casi todas las entrevistas que dio por aquel entonces—. No pierdo mi tiempo esperando la *comprensión* de nadie. Antes me muero».[189]

A finales de 1985, pasó un mes a solas en una cabaña en el Vermont rural, luego dos semanas en Japón, aunque no hizo fotografías y solo tomó unas cuantas notas, y no se llevó nada al volver a casa. La única postal que parece que envió desde Tokio fue a sí misma: «No entiendo por qué emprendí este viaje, salvo por la esperanza de que hay algo bueno en ser tan infeliz, como si agotara mi gran cuota de infelicidad + solo quedara la alegría».[190]

De esa parte de su vida, lo único vívido son un puñado de cartas de un científico llamado Alfred Schuster y copias de algunas de las respuestas que ella le envió. No está claro cómo se conocieron, aunque parece que fue a principios de 1986; él se mudó a Nueva York en otoño de 1985 para incorporarse al Departamento de Neurología de la Universidad de Columbia. En las cartas no hay referencias a su vida cotidiana, ni del uno ni de la otra, su contenido es sobre todo filosófico y abstracto y, aunque hay un aprecio palpable en el tono, nunca son abiertamente románticas. A veces parecen bregar para decirse algo: «Esta no es la carta que quería escribirte —le puso X en la novena página de una carta de catorce páginas—. Es demasiado

opaco, no viene al caso, y sin embargo parece que soy incapaz de atreverme a nada, de decir nada salvo las cosas que no son las que debería decir».[191]

En uno de sus mensajes, Schuster parece referirse a ellos dos en tercera persona: «Por voluntad propia o a tenor de un accidente que ha sido elegido para ellos, se sumergen con lucidez y sin quejas en un elemento recriminatorio, ignominioso, como ese al que el amor, cuando es hondo, arroja a los seres humanos. El juego erótico revela un mundo innominado que se evidencia con el lenguaje nocturno de los amantes. Se susurra al oído por la noche con voz ronca. Al amanecer se ha olvidado».[192]



Alfred Schuster.
Cortesía de los Tejchman Brothers.
Retrato de Alfred Schuster, colección de fotos de CML 3, objeto 32, AX.

Me costó varios meses localizar a Alfred Schuster. Llevaba años viviendo en Finlandia y, aunque hablé brevemente con él por teléfono a finales de 2002, insistió en que mejor le escribiera y, aun cuando le mandé varias cartas que detallaban todas las cuestiones que quería que abordara, solo me contestó con una misiva breve.

«No sé muy bien qué sacar de aquella época —empezaba la carta—. Ella y yo no estábamos hechos para la vida del otro. Con los años, a veces me he preguntado si fue todo un error, aunque no llego a decidirme sobre si el error fue conocerla en persona o dejarla. La mayoría de los asuntos personales tienen una conclusión emocional cuando ha pasado el suficiente tiempo, pero, en este caso, el tiempo no me ha revelado nada. Aún tengo el hematoma».[193]

Volví a intentar llamarlo y volvió a esquivar mis llamadas, su secretaria estuvo tomando recado mensaje tras mensaje durante un

año hasta que se hartó tanto de la situación que irrumpió en el despacho de Schuster una tarde de enero de 2004 para insistirle en que pusiera fin a mis llamadas.

De malos modos, Schuster me dijo que eso era todo, que no me iba a dar nada más, que estaba muy ocupado, que tenía cosas más importantes que hacer —importantísimas— y que no soportaba a la gente que quería habitar el pasado, porque el pasado no existía, y solo las personas insensatas intentaban regresar a él.

Le pedí, de manera bastante directa, que me dijera qué había ocurrido entre ellos dos.

Me contó que la conoció en la calle Veintitrés Oeste en febrero de 1986, que iba andando hacia su casa cuando ella apareció a su lado y empezó a hablarle como si estuvieran continuando una conversación.

«No sé muy bien por qué, pero no cuestioné la situación. No sé explicarlo. Sentía que ya la conocía. No es racional, pero es lo que sentí, vaya usted a saber por qué. Es como si ya nos conociésemos». [194]

Aquel día estuvieron hablando muchas horas —primero en persona y más tarde por teléfono— e iniciaron una correspondencia diaria. Durante el resto de aquel año y parte del siguiente, se fueron encontrando por la ciudad sin haberse buscado. Varias veces, o eso decía Schuster, salió a pasear con un rumbo azaroso, entraba en una estación de metro que nunca antes había pisado, subía en uno de los vagones y se topaba con X. Era plenamente consciente de que aquello parecía imposible, pero me insistía en que no exageraba, que no era el tipo de hombre que va contando historias.

«Era como si hubiese una fuerza entre nosotros que desafiara toda explicación, que desafiara el caos —añadió—. Yo no soy de los que creen en esas cosas, pero parecía que nada nos podía separar. Seguíamos cruzándonos por la ciudad y, cada vez, cuando nos encontrábamos, continuábamos la conversación por donde la habíamos dejado. El tiempo parecía avanzar de otra manera… Como si hubiera un segundo tiempo presente entre nosotros. Nunca he vuelto a sentir tanta naturalidad con nadie. —Ahí hizo una larga pausa y luego retomó—: Mire, para mí, la mayoría de la gente, en realidad todo el mundo, carece de sentido. Ahora tengo mujer, y un hijo, y los quiero, pero no diría que soy natural con ellos, mucho menos con el chico. Mi mujer y él conocen este rasgo mío, mi falta de naturalidad, pero con ella yo era otra persona… Durante un breve espacio de tiempo yo fui, en fin, no sé, natural. Estaba a gusto. Y lo que ahora tengo clarísimo es que se me concedió la oportunidad de unir mi vida por completo a la suya y que no la aproveché».

La última vez que Schuster vio a X estaba ingresada en un hospital de Manhattan, en marzo de 1987. Le había reventado el apéndice e

iba a pasar por quirófano; le había dado a la enfermera el nombre y el teléfono de Schuster como contacto de emergencia. Y él, aunque tenía un vuelo a Bélgica al cabo de unas horas, fue al hospital, maleta en mano. Estaba allí cuando X despertó de la anestesia y ella le pidió de inmediato que se mudara a su casa.

La vida no es tan larga, dijo X. *Solo lo parece.*

«Cuando me preguntó si quería que viviésemos juntos, yo dudé, en realidad nunca llegué a contestarle. Y me fui a Amberes. No nos separamos de manera oficial —me contó Schuster por teléfono—. En aquel momento, no llegué a entender que lo estábamos dejando, que yo tenía que tomar una decisión. Después de aquello, seguimos cruzándonos. Daba la sensación de que algo había entre los dos, pero nunca se verbalizaba: algo en potencia que nunca se materializaba. Nunca dejé de sentirme cercano a ella».

No sé a qué se refería Schuster con lo de «cruzándonos», si acaso sus caminos se cruzaron mientras yo estaba con ella. Mi mujer nunca me habló de Schuster y yo fui incapaz de pedirle a aquel hombre que me diera más detalles.

«Creo que el mundo, todas sus partes, es totalmente lógico, pero que en una vida no hay tiempo suficiente para encontrarle explicación a todo, ¿me entiende? —me preguntó—. Nos toca vivir con las explicaciones que tenemos y respetar las ausencias de quienes están ausentes».

Unas semanas después de que X viera a Schuster por última vez, ella le mandó una postal a Marion y sacó una polaroid antes de meterla en el buzón:

> La creencia no es nada hasta que se somete a presión. Una persona puede creer en algo y tenerle apego emocional a esa idea durante mucho tiempo antes de ponerla a prueba. Lo mismo se aplica a las promesas y las aspiraciones. Las promesas se hacen cuando parecen fáciles de cumplir. Con las aspiraciones, lo mismo. Pocas personas se comprometen a nada que parezca imposible. Y aun así tantas creencias y objetivos resultan imposibles. Somos, no sé cómo, dobles dentro de nosotros mismos y, por ende, no creemos en lo que creemos ni podemos librarnos de lo que condenamos.

La última frase es de Montaigne, pero no lo cita.

El juego del coma

Una tarde volví al chalet y me encontré una voz inesperada en el contestador: *Querida, creo que es hora de que resolvamos el asunto de su ropa. Hay varias prendas de principios de los setenta que tenían un significado importante para nosotros dos... Quedemos en el loft mañana y lo repasamos todo. A las tres de la tarde mejor.*

Oleg Hall. Casi me dio pena, pero, por mucha pena que me diera, no iba a acatar sus órdenes. En nuestra última entrevista, ya me sacó el tema, pero lo evité, y cortó todo contacto conmigo durante más de un año.

En 1994, cuando X reescribió su testamento, dejó a Oleg completamente fuera; él no necesitaba el dinero y no era de fiar en cuestiones de legado, y mi mujer estaba segura de que «no se pondría sentimental con el resto de las cosas». Al enterarse de que había sido excluido, Oleg tuvo la dignidad de no hacer ningún comentario, pero ahora, años después, parecía que su paciencia había menguado. Seguía con los ojos clavados en el contestador, en silencio, en el chalet, cuando el teléfono volvió a sonar.

Dejé que saltara el contestador.

En realidad, no hace falta que lo hagamos en persona. Ya tengo una lista de lo que necesito que me envíen. Unos pantalones de Dior, de lino beis. Un vestido camisero color cerceta con estampado paisley que lleva un cinturón a juego. Un collar de coral, de vuelta muy larga, con sus pendientes. Un vestido de seda azul regio de Chanel. Un bolso blanco de cuentas. Todos los rubíes, si no te importa... Siguió hasta que la cinta lo cortó; luego volvió a llamar y yo volví a dejar que saltara el contestador; él retomó su lista y concluyó. *Bueno, pues eso, que lo mande tu ayudante. Tienes ayudante, ¿no? No me parece...*

Algo me empujó a levantar el teléfono. ¡Qué alegría volver a escuchar su voz después de que me jurara que no volvería a dirigirme la palabra!

«Bueno, agua pasada y esas cosas que se dicen».

Ya que estábamos, añadí, aún tenía unas cuantas preguntas que hacerle sobre X y Alfred Schuster.

«¡Ay, Alfred! ¡Ay! Estaban tan enamorados. Él era tan maravilloso, tan inteligente, tan guapo, un bombón, la verdad. De todos los pretendientes de X, de lejos, él fue el más atractivo. Todo el mundo lo pensaba, absolutamente to-do el mundo».

¿Y por qué no les fue bien?

«Una cuestión logística. Él tenía que estar no sé dónde, no me acuerdo. No fue falta de amor, eso te lo aseguro».

En cierto momento, Oleg quedó hipnotizado por el sonido de su propia voz. Siguió hablando sin pausa media hora, primero describió la intensidad del mal de amores que sufrió X por Alfred, luego cómo tradujo aquel dolor en el rodaje de *El juego del coma*, un guion que había caído en manos de un director al que Oleg conocía...

«Wim Wenders, ¿igual te suena? Y, bueno, cuando supe que era con Wim, supe que podía ceder el uso del ático para el rodaje. Era el escenario que X tenía en mente desde el principio y, por supuesto, todo el mundo quería trabajar con Wim, así que el casting fue fácil. Como productor ejecutivo, me acabé haciendo amigo de todos: Jane [Fonda], Christopher [Walken], Anjelica [Huston]. Pero una pena que X estuviera tan mal con lo de Alfred. No soportaba ni ver cómo rodaban; se encerraba en uno de los dormitorios y se negaba a salir. Un día, Jane fue a buscarla, llamó a la puerta, ya sabes que Jane es una mujer maravillosa, siempre preocupándose por todo el mundo, y recuerdo que le dijo: "Cariño, sal, ¿acaso a la tristeza no le encanta tener compañía?". Y X gritó: "A la tristeza no le encanta nada". Y aquello se convirtió en una broma durante parte del rodaje, a la tristeza no le encanta nada, pero hay personas encantadas con su tristeza. Estábamos filmando *El juego del coma*, pero la que estaba en coma era ella».

Los diarios y agendas de X de finales de 1987 y de principios de 1988 demuestran que no hizo mucho más que pasar tiempo sola, trabajando, aislada. Ante mis preguntas, Oleg Hall acostumbraba a decir que pasaba varias horas al día con ella y asegura que él leyó o vio antes que nadie cualquier cosa que ella hizo.[195]

«Oleg estuvo por aquí ayer —escribió X en un diario—, y me animó a volver a escribir libros porque yo me quejaba de que no me gusta quien soy. Me dijo: "Para escribir tienes que permitirte ser la persona que no quieres ser (entre todas las personas que eres)". Creo que prefiero pintar».[196]

X volvió a pintar en aquella época, sobre todo estuvo trabajando en la serie titulada *Los trípticos de la amnesia*, unas obras que combinaban diversos medios y que no se cuentan entre sus mejores creaciones, pero que se volvieron de las más famosas después de que Ginny Green vendiera los derechos de reproducción a una empresa de carteles. Durante la década de los noventa, los pósters de *Los trípticos de la amnesia* llenaron paredes de residencias estudiantiles y tiendas de cannabis, algo que enfureció tanto a X que casi despidió a Green.

Aunque hubo épocas en las que X mandaba varias cartas al día, a finales de los ochenta lo que más escribía eran tarjetas para declinar su asistencia. Casi siempre repetía su excusa por defecto —*Un compromiso inamovible me impide acudir*— o no daba ninguna. Pocas aportan detalles, por ejemplo, la carta que escribió para declinar una invitación a la boda de una mujer con la que se acostó una vez:

> Mi queridísima Lissette:
>
> Como ambas sabemos, una boda es una manera que tienen los vivos de acudir a su funeral y, como es probable que no esté por aquí para asistir al segundo, es una pena que tenga que perderme este, las pompas fúnebres de tu primer matrimonio. ¡Qué desgracia, querida Lissette! ¡Hay tanto festejo en el castigo! ¡Me debería haber gustado verte antes de que te volvieses improbable! Por favor, recuerda que nadie te querrá jamás apasionadamente por ser *maja*.[197]

Cuando se estrenó en Cannes *El juego del coma* en 1988, el público estaba dividido. Por lo general, consideraron que las interpretaciones lo bordaban, pero la crítica apuntó que el estilo de escritura era, bien una genialidad, bien estaba un poco pasado de rosca. Mucha gente no supo determinar si el final abierto y desolador era una debilidad o un punto fuerte de la película, pero todo el mundo estuvo de acuerdo en que Christopher Walken, a sus cuarenta y cuatro años, era una opción de casting extraña para interpretar a un hombre de veintimuchos. Wenders había intentado convencer a X de escoger a un actor más joven, pero ella se había negado.

Walken tiene un espíritu joven, dijo X, *y me gusta su cara. Es la cara que ves cuando cierras los ojos y piensas en una cara.*

Incluso a los actores y las actrices —Huston, Fonda y Walken— les costaba hablar de la película sin dejar entrever su recelo sobre las extrañas decisiones de montaje. «En un banquete reciente, cuando le pregunté qué opinaba de la película —escribió una cronista de sociedad que se había sentado junto a Anjelica Huston—, ella se limitó a envolverse la cabeza con una servilleta».[198]

Aunque nunca escribió nada al respecto en sus documentos y diarios, y se cuidó de no hablar jamás de la película en público, X me dijo en diversas ocasiones que *El juego del coma* había sido un fracaso, que nunca debió hacer esa película. Pero su confianza en las capacidades actorales de Christopher Walken persistieron; lo convenció para que interpretara el papel de Blanche DuBois en una producción teatral de *Un tranvía llamado deseo* que dirigió en el St. Anns Warehouse de Brooklyn en febrero de 1989. El montaje, una colaboración con la compañía Wooster Group, invertía los géneros del texto de Tennessee Williams; no es que los actores actuaran travestidos, sino que se reescribió el sexo de cada personaje.

La producción estuvo maldita desde el inicio. Durante los ensayos,

el teatro se incendió en un par de ocasiones. Zia Anger, que hacía de Stanley, tuvo dos accidentes en su trabajo de día como taxista —uno con un conductor borracho que se dio a la fuga y el segundo cuando la tapa de una alcantarilla explotó bajo su coche—. Casi todas las personas implicadas en la obra lamentaron la muerte de un familiar cercano. Un grupo de teóricos de la conspiración que creían que Walken era el responsable de la muerte de Natalie Wood inició una agresiva campaña de acoso y derribo. Hubo un tornado en Brooklyn, algo inusual, y un árbol atravesó la ventana del piso del director de escena. Aunque otros teatros mostraron mucho interés en programar la obra, nadie del elenco o del personal técnico tuvo interés alguno en seguir adelante. Al principio hacían la broma de que el fantasma de Tennessee Williams no estaba de acuerdo con el cambio de género, pero la teoría dejó de hacer gracia a medida que se acumularon los traumas.

Los trípticos de la amnesia se exhibieron en Quarry en la primavera de 1989; la primera exposición desde la criticadísima *Puñalada en la pierna*. «Una cierta pesadumbre parece que se ha apoderado de X tanto en lo personal como en lo artístico —rezaba una crítica—. Sin duda, podemos dar por sentado que a X le gustaría olvidar los últimos años y ahora tenemos su obra más reciente, *Los trípticos de la amnesia*. Están bien, supongo, evocativos y espeluznantes, pero yo cambiaría la exposición entera por un solo fotograma de *La cinta azul*, por ejemplo, o incluso por una única página de su novela menos lograda».[199]

«¿Alguna vez te ha parecido raro lo rápido que acabasteis juntas?», me preguntó Oleg.[200]

Se había puesto el sol y yo estaba en la cocina, a oscuras. Llevaba una hora al teléfono escuchando su monólogo. Le dije que no sabía a qué se refería.

«Ella estaba en horas bajas, creativa y emocionalmente, eso lo sabes, ¿no? ¿O eres una de esas necias que pensaron que *Los trípticos de la amnesia* era buena?».

No le contesté y Oleg siguió hablando un rato antes de que pareciera recordar cuál era el motivo de su llamada.

«Espero las cosas mañana —dijo—. Si no estoy, déjaselas al portero y ya me las subirá él».

Era fácil imaginarse a Oleg cubriendo su casa con la ropa de X para tener la sensación de que seguía por allí, que quizá solo había salido a comprar piña o un paquete de tabaco y que volvería pronto y se pondría ese collar, esos pantalones. Pero, obviamente, yo no pensaba darle nada y por el momento tenía una excusa ideal: la comisaria Julie Ault estaba organizando una exposición de los disfraces y la ropa de X;

lo tenía todo ella. Mi único error fue dar el nombre de Julie, que se convirtió en el blanco de Oleg; la llamaba varias veces al día, primero para ofrecerse como voluntario experto en el armario de X (servicios que ella rechazó) y luego para insistir en que lo nombraran comisario adjunto de la exposición, ya que había sido él quien la había vestido durante muchos años. No le concedieron semejante honor. Disculpas a Julie.

Un mal año, un buen año

Cuando me mudé al loft de X en junio de 1989, daba la sensación de estar vacío, como si hubiesen entrado a robar —clavos sin cuadros en la pared, escasos muebles—, aunque no pregunté por qué. Pasábamos casi todo el tiempo en casa, sobre todo aquel primer verano cuando las olas de calor convirtieron la ciudad en un infierno. Cuando nos aventurábamos a salir a la calle, ya de noche, todo parecía estar bajo el embrujo de X —entrada privada a museos vacíos, restaurantes a los que accedíamos por puertas ocultas, taxis que aparecían cuando los necesitábamos como si ella los conjurase—. En casa me leía mientras yo me daba un baño. Ella tocaba el piano y yo cantaba. Muchas noches proyectaba películas para nosotras —clásicos que yo no había visto, *nouvelle vague*, romances italianos, Hitchcock y a veces películas nuevas—, bobinas que llegaban en grandes cajas de estudios o directores. En una ocasión me contó que hacía mucho tiempo había trabajado de proyeccionista, pero, cuando le pregunté dónde o cuándo, no me lo dijo. Tenía la costumbre de dejar esas preguntas sin respuesta; yo no se las volvía a hacer.

Octubre de 1989 —la primera de sus desapariciones, cuando se esfumó mientras hacíamos espaguetis— fue la primera vez que nos separamos durante más de unas horas. Cuando me dijo que tendría que tolerar sus salidas repentinas, me aconsejó que me buscara un proyecto o una obra para absorber o desviar mi preocupación; al recordar su sugerencia, llamé a mi antiguo redactor jefe del periódico. Le dije que cubriría cualquier historia que nadie quisiera; así acabé en la zona residencial de Nueva Jersey siguiendo el caso de unos extraños asesinatos. Habían hallado muertos a dos hombres y a una mujer en sus respectivos vehículos la misma noche. Por la tarde, yo ya estaba allí, cubriendo la noticia con el brío de una recién graduada llena de idealismo, alguien que no entendiese ni su presente ni su futuro.

En los siguientes dos días, a través de una red de detalles demasiado compleja para desplegarla aquí, conseguí relacionar los asesinatos con otras siete muertes sin resolver de los últimos tres años.[201] Todas las víctimas habían pertenecido a una organización llamada Grupo de Refinamiento que se dedicaba a organizar diversos «seminarios impulsores de la carrera profesional» llamados FOA (Formación Ocupacional Avanzada); también coordinaba un «grupo de mujeres» llamado HXWZM (pronunciado *hex-whim*, véase «capricho de bruja»

en inglés). Aunque lo único que me habían pedido era un artículo corto, decidí unirme al Grupo de Refinamiento bajo una identidad falsa —Brielle Leroy, una joven ejecutiva del mundo de la publicidad frustrada con el estancamiento de su carrera—. A estas alturas, las historias de terror del HXWZM son de dominio público —el chantaje sexual, las violaciones, la explotación de menores— y Reif Kanette y sus cohorte de seguidoras llevan tiempo en prisión.

Antes de ese reportaje, había sido periodista de sucesos, pero en un sentido totalmente modesto; había escrito sobre cosas que ya habían sucedido, había mantenido conversaciones breves con policías y había transcrito sus declaraciones. Aunque hasta entonces había preferido que mi nombre no apareciera en el periódico, esta historia me llenó, durante un tiempo, de una ambición febril. X volvió el día en el que recibí las primeras pruebas del artículo.

Podrían haberte matado, me dijo mientras lo leía.

Aún están a tiempo, contesté. Sonreímos.

Antes de que se publicara el reportaje, el periódico trasladó mis hallazgos al FBI, enseguida puso bajo custodia a Reif Kanette y a otros implicados. Para sorpresa de nadie, Kanette ya tenía antecedentes; lo acusaron de trata de blancas, violación, homicidio imprudente, suplantación de identidad, cinco delitos de confabulación para cometer un asesinato y fraude fiscal.

Tras la publicación del artículo, llegaron cientos de quejas y amenazas de miembros del Grupo de Refinamiento que seguían siendo fieles a Kanette. X y yo estuvimos viviendo en un hotel durante casi un mes mientras investigaban las amenazas. Aquellas semanas fueron de las más felices que recuerdo, a pesar de que mi vida estaba en peligro o quizá justo por eso. X y yo pedíamos *banana splits* al servicio de habitaciones y dejábamos que las tardes se fuesen flotando junto a la piscina de la azotea.

Fue por aquel entonces cuando conocí a Oleg Hall. X se había jactado delante de él de mi artículo y los consiguientes arrestos. Cuando Oleg se refirió a mi trabajo como «relato corto», lo corregí y le expliqué que era una pieza de no ficción, profusamente investigada, no algo que me hubiese inventado. Era todo *verdad*.

Ah, querida, creemos en un concepto abstracto de verdad, ¿no es así?, me dijo.

Las pocas veces que me pasé por la redacción del periódico me sentí incómoda con las felicitaciones de mis antiguos colegas. En sus ojos veía lo que pensaban: *No imaginaba que lo llevaras dentro*. Yo tampoco. Tiempo después, cuando el artículo me valió un Pulitzer a mejor reportaje de investigación, el respeto de mis pares se volvió más

hondo, más complejo, más enrevesado. Yo, sobre todo, me sentía avergonzada, luego me daba vergüenza sentir vergüenza, y más vergüenza, exponencialmente más vergüenza. No era más que un gran malentendido, pensaba. Yo no era reportera de verdad; fue un simple accidente: suerte y estar en el lugar y el momento adecuados. Cuando le confesé a X esta angustia que tenía, me sorprendió dándome un bofetón.

No vas a pensar así. No te permitiré que pienses así.

En retrospectiva, es obvio que aquello tuvo que cambiarnos, nos empujó por una puerta de las que solo sirven para entrar —le había pegado a su mujer y yo estaba casada con una mujer que me había pegado—, pero interpreté aquel acto como una iniciación a una cámara escondida de su cariño y atención. Si no hubiese estado tan cautivada, no habría visto mucha diferencia entre aquel bofetón y el maltrato que había sufrido mi madre a manos de mi padre. Pero no hay nada más humano que caer presa de los deseos que se nos han ido de las manos. La deseaba más allá de lo racional, más allá de la autoprotección, más allá del sentido común, y es tan difícil llamar a eso amor desde lejos como no llamarlo amor cuando lo vives desde dentro.

En todo caso, funcionó. Jamás volví a pensar así.

Unas pocas semanas después de marcharnos del hotel y volver al loft, empezamos a aceptar invitaciones a actos sociales que llevábamos meses postergando. Estábamos en 1990 y era emocionante, aunque en ocasiones agotador, estar a su lado en todas partes. Nunca he sido muy de salir de noche, pero, en plena velada, en medio de la multitud, a veces me parecía que X se transformaba.

Una noche en marzo de aquel año, después de una inauguración en Quarry y una cena que Ginny había organizado en honor de la artista, me fui a casa sin mi mujer. Los asistentes me habían parecido impenetrables y aburridos, aunque X estaba mucho más animada de lo habitual. En cierto momento, me di cuenta de que probablemente se había metido cocaína, algo a lo que ella sabía que yo no le daba. X se había metido todo tipo de drogas y nunca se había enganchado, así que, por no querer estropear las cosas con quejas o suspicacias, pensé: Bueno, pues que se meta las rayas que quiera. Que se quede por ahí.

Tengo la memoria borrosa sobre los acontecimientos concretos de los días posteriores, pero recuerdo que no volvió a casa hasta casi las ocho del día siguiente. Me dijo que se había metido MDMA y una especie de anfetamina además de la coca, y, aunque la combinación parecía peligrosa, su actitud era notablemente serena. Hablaba un poco más rápido de lo normal, pero, por lo demás, no detecté ninguna

diferencia. Nunca me habían interesado las drogas —igual que no me gustaba trasnochar o sentir que perdía el control—, pero estaba convencidísima de que X sabía cuidarse sola. Aquella juerga en particular siguió un par de días; luego volvió a casa, durmió una noche entera y parecía del todo recuperada. No supe qué pensar, así que no pensé nada.

Unas semanas más tarde, un joven llamado Khash se pasó a tomar el té. X nunca me había hablado de él, pero, por lo visto, era un acólito de mi mujer. Con tono reverente, me contó que estar bajo el ala de X le había cambiado en lo más hondo. Había venido a casa a darle un ejemplar de galeradas de su primer libro —un poemario—; se lo había dedicado a ella.

El libro se titulaba *Nunca*. X lo miró, lo sostuvo a un brazo de distancia del cuerpo, luego frunció el ceño y lo tiró a la papelera. Khash no se movió del sitio, humillado, con aire dolido, pero no sorprendido.

Khash, ¿por qué crees que he tenido que tirar tu libro a la basura?, le preguntó.

Él contestó que no lo sabía.

Había tirado el libro, explicó X, porque el título —*Nunca*— era una palabra que Khash no estaba cualificado para utilizar; era incapaz de entender su significado. Mientras él se disculpaba, sin querer se le cayó una taza de té y, cuando volví con un trapo, ya estaba recogiendo sus cosas entre gritos de X. Se fue rápido hacia la puerta, la cerró con cuidado y desapareció. No tenía ni idea de qué hacer, más allá de recoger las trizas, secar el desastre y dejarlo todo por decir.

Fue más o menos por aquella época cuando X concedió una entrevista en la radio, que ahora es bastante conocida, durante la que hizo varias declaraciones incendiarias.

«Creo firmemente en el fascismo —le dijo a Brian Lehrer en la WNYC—. Necesitamos una tiranía dictatorial de derechas. Y, francamente, ya mismo».[202]

Aunque la cita se sacó de contexto, el contexto tampoco hubiese ayudado mucho; mientras oía el programa, recordé que la noche anterior X me había dicho que se había cansado de su vida, y quería irse a alguna parte, empezar de cero, puede que aprender un oficio, fontanería o carpintería, y dejar toda esa mierda del arte. Pensé que lo decía de broma, pero luego pareció que igual no teníamos alternativa, que pronto la expulsarían de Manhattan por vía férrea.

Quienes vivieron los inicios de los noventa en Norteamérica quizá no necesiten que les detalle por qué hacer apología del fascismo era tan conflictivo. Estábamos al principio del primer mandato del presidente Bernie Sanders, periodo en el que intentaba deshacer el daño de la política económica de Ann Hoyne, que había aumentado

las diferencias salariales. El país seguía lamiéndose las heridas tras una amarga campaña electoral, ya que el principal oponente de Sanders había sido Jesse Jackson, el primer candidato negro a la presidencia, la apuesta del Partido del Crecimiento, que confiaba en su carisma para remontar la falta de popularidad de la que gozaba el partido tras la estela de la administración cuasidictatorial de Hoyne. Hubo muchas sospechas —que más tarde se confirmaron— de que parte de la victoria de Sanders fue gracias a que un contingente de supremacistas blancos del Partido del Crecimiento se puso en contra de su candidato; casi un millón de crecimientistas optó por el voto de castigo. (Sanders nombró a Jackson secretario de Estado para condenar el racismo que lo había beneficiado, a pesar del conservadurismo de su oponente, que entraba en conflicto directo con las políticas del Partido Goldman). Que X defendiera el fascismo era echarle gasolina al fuego.

«No lo ha dicho en serio», contestó Lehrer, horrorizado, esperando que acabara el chiste.

«Sí, claro que sí, de verdad. El Territorio del Norte se va a caer a pedazos con Sanders, ya lo verá. Y entonces desearía haber tenido una dictadura. Cuando todo se vaya a la mierda y los supremacistas blancos tomen el control, deseará haber vivido bajo una tiranía. La democracia es buena si la gente puede hacerla buena, pero somos un país de idiotas, ¿no le parece?».

«No, no me lo parece», contestó Lehrer.

«Eso es porque usted también es idiota».

Las librerías y las bibliotecas retiraron las obras de X de sus estanterías. *El juego del coma*, que acababa de salir en vídeo, también se retiró de circulación. Ginny emitió un comunicado para decir que en Quarry no aprobaban las declaraciones de X, pero que creían en la libertad de expresión y seguirían representándola. (Hubo muchos actos vandálicos contra el edificio de la galería). David Bowie dijo que sus comentarios eran una desgracia y que le daba vergüenza. Cesaron las invitaciones a actos sociales; cesaron nuestras salidas.

Durante unos días, dejé el teléfono descolgado y no nos aventuramos fuera del loft. Intenté abordar el tema, pero X no quería hablar del asunto salvo para quejarse de que era todo una ridiculez supina. «En cierto momento, la parte moderna de la ciudad empezó a tener la piel muy fina», escribió en sus diarios.[203] Le dio por encerrarse en su estudio, meterse speed y dejar un montón de tubos de pintura y cubetas llenas en la puerta cada pocos días. Apenas la vi durante semanas; luego, una noche salió corriendo del estudio, por la puerta de casa, bajó las escaleras y salió a la calle, sin dejar de correr.

La seguí unas cuantas manzanas, pero ella era mucho más rápida. Volví a casa y estuve esperando unas cuantas horas hasta que me quedé dormida junto a la puerta.

Amanecía cuando llegó, toda sucia, la ropa hecha jirones, un tajo en la frente. Se había encaramado al techo de un vagón de la línea M mientras cruzaba el puente de Williamsburg, me contó, como si me estuviera hablando de un recado semanal. Se preparó un baño, se metió en la bañera y me pidió que le leyese, y eso hice. El agua estaba oscura y fría cuando la convencí para que se fuera a la cama.

A finales de mayo, me desperté de una siesta y me encontré a X observándome.

Nos vamos, me dijo mientras tiraba de mí.

No pregunté a dónde íbamos. Por aquel entonces, ya había aprendido a no preguntar. Media hora más tarde estábamos en el juzgado, haciendo cola para abrir un expediente matrimonial, no me pregunté si iba colocada, aunque seguramente así era. Yo había cruzado un límite, supongo, y todo lo que antes me resultaba extraño ya no me lo parecía.

Para el expediente tuvimos que escribir los nombres de nuestros cónyuges anteriores, yo puse el de Henry junto a nuestras fechas de boda y divorcio. La compresión burocrática de aquella vida parecía tan extraña como si estuviera escrita en un idioma que yo ya no sabía hablar.

X escribió el nombre de Marion Parker, como cabía esperar, pero luego añadió otro —la fecha de la boda y del divorcio separadas por unos pocos meses—. De nuevo, no cuestioné la existencia de esa segunda mujer, ni me permití leer su nombre; sentí que X tendría sus buenas razones para no habérmela mencionado y, aunque siempre supe que fui su tercera esposa, pensaba en mí misma como en la segunda.

A finales de julio de 1990, X había terminado *Los mártires drogados* —retratos frenéticos de varios mártires a lo largo de los milenios—. (Al final acabó por odiar la serie y se refería a las obras como los *plagios amateur de Klimt*). Cuando se inauguró la exposición en diciembre, la reputación de X parecía haber sobrevivido tras disculparse en otra entrevista. «Creo que iba un poco puesta de coca —explicó—. También… caí en la trampa de la magia negra del capitalismo… Me desorientó por completo. Fue una etapa terrible, horrorosa… Me sorprende muchísimo haber conseguido sobrevivir a esa época».[204]

Casarse conmigo, me decía yo a mí misma, debió de ser el único aspecto luminoso de aquellos tiempos, y no otro error más en aquella racha. Esa fue la primera de muchas veces que X hizo una declaración pública sobre algo antes de decírmelo a mí en privado. Nunca se disculpó ni me explicó el comportamiento de aquel año, «puesta de coca». Cuando me encontré con esa entrevista durante mi investigación, la vi varias veces seguidas. Si no la hubiese querido tanto, la habría odiado.

«Me sentía acabada, una chatarra vacía y chamuscada —declaró en una entrevista con Ross McElwee—. Había demasiado ruido en mi cabeza, y me era imposible expulsarlo. Dondequiera que vaya, soy una artistucha de los setenta, una reliquia pop, una juntaletras de tiempos pasados, una jefa de Estado ficticia de un lugar que nadie conoce. Me encuentro en el abismo sin fondo del olvido cultural. Llámalo como quieras. No me lo puedo quitar de encima. Cuando emerjo de los bosques, la gente me ve venir. Siempre he sabido qué están pensando. Hay que conceder a las cosas la importancia que merecen».

Aunque llevó diarios a lo largo de toda la década de los noventa, muchas páginas están emborronadas con pintura al óleo y tinta. En una libreta, tiempo después, escribió: «Al revisar las páginas de aquel periodo, casi todo son registros de mi consumo de drogas y alcohol: cocaína, popper, éxtasis, alcohol, hierba, como si intentara matar algo o darle vida a algo de mi interior».[205] En la caja fuerte que tuve que forzar tras su muerte, entre otras páginas, carpetas, recortes de periódico y manuscritos sueltos, al fondo de una caja de puros llena de entradas de teatro y recibos y tarjetas de visita de antaño, encontré un trocito de cartulina con la fecha de nuestra boda y unas cuantas líneas: «Una lo empieza a comprender más tarde. La pena siempre llega tarde. A veces antes porque da señales anticipadas. Te busca de noche, te agujerea el cerebro y el estómago y las venas con dolor, heridas, se te apodera algo oscuro. Pero sigues sin saber qué es».[206]

Gente desconocida

En abril de 1992, X se esfumó durante tres semanas. Por aquel entonces, ya era normal, y yo sabía que lo mejor que podía hacer era mantenerme ocupada con algo, pero en aquel momento no había nada que me interesara y, cuando hice una ronda de llamadas buscando encargos, todo me sonó aburrido. Me obligué a pasar todo el tiempo posible fuera de casa para no regodearme en la espera de su regreso.

A veces me daba la sensación de que se me escurría la cordura —una repentina sensación paranoica de que había demasiada gente merodeando en cierta esquina, que había algún tipo de conspiración en marcha, que me estaban siguiendo, vigilando—. Una mañana reparé en un joven apoyado junto a un buzón fuera del edificio de casa; había tres mujeres haciendo corrillo compartiendo un cigarro y una anciana en una silla de ruedas; hubiese jurado que todos se volvieron enseguida a mirarme cuando salí a la calle, pero era imposible. ¿Me resultaban familiares? ¿O buscaba yo esa familiaridad?

Tenía mis motivos para no confiar en esos pálpitos. Cuando tenía quince años, mi madre me dijo que, si hubiese sido consciente de la cantidad de esquizofrenia que corría por la familia de mi padre, nunca se hubiese fugado con aquel cabrón. Aquello era su aviso a navegantes con respecto a los hombres —*Los salvajes parecen buena idea, pero nunca lo son*, me decía a menudo—. A mí, en cambio, me sirvió para preocuparme por las minas antipersona de locura que seguro que tenía enterradas dentro. De adolescente, escribí un diario con mucho esmero en el que exploraba todos mis pensamientos, los examinaba a ver si parecían de chiflada; un escrutinio que acabó siendo problemático. Aunque al final me quité aquella costumbre, mi capacidad para pasar horas escribiendo me llevó de la mano al periodismo; la mayoría de mis colegas pensaban que la sección de sucesos era el purgatorio, un lugar para expiar tus faltas, pero a mí me aliviaba no tener que ser yo el centro de la escritura.

Con todo esto lo que quiero decir es que, cuando pasé junto a las tres mujeres que compartían aquel cigarrillo junto a mi edificio, no pude evitar reparar en que sus susurros cesaron, y el hecho de haberme dado cuenta (o de creer que me había dado cuenta) me pareció el heraldo de una psicosis que avanzaba a hurtadillas. Al torcer la esquina, me dije a mí misma que estaba cuerda —solo un poco sola, un poco ociosa, nada más—, pero también me vino un

recuerdo algo lejano, la tarde en la que Henry y yo acabábamos de firmar los papeles del divorcio, cuando me dijo que estaba abandonando muchas cosas para estar con X, no solo mi matrimonio, sino mi independencia, mi privacidad y mi capacidad de ser racional y tomar mis propias decisiones.

Tiene mucho poder sobre ti, me dijo con una voz ni amable ni cruel. *A lo mejor no lo ve nadie más, pero yo sí. Te falta algo, hay algo tuyo que ha desaparecido.*

En aquel momento sentía que de lo que escapaba era del control de Henry, que lo que había desaparecido era el poder que *él* tenía sobre mí; le dije que no sabía a qué se estaba refiriendo. Nuestro matrimonio siempre había sido frágil, le expliqué, lo habíamos tratado como si fuese mucho más fuerte, puede que fuera una manera pasiva de ponerle fin.

Eso es lo que ella quiere que creas. Quiere que creas que me estás dejando por tu propia voluntad, pero entérate de lo que está pasando: te has puesto en sus manos. (De qué forma tan ridícula empleamos el lenguaje en instantes como ese; qué rotundas nuestras acusaciones; qué locuaces nuestros miedos).

No te preocupes por mí, por favor, le dije, sabiendo que no lo haría. Siempre había amado y odiado su capacidad para centrarse en lo necesario e inmediato; su falta de torpeza al experimentar una pasión verdadera, la calma con la que vivía su vida desapasionada.

Pero aquella mañana de 1992, mientras me daba un paseo por la ciudad intentando matar el tiempo, me vino a la cabeza que todo lo que había hecho desde que había conocido a X en 1989 había sido idea suya. Había sido ella la que me había animado a dejar mi trabajo; no necesitamos el dinero, me dijo, ya que ella ganaba tanto que no sabía ni en qué gastárselo, yo no debería echar a perder mi vida en un cubículo alquilando mi mente al poder corporativo de los medios cuando podía estar en casa, con ella, viviendo una vida real. Aunque me gustaba mucho mi trabajo, incluso el acto de ingresar mi modesto cheque en el banco, poco importó después de que X diagnosticara que el trabajo carecía de significado. Dimití aquel mismo día.

Y, a pesar de que los galardones y elogios que me valió la historia de HXWZM le impresionaron, insistió en que si la había escrito era porque no tenía ataduras, el trabajo de verdad solo surgía fuera de la prisión del empleo. Incluso después de que, a raíz del artículo, me ofrecieran un puesto lucrativo como colaboradora en una revista semanal, X se horrorizó hasta de que me lo hubiese planteado.

Tendrás que ir a la oficina, perder todo tu tiempo en reuniones y vivirás con un contador de palabras anual colgando sobre la cabeza. Tu vida ya no será tuya. No hay nada peor que eso, me dijo.

La idea de tener trabajo me había resultado atractiva, algo para

moldear los días alrededor de otra cosa que no fuera ella, pero seguí su consejo y lo rechacé. El redactor jefe me preguntó entonces si por lo menos aceptaría un encargo como autónoma; buscaba a alguien para hacer un reportaje sobre una red de trata de blancas en Bolivia. Cuando se lo conté a X, ella me dijo que sonaba a que me quedaba un poco grande. Puede que esa fuera la única vez que me dijera algo así; de inmediato, quise demostrarle que se equivocaba para volverla a impresionar. Unas semanas más tarde, en un estado de parálisis emocional en una habitación de hotel en La Paz, tuve demasiado miedo para hacer el reportaje. Me tocó volver con las manos vacías, le pagué de mi bolsillo a la revista los gastos que había generado. Tras aquel fracaso, ya no volvió a sonar el teléfono y me faltó confianza para buscar trabajo por mi cuenta. Me había convertido, por completo, en la esposa de X, su esposa en el sentido más arcaico de la palabra; yo me encargaba de gestionar todas sus citas, cocinaba, hacía la compra, limpiaba la casa, iba a los sitios a los que ella me decía que debía ir y hacía lo que ella pensaba que debía hacer. Cada vez que se esfumaba, yo me sentía inútil y confusa, no sabía qué hacer con tanto tiempo libre sin ella.

Pensaba en esto mientras paseaba por la calle a solas aquel día de 1992, cuando entré en un *diner*, intentando disipar aquella conspiranoia. No tenía nada de que preocuparme. Tenía una buena vida, una vida fácil, tenía suerte. Absolutamente nada iba mal. Mientras comía, tres mujeres se sentaron a mi lado en la barra; enseguida me di cuenta de que eran las mismas que habían compartido un cigarrillo a las puertas de mi edificio. Pedí la cuenta enseguida, dejé algo de propina y, temiendo que estuvieran siguiéndome, me apresuré hacia la puerta. Una mujer que llevaba uno de esos bulbosos sombreros de ala que estuvieron un tiempo de moda me puso la mano sobre el hombro al pasar.

Siento molestarla, pero me preguntaba si por casualidad conoce a una persona llamada Yarrow Hall, me dijo.

Las otras mujeres me daban la espalda.

Contesté que no podía ayudarla, me dio mucho menos miedo al mostrarse como una de esas fanáticas que creían que todos los personajes de X en los años setenta eran personas reales, me dio pena, me dio pena esa mujer, su obsesión, su estúpido sombrero.

Te conozco, gritó la señora mientras yo ya me iba. *Sé quién eres.*

Tampoco era de extrañar, ya que a esas personas tan obsesas también les sonaba mi cara. Me fui rápido de allí y bajé a buen ritmo por la calle Once, mirando por encima del hombro.

En el West Village había un parque de forma rara y de escaso mantenimiento que visitaba durante mis paseos y, en el interior, junto a un olmo, una imponente estatua de una divinidad marina llamada

Nehalennia. Era obra de una artista islandesa-americana, Herdis Hoernsdottir, y estaba dedicada a la memoria de su hermana, que había fallecido en un incendio en su piso en 1928. Nehalennia medía casi cinco metros y era de constitución robusta, con unas manos estrafalarias de lo grandes que eran. Más de una vez he visto a una criatura llorar al verla, pero, a mí, por alguna razón, siempre me calmaba. Cuando X y yo empezamos a salir, nos fascinó saber que pensábamos lo mismo de la estatua, aunque nunca había conocido a nadie más que se hubiese fijado en ella.



Fotografía hecha por la autora.
Suplemento de CML, carpeta 22, objeto 3, AX.

Y allí estaba yo plantada —nunca me sentaba en presencia de Nehalennia— cuando oí una voz detrás de mí, a poca distancia.

Yo la creí, lo sabes, tienes que saberlo, yo la creí, ¿qué iba a hacer si no?

La voz se quedó en silencio unos instantes. No me di la vuelta. La estatua seguía mirándome desde arriba. Me sentía tan protegida cuando estaba bajo su mirada. La voz volvió:

Tenía un nombre rarísimo, eso es verdad…

Fue entonces cuando me di cuenta de que era la voz de la mujer del sombrero y, si yo hubiese estado más fuerte, me habría marchado en ese mismo momento, habría salido corriendo o habría parado un taxi, pero, no sé muy bien por qué, me sentí cautiva. La mujer avanzó hasta colocarse a mi lado, hombro con hombro. No la miré.

Me contó que el último día de febrero de 1979, conoció por casualidad a Yarrow Hall. Aquella semana había dormido en el suelo de la habitación de la residencia de una amiga, pero ya estaba abusando demasiado de su generosidad y por eso pasaba gran parte

del día deambulando por ahí, pensando si debería volver a Rochester, a casa de sus padres. Iba caminando por Bleecker Street cuando se fijó en un grupo de gente que entraba en un edificio cargando con botellas de vino. Sola y sin planes como estaba, los siguió. La fiesta resultó ser un concierto en un salón; una mujer tocaba la guitarra y cantaba con una extraña voz espinosa, otra la acompañaba al chelo. El pisito estaba hasta la bandera, todo el mundo estaba fascinado. Como era imposible adentrarse más, la mujer se quedó junto a la puerta, por la cocina, y, entre dos canciones, mientras los aplausos estremecían la estancia, Yarrow Hall emergió entre la muchedumbre, fue corriendo a la cocinita y se puso a rebuscar en los armarios y cajones. La mujer observó a Yarrow, atraída por su aplomo y su extraña vestimenta —un mono holgado con botones hasta el cuello—. En un susurro, Yarrow dijo que le estaba dando un bajón de azúcar, que se iba a desmayar. No encontraron más que un tarro viejo de miel cristalizada; Yarrow sacó un poco con dos dedos y ambas se fueron del concierto cogidas del brazo. Eso fue semanas antes de que el nombre de Yarrow se hiciera conocido, antes del estreno de *La cinta azul* en los AFA, antes de que el escándalo con Vito Acconci y las acusaciones de Věra la convirtiesen en una villana. Yarrow, me dijo la mujer, le había dicho que había nacido en Lituania y que se había escapado de casa y ahora regentaba un par de lavanderías y producía música. Todo mentiras, me dijo la mujer, pero Yarrow sabía cómo parecer sincera. Comieron hamburguesas y tomaron un café en un restaurante sórdido por la zona del mercado de Chelsea, luego pagaron una habitación en el hotel Jane, donde follaron y fumaron y rieron por su buena suerte y, al amanecer, parecía que Yarrow le había resuelto todos los problemas. Le había conseguido un par de turnos en el restaurante donde habían comido y, por casualidad, el gerente tenía una amiga que subarrendaba un estudio por allí cerca. La mujer sintió que por fin le hacían entrega de la vida —apiñada y sin glamour, pero toda suya — y, como Yarrow había sido la médium de esa nueva vida, era imposible no quererla. Le dijo a la joven que tenía el *porte de una actriz de la nouvelle vague*, que debería empezar a ir a castings, que la ayudaría a entrar en el mundo del cine y, durante años, mucho después de que Yarrow dejase de presentarse en su piso con flores, disculpas y declaraciones de su devoción; mucho después de que la mujer hubiese abandonado toda esperanza de convertirse en la actriz que un día creyó que era; incluso entonces se sorprendía admirando su reflejo en un espejo y repitiendo la frase de Yarrow*, el porte de una actriz de la nouvelle vague*. Cuando una es joven, es tan susceptible a que la envenenen, siguió diciéndome la mujer mientras estábamos la una junto a la otra a la sombra de Nehalennia.

Seguro que sabes a lo que me refiero, insistió.

Creyó en todo lo que Yarrow le dijo, y todo habían sido mentiras. Se había enamorado de una ficción, una fantasía —peor aún—, una ficción engendrada a partir de otra, ni siquiera uno de los personajes incluidos en *El sujeto humano*, sino un prototipo rechazado, la secreta Yarrow Hall bajo la otra Yarrow Hall, todo falso. Había tanto dolor en su voz que costaba escucharla y, aunque yo sabía que no podía hacer nada por ella, pensé que ojalá estuviese en mis manos. Permaneció un rato callada antes de decirme que fue una *violación por engaño*. La voz concreta y clara. *Violación por engaño*, repitió. *Quiero que sepas que tengo intención de denunciar a tu mujer. No creo que haya cambiado. Esa crueldad... me parece imposible. Es una mancha.*

La mujer se marchó y, cuando me volví para verla alejarse, caminaba con una seguridad delicada que a menudo he envidiado en tantas neoyorquinas. El porte de una actriz de la *nouvelle vague*.

Me fui a casa en taxi. Los taxis tienen la capacidad de lavarte.

Es posible que la historia de la mujer fuera cierta, pero sabía que X se habría enfadado por que me hubiese quedado escuchándola en lugar de escapar, igual que consideraría ridículas sus acusaciones —*violación por engaño*— o insistiría en que era otro ejemplo de la dañina expansión del significado de *violación* a manos de ese supuesto activismo que valoraba el victimismo y menospreciaba a las mujeres haciendo hincapié en que todas éramos mártires, siempre expoliadas, siempre idiotas.

Cuando X volvió, yo no había hecho nada con el tiempo que habíamos pasado separadas que pudiera enseñarle, pero creo que no se dio cuenta. Estaba más cariñosa de lo habitual, aunque me dio miedo que fuera por culpabilidad —que hubiese hecho algo por lo que estuviese en deuda conmigo o quizá era yo la que estaba proyectando mi propia culpa sobre ella—. No le dije nada de la mujer que me había seguido ni de lo que me había dicho. Correspondí a su afecto y continuamos con nuestra rutina, nuestros paseos, los debates que siempre dirigía y ganaba ella, los libros que nos leíamos en voz alta. X trabajaba hasta altas horas de la noche en una instalación llamada *La larga y trágica degradación de la realidad tal como la conocemos*, una serie de pinturas y esculturas que fueron tanto admiradas por su originalidad como tachadas de absurdas. Durante los siguientes meses, me encargué de revisar el correo cada día y siempre era yo la que cogía el teléfono, esperando la denuncia por la «violación por

engaño», pero nunca llegó.

Eso sí, la lista de acosadores —primero encubiertos, luego ya a cara descubierta, como ratones a plena luz del día— iba creciendo. La primera fue una joven en la que estuve reparando por el barrio durante semanas —una trasnochada más puesta de algo que se paseaba por la acera con una estola de pelo y el carmín agrietado—, pero llegó un momento en el que parecía estar delante de nuestro edificio a todas horas, haciendo como que no se daba cuenta de nuestras idas y venidas. Una noche se acercó a nosotras mientras X y yo nos estábamos subiendo a un taxi y me dejó un sobre en las manos. Al abrirlo ya con el taxi en marcha y a toda velocidad, me encontré varias fotos nuestras paseando por la ciudad y tres instantáneas granuladas de las ventanas del loft tomadas desde un edificio próximo.

Yo me horroricé, pero a X le pareció divertido y cuando volvimos a casa, ya muy tarde, la mujer de la estola de pelo continuaba allí. Intentó seguirnos hasta el interior del edificio, pero X la apartó de un empujón. La chica se cayó al suelo, llorando, nos gritaba algo sobre los mensajes que le había mandado X, codificados en sus obras de arte. Cuando subimos al loft, bajé todas las persianas e insistí en que llamáramos a la policía, pero a mi mujer no le pareció necesario. Me dijo que llevaba años enfrentándose a situaciones como esa, que sabía ver la diferencia entre la gente realmente peligrosa y la que solo era rara. Intenté disentir porque me sentía insegura y ¿acaso no debería por lo menos atender a mis sentimientos? X se limitó a reírse, puso fin a la conversación como de costumbre y durmió como un tronco; yo no pude dejar de pegar la oreja en la puerta, asustada por si la mujer había encontrado el modo de entrar en el edificio, por si forzaba la entrada de casa y… ¿qué? ¿Intentaba amar a mi esposa? ¿Intentaba convencerla de que la quisiera? ¿Hablara con ella directamente? ¿Qué era, me pregunté, lo que toda esa gente ansiaba tanto de ella?

A la mañana siguiente, X sugirió que hiciésemos las maletas y nos fuéramos al aeropuerto, que nos marchásemos de la ciudad, incluso del país, que nos despreocupáramos de todo aquello una temporada. Y eso hicimos: volamos a Lisboa aquella misma tarde, luego a Ámsterdam dos meses después, luego a Tokio el mes siguiente y luego ya volvimos a Nueva York. En cada hotel, al menos una vez a la semana, pero a veces más a menudo, cazaba a X mirando fijamente el espejo, absorta. En nuestro loft no había espejos, ni siquiera en el baño —X decía que los odiaba—, pero en los hoteles podía pasarse diez o veinte minutos escrutándose mientras yo aguardaba a que acabase para salir a cenar, o a pasear, o a lo que hiciéramos en aquellos lugares. Hubiese sido inútil preguntarle qué hacía. Hacía toda

clase de cosas todo el tiempo por todo tipo de razones, razones que solo ella conocía.

Apenas recuerdo a qué nos dedicamos aquellas largas vacaciones. Deambulamos por aquellas ciudades durante horas; nos quemamos por el sol o comimos helado y nos sentamos en silencio en el parque; intercambiamos libros cuando los terminábamos. Parece que no sacamos fotografías, no escribí casi nada en los diarios de aquella época. Sin embargo, sí que recuerdo que a veces X anunciaba que necesitaba irse a pasar el día a algún sitio, que volvería más tarde, y ya era algo tan habitual que no le daba vueltas. Me regodeaba en la lujosa dislocación de una habitación de hotel a solas, me vertía toda la botellita de champú sobre la cabeza.

En el último vuelo, de Tokio a Nueva York, X me dijo que tenía un plan para una nueva serie; que iba a seguir a nuestra acosadora y a documentar el proceso. Me pareció una idea terrible; eso solo serviría para legitimar la convicción de aquella mujer de que era secretamente importante, pero X estaba segura de que era la única salida, que la única manera de poner fin al sufrimiento de esa mujer sería transformarlo. Siempre era absurdo discutir con ella. Tanto por retórica como por energía, siempre ganaba ella y, cuando aterrizamos en Nueva York, yo no solo había dado el visto bueno a su plan, sino que había accedido a colaborar con ella en el proyecto.

La idea, ahora ya lo sé, estuvo inspirada en su correspondencia con un director de cine iraní llamado Abbas Kiarostami, que a finales de los ochenta había rodado una película que era parte documental y parte ficción sobre un hombre que había intentado hacerse pasar por él.[207] Por aquel entonces, yo no sabía nada de la cantidad de cartas que había intercambiado con Kiarostami, al que alababa con inusual desmesura.

Volvimos al loft en octubre de 1992 y me alivió que la mujer de la estola de pelo no estuviese por allí para darnos la bienvenida. Oleg le había echado un ojo a la casa en nuestra ausencia y había dejado una gran pila de correo en la cocina. Entre las cartas habituales había varios sobres de manila que contenían fotografías nuestras en Lisboa y Tokio (aunque, no sé por qué, ninguna de Ámsterdam). De nuevo insistí en que llamáramos a la policía, pero X me dijo que no me preocupara, que preocuparme era dejar que ganaran y, aunque yo estaba asustada —con un susto de muerte—, intenté adoptar su actitud, su implacabilidad. No funcionó. Nunca. Jamás fui como ella.

Inquieta y con el desfase horario a cuestas, canalicé mi ansiedad en recados rutinarios. Al entrar en un banco, vi que un hombre entraba después de mí y, al marcharme, él también se fue. Di un pequeño

rodeo para llegar a la farmacia y, por el camino, parecía que le había dado esquinazo, pero entonces reapareció en una verdulería con una cesta vacía, toqueteando los ajos mientras me observaba. Abandoné el carrito y hui; a manzanas de distancia, me di cuenta de que lo tenía dos pasos detrás.

Disculpe, le dije, volviéndome hacia él, *¿nos conocemos?*

Me miró perplejo, como si la loca fuese yo.

Estaba en el banco hace un momento y en la verdulería, le dije.

¿Que yo qué?

¿Me conoce? ¿Nos conocemos?

No, señora, no sé quién es usted, me dijo mientras aceleraba el paso para alejarse de mí. Echó la vista atrás al doblar la esquina, como si quisiera asegurarse de que no lo estaba siguiendo.

Cuando volví a casa, le insistí a X en que me estaban siguiendo, que no había otra explicación.

¿Que no hay otra explicación?, me preguntó. *La única explicación es que te lo has inventado.*

Me fui a la cama y lloré.

Me acarició el pelo.

Solo estás un poco cansada, nada más, me dijo, *cansada y asustada, necesitas dormir bien y ya.*

Cuando me desperté, X me llevó corriendo a su cuarto oscuro para enseñarme la primera fotografía que había hecho de la acosadora —aquella mujer de la estola de pelo de antes de los viajes— y de uno nuevo, un hombre que X había visto frente al edificio. Estaba alterada, posiblemente drogada mientras me hablaba de la nueva serie. Me dijo que había contratado a tres detectives privados para que nos siguieran y monitorizaran nuestro edificio a todas horas. Y, frenética de alegría, como una niña abriendo regalos de Navidad, me enseñó las cámaras y el equipo de vigilancia que había comprado en el B&H mientras yo estaba dormida.

Por pura coincidencia, Ross McElwee, un documentalista que había estado trabajando en una película sobre X, tenía previsto empezar el rodaje aquella semana. Ella le dijo que podía ser su sombra durante un mes y, aunque a mí me pareció que estaba siendo demasiado generosa, cuando X le daba el visto bueno a alguien, sobre todo si le daba el visto bueno a su arte, le ofrecía todo el espacio del mundo.

En una entrevista de 1987, X había comentado que después de ver *Una reflexión sobre la posibilidad del amor romántico cerca del Sur durante la era de la proliferación de armas nucleares*, pensó que McElwee era el único genio de verdad del documental americano.[208] El cineasta era un bebé cuando su familia se fue de Carolina del Sur y se instaló en Virginia meses antes de la Gran División. De joven, intentó hacer un documental sobre Charlestontown (Virginia), ya que era

donde había más población desertora del TS predivisión y también era el lugar donde el Territorio del Norte almacenaba más cabezas nucleares, todas apuntando hacia el TS. El conflicto y la división entre Norte y Sur, un tema espinoso del que la mayoría evitaba hablar, fue el punto de partida del documental de McElwee, en el que intentó entrevistar a muchas mujeres de Charlestontown sobre si era posible destruir el pasado. Sin embargo, las mujeres a las que se entrevistó nunca querían hablar de la guerra y no paraban de intentar hacerle de celestina con sus hijas y sobrinas o cualquier jovencita que conociesen. El documental muestra esa tensión: el interés de McElwee en la guerra que se cernía en el horizonte y la preocupación de las mujeres con el futuro, el matrimonio y las criaturas.

Cuando X elogió a McElwee en aquella entrevista, no sabía que el director había hecho cola varias veces en Quarry en 1982 para ver *El sujeto humano*. Al enterarse de su admiración mutua, él le propuso rodar una película sobre ella, pero ella declinó la oferta —«Haría que mi obra pareciese floja en comparación», le explicó en una carta—. [209] Sin embargo, en 1990, después de aquellas declaraciones que hizo X sobre el fascismo que habían enfurecido a la opinión pública, lo llamó para decirle que, si seguía interesado, le daba su bendición. Dos años después, el proyecto estaba en marcha.

Ross me caía bien —nos caía bien a ambas— y, aunque X estaba feliz de hablar con él todo el día, en aquel momento yo me sentía demasiado vigilada para conceder entrevistas. Me daba la sensación de que había cámaras por todas partes; los detectives nos perseguían; y los acosadores seguían acosándonos y, a su vez, X seguía a los acosadores. Al final, X contrató a tres detectives más para seguir sin tregua a los acosadores; teníamos cientos de fotografías suyas pegadas por toda la casa: paseando por la calle, o distraídos en el metro, o vistos a través de las ventanas de sus apartamentos, comiendo precocinados, masturbándose, cortándose las uñas. En determinado instante le pregunté a X por qué pensaba que seguir a los acosadores iba a disuadirlos, porque parecía haber tenido el efecto contrario —cuanto más los fotografiaban y los seguían, más parecía que nos seguían a nosotras—. Empezaron a aparecer en el correo sobres de manila con fotografías. A veces nos abordaban en público. X no decía nada, solo se repetía a sí misma: *Todo irá bien*.

Desde aquel otoño, y ya entrado el invierno, yo estaba frustrada y crispada. Apenas podía dormir. A veces estaba demasiado nerviosa para hablar con Ross, aunque otras me colaba en el fondo de un plano o daba breves respuestas fuera de campo a preguntas aisladas. Como habíamos acordado, yo colaboraba en el proyecto de X ayudándola a positivar los negativos, contratando a una serie de dobles suyas y mías para ahuyentar a los acosadores, pero, tras un mes de trabajo, el

temblor de la mano —una afección neurológica que he tenido toda la vida, pero que normalmente consigo controlar— había empeorado tanto que yo era inútil en el cuarto oscuro y casi no podía ni sostener un libro.

A mediados de noviembre, Ross había vuelto a Boston para empezar a montar e incluso X parecía un poco exhausta por su trabajo en *La serie del espionaje*. Cada vez que salíamos de casa al menos uno de los acosadores nos seguía y por lo menos un par de detectives también. Al final, les acabé cogiendo un cariño desganado, como si fueran mis mascotas, o quizá la mascota era yo, y paseáramos en silencio juntos, con la correa puesta. Empezó a parecer normal tener tantas sombras, pero en enero de 1993, cuando una de nuestras acosadoras me estaba haciendo fotografías con demasiado descaro, un grupo de turistas me confundió con una famosa y me pidió un autógrafo. No sé muy bien por qué, pero aquel gesto hizo estallar mi calma habitual; les grité a los turistas, empujé a la supuesta paparazzi con tanta fuerza que acabó en el suelo, las gafas le salieron volando, terminó con la cámara destrozada y los brazos llenos de arañazos. Existen —y me da vergüenza decirlo— varias fotografías documentando el incidente. Aquella tarde le dije a X que no podía más y ella, como se esperaba mi ultimátum, dijo que nos íbamos al día siguiente, aunque no me explicó adónde ni por cuánto tiempo.

A la tarde siguiente —después de asegurarnos durante horas de que no nos seguían—, X y yo estábamos recorriendo en coche diversas pistas forestales de algún punto del norte del estado de Nueva York. Llegamos a la hora del crepúsculo a un imponente portón de hierro forjado que se abrió cuando X introdujo un código y, mientras recorríamos un serpenteante acceso sin asfaltar, me explicó que nos había comprado un chalet, una casa que había sido diseñada y antaño habitada por Natasha Cyrus. Al principio no la creí —cómo iba a ser eso, tampoco parecía posible *poseer* una casa de Natasha Cyrus—, pero tras atravesar una pinada me quedé de piedra al verla: una Cyrus.

La había idolatrado desde la infancia, había ido en peregrinaje a todas sus obras abiertas al público y había leído su biografía varias veces —*La madre de la arquitectura moderna*—.[210] Aunque X también la admiraba, le daba igual dónde vivir mientras hubiese suficiente espacio para trabajar. Me había dicho en varias ocasiones que le gustaría vivir en una barraca Quonset vacía, de esas prefabricadas que parecen un tubo gigante cortado por la mitad, dormir en el suelo y bañarse en un cubo de acero, así que supe que el chalet era un regalo para mí, la que a veces lloraba al ver ciertos rasgos arquitectónicos como ventanas circulares o escaleras de hormigón flotante sin barandilla.

El chalet tenía un terreno de unos seiscientos metros cuadrados, su

propio bosquecillo, un estanque y una colina lo bastante grande para parecer una montaña. Cuando llegamos, ya atardecía, todo estaba bañado en esa luz intransigente de finales de verano, esa que parece prometer tanto y con tanta seriedad.

La primera noche en aquel nuevo hogar, X me dijo que tenía que revelarme un secreto que llevaba guardándose varios meses. Me preparé para escuchar que se había enamorado de otra persona, pero, bien al contrario, me contó que el MoMA preparaba una retrospectiva de su obra para otoño. Lo sabía desde hacía meses y, aunque yo me puse eufórica, también me irritó que me lo hubiese ocultado tanto tiempo. Como de costumbre, tenía sus razones, y, también como de costumbre, no me dijo cuáles eran. En vez de eso, me distrajo con rasgos particulares de la casa: el azulejo falso del baño que abría una puertecita; una barra de descenso como las de las estaciones de bomberos oculta en un armario que caía hasta el sótano; la miríada de habitaciones secretas, y las desconcertantes maneras de llegar a ellas.

Nunca descubrí por qué me ocultó la noticia de la retrospectiva durante tanto tiempo, pero tampoco conseguí jamás estar enfadada con ella más de un instante. A veces la gente dice que su pareja la conoce mejor que él mismo o ella misma, pero la mayoría mienten. Sin embargo, me temo que con X sí que era cierto y que, sin ella, nadie me conoce, ni siquiera yo.

El primer año casi ni salí del chalet, aunque algún fin de semana recibíamos amistades de la ciudad. Fue ahí cuando me di cuenta de que la vida de X había engullido por completo la mía, que ya no tenía a mi gente. Solo habían pasado algo más de cuatro años desde que yo vivía en un pisito con Henry, trabajaba muchas horas para pagar nuestras modestas facturas y, aunque el loft de X en Nueva York, casi vacío, no revelaba los privilegios de mi vida con ella, una casa Cyrus en una propiedad vallada los exponía al completo.

¿Cómo explicar aquel año? Descubrí que ya no me gustaba ir a Nueva York, que ya no lo echaba de menos, que ya no entendía por qué había querido vivir allí. Me ocupaba de la casa, del jardín, aprendí a coser. Compraba huevos, miel y trigo sarraceno de un puestecito que montaban junto a la carretera y abría unas horas cada semana. El granjero que lo regentaba siempre estaba allí con su anciana madre; la demencia la había vuelto a convertir en una niña y acostumbraba a sentarse en una silla plegable con una caja registradora de juguete en el regazo, gritaba el total de la venta, te decía que gracias y que volvieras. La manera en la que el granjero miraba a su madre, con una desesperanza muy tierna, a veces me resultaba familiar; así temía que me mirara X.

Lo que quiero decir es que aquel año creo que yo no estaba bien o no estábamos bien entre nosotras, y era a mí a quien se le notaba, y, aunque sentía que algo no encajaba, no sabía lo que era, y, aunque la mayoría del tiempo no cuestionaba la ilusión en la que vivía, había momentos en los que veía nuestra vida con claridad y sabía que todo era hermoso, y que nada estaba bien.

Volví a escribir, cositas pequeñas, reseñas de libros sobre todo, los encargos mal pagados en los que podía permitirme —como mantenida— perder semanas. X trabajó casi sin cesar todo 1993 y todo 1994, aunque eso hacía que fuera a la ciudad mucho más a menudo que yo y a veces tenía que coger un vuelo para montar una exposición[211] o asistir a una reunión. Cuando volvía, parecía más feliz que nunca de verme; siempre me traía regalos: algo de tela para añadir a la colcha de almazuela que estaba cosiendo o semillas ancestrales para el jardín. Una vez me trajo a casa un cuchillo santoku japonés que nos pareció tan bonito que no nos atrevimos a usarlo para picar verduras. Me senté bajo una cúpula de cristal sobre la encimera de la cocina; lo miré con una sensación amorfa de identificación.

En septiembre de 1993 se inauguró *La serie del espionaje* en Quarry. Aunque yo figuraba como coautora de la obra, no quise asistir al acto ni ver las imágenes colgadas, ni hablar de por qué no quería hablar del tema, pero la noche antes de la inauguración X me presionó para que se lo explicara.[212] *¿Te da miedo?*, me preguntó, y yo le bufé: *No, no me da miedo, claro que no*, pero de oírme decirlo yo misma sabía que no era verdad.

¿Dónde está la mujer que se infiltró en una secta, la mujer que arriesgó su vida con la única razón de que tenía una vida que arriesgar?, me preguntó.

¿Qué podía decirle? Ya no tenía vida que arriesgar. Ella tenía mi vida. No sabía cómo lo había conseguido o qué hacía con ella, pero así me sentía; ella tenía mi vida y yo tenía un hogar.

Salif y Midori

Poco después de que alguien comprase el edificio que había frente a la verja de hierro forjado —uno que antes había sido de uso comercial y conservaba el escaparate— nos encontramos un sobre azul celeste en el buzón. Nuestros nuevos vecinos —al parecer, los únicos que teníamos— nos invitaban a cenar en su casa. Corrían los primeros días de verano de 1994 y, aunque yo estaba segura de que X no querría ir, insistió en que aceptáramos, dijo que me iría bien conocer gente nueva.

Salif y Midori se acababan de mudar al Territorio del Norte, eran de París de toda la vida. Entre ambos debían de hablar una decena de idiomas y, aunque estimé que tendrían treinta y tantos, tenían el gusto exquisito de dos ancianos viajados. Su casa era una mezcla perfecta de lo austero y lo hogareño; la cerámica, los textiles y los colores de las paredes, todos sutiles y elegantes. Habían diseñado la reforma juntos; parecía que lo hacían todo juntos y, por la manera tan animada que tenían de relacionarse, intuí que llevarían poco tiempo, pero, una noche, cuando le pregunté a Midori cómo se habían conocido, me contó que habían ido a la misma escuela internacional en París. No fue en la universidad, ni siquiera en el instituto; llevaban juntos desde que ella tenía diez años y él once. A veces costaba creer la ingente cantidad de sencilla benevolencia que había en aquella casa.

Salif y Midori regentaban una firma de diseño en Nueva York, pero pasaban la mayor parte del tiempo en la zona norte del estado. Yo me acerqué más a Midori, ya que era modesta y divertida, y nunca me hacía sentir estúpida, como me pasaba a veces con Salif, aunque creo que él no lo hacía a propósito. Mientras que Midori parecía estar siempre leyendo o tocando la flauta, Salif era un torbellino dentro de casa, con maniaca energía doméstica: cocinaba, limpiaba, se jactaba de la cosecha de su huertecito. Mientras que Midori era serena, Salif era impredecible: rompía a llorar en cualquier momento igual que le podía dar por retar a X a un juego de chupitos; era capaz de bajarse varios chupitos de un whisky singular en cuestión de minutos. Le gustaba echar pulsos y hacer concursos de flexiones; de hecho, le gustaba competir en todos los sentidos —ping-pong, backgammon, dados, cartas—. Después de cenar, él y X correteaban por casa como si fueran dos críos y cuando volvíamos al chalet después de esas noches, embriagadas por el vino y su glamurosa amistad, X me relataba con

mucha intensidad sus victorias y derrotas contra él mientras se paseaba por casa pisando bien fuerte como si necesitara quemar el exceso de energía que Salif parecía haberle transmitido. En aquella época tuvimos más relaciones que de costumbre, pero, aquellas noches, mientras nos quedábamos dormidas, X seguía hablando de aquella pareja, recordando cada conversación, cada broma.

Yo hago más flexiones que él, me dijo una noche y, sin pensar, le espeté: *Estás siendo un hombre, de los peores*, me arrepentí de inmediato del insulto, di por hecho que se levantaría de la cama y, enfadada, encendería todas las luces y me gritaría, pero, como en un sueño, repitió la frase —*Un hombre, de los peores*— y se quedó dormida sonriendo.

Desde mediados de 1994 en adelante, pasamos varias noches a la semana con Salif y Midori, siempre los cuatro; nunca iba a su casa cuando X estaba fuera.

En julio de 1995, estábamos en el jardín de los vecinos jugando al cróquet cuando Salif entró un segundo a coger el teléfono que estaba sonando. Estuvo dentro el suficiente rato para que tuviéramos que parar la partida; nos sentamos a la mesa para terminarnos la botella de champán que habíamos descorchado. Cuando volvió Salif, ya estábamos un poco borrachas, de risas alborotadoras que cesaron cuando vimos la cara que traía, sobria y seria.

Se habían producido varios bombardeos en Manhattan aquella tarde y habían muerto cientos, quizá miles de personas. La llamada había sido de una de sus trabajadoras, que quería contarle que el edificio de la oficina había quedado parcialmente dañado. Parecía cosa de un grupo extremista del Territorio del Sur, pero aún no estaba claro. A medida que la conversación fue derivando hacia la política de la división, un tema que tendíamos a evitar, la luz dorada de la tarde se tiñó de algo surrealista, siniestro.

Midori sugirió, y todos estuvimos de acuerdo, en que mejor no darle vueltas a lo que no sabíamos y que, cuando llegara el periódico al día siguiente, habláramos de lo que había sucedido, pero que, por el momento, nos limitáramos a estar en ese jardín, no entre unos escombros imaginados que aún no eran nuestros. Salif abrió otra botella de vino, que apuramos rápido mientras acabábamos la partida de cróquet. Durante un rato por lo menos pareció que nos distraíamos, pero enseguida X y él se enzarzaron en un debate sobre el muro, sobre la posibilidad de que algún día cayese, sobre la naturaleza de la teocracia del otro lado. El tono de mi mujer fue mucho más agresivo del que le había oído usar jamás en público y, aunque con Salif solía tener una dinámica de amistoso combate, conforme se fue poniendo el

sol, las acusaciones de ambos fueron tornándose más duras. Al final, acabaron a gritos y, en medio de la trifulca, X lo amenazó con el mazo de cróquet. Midori y yo chillamos —por razones diferentes y en tonos diferentes—, entonces X se quedó congelada y Salif también; la miraba a la cara, dolido; le costaba respirar. Fui hacia X, le quité el mazo, lo dejé en el suelo y me llevé a mi mujer a casa.

Nunca volvimos a hablar con ellos. Me daba muchísima pena y los añoraba muchísimo; nunca había tenido amigos así, tan accesibles, tan cerca y, aunque a menudo pensaba en llamar a Midori y en disculparme en nombre de X por lo de aquella noche, no había manera de reparar el gesto violento que había tenido con Salif. Me veía incapaz de volver a su casa. No sé si siguen viviendo allí.

Documental

El documental de Ross McElwee arranca con un largo plano estático de X en un invernadero lleno de cactus en el jardín botánico de Brooklyn. Lleva un disfraz, rematado con una máscara de látex, que la transforma de manera convincente en un hombre de unos sesenta años. Mira fijamente a cámara durante unos minutos antes de recorrer de forma extraña el espacio mientras la voz de McElwee narra en *off* de dónde le vino el interés inicial en su obra:

> Me topé con *El sujeto humano* por accidente mientras paseaba por Nueva York. Acababa de poner fin a una relación larga con una mujer de Boston y estaba deprimido. Me puse a pensar en lo difícil que era ser la misma persona toda la vida y, en ese momento, vi gente haciendo cola y me uní. Era para entrar en una galería y, una vez dentro, me sorprendió que la obra de arte expuesta tratara de escapar justo de aquello en lo que yo había estado pensando hacía un instante. Me pareció muy conmovedor, pero también me perturbó. Unos años más tarde le pregunté a esa artista —llamada X— si me dejaría hacer un documental sobre su vida y su obra, pero no quiso. Al cabo de unos años, en un momento en el que ella no estaba muy bien, me dijo que podía ir a filmarla. Un poco después de aquello, llegué a su loft de Nueva York, preparado para empezar a entrevistarla. Solo me quería hablar del presente; no del pasado. Me complicó el trabajo.[213]

Cuando la narración de McElwee concluye, X sale del invernadero, corriendo. La cámara la sigue por los jardines, hacia la avenida Eastern Parkway y luego hasta el zoológico. La narración continúa de manera intermitente, describe la carrera de X y el interés del cineasta en ella: «Lo que la convierte en artista podría ser, en la vida de otra persona, algo que generara un comportamiento obsesivo y autodestructivo. —Hace una pausa y añade—: Me gustaría saber más de eso».



Fotograma manipulado de la performance de Yanira Castro, *Paradis* (2011), rodada por Peter Richards en el Jardín Botánico de Brooklyn. Artista: Peter B. Schmitz. Fotograma de *Retrato de una X*, dir. Ross McElwee, A22, 1994.

Más adelante, cuando McElwee le insiste para que explique por qué no quiere decir dónde nació, X coge *Recordatorios*.

> Marguerite mira una fotografía suya de niña, pero ¿qué significa? ¿Una fotografía tuya de niña? No eres tú, ya no, y ahí escribe: «Para vencer en parte el sentimiento de irrealidad que me produce esta identificación, me veo obligada, como lo estaría con un personaje histórico que hubiera intentado recrear, a aferrarme a unos retazos de recuerdos obtenidos de segunda o décima mano». ¿Qué es el yo, eh? ¿Cuál es el yo aquí? ¿Está, como dice ella, en «las alcaldías y notarías» cuya «jerga administrativa y legal elimina todo contenido humano»? Claro que no. Y, sin embargo, ¿tú qué me pides que haga? Ya nos lo dijo Marguerite, intentar fijar una imagen del yo da como resultado algo «anodino como lo que se escribe en la línea de puntos al rellenar la solicitud de un pasaporte» o algo «bobo como las anécdotas que se transmiten en familia» o «corroído por lo que, entretanto, se ha ido acumulando dentro de nosotros, como una piedra por el liquen o el metal por el orín».

«Pero ¿y el futuro? —pregunta Ross fuera de plano—. El pasado tiene la capacidad de alcanzar el futuro, pero si no recordamos, si no podemos...».

X vuelve a interrumpirlo. «Todas las palabras que he escrito o he dicho han sido la misma: ¡adiós! Todas. ¡Adiós! ¡Adiós!».

Más tarde, durante una escena muy lenta y pausada en la azotea del edificio, Ross le pregunta a X cómo se siente y ella contesta, sin dudar: «Infravalorada». La cámara se queda con ella un instante, luego corta y entra otro plano suyo caminando sin rumbo por su estudio, observando un cuadro inacabado. Ross narra: «X llevaba un tiempo sintiéndose infravalorada. Incluso cuando ha recibido honores, a

menudo su sensación ha sido que las personas que la veneraban no lo hacían de manera apropiada».

No vi el documental hasta años después de la muerte de X. Yo sabía que, mientras decía que se sentía infravalorada, era consciente de que se acercaba su retrospectiva en el MoMA, quizá la mayor señal de veneración en el mundo del arte, algo que había deseado desde que supo que era algo que podía desear. Por lo visto, su decepción con la vida era incurable.

1995

Era tradición de Oleg Hall pasar Nochevieja con X, y, aunque nosotras habíamos estado hibernando con tristeza todo el final de 1994 —durmiendo hasta tarde y paseando de la mano por los bosques, en silencio—, no me quedó otra que preparar la cama de la habitación de invitados para la llegada de su amigo. Vino el 31 de diciembre con una caja de champán, un servicio completo de caviar del Brenda's y un caniche toy —Dominic— que se había comprado en otoño. Aunque X siempre había tenido la superstición —impropia de ella— de recibir un beso en el umbral del año, aquella noche no protestó cuando me fui a la cama temprano; los dejé junto a la acogedora chimenea con las copas llenas de champán.

A la mañana siguiente me encontré con que Dominic se había cagado en mitad de la mesa del comedor; estaba sentado en una silla en el otro extremo de la estancia, mirándome. Toda la cocina olía a mierda, pero me negué a limpiarla y empecé a preparar un desayuno elaborado a modo de venganza. Pasaron horas hasta que Oleg y X asomaron por la cocina, se miraban gélidamente; di por hecho que habrían tenido una de sus trifulcas después de que yo me fuera a la cama.

¿Qué es esto?, dijo Oleg cuando vio la boñiga del perro en la mesa.

No hizo ademán de limpiar el estropicio; se limitó a sentarse a cierta distancia, por lo visto a la espera de su desayuno, momento en el que le grité que yo no era su criada, que limpiara la mierda de su perro, con lo que Oleg se levantó, cogió a Dominic en brazos —aunque dejó el regalito— y empezó a cargar el coche. X salió corriendo tras él, intentando engatusarlo para que volviera a entrar, que comeríamos tortilla, diciéndole que se encargaría *ella* de limpiar la mesa, que no pasaba nada, pero fue en vano. Desde la ventana de la cocina vi que la reprendía brevemente antes de marcharse a toda velocidad.

A veces es un crío, le dije a X cuando volvió a entrar.

Es un crío, contestó ella. *Por eso lo quiero.*

Una semana más tarde, X se fue a la ciudad a pasar unos días para enseñarle a Ginny una nueva serie de fotografías; yo me quedé en el chalet, supuestamente, para esperar a la electricista que tenía que venir a arreglar algo de la habitación de invitados; un problema de

cableado que había detectado Oleg. Había quedado con la técnica que él me había recomendado, una mujer llamada Olivia con fama de ser discreta en casas de figuras públicas.

Cuando llegó, me cayó bien de inmediato. Era bastante alta y llevaba uno de esos petos de rayas de maquinista y la melena, abundante y rebelde, recogida en un moño; un aire de feminidad masculina que nunca deja de ganarse mi deferencia. La acompañé a la habitación de invitados, le indiqué cuáles eran las tomas de luz que no funcionaban y le expliqué cómo acceder al cuadro eléctrico desde el entresuelo de atrás. Unos minutos más tarde me contó que no podía arreglar el problema; *Me queda grande*, dijo mientras me daba el número de alguien que decía que era *electricista de verdad*.

No entendí a qué se refería, aunque seguía cautivada por su encanto cuando me confesó que Oleg Hall la había contratado para que se hiciera pasar por electricista porque ella necesitaba decirme algo. Olivia me reveló que había sido la segunda mujer de X, que se habían conocido y casado en noviembre de 1988 y que se divorciaron unos meses después. La dejó ella, ya que había sufrido algún tipo de maltrato. *Es bastante compleja la razón por la que acabamos juntas*, me aseguró, *pero no es eso lo que necesito contarte*.

En los siguientes minutos, casi no pude ni respirar ni moverme. Olivia me contó que hacía poco había conocido a otra mujer en un bar de Manhattan, una aspirante a actriz; cuando ella le preguntó cuál había sido el papel más difícil que había tenido que interpretar, le contó la historia de un encargo muy raro que tuvo una vez, pero no para el teatro o para el cine, sino para la vida misma. A la actriz la habían contratado para seguir a cierta mujer por la ciudad hasta que encontrara la oportunidad para abordarla y recitarle un monólogo que le habían escrito, una especie de teatro a medida en la vida real. La mujer le contó a Olivia que no podía decir quién la había contratado para interpretar ese papel, ya que tuvo que firmar un contrato de confidencialidad, pero Olivia pensó que sonaba a X y le preguntó si se equivocaba; ante la pregunta, la actriz se limitó a apartar la vista, sonrojándose, y dijo que no podía decir nada.

Sabía perfectamente lo que era, dijo Olivia. *Sabía que X se había vuelto a casar poco después de mí... Siempre seguía la pista de su carrera y su vida por lo que leía en prensa. A lo mejor piensas que es envidia o algo así, pero no te envidio. Es solo que... Me preguntaba si estarías bien, y daba por sentado que X te habría hecho lo mismo que a mí, aunque vosotras, de lejos, parecíais estar hechas la una para la otra, quizá hasta erais felices...*

Éramos felices, la interrumpí, el tiempo verbal me sorprendió. *Somos felices*, me corregí.

Claro, eso no es asunto mío, prosiguió Olivia, *ni lo ha sido nunca, y en todo caso da igual lo que me hizo a mí, es agua más que pasada y siempre*

he creído que ella, más que nadie en el mundo, era capaz de cambiar. Fue lo que me atrajo de ella en un primer momento, ya sabes a qué me refiero, lo cambiante que era, cómo podía convertirse en alguien diferente justo delante de tus narices.

Nos quedamos calladas un instante y a continuación Olivia me dijo que tenía que irse, me pidió disculpas por la farsa, añadió que a veces mantenía contacto con Oleg Hall —*Habla muy bien de ti*, añadió, aunque no estaba segura de si se estaba burlando, si me estaba mintiendo, o si era una especie de extraña verdad—, aunque quizá no había estado bien, admitió Olivia, venir a mi casa y decirme eso, pero tenía que hacerlo. Me pidió disculpas por quinta o sexta vez, dijo que no volvería a molestarme nunca, se subió a la camioneta y se fue.

Aún no era ni media tarde y X ya me había llamado para decirme que estaría fuera un par de días más. No lo cogí, escuché su voz filtrada a través del contestador. A través del diminuto altavoz, contó que Ginny le había organizado una reunión en Los Ángeles y que tenía que volar aquella noche; yo sabía que no era verdad, pero ya daba igual lo que era verdad. Intenté olvidarme de lo que me había dicho Olivia. Intenté olvidar quién era e intenté seguir siendo quien había sido.

Cuando X volvió la semana siguiente, me preguntó quién había estado en el chalet mientras ella estaba fuera.

Nadie. Ya sabes que odio las visitas, le dije.

Negó con la cabeza y entrecerró los ojos. *No me mientas.*

No te estoy mintiendo.

Hay rodadas de volantazos en el acceso, añadió, y sabía que eran demasiado anchas para ser de mi coche.

La electricista. Serán suyas.

Por un instante, la expresión de X fue escéptica, luego pareció indiferente cuando preguntó qué había venido a arreglar.

No me acuerdo.

Pero ¿está arreglado?

Uf, no, para nada. No sabía cómo arreglarlo.

Por lo visto, tampoco sabe conducir, dijo X.

Lo dejamos estar.

Un mes más tarde, yo intentaba deshacerme de una suspicacia creciente hacia X y me dio por preguntarle, de repente, sobre esos meses en los que habíamos sufrido el acoso de aquella gente. Habíamos terminado de comer y nos habíamos rezagado con el cuenco de sopa vacío. ¿De dónde habían salido y por qué?

Me contestó que no tenía sentido intentar racionalizar las acciones de personas irracionales. *Hicimos lo que pudimos con una situación difícil.*

Volvió a imponerse un silencio ocioso y algo en mi expresión tuvo que incomodarla; a veces parecía que no había sensación o sentimiento que pudiera ocultarle.

Se inclinó hacia mí. *¿Hay algo que necesites saber?*

Intenté insistir en que no, pero mi insistencia era demasiado insistente y sabía que no me estaba creyendo cuando empezó con su perorata habitual sobre la cantidad de gente que la odiaba, gente que haría lo que fuera para hacerla infeliz, para sabotearla, para sabotearnos. Me alejé de ella y me acerqué a la pila; mientras lavaba los platos, le hablé de aquel día de hacía casi tres años cuando una desconocida me había seguido por la ciudad y me había hablado de su historia con Yarrow Hall, y no había llegado aún al meollo de la alegación cuando me di la vuelta y vi a X coger un pequeño cuchillo de la encimera y rajarse la mejilla, un tajo superficial que empezó a llorar sangre.

Me llevé las manos a la cara, como si de repente hubiera sentido su dolor reflejado. Luego mi memoria se emborrona. Recuerdo que se fue de la cocina. Todo estaba en silencio. Me quedé junto a la pila un buen rato, con miedo a moverme.

X volvió al cabo de unas horas, cuando ya casi no había luz. Un buen reguero de sangre, ya seco, le había cubierto la cara, el cuello, el suéter. No es seguro mirar a una persona así, a una persona capaz de llevarse un cuchillo a la cara y cortársela para dejar clara su postura, sea cual sea. Aquello puso fin, durante una temporada, a mis ociosas rumiaciones, a que hiciera preguntas, a la esperanza de que me diese explicaciones claras.

Sé que nada de esto parece una escena de un feliz matrimonio ni siquiera de uno razonablemente feliz, y ¿quién va a creerme si intento decir que el resto de aquel año fue el más tranquilo que tuvimos juntas? ¿Quién podría aceptar que uno de los recuerdos físicos más fuertes e íntimos que tengo de X es de aquella noche en la cama? Es la memoria sensorial de su brazo enroscado en mi pecho y sus dedos aferrándose a mi clavícula mientras me susurraba al oído: *No te vayas, no te vayas*. ¿El tiempo clarifica o distorsiona esos recuerdo? Muchas personas dicen que tomar distancia de un acontecimiento o un año o una persona nos ayuda a ver significados y verdades con más precisión, sin el fango o la miopía de la inmediatez, pero ¿acaso es

verdad?

A menudo el alivio es un placer más fuerte y complejo que la felicidad, y lo que me invadió aquella noche cuando ella volvió fue alivio, y alivio cuando me abrazó, alivio incluso al notar la parte del suéter que se había acartonado por la sangre, y todo ese alivio fue suficiente para llevarme, para llevarnos aún más a lo hondo del amor.

Ahora, casi una década después, el chispazo y el burbujeo corporal que sentía en momentos como aquel han desaparecido, del todo, no pueden reconstruirse o sentirse de nuevo. A veces el tiempo se lleva esas sensaciones y sin ellas la historia parece más simple y enarbolamos esa sencillez y la llamamos claridad.

No hay casi nada más que decir de 1995. El tajo se le curó. Hubo muchas cenas y baños. Seguimos con nuestra vida juntas.

Santa Fe

X llevaba muerta casi ocho años el día que entré en su despacho, la habitación en la que había muerto. Vendía el chalet y me iba a mudar, algo que me sorprendía incluso a mí misma, ya que lo que antaño me había parecido impensable ahora se había convertido en la única manera de seguir adelante, adelante hacia lo que fuera. La silla en la que se desmoronó aún estaba en el suelo, en el escritorio había una carta que acababa de empezar, una frase escrita con la estilográfica:

> Perdóname por

En silencio y sin vacilar, me puse a sacarlo todo de allí. Una pequeña estantería y unos pocos libros. Un hervidor eléctrico lleno de agua mohosa. Saqué la silla, el escritorio, una lámpara de suelo, la vitrina repleta de piñas y cráneos de animales y astas que recogía en sus paseos. Al atardecer ya había limpiado las ventanas y el polvo, había aspirado y pasado la mopa, y fue entonces cuando reparé en una sencilla bolsa de lona colgada de un gancho en la trasera de la puerta. A simple vista, parecía vacía, pero contenía una libretita de encuadernación artesanal. En la parte interior de la cubierta había un sello pequeño de una cigarra; la misma imagen que se había tatuado en las costillas unos meses antes de morir. (No le pregunté qué significaba o de dónde venía, y ella tampoco me dijo nada).

La libreta contenía tres direcciones —todas en Nuevo México— y unas indicaciones para una ruta que empezaba en el aeropuerto de Santa Fe. También había varios recibos grapados —coche de alquiler, gasolinera, bar— y una nota con tinta verde:

> Una semana perfecta. La esperaba con alegría y ahora la recordaré con alegría.
> Siempre, Shelley

Hasta 2005 no pude visitar Santa Fe. Tras una serie de ataques bomba a manos de la Kampaña de Libertad Americana en el Territorio Occidental, los vuelos estuvieron unos meses restringidos.

No me costó mucho encontrar a Shelley. Las indicaciones para la carretera llevaban directas a su puerta, una casa de adobe azul pálido en ese estilo vulval que popularizó Natasha Cyrus y arquitectos menos dotados intentaron replicar. Shelley me recibió y me invitó a pasar sin

presentarse o preguntarme quién era o por qué estaba allí. Tenía una de esas bellezas traviesas que solían atraer a X. No hacía falta explicar mi visita ni que hubiera presentaciones.

Me ofreció un vaso de agua. Lo acepté. ¿Con hielo? Sí, con hielo. *Solo hielo*, no dije, *un mar de hielo, un río de hielo que me baje por la garganta*. Tenía el comedor amueblado con muebles viejos y destartalados, no con piezas caras que la gente bohemia con dinero utiliza para dar una sensación de falso desorden en su vida más que desahogada, sino que sus muebles eran verdaderamente horrorosos, de los que rescatan de la calles los estudiantes. Encendí la grabadora sin preguntar.

«Casi siento que debería pedirte perdón», dijo Shelley, alisándose nerviosa la falda contra los muslos mientras me sonreía y amusgaba los ojos.[214] No le pregunté por qué lo sentía y, en vez de eso, incapaz de controlarme, le pregunté por su edad.

«Treinta y tres —contestó—. Los cumplo el mes que viene».

Nos quedamos en silencio e hice los cálculos; en su momento ella tendría veinticinco y X cincuenta; y, si no hubiese estado tan terriblemente cansada de todo aquel asunto, quizá habría sentido algo. Hacía tiempo que había aceptado que era probable que X hubiese tenido una aventura o varias, pero nunca me había imaginado que se encaprichase de alguien tan mundano, tan *Shelley*. Toda la estancia estaba llena de piezas de cerámica hechas por ella —horrendos tonos cerceta y rosa chillón— y quise preguntarle qué le había dado con esos colores repulsivos y tan llamativos, pero no lo hice. Cogí uno de los jarrones que me quedaba cerca y le di la vuelta. En la base, estampada en la arcilla desnuda, estaba la misma cigarra de la libreta y el tatuaje. Dejé el jarrón. No lo lancé. Shelley me miraba como una niña culpable y pensé: *Podría matarte, pero ¿para qué?* Me quedé callada y quieta mientras procesaba la idea: *Te mataría, pero ¿por qué? ¿Para qué molestarme? ¿Para qué?*

Shelley, con su voz insegura y floreada, empezó a explicarse. Observé su melena rubia ondulada, la falda de lino, la camiseta de tirantes rosa. Tuvo que ser como un suicidio querer a una persona así, a una persona tan pan sin sal. Tuvo que ser como ahogarse. Shelley me confesó cómo se conocieron, lo cerca que estaban, lo inmediata que fue aquella cercanía. Me contó a qué lugares habían ido y las cosas que habían hecho, pero su historia —como todas esas historias— era aburrida, sin más; Shelley era lo bastante estúpida para creer que era la única persona que había vivido algo así, como si ella sola hubiese descubierto la intensidad del engañoso amor. Pensé en decírselo.

Por alguna razón, le pregunté si ahora estaba con alguien.

«Sí —contestó—. Vuelvo a estar enamorada».

«Qué maravilla».
«Estoy feliz».
«Cómo no».
Nos quedamos calladas un instante.
«No me quería —dijo Shelley—. Ella me decía que sí, pero yo sabía que no era cierto».
«No hace falta que me tranquilices», dije, aunque sé que el objetivo de todo esto siempre ha sido la tranquilidad de saber, de saber que nuestra vida había tenido lugar de verdad, que había estado aquí con ella, que no me había imaginado todos aquellos años, su compañía, nuestra vida, el hogar que éramos la una para la otra; aunque cada día la recordaba menos, recordaba menos lo que hubo entre nosotras, fuese lo que fuese, y quién fue para mí y quién había sido yo a su lado.
«Solo hablaba de ti. Pensaba que eras la única persona auténtica en el mundo, seguro que lo sabes. Desde el principio me dejó claro que nunca te dejaría».
«Bueno, sí que me dejó —dije—. Me dejó».
«Se murió», dijo Shelley.
«Se fue. Se estaba yendo cuando...».
«Está muerta».
«Me dejó», repetí, y ella no me iba a llevar la contraria, me iba a dejar fingir que simplemente se había ido por ahí, se había marchado.
Shelley agachó la cabeza, como si fuera una *pietà*, y por un momento me recordó a alguien, pero no estaba segura de a quién.
«Quiero que sepas que lo siento. Siento lo que estás pasando», susurró.
Pero a quién le sirve el consuelo de una joven enamorada, una joven hermosa que a buen seguro siempre está enamorada, tanto de sí misma como de los demás, que siempre corresponden su amor, siempre lo reflejan luminoso hacia ella. Sin pensar, empujé un jarrón cerceta de la mesita auxiliar y dejé que se hiciera añicos. Pasó un instante tenso. No me disculpé.
«Es justo lo que esperaba que hicieras —me dijo, sonriendo—. X siempre hablaba de lo sincera y auténtica que eras».
La repetición de la idea —¿qué tenía que ver eso de ser auténtica con nada?— estaba mal guionizada, mal interpretada, y era obvio que quedaba lejos de la verdad. La realidad no había tenido nada que ver conmigo desde hacía bastante tiempo.
«Por eso venía, a trabajar en la obra. Era para ti, todo. Quería entenderte más que a nada en el mundo».
«Ya, claro».
Quise romper todo lo que había en la estancia, pero no hice nada.
«Supongo que ahora querrás ver los materiales».

Si hubiese sabido de qué hablaba, quizá habría declinado ver los *materiales* y habría abandonado aquel horrendo desvío, pero quise que Shelley creyera que estaba lista para cualquier cosa, que sabía en lo que me estaba metiendo, así que dije: «Pues claro. ¿No ves que justo por eso estoy aquí?».

De camino a un almacén, me echó un par de vistazos en silencio antes de decir: «Qué raro es verte en persona», y la frase se rezagó entre nosotras un momento y luego se disipó.

¿Raro verme? ¿Qué más me daba a mí lo que a ella le pareciera raro? Cuando aparcamos junto a un gran portón de garaje la miré un instante y, de nuevo, sentí una inquietante familiaridad al ver su rostro, algo en el tic nervioso de la boca o en el largo del cuello, un eco de alguien que no me agradaba demasiado.

Abrió y levantó la persiana metálica del garaje para revelar otra puerta que ocupaba el centro de una pared pintada de negro y, mientras intentaba abrirla, reconocí esa puerta: era la de la entrada de nuestro loft de Manhattan, una puerta que X había sustituido sin previo aviso en nuestro primer invierno juntas. Aún tenía el llamador de cabeza de león, aún reluciente la anilla, tantas veces tocada y, al recordar el mal humor que tenía aquella puerta —cómo se hinchaba con los cambios de tiempo y te negaba la entrada a menos que introdujeses la llave con la cantidad justa de fuerza y maña—, agarré las llaves de la manita de Shelley y la abrí yo misma. No dijo nada, luego alargó el brazo, como si quisiera retrasar mi entrada a aquel lugar; yo reculé.

«Quiero decirte algo», dijo, pero se limitó a mirarme fijamente, en silencio.

«¿El qué?».

«Pues que… está todo colocado como ella quería que estuviera dispuesto en la exposición, pero no la terminó. Hay cosas que iba a quitar, algunas, algunas de las piezas nunca quiso que las vieras. Aunque no sé cuáles son…».

Demasiado tarde, pensé, me abrí camino tras franquear la vieja puerta y me encontré un almacén transformado en galería: techos altos y paredes blancas iluminadas con una luz indiferente. En la primera pared que se veía, las palabras ARRUINAS LAS COSAS estaban pintadas en negro y, debajo, había varias fotografías en fila. Las primeras eran —y me sorprendió verlo— de mi exmarido y mías; imágenes en blanco y negro tomadas a través de ventanas de restaurantes o en las calles cerca de nuestro piso, noches específicas que pensé que recordaba, pero algunas parecían extrañamente irreales, como si a Henry y a mí nos hubieran sustituido por réplicas,

réplicas que carecían de una indescifrable pero crucial sustancia. Aun así, no me detuve a estudiar esas imágenes muy de cerca, las paredes que vinieron después estaban llenas de techo a suelo con más fotografías: algunas de X y mías, otras en las que yo salía sola; todas de los primeros años de nuestra relación y, tal y como pasaba con las imágenes en las que salía con Henry, algunas tenían esa misma aura de réplica, se hundían en un lugar siniestro entre el recuerdo y la pesadilla.

Por el suelo había cientos de urnas de cerámica de Shelley y, cuando levanté la tapa de una, me encontré una maraña de jirones de tela; un par de pantalones ocre que le compré a X en Ámsterdam y que se puso casi todos los días durante una temporada hasta que desaparecieron, sin explicación. En una segunda urna estaba mi navaja cuadrada, que había llevado desde la facultad hasta que había desaparecido en nuestro viaje a Lisboa. Otras urnas albergaban otros objetos, cada uno conectado con un recuerdo o momento específicos —una cuchara de madera, una novela partida por el lomo, una pieza suelta del backgammon, una figurita rota de un puercoespín que un día estampó enfurecida contra la pared—, pero no pude seguir abriendo aquellas urnas, ya que me distrajeron los enormes y detalladísimos gráficos titulados SU PROGRESO; cada uno medía una cualidad abstracta a lo largo del tiempo —capacidad intelectual, inteligencia estética, profundidad del amor, potencia retórica—; grandes gráficas con líneas que ascendían y descendían y anotaciones manuscritas diminutas y meticulosas de X de los momentos que habían provocado un aumento o una bajada de la puntuación. Mi puntuación. *Su progreso.* Mi progreso.

Me giré hacia Shelley, que me había dado la espalda, como si yo fuera una desconocida que se está desnudando. La línea del gráfico de profundidad del amor caía en picado al final. Quise saber por qué, pero, al contrario que con el resto de los ascensos y las caídas, no había explicación, no había ningún párrafo detallando el desencadenante con fecha y hora. *Quizá hace falta algo para recibir amor*, pensé mientras notaba que se me tensaba la mandíbula y se me quedaba fija. *Igual menguó tu capacidad de sentirlo, igual eres tú la que arruinas las cosas, tú, tú…* Ahí estaba otra vez, la inútil culpa humana que se lanzan dos personas cuando están demasiado cansadas o demasiado débiles para cargar el peso del amor.

Junto a la fotografía en la que yo aparecía contemplando la estatua de la diosa Nehalennia había muchas columnas de texto en la pared y tuve que acercarme para ver que era una transcripción de una conversación entre *X* y *C*. Junto al texto había una escalera deslizante; me subí para empezar a leer por arriba, luego bajé, luego volví a subir para leerla columna tras columna, aunque no recordaba (¿seguro?)

haber dicho nada de aquello.

X: La imagen que tienes de nuestro amor siempre estará incompleta.
C: Pero mi imagen no está menos completa que la tuya.
X: No es verdad.
C: Explícate, por favor.
X: Si no eres capaz de tolerar la imagen que tengo de nuestro amor, y la imagen que tengo de ti, nunca tendrás la imagen completa.
C: Quién dice que no soy capaz de tolerar tu imagen de...
X: Es bastante obvio que es así.
C: ¿Por qué es tan obvio?
X: Si no ves lo obvio que es que te niegas a tolerar la manera en la que nos veo, la manera en la que te veo, entonces la cuestión es todavía más perturbadora, una doble negación. Está claro que eres obstinada.
C: No soy obstinada.
X: Las personas obstinadas suelen obstinarse sobre su obstinación.
C: Pero ¿cómo vas a demostrar que tú sí aceptas la imagen que tengo de *ti*, de nosotras...?
X: Porque yo aun así te quiero. Te quiero a pesar de tu negativa a verme.
C: No me niego a verte.
X: Pero, en cierto punto, no podré seguir así.

«Ginny lo llamaba *El segundo sujeto humano*», dijo Shelley, interrumpiendo mi lectura, salvándome de lo que allí ponía.

Bajé de la escalera, empecé a tener vista de túnel como si me fuese a desmayar, pero me quedé quieta un instante y recuperé el cuerpo y volví a mí misma y, al girarme a mirar la sala, sentí que hedía a X, a su estética, a su visión, a su meticulosa rabia y necesidad de categorizar todo cuanto no entendía o no podía controlar o abandonar. Basta, pensé, muy bien, *vale*, tú ganas o no ganamos ninguna de las dos, nadie gana, nadie gana, pero se acabó. Fin. Hemos perdido, yo he perdido, tú has perdido y yo me he perdido, más que nada, y espero no volverme a encontrar.

Shelley se quedó con las manos a la espalda y, justo detrás de ella, me fijé en una estrecha cortina negra. Me acerqué, la aparté y, nada más poner un pie en la salita que había tras la cortina, empezó una película.

Era X al volante de su camioneta, la película estaba rodada a través del parabrisas y yo iba sentada a su lado, la pasajera, siempre la pasajera en el asiento de la copiloto, pero no era yo. Se parecía a mí y llevaba mi ropa, pero claramente era otra persona, alguien que se me parecía mucho y llevaba gafas de sol en una cara que no era la mía, y

mi bufanda alrededor de un cuello que no era el mío. X conducía por una autopista gris antes del alba. Esquirlas de luz destellan en su rostro —farolas, faros— y cuando se rompe el terso silencio todo se vuelve cristalino: es Shelley jugando a ser yo. Su voz imitando la mía saliendo de un cuerpo que no era el mío, que era el suyo. Las gafas de sol en la oscuridad cobraron sentido; la modestia, la decencia, la admisión de que era ficticio.

C: ¿Adónde me llevas?
X: Al aeropuerto.
C: ¿Por qué me llevas al aeropuerto?
X: Porque te vas.
C: ¿Adónde?
X: No lo sé.
C: ¿Cuándo volveré?
X: No vas a volver.
C: ¿Nunca?
X: Nunca.
C: ¿Me voy yo o me destierras tú?
X: ¿Por qué haces esto?
C: ¿El qué?
X: ¿Por qué me haces estas preguntas?
C: Porque para amar hay que saber.
X: Esto no parece amor.
C: ¿Y qué parece?
X: Una sarta de preguntas.
C: ¿No crees que el amor son preguntas?

Era incapaz de acordarme, de recordar, de tocar ninguno de los recuerdos o pensamientos o archivos que pudiesen confirmar o negar si había algo de verdad en todo aquello; no había sucedido en el mundo real, pero ¿y en el espíritu? Sin embargo, mientras veía la película, parecía que quizá X no había muerto y quizá no se había marchado, sino que, en vez de eso, era que me hubiesen desterrado, que me hubiesen desterrado de ella hace un tiempo y lo hubiese borrado para seguir adelante. Sentí todos los años que pasamos juntas acumulándose dentro de mí, llenos de cosas, llenos de palabras, sumamente saturados de frases que se pronunciaron y estaban pensadas para desaparecer de inmediato, o frases que se pronunciaron y estaban pensadas para existir para siempre, palabras que nos dimos para explicarnos, palabras que se malinterpretaron, palabras que robamos, imágenes que guardamos en privado, momentos que cobraron importancia para una y no para la otra o para la otra y no para una, dos realidades hacinadas la una contra la otra, estúpidos e

imposibles puntos de vista humanos, puntos de vista de nada, puntos de vista en conflicto, puntos de vista incompletos, imposibles de reconciliar, imposibles de olvidar.

En cierto punto me di cuenta de que me alejaba corriendo de aquella habitación. Shelley me seguía y me decía no sé muy bien qué, no me decía nada que yo necesitara oír, nada que fuera creíble, nada a lo que pudiera darle ya sentido. Me había volcado por dentro y me había puesto en la posición de tener que interpretar lo que tenía delante, la obra final de X, pero ¿quién si no yo iba a ser menos capaz de entenderla? ¿Qué significaba aquella obra? ¿Para qué era, para quién era? ¿Y qué había significado mi obra, esta obra, y para quién era más allá de mi rabia contra Theodore Smith y mi pueril necesidad de reafirmarme como una especie de autoridad sobre esta mujer, nada más que una mujer, nada más que una mujer muerta a la que pensaba que conocía? No la conocía, no sé quién era y no sé nada de aquella mujer, aunque sí la quise —en esa cuestión me niego a ceder— y fue un amor enloquecedor, un amor despiadado y que se resiste a ser contenido, y no es verdad que al final estuviera en declive; enamorada, le preparé una sopa mientras se estaba muriendo, y estaba recogiendo romero en el jardín para ella mientras el corazón se le volvía inútil en el pecho, y estaba hirviendo patatas y cebollas a fuego lento junto con las hierbas, ya que sabía lo mucho que le gustaban las comidas sencillas, lo más sencillas posible, casi nada, hice eso por ella sin saber que mientras tanto se estaba muriendo, la serví en cuencos y sin saber que mientras tanto estaba muerta; y soy incapaz de explicar a mi mujer o explicarme a mí misma durante un segundo más siquiera y lo confieso ahora, con toda la vergüenza que tanto me merezco, que no debería haberme engañado y no tendría que haber intentado siquiera explicar un minuto de su vida.

Recorrí la carretera toda tiesa, como si me hubieran dado una paliza, mis pasos eran irregulares. Una sensación espantosa, mortífera. No tengo más opción que ponerlo aquí, ponerlo en alguna parte, traducirlo a lenguaje para no llevarlo colgando como un relicario lleno de veneno.

Hice a pie los pocos kilómetros que había hasta el barrio de Shelley. Durante un rato, ella me fue siguiendo con su camioneta, me gritaba que subiera, que hacía mucho calor, que me daría un síncope, pero no le hice caso y al final lo dejó estar y se marchó. La caminata bajo el sol me abrasó la piel y me llenó los pies de ampollas, pero conseguí volver hasta el coche de alquiler viva, más o menos viva, insondable.

En el avión de vuelta a Nueva York tenía al lado a un hombre que iba leyendo la *Revista de Trastornos Neurológicos*. Era Alfred Schuster (¿sí?), un hombre al que solo había visto en fotos, no sé cómo, pero allí estaba, respirando a mi lado.

Intenté ignorarlo, hacer un ejercicio de introspección, pero a mitad de vuelo creo que notó mi interés alterado. Dejó la revista e inició —vacilante, luego sin reservas— una de esas conversaciones estériles a la par que íntimas de los aviones en las que no se dicen ni siquiera los nombres, como si sentarse tan cerca de alguien los volviera innecesarios. Cuando me preguntó a qué me dedicaba, dije que era periodista, parte mentira, parte verdad, ante lo que enarcó las cejas. ¿Había intentado alguna vez, me preguntó, forzar a alguien a conceder una entrevista? Le contesté que no, que no era ese tipo de reportera, que no escribía de cosas que de verdad importaran. (Recordé todas aquellas llamadas y cartas, los mensajes que le dejé a la secretaria de Schuster, los ruegos en el contestador, mi desesperación por hablar con él, una agresión que ya no entendía).

Me contó que, hacía unos años, una periodista lo había estado persiguiendo y, tras aquello, agradeció trabajar en el ámbito de la ciencia, donde se podían medir las cosas y llegar a conclusiones.

Con las personas, nunca se llega a una conclusión, ¿verdad?, me dijo.

Me guiñó el ojo mientras le daba sorbos a la bebida. Me quedé congelada y en aquel momento de silencio entre ambos me pregunté si sabía quién era, si era una especie de trampa. O peor aún: quizá era una fuerza o un patrón que escapaba a la comprensión humana lo que nos había llevado allí, de la misma manera que X y él se acababan encontrando por la ciudad, una y otra vez, hace ya tantos años.

Apareció una azafata y nos sirvió más bebida y ella también me guiñó el ojo. Alfred Schuster (¿era él de verdad?) me soltó una larga diatriba sobre que tenía que admitir que incluso en la ciencia había muchas cosas que no sabíamos, había tantas cosas que seguían cambiando que resultaba muy frustrante, ¿verdad? Por ejemplo, él, cada dos años más o menos, sufría un episodio grave de algo que parecía un desajuste en la producción de adrenalina, pero era incapaz de hacer un diagnóstico adecuado del problema. *Empieza con un tembleque*, me explicó, luego pasaba a ser un asunto de termorregulación y de lacrimación involuntaria. Normalmente, una ducha fría le ayudaba a que se le pasara más rápido, me dijo, pero solía durarle por lo menos una hora, a veces dos; temblores, náuseas, castañeteo de dientes, sudores, helor. La primera vez le ocurrió en una sala de espera en Shanghái, me dijo; otra vez le sucedió después de pelearse con su mujer; otra, durante un pícnic de lo más agradable en el parque; y otra, la vez que más le duró y que resultó más doloroso, fue cuando se enteró de la muerte de una mujer, una mujer con la que

había tenido mucha relación, pero con la que por entonces llevaba sin hablarse bastante tiempo.

Removió la bebida con una expresión de seriedad y arrepentimiento mortal antes de que se le iluminara la cara y me sonriera y se volviera hacia mí. *Menudo soy*, me dijo, *yo aquí dándole todos mis antecedentes clínicos a una completa desconocida*. Lo que pretendía sugerir, prosiguió, era que había misterios en todas partes, en todo momento, y como científico con todos los recursos conocidos a su disposición, como persona que a menudo se quedaba anonadada por la cantidad de cosas que aún había que aprender sobre el mundo material, le parecía toda una lección de humildad no ser capaz de discernir en todo instante lo que sucedía en lo más íntimo de los espacios íntimos, en su propio cuerpo o su mente o el espíritu —*A falta de un término mejor*, añadió—, si acaso existía, algo de lo que no estaba seguro.

Más tarde se quedó dormido y la cabeza le bamboleaba hacia un lado y me fijé en sus párpados. Todo se desvanece, pensé. Todo se desvanece y nada regresa, pero ¿y entonces qué se supone que tenemos que hacer al respecto?

Retrospectiva

X: No había nada que no me interesara, aún siento una gran curiosidad por todo —salvo hacer carrera política, claro—, pero, aparte de eso, la verdad es que me gustaría entender la sociedad en la que vivo y cómo funciona, cómo se articula, qué piensa la gente. No se puede ser escritora de otra manera, creo, hay que saber más o menos dónde está una para poder escribir.

WALTERS: ¿Así se ve usted: sobre todo, o principalmente, como escritora?

X: Creo que hasta hace un par de años habría dicho que sí, rotundamente, pero creo que la mayoría se sorprende cuando digo que nunca disfruté demasiado de la performance. Nunca me sentí una intérprete nata. En el fondo, yo no era una persona atroz... Así que me pareció que podía usar la caracterización para actuar.

WALTERS: ¿Así que me está diciendo que los personajes surgieron para poder actuar?

X: Es raro, ¿verdad?

WALTERS: ¿El qué?

X mira fijamente a Walters unos largos segundos hasta que ella le aparta la mirada, ordena sus notas y repite.

WALTERS: ¿Qué es extraño?

X: La forma... La forma en que la gente intenta escapar de su pasado a través de personajes, habitando otros personajes, es como se puede seguir adelante... o intentarlo. Por alguna razón, yo trabajo todos esos personajes en público y tengo que responder preguntas al respecto. Pero ¿no ve que las decisiones que he tomado no son diferentes a las que ha tomado usted?

WALTERS: ¿Yo?

X: Sí. Solo que usted consigue dejarlas en la esfera privada, en cierto modo, moverse entre sus personajes mentalmente. Lo que quiero decir es que el paso de la calle a los museos no ha sido el más cómodo del mundo. Perdí el anonimato... En el mejor de los mundos, se vería la obra y yo seguiría siendo una figura entre las sombras.

WALTERS: Bueno, a mucha gente le gustaría saber... ¿Quién es usted? ¿Quién es usted en realidad? Bajo todos sus disfraces.

X: Nunca me pregunto «quién soy», sino «quiénes soy»... ¿Quién

sabría decir quiénes soy, cuántas soy, cuál de todos mis yoes es el más yo de todos? ¿Qué es un sujeto humano, Barbara, qué nos hace vivir tan bien y tan mal que después de millones de años aún no sabemos cómo morir o qué es la muerte? Un sujeto es por lo menos mil personas… ¿No cree?

WALTERS: Hum, bueno, es una manera de verlo. [215]

No la creí cuando la oí decir aquello y sigo sin creérmela. Nunca quiso ni el anonimato ni quedarse entre las sombras. Era tan cría, se le veía a la legua la desesperación por la fama. Fue aquel año —1994— cuando recibió todo el reconocimiento y los focos que había deseado desde hacía tanto tiempo.

En algunos momentos de aquel año pensé que veía a X relajarse un poco, como si aquel logro la hubiese cambiado de verdad, pero me encontré varias páginas de notas manuscritas destrozando una pieza que había publicado Elvia Wilk en *Future Looks Magazine* justo antes de la inauguración de la retrospectiva. Hubo una línea en concreto que parece que la volvió loca: «El problema con su obra, que también es un problema de sus personajes (ya que son indisociables) es que libra una batalla despiadada contra la complicidad que existe en la cultura del presente, contra la incomprensión que acompaña cada reconocimiento social y profesional, empezando por el suyo». [216] Todas sus notas apuntaban a una única pregunta que Wilk había planteado y que X era incapaz de resolver, ¿podía desdeñar el estado de la cultura de su país en su conjunto y, al mismo tiempo, que fuera razonable desear o aceptar su aprobación?

«Los años más felices son los más cortos. Solo nos damos cuenta cuando han pasado —escribió X en *La razón por la que me he perdido* —. Por tanto, intentar evitar el sufrimiento es el impulso más suicida de todos. Es pedirle a la vida que pase tan rápido que no veas ni un solo momento». [217]

Pensé mucho en aquellas líneas aquel año, veía lo descontenta que parecía X con su éxito. El documental de McElwee había tenido muy buena acogida. Ginny había vendido todas las piezas de *La serie del espionaje*. Las reseñas y la asistencia a su retrospectiva *Por fin el lugar* habían superado toda expectativa razonable. Daba igual lo rara o maleducada que fuera con un periodista, los múltiples perfiles que se publicaron aquel año la retrataron, sin excepción, como una genia que vivía más allá de los confines de la normalidad; no como una maniaca narcisista a la que le daban igual los estragos que dejara en el camino.

En público y en las entrevistas, exudaba la seguridad de una mujer que ha saciado sus ambiciones más voraces, pero, en cuanto nos

quedábamos a solas en los asientos traseros de un coche o en el piso de la ciudad o en el chalet, estaba apática. Excusé de muchas maneras sus cambios de humor, pero ahora mismo ninguna tiene sentido. Simple y llanamente, no había límite en la cantidad de dolor que era capaz de exprimir incluso de las experiencias más placenteras. Mientras escribo estas palabras las miro atónita. ¿Este tipo de amor siempre tiene un deje de desprecio o acaso aquel desprecio era algo muy nuestro? ¿Es «desprecio» la palabra adecuada?

Por más que sabía cuánto odiaba esta pregunta, aquel año me rebajé un par de veces a preguntarle qué le sucedía, y su invariable respuesta fue fruncir el ceño, no decir nada. Una página en su diario confirma la fisura:

> Con harta frecuencia preguntaba: «¿Qué sucede?»; ese continuo reproche que era un continuo recordatorio de su amor.[218]

De nuevo, volvieron mis preocupaciones. Las pocas veces que iba a la ciudad para acompañarla a algún evento, no podía evitar quejarme después sobre una mujer que había mimado a X un poquito más de la cuenta, que se había reído de sus chistes con demasiada guturalidad. Yo era del todo consciente de que Ginny y Oleg y seguramente más personas consideraban que yo no tenía nada de glamour y era sosa. Yo no era una estrella, ni siquiera alguien que aspirara al estrellato.

A veces, algún invitado de una de esas fiestas o cenas inacabables me preguntaba a qué me dedicaba. Mi respuesta siempre parecía tratar más del pasado que del presente. Si X estaba cerca, a veces se pavoneaba, contaba que uno de mis reportajes había conseguido meter entre rejas a un hombre y me había valido un Pulitzer, pero entonces, sí o sí, la persona en cuestión me preguntaba en qué andaba metida últimamente; *en una reseña literaria*, solía decir yo, que equivalía casi a la nada entre gente que no leía libros. Aunque tenía treinta y cinco o treinta y seis años, me acostumbré a las miradas de desdeñosa paciencia, con las que se mira a una criatura que aún no ha encontrado su camino.

Periodista… Qué oficio más duro, me dijo alguien en una ocasión. *Cada vez que pienso que el sector del entretenimiento es duro, ¡me alegro de no haberme metido en prensa! Por lo menos la gente quiere que la entretengan.*

Una noche, durante las Navidades de 1994, después de una cena en la que se celebraba el compromiso de dos jóvenes actores muy guapos a los que no conocíamos mucho, X y yo estábamos ya de vuelta en el loft, preparándonos para meternos en la cama, cuando me di la vuelta

y me la encontré apuntándome con un arma. No me sonreía. No parecía una broma. Tuve que parecer asustada.

Anda ya, no pensarás que te voy a hacer daño, me dijo, pero seguía sin sonreír y a mí no me cabía en la cabeza por qué hacía eso.

Al final bajó la pistola e intentó tocarme, pero no se lo permití. En batín y pantuflas, me fui del loft, caminé hasta el garaje y me fui en coche al chalet. En aquel momento me pareció imposible que lo superáramos. Estuvimos una semana sin hablarnos y yo, sin un lugar para canalizar mi rabia, me hice un esguince en las muñecas aporreando el saco de boxeo del garaje. X dejó de esperar a que la llamara y se presentó en el chalet, y, aunque no se disculpó, había un algo de disculpa en sus gestos, lo máximo que conseguía formular. Sí que recuerdo —aunque aquí la memoria se vuelve sospechosamente clara— que lo primero que me dijo el día que llegó a casa fue: *Ya sé cuál es tu problema*.

Ah, ¿sí? Yo aún estaba enfadada, pero era incapaz de hacer nada con ese enfado salvo sentarme a escucharla mientras las bolsas de guisantes congelados se ablandaban en mis muñecas.

Dependes demasiado de mí. No tienes tu propia vida, tu propio trabajo.

Objeté, pero insistió.

No es verdad, repetí. Nos quedamos calladas unos segundos y ahora que está muerta puedo admitir que tenía razón. Ella era mi vida. Lo sabía entonces y lo sé ahora.

Yo, feliz de mantenerte, continuó al poco, *pero tú no pareces contenta viviendo de mantenida. Parece que te falta algo, algo que solo tú puedes darte.*

No sé cómo acabó la discusión; solo recuerdo las abrumadoras náuseas y el plástico frío y mojado en las muñecas, y, de todas maneras, ¿cómo acaban siempre esas discusiones? Nunca se llega a ninguna conclusión. Nunca se toman decisiones. Un matrimonio sigue porque sigue.

X y yo estuvimos sin hablarnos el resto del día, pero nos abrazamos de esa manera en la que se abrazaría la gente cuando intenta resistir a su vida. Si X hubiese vivido mucho más, puede que más tarde hubiéramos concluido que aquello fue el principio del fin, o puede que lo hubiésemos superado, nos hubiésemos transformado. Nunca le pregunté por qué me apuntó con una pistola y ella nunca me explicó qué intentaba demostrar o hacer. No hay ninguna mención en sus diarios. Tampoco en sus cartas ni en sus diversos manuscritos inacabados, y a veces me pregunto si fue todo una alucinación mía. Eso, o que estaba sintiendo, como escribió X en *La desaparición*, el «absoluto golpe de suerte [de] echar de menos a alguien mucho antes de que te deje».[219]

En los papeles de X me encontré una sola nota de aquella época, con fecha de Navidad de 1994, aunque nosotras no la celebrábamos:

> Estoy harta del pensamiento. Quiero algo palpable y hermoso… Pero nada de lo que hace un ser humano es palpable. La historia del arte son mujeres consolándose las unas a las otras ante este hecho… La idea de llegar a algún sitio con el amor es incluso más frustrante y fútil que la idea de llegar a algún sitio con el arte.

11 de noviembre de 1996

A veces pasa que llamas a tu mujer para que baje a comer y no baja y subes y llamas a la puerta y no responde y vuelves a llamar y no oyes nada y te vas, te vas hasta mitad de pasillo, luego das media vuelta enfadada por que te ignore y abres la puerta despacio, con miedo a estar cometiendo un error y a que te grite que está trabajando, ¿no ves que está trabajando?, pero no te grita porque yace en el suelo como un buen montón de ropa sucia o una manta que se ha caído de la cama.

Cuando la encontré —cuando encontré su cuerpo y ella no estaba allí—, es decir, cuando fui a buscarla y no la encontré —véase, cuando murió o después—, después de que muriera y ver yo el cuerpo que había dejado, supe de inmediato lo que había sucedido —existe el olor de la muerte, pero también su luz, su sonido— y aun así supe que aún estaba allí, que me miraba desde el rincón, que era uno de sus juegos y que aparecería enseguida y me enfadaría con ella por engañarme otra vez. Lo había hecho tantas veces. La buscaba por la casa y ella se había escondido detrás de una cajonera o había hecho contorsionismo para meterse en una balda alta de un armario o detrás del sofá, de la cama y permitía que yo fuera gritando por casa, buscándola, hasta que al final la encontraba o se hacía la muerta y yo entraba en una habitación y la descubría tirada en el suelo, con un brazo desparramado a un lado y yo lo odiaba y aún odio el recuerdo. Cuán a menudo fingía estar muerta cuando aún estaba viva, como si estuviera entrenándome, como si quisiera que le sucediera pronto.

¿Qué haré cuando no estés?, le preguntaba a veces, medio en broma, medio en serio. *¿Por qué quieres que piense en eso mientras sigues viva?* Le rogaba que no se hiciera la muerta, que no lo hiciera jamás, que me superaba, pero siempre se reía, se reía tanto, le parecía graciosísimo.

Como no supe qué otra cosa hacer —o quizá sí lo sabía, pero no quería hacer otra cosa—, le hablé a su cuerpo muerto. Dije: *Levanta*. Dije: *Para ya, no es gracioso, levanta, levántate ya*. Dije: *La comida ya está lista*. Dije: *Se está enfriando. Hay sopa y odias cuando no está ardiendo. Mira, no la voy a recalentar si tardas en bajar, esta vez no.*

Fui a la cocina y serví dos cuencos de sopa y los puse en la mesa, como si solo hiciera falta esperar a que dejara el juego. Esperé, ¿cuánto? —medio minuto o cinco minutos o media hora— y luego llamé a una ambulancia.

Vino la policía, el forense, más personas. No recuerdo qué pasó. Permanecí sentada en el jardín delantero con los ojos clavados en un pino —qué imposible me parecía que el árbol siguiera en pie— y sé que, si ella leyese esta escena, la tacharía entera. *No, todo mal, demasiada fanfarria, sabes que la muerte le llega a todo el mundo, no tiene nada de especial, nada de particular, absolutamente nada de particular.*

En cierto momento se me llevaron a rellenar el papeleo. Así funciona. Alguien tiene que poner por escrito a los muertos.

La sopa se quedó un tiempo en la cocina. Se secó y se cuajó en la olla y los cuencos, luego se endureció y se agrietó. Al final, alguien hizo algo con ella, aunque no recuerdo quién. Había gente en casa, gente intentando hacer algo, gente atareada. No consigo recordar quiénes eran aquellas personas. O no puedo o no quiero.

Llamé varias veces a la oficina del forense y, tras hablar con él en diversas ocasiones, ya no conseguí pasar de la secretaria, que intentaba esquivar mis llamadas. Al final me sugirió que contactara con alguien de servicios sociales, pero a mí eso no me servía de nada. Quería volver a hablar con el forense. Era de lo más sencillo. No había contestado adecuadamente a mis preguntas...

Quería saber si cabía la posibilidad de que X se hubiese suicidado. También necesitaba que me explicara otra vez si era posible que yo la hubiese matado; por alguna razón, no me asustaba plantearme esa posibilidad. ¿La había matado por no actuar con rapidez? ¿Por no oírlo, cuando su cuerpo cayó al suelo? ¿Por no arrastrarla por las escaleras y meterla en el coche y llevarla al hospital? ¿La había matado años o días antes de que muriera? ¿Era por mi culpa o, si no era por mi culpa, cómo es que no era por mi culpa?

No, me contestó el forense. No se había matado y no, tampoco la había matado yo. Me explicó que, bien al contrario, la respuesta era muy simple. *El corazón dijo hasta aquí, hasta aquí y ya, sin más, pasa muy a menudo.*

Puede que su explicación me aplacase un instante, pero cada vez que colgaba sentía rabia. Estúpido, ¿cómo iba a decir su corazón que hasta ahí llegaba? ¿Cómo se atrevía a decirme cómo era su corazón?

Y, además, ¿cómo sabía que el cuerpo que había examinado era de verdad el suyo? ¿Estaba completamente seguro de que había realizado la autopsia al cuerpo de X y no a otro cuerpo, el de otra mujer, un cadáver que resultó estar en su morgue?

Ahí el forense me frenó. *¿Quiere que yo le diga que su mujer era su mujer?*

Cuando me lo preguntó así, ya no lo tuve tan claro.

Finalmente, el forense accedió a verme en persona, en una bocatería de la salida 232 de la autovía, un lugar que parecía siempre cerrado, aunque en realidad no lo estaba. Era un local sombrío y olía mucho a aceite rancio y me invadió una tristeza terrible por que X y yo no hubiésemos ido juntas nunca. Era el tipo de lugar que le habría encantado y no quedaba muy lejos de casa. ¿Cómo es posible que siempre hubiésemos pasado de largo? ¿Qué más cosas nos habíamos perdido?

Esperé en un compartimento de asientos de vinilo en el rincón del fondo a que llegara el forense. Me reconoció de inmediato, vino directo y dejó un manual de medicina sobre la mesa, lo abrió por unas páginas que trataban del corazón humano.

No era distinta a usted o a mí, me dijo, *no en cuanto a los órganos se refiere. Cuando amamos a alguien, nos parece diferente a todas las personas que no amamos, pero todo el mundo es igual. Todo el mundo está hecho de la misma materia y todo el mundo acaba igual.*



Creative Commons.

Me detalló lo que había visto de su corazón en la autopsia, la deformación en una de las válvulas que le provocaba una arritmia, cómo su corazón se esforzaba más que otros, lo fascinante que era que hubiese aguantado los años que había aguantado, ya que le podría haber fallado mucho antes, años antes de que yo la conociera.

Tenemos un solo corazón y aguanta lo que aguanta, me dijo.

Antes de irse, el forense arrancó la página del manual y me la dio.

Por favor, no vuelva a llamarme.

Y no lo hice.

Durante días dejé el portón abierto de par en par y todas las puertas sin el pestillo echado, viví en el desorden. El teléfono sonaba. Las cartas se amontonaban. Aparecían periodistas en la puerta, llamaban

al timbre, se asomaban por las ventanas, decían, *¿Hola? ¿Hola?* Y otra vez, *¿Hola?* Más tarde instalé un portón más alto, cámaras de seguridad. Me compré un arma. Me quedé dentro de casa. Los odié, a todos, a todo el mundo. Algunas noches practicaba puntería disparando a botellas de vidrio en el jardín.

Se publicó un reportaje en una revista de una fuente anónima de la oficina del forense que le había dicho a la prensa que habían encontrado veneno en la sangre de X, pero que no lo habían incluido en el informe. Circuló la teoría de que habían sobornado al médico, aunque la fuente admitió no estar segura. Aun así, fui sospechosa, claro. Oleg también, y un par de relaciones anteriores de X, y Ginny Green y la propia X. (Cuando se descubrió que la fuente de la oficina del forense sufría esquizofrenia, la historia desapareció).

Un periodista supuestamente respetable escribió un largo artículo para un periódico supuestamente respetable en el que entrevistó a todos los residentes de un pueblecito costero que juraban que una mujer muy misteriosa que se acababa de comprar una mansión en la punta del cabo era X; no había otra explicación, decían.

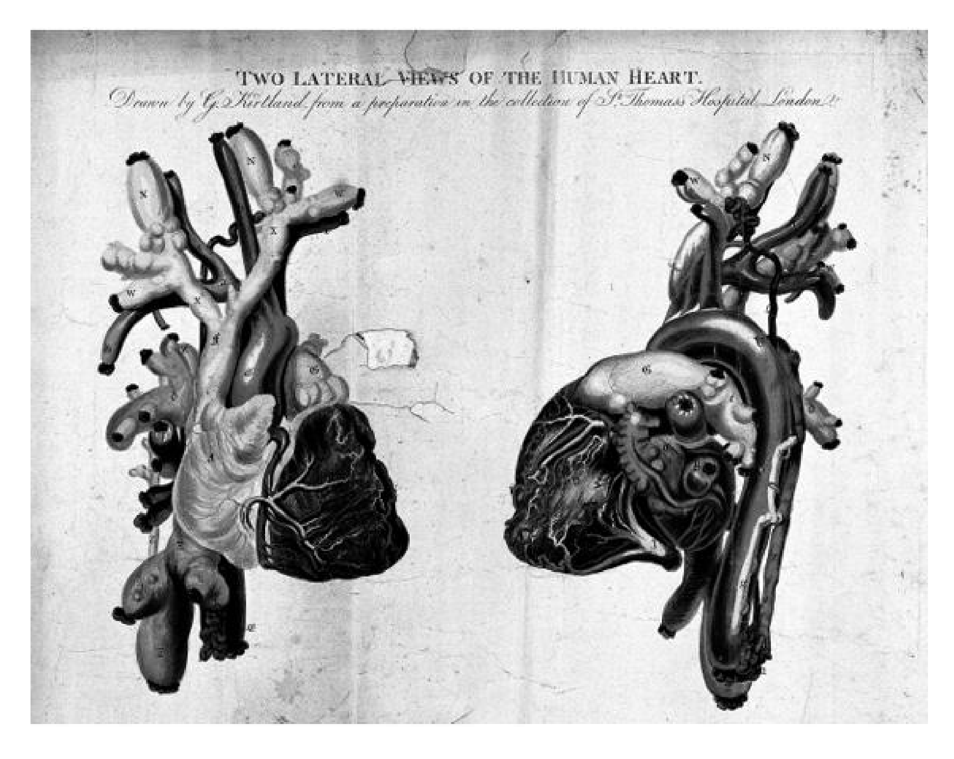
¿Quién si no sería tan particular?

En la radio, una voz masculina hizo un recuento de los rumores, las conspiraciones —una sobredosis, un cáncer que no se había tratado, una estratagema, un «pseudocidio»; no, todo formaba parte de un plan; no, no había sido más que un ataque al corazón; no, algo peor, algo más truculento—. Y acaso no era raro que la viuda no hiciera declaraciones y acaso no era raro que Oleg Hall hubiese dado una rueda de prensa sin parar de llorar. *Hay algo raro, algo no encaja,* dijo Oleg, y la explicación más simple —que X había muerto— no quiso aceptarla.

Quién sabe lo que dijeron en televisión. La única manera en la que ha mejorado mi vida después de X es que cogí su dichoso televisor, lo metí en el coche, conduje unos diez kilómetros hasta llegar a un puente, paré, saqué el trasto y lo tiré a un lago.

Hablo con ella todo el tiempo. Le digo que nos hemos quedado sin leche o sin pan. Le pregunto dónde están las tiritas, que me he cortado con un folio, que no me acuerdo de cuándo fue la última vez que me corté con un folio y cómo es posible que duela tanto. Le digo que me voy a hacer un recado, que vuelvo pronto, luego hablo con ella todo el trayecto hasta la ciudad, luego en el de vuelta, y luego en casa, le digo que he vuelto, le cuento qué tal ha ido, le digo que en la ferretería no tenían la tuerca que necesitaba —a dónde va a parar el mundo si en la ferretería no tienen la tuerca adecuada— y a veces me imagino su respuesta —una risa, una queja— y aunque han pasado años desde

que oí su voz me niego a aceptar que no la volveré a oír. Muerta todos estos años y no he estado sin ella ni un segundo, ni siquiera un segundo, por mucho que desee dejar atrás esta vida, por mucho que quiera que su recuerdo desaparezca, por completo, pero ella no me deja. Sola todos estos años, y lo único que quiero es estar todavía más sola.



Dominio público.
Encontrada por la autora.

En la morgue pesaron su cuerpo, lo midieron, midieron cada extremidad, pesaron cada órgano, determinaron la causa de la muerte. Me dieron un documento que describía por separado las partes de su cuerpo, como si pudiéramos determinar dónde acababa ella y dónde empezaba el mundo.



NOTA SOBRE LA AUTORA

C. M. Lucca (1957) fue redactora de *The City Paper* entre 1982 y 1989. Su reportaje sobre la secta HXWZM le valió un Premio Pulitzer de Periodismo de Investigación en 1990. Este es su primer y último libro. Es la viuda de X.

NOTA SOBRE LA TRADUCTORA

Marion Saralegui Lanz (1959) es editora y traductora del inglés y el alemán. Destacan sus traducciones para una antología de las filósofas de la generación beat y del teatro de Blixa Bargeld, que le valió el Premio Nacional de Traducción en 1998.

Gracias, Jin, Eric, Jackson, Alexandra, Elizabeth, Alba, Ekin, Maggie, Jessica, Martina, Teresa, Anne, Jason y DW.

Gracias, Tims, Booths, CB, Goose, 1364 Wolcott, Sara, Sean, Kendra, Haroula y las dos Brendas.

Gracias, Fundación Guggenheim, Agencia del Consejo de las Artes de Illinois, Centro Internacional de Arte Omi, bibliotecarios y bibliotecarias del Archivo Fales, y gracias a todas las demás personas que me han ayudado y que están acreditadas en otras partes.

Este libro es para mi madre, Susan

Notas

Nota de la traductora: en los casos en los que las traducciones publicadas de las citas encajaban con la versión que usa la autora, se ha intentado usar la versión publicada, con la debida acreditación. En el resto de los casos, las traducciones son mías.

SOBRE EL SEÑOR SMITH

«Si de verdad quiere escribir» [*If you truly want to write*]. Patty O'Toole, finales de 2016.

«línea tras línea» [*line by line*], Renata Adler, «The Perils of Pauline», reseña de *When the Lights Go Down*, de Pauline Kael, *The New York Review of Books*, 14 de agosto de 1980. [He cambiado el «pieza por pieza» (*piece by piece*) del original a «página por página» para que encaje con la historia].

«saben lo que hacen» [*they know what they're doing*]: Clarice Lispector, *The Hour of the Star*, trad. Giovanni Pontiero (1977; reimp. Nueva York: New Directions Publishing, 1992), 85.

CARTAS

The Reason I'm Lost [La razón por la que me he perdido]: la novela ficticia del relato de «Triumph Over the Grave» [«Vencerle a la tumba»] en *The Largesse of the Sea Maiden: Stories* (Nueva York: Random House, 2019), 101-150.

1989

«las personas despertaban su voracidad» [*voracious for people*]: Jean Stein, *Edie: American Girl*, ed. con George Plimpton (Nueva York: Grove Press, 1994). Cita de Chuck Wein tal como se la dijo a Jean Stein.

«apalizar» [*beaten up*]: Kathy Acker, carta a Ron Silliman, septiembre de 1975, MSS. 75, Papeles de Ron Silliman, Colecciones y Archivos Especiales, Biblioteca de la Universidad

de California, San Diego. La frase completa de Acker reza: «Igual tendría que follarme a Richard Serra (se respira en el aire) y, como dice una amiga mía, que me apalice».

«Ser rebelde» [*To be rebellious*]: Susan Howe, *My Emily Dickinson* (Nueva York: New Directions Publishing, 2007), 114-115.

«Esta cobardía, falta de conciencia» [*This cowardice, unknowingness*]: Susan Sontag, *Reborn: Journals and Notebooks, 1947-1963*, ed. David Rieff (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2009), 274, 140. [Citado de la traducción de Aurelio Major. *Renacida. Diarios tempranos 1947-1964* (Barcelona: Mondadori, 2011)].

MONTANA

«Naces desnuda» [*You're born naked*]: RuPaul, citado en *Queer Quotes: On Coming Out and Culture, Love and Lust, Politics and Pride, and Much More*, ed. Teresa Theophano (Boston: Beacon Press, 2004), 109. Según Wikiquote, RuPaul parafraseaba a Tede Matthews in *Word Is Out*, un documental de 1977 dirigido por Nancy Adair, Andrew Brown y Rob Epstein; véase https://en.wikiquote.org/wiki/RuPaul.

«Tal vez sus amigos más cercanos» [*Maybe the closest friends*]: citado en Benjamin Moser, *Why This World: A Biography of Clarice Lispector* (Oxford, Reino Unido: 2009), 2-3. Moser cita así el original de la cita: «Meus livros têm 'recadinhos': Quais? Os críticos é que dizem...», *O Globo*, 15 de mayo de 1961. [Citado de la traducción de Cristina Sánchez-Andrade. *Por qué este mundo. Una biografía de Clarice Lispector* (Madrid: Siruela, 2009)].

Moby-Dick: Maya Jaggi, «George and His Dragons», reseña de *Grammars of Creation*, de George Steiner, *The Guardian*, 17 de marzo de 2001. Jaggi dice sobre Steiner: «Cuando le pregunto si de pequeño había leído algo trivial, me contestó: "*Moby Dick*"».

«Quién sabe si fue» [*Who knows if it was*]: Nathalie Léger, *The White Dress*, trad. Natasha Lehrer (St. Louis, Misuri: Dorothy Project, 2020), 17.

«Hay que pasar» [*You have to get through*]: Amanda DeMarco, «Nathalie Léger», *BOMB* 153 (11 de septiembre de 2020): 105. He alargado las palabras de Léger en mi párrafo.

«Esta es la historia con licencias poéticas» [*This is the poetically licensed story*]: Robert Storr, «Narcissism and Pleasure: An Interview with Yvonne Ranier», *The Paris Review*, 17 de

noviembre de 2017, https://www.theparisreview.org/blog/2017/11/17/narcissism-pleaSure¡-interview-yvonne-rainer. He modificado y añadido palabras de la entrevista para que encajen con la historia.

EL TERRITORIO DEL SUR

«QUEREMOS TRANQUILIDAD Y ORDEN» [*WE WANT QUIET AND ORDER*]: Marc Fisher, *After the Wall: Germany, the Germans and the Burdens of History* (Nueva York: Simon & Schuster, 1995. La consigna, en alemán (*Ruhe un Ordnung wollen wir!*), aparecía en las postales de reclutamiento del grupo paramilitar anticomunista bávaro Einwohnerwehr (Defensa Ciudadana) en 1920.

«el conflicto original estadounidense» [*the original American conflict*]: Susan Howe, *My Emily Dickinson* (Nueva York: New Directions, 2007), 74.

«Empleo, vivienda, guarderías» [*Jobs, housing, childcare*]: Fisher, *After the Wall*, 115. Cita muy modificada.

CAROLINE

«Los elementos más cultos» [*The more cultivated elements*]. Renata Adler, «The Talk of the Town: Notes and Comment», *The New Yorker*, 16 de julio de 1966. He sustituido el término de Adler «la comunidad segregacionista» por «fascismo teocrático».

«Así que le dije» [*So I said to her*]: Jean Rhys, *Smile Please: An Unfinished Autobiography* (Londres: Penguin Reino Unido, 2016). He modificado la cita.

«Lo que pido» [*What I am asking for*]: Flannery O'Connor, *A Prayer Journal* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2013), 38.

«Alrededor de la 1.45 de la madrugada»: he basado esta historia, incluyendo el nombre y la edad de las personas involucradas, en la descripción del 6 de marzo de 1970 de la explosión de una de las casas adosadas de Greenwich Village que ofrece Kirkpatrick Sale en *SDS* (Nueva York: Random House, 1973), 1-2. He modificado en gran medida el fragmento para que encaje con la historia.

«Las revoluciones no siguen precedentes» [*Revolutions do not follow precedents*]: Oliver Wendell Holmes a Cornelius Conway Felton, 24 de julio de 1861, Archivos de la Universidad de Harvard, UAI.15.890.3, 170-171.

«No quiero compasión» [*I do not want pity*]: Susan Howe, *My*

Emily Dickinson (Nueva York: New Directions, 2007), 115.

«Hoy mamá me ha llevado» [*Today Momma took me*]: Candy Darling, *Candy Darling: Memoirs of an Andy Warhol Superstar* (Nueva York: Open Road Media, 2015), 82.

«Pero la oscuridad también tiene su parte buena»: Barbara Demick, *Nothing to Envy: Ordinary Lives in North Korea* (Nueva York: Spiegel & Grau, 2010), 4-7. He tomado prestados algunos detalles de la anécdota que presenta Demick, pero he cambiado mucho la formulación.

«Me ató a la cama»: he tomado la historia de atar a un hombre a la cama de la vida de un antepasado mío, el general Edward Lacey, quien, según cuenta la leyenda familiar, ató a su padre a la cama para evitar que enviara un aviso a los británicos durante la guerra de la Independencia.

«Me caso» [*I marry*]: Susan Sontag, *Reborn: Journals and Notebooks, 1947-1963*, ed. David Rieff (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2009), 62. He cambiado el nombre de «Philip» por el de «Paul» para que encaje con la historia. [Citado de la traducción de Aurelio Major. *Renacida. Diarios tempranos 1947-1964* (Barcelona: Mondadori, 2011)].

«Yo, esposa sonriente» [*I smiling wife*]: Howe, *My Emily Dickinson*, 103-104.

«En el matrimonio, cada deseo» [*In marriage, every desire*]: Sontag, *Reborn*, 18. [Citado de la traducción de Aurelio Major].

«Quienquiera que haya inventado el matrimonio» [*Whoever invented marriage*]: Sontag, *Reborn*, 81. [Citado de la traducción de Aurelio Major].

«No sé cuál de los dos caminos» [*I do not know which of the two courses*]: Tayeb Salih, *Season of Migration to the North*, trad. Denys Johnson-Davies (1966; reimp. Nueva York: New York Review Books), 66-67.

«Igualdad de los sexos»: Kristen R. Ghodsee, «Why Women Had Better Sex Under Socialism», *The New York Times*, 12 de agosto de 2017. Hay ideas de este artículo en todo el párrafo.

«Hitler y Gandhi»: Ewald Althans, citado en Marc Fisher, *After the Wall: Germany, the Germans and the Burdens of History* (Nueva York: Simon & Schuster, 1995), 235-236.

«mito de que la crítica» [*the myth that the critic*]: Adrian Piper, *Out of Order, Out of Sight: Selected Writings in Meta Art 1968-1992*, vol. 1 (Cambridge, Massachussets: MIT Press), xxix.

«El amor es el mensaje»: Arthur Jafa, *Love Is The Message, The Message Is Death*, 2017 (vídeo, 7 minutos).

«Futuros negros»: Jenna Wortham y Kimberly Drew, eds., *Black Futures* (Nueva York: One World, 2020).

«Los hombres ya no te protegen» [*Men don't protect you anymore*]: véase, por ejemplo, Jenny Holzer, *Serie Supervivencia: los hombres no protegen…* [*The Survival Series: Men Don't Protect You Anymore*]*, 1983-1985*, placa de aluminio con barniz, 6,5 · 25,5 cm.

«Entré en el mundo del arte» [*I entered the art field*]: Francis Alys, citado en Hans W. Holzwarth, *100 Contemporary Artists A-Z* (Colonia: Taschen, 2009), 36.

«Sé precavida con todo lo que» [*Beware of anything*]: Susan Sontag, *Reborn: Journals and Notebooks, 1947-1963*, ed. David Rieff (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2009), 287. [Citado de la traducción de Aurelio Major. *Renacida. Diarios tempranos 1947-1964* (Barcelona: Mondadori, 2011].

«una joven» [*a young woman*]: el asesinato de Ted Gold se ha escrito a partir del caso del de Kim Jong Nam, mediohermano del líder norcoreano Kim Jong Un. Véase, por ejemplo, «Murder at the Airport: The Brazen Attack on Kim Jong Nam», Reuters, 1 de abril de 2019.

«Lo quiero más que de las dos maneras» [*I want it more than both ways*]: Collier Schorr, «Seeing and Being Seen on St. Mark's Place», *Frieze*, 16 de junio de 2020, https://www.frieze.com/article/seeing-and-being-seen-st-marks-place. He pasado la cita de pasado a presente.

«Has de parecer por completo inofensiva» [*You must seem totally harmless*]: Catherine Lacey, *Nobody Is Ever Missing: A Novel* (Nueva York: Farrar, Strauss and Giroux, 2014), 5. He cambiado un poco la formulación que aparece en mi libro. [Citado de la traducción de Damià Alou. *Nunca falta nadie* (Madrid: Alfaguara, 2016)].

«If They Don't Come Tomorrow»: Esta canción es del disco *Like a Dream*, de Francis and the Lights, 2013, letra de Francis Farewell Starlite (usada con permiso del artista).

«El precio de tener una identidad» [*The price of having an identity*]: Louis Menand, *The Metaphysical Club: A Story of Ideas in America* (Nueva York: Macmillan, 2002), 365.

«Has tenido una infancia anormal» [*You have had an abnormal childhood*] Chris Kraus, *After Kathy Acker: A Literary Biography* (Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 2018), 268.

CONNIE

«Solo sé» [*I only know*]. Sheila Heti, *Motherhood: A Novel* (Nueva York: Holt, 2018), 1-2. He cambiado la cita de pasado a presente. [Citado de la traducción de Antonia Martín Martín (Barcelona: Lumen, 2019)].

«Solo somos un par de viajeras» [*We are a pair*]: Vivian Gornick, *The Odd Woman and the City* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2015), 45. [Citado de la traducción de Raquel Vicedo. *La mujer singular y la ciudad* (Madrid: Sexto Piso, 2015)]. He modificado el género para que encaje en el relato.

«La gente se aferra» [*People do cling*]: Elizabeth Hardwick, citada en Darryl Pinckney, «Elizabeth Hardwick, The Art of Fiction No. 87», *The Paris Review* 96 (verano de 1985).

OLEG HALL

«Como todos los famosos»: Edmund White, *City Boy: My Life in New York During the 1960s and '70s* (Nueva York: Bloomsbury, 2009), 278. He cambiado el género y el tiempo verbal de la cita (que es sobre Susan Sontag, en realidad, y no escrita por ella).

«acuerdo complejo de amor» [*complex arrangement of love*]: Joshua Rivkin, *Chalk: The Art and Erasure of Cy Twombly* (Brooklyn, Nueva York: Melville House, 2018), XIV. He pasado a singular la expresión para que encajase en mi frase.

«un personaje de cuidado» [*an astonishing number*]: Rene Ricard, hablando sobre Ed Hennessy, citado en Jean Stein, *Edie: American Girl,* ed. con George Plimpton (Nueva York: Grove Press, 1994), 125. En esa frase he sustituido «Ed Hennessy» por «Oleg Hall».

«Duermo sin casa»: letra ficticia inspirada por «Trouble», de la propia Connie Converse, salvo los últimos versos, que sí que son suyos.

Big Bar. El Big Bar de verdad, en la calle Siete Este, no existió hasta 1990.

«tuvieran la conmovedora temeridad» [*possessed the touching temerity*]: Parul Sehgal, «A Rebellious Victorian Woman Rescued from History's Shadows», reseña de *The True History of the First Mrs. Meredith and Other Lesser Lives*, de Diane Johnson, *The New York Times*, 24 de junio de 2020.

DOWNTOWN

«la importancia de tener éxito» [*the importance of succeeding*]: Fleur Jaeggy, *I Am the Brother of XX: Stories*, trad. Gini Alhadeff (Nueva York: New Directions, 2017), 13.

«Y hete aquí la pesadilla» [*And now there is the nightmare*]: Fleur Jaeggy, *I Am the Brother of XX*: Stories, trad. Gini Alhadeff (Nueva York: New Directions, 2017), 17.

«Abrí un ejemplar mohoso» [*I opened a musty copy*]: Denis Johnson, *The Largesse of the Sea Maiden: Stories* (Nueva York: Random House, 2019), 131-132.

«Todo lo que te pase» [*Whatever happens to you*]: Johnson, *The Largesse of the Sea Maiden*, 106.

«Una vez entretuve a unos niños» [*I once entertained some children*]: Johnson, *The Largesse of the Sea Maiden*, 106.

«una batalla que no podía ganar» [*an unwinnable battle*]: Merve Emre, «Misunderstanding Susan Sontag», reseña de *Sontag: Her Life and Work*, de Benjamin Moser, *The Atlantic*, 15 de octubre de 2019. He cambiado los nombres de la cita y la segunda frase que atribuyo a Emre es de mi cosecha.

«Gracias por tu carta» [*Thank you for your letter*]: Jean Rhys, *Letters 1931-1966*, eds. Francis Wyndham y Diana Melly (Londres: Andre Deutsch, 1984), 301. He cambiado los nombres, he eliminado el nombre del crematorio y he omitido una frase del original.

«Me he ganado el derecho» [*I have earned the right*]: Adrian Piper, «Dear Editor», 1 de enero de 2003, Adrian Piper Research Archive Foundation Berlin, http://www. adrian piper.com/dear_editor.shtml. La segunda frase es añadido mío.

«incapaz de corresponder la amistad» [*incapable of returning friendship*]: Tina Weymouth, citada en Guy Blackman, «Byrning Down the House», *The Age*, 6 de febrero de 2005, https://www.theage.com.au/entertainment/music/byrning-down-the-house-20050206-gdzi09.html. Weymouth hablaba de David Byrne; en la cita, he cambiado el género.

«En los recitales, cuando la gente» [*At readings when people ask*]: Chris Kraus, *After Kathy Acker: A Literary Biography* (Cambridge, Massachussetts: MIT Press, 2018), 29. He modificado la cita.

«En uno de sus números» [*In one of their routines*]: Kraus, *After Kathy Acker*, 28.

«Estoy harta de follar» [*I'm sick of fucking*]: Kraus, *After Kathy Acker*, 65.

«Todo dolor enfurece» [*All pain enrages*]: Susan Sontag, *As Consciousness Is Harnessed to Flesh: Journals and Notebooks*, 1964-1980, ed. David Rieff (Londres: Penguin Reino Unido, 2012), 292. He añadido: «No hay conclusión. No concluyo nada» y «(rebelión)» a esta cita, junto con las menciones a Bee, y otras modificaciones pertinentes. [Como la cita está bastante modificada, para aquellos pasajes que son literales se usa la traducción de Aurelio Major. *La conciencia uncida a la carne. Diarios de madurez, 1964-1980* (Barcelona: Mondadori, 2014). En el resto, la traducción es mía].

«No se me ocurre nada que deforme más» [*I can't think of anything more warping*]: Kaitlin Phillips, «Lower Middle Class & Loving It», *Spike*, 19 de agosto de 2020, https://www.spikeartmagazine.com/articles/immediate-release-lower-middle-class-loving-it.

«Hablo de la depresión» [*I talk about depression*]: Sontag, *As Consciousness Is Harnessed to Flesh*, 292. [Citado de la traducción de Aurelio Major. *La conciencia uncida a la carne. Diarios de madurez, 1964-1980* (Barcelona: Mondadori, 2014)].

«Podría escribir a C» [*Could I write to C*]: Sontag, *As Consciousness Is Harnessed to Flesh*, 295. [Citado de la traducción de Aurelio Major. *La conciencia uncida a la carne. Diarios de madurez, 1964-1980* (Barcelona: Mondadori, 2014)].

«Este sitio es de lo más encantador» [*This is the loveliest place*]: Jean Rhys, *Letters 1931-1966*, eds. Francis Wyndham y Diana Melly (Londres: Andre Deutsch, 1984), 26. He cambiado «Hampstead» por «Morningside Heights, ¿a quién quieren tomarle el pelo?».

«clínica cercana» [*nearby clinic*]: la clínica a la que va Connie es una fantasía total de la Nueva América: bien dotada de personal, gratuita y con servicio de psiquiatría interno las veinticuatro horas. Imagínate no arruinarte por una conjuntivitis cuando no te puedes permitir un seguro de salud privado. Imagínate estar en una situación angustiosa y recibir atención psicológica en una clínica que atienda sin cita previa. ¿Qué impide que construyamos estas cosas en Estados Unidos?

«como un juguete roto» [*like a broken toy*]: Tom Waits, citado en Jon Pareles, «Ralph Carney, Saxophonist for Tom Waits and Many Others, Dies at 61», *The New York Times*, 27 de diciembre de 2017. He cambiado el género a femenino en la cita.

«le gusta algo» [*likes something*]: Benny Blanco (hablando sobre Francis Farewell Starlite), citado en Reggie Ugwu, «Francis and the Lights, Pop Star Interrupted», *The New York Times Magazine*,

12 de marzo de 2020. Le he cambiado el género a la cita.

«Es una gran colaboradora» [*She's a remarkable collaborator*]: Tom Waits (hablando sobre su mujer, Kathleen Brennan), citado en Laura Barton, «Hail, Hail, Rock'n'Roll», *The Guardian*, 2 de diciembre de 2010, https://www.theguardian.com/music/2010/dec/02/hail-hail-rock-n-roll-tom-waits.

«Los rumores y las habladurías» [*Rumor and hearsay*]: Chris Kraus, *After Kathy Acker: A Literary Biography* (Cambridge, Massachussetts: MIT Press, 2018), 83.

«Escribo ahora porque me acabo de meter un poco de coca» [*I'm writing now because I just shot a little cocaine*]: Richard Hell, diarios, 29 de octubre, 1976, caja 1, carpeta 6, MSS. 140, serie I, Archivo Fales, Universidad de Nueva York.

EUROPA

«Eres raro» [*You're such a weird person*]: David Bowie, «Breaking Glass», del disco *Low* (1977).

«Me pareció perfecto» [*It just seemed so perfect*]: David Bowie, hablando con Kerry O'Brien, en «David Bowie Reflects on His Career», *The 7:30 Report*, 16 de febrero de 2004, disponible en YouTube, https://www.youtube.com/watch?v=ahT4xFY49w4, minuto 4:22.

«Dicen que no tengo éxitos» [*They say that I have no hits*]: Tom Waits, en *Tom Waits: Tales from a Cracked Jukebox*, documental de la BBC, dir. James Maycock, 2017, https://www.dailymotion.com/video/x6c0vx9, minuto 1:36.

«Mentira» [*It's a lie*]: Lou Reed, rueda de prensa en Sídney, Australia, 19 de agosto de 1974, disponible en YouTube, https://www.youtube.com/watch?v=2UrhX1ilwwc.

La interpretación de «Heroes» de Bowie en Berlín: la anécdota de su versión de «Heroes» en Berlín en 1987 es cierta.

GIOIA

«Hay que "abandonar a los hombres, por su cuenta y riesgo"» [*Men must just be «abandoned to themselves»*]: Claire Fontaine, «We Are All Clitoridian Women: Notes on Carla Lonzi's Legacy», *e-flux journal* 47 (2013). Todas las citas relacionadas con Lonzi de este capítulo provienen del artículo de Fontaine.

«Nunca volvió a hablar» [*She never spoke*]: Chris Kraus, *After Kathy Acker: A Literary Biography* (Cambridge, Massachussetts: MIT Press, 2018), 267.

KNIFE FIGHT

«Más deprimente que *La campana de cristal*»: es mi crítica negativa favorita de mi novela *Nunca falta nadie*. [Trad. castellana de Damià Alou (Madrid: Alfaguara, 2016)].

«Era emocionante mirarlo» [*It gave you a thrill to look at him*]: Nancy Hale, «That Woman», en *Where the Light Falls: Selected Stories of Nancy Hale*, ed. Lauren Groff (Nueva York: Library of America, 2019), 86.

En el Ritz-Carlton: la anécdota del almuerzo en el Ritz se basa en una historia que cuenta Ed Hennessy en Jean Stein, *Edie: American Girl*, ed. con George Plimpton (Nueva York: Grove Press, 1994), 131-133.

«Warren no es problema mío» [*Warren is not my problem*]: David Yaffe, *Reckless Daughter: A Portrait of Joni Mitchell* (Nueva York: Sarah Crichton Books, 2017), 169.

GINNY GREEN

«Alta y fornida» [*Tall and sturdy*]: el estilo de Ginny Green está inspirado en el del difunto Richard Howard, tal como aparecía en sus clases sobre D. H. Lawrence en la Universidad de Columbia en 2009.

«Llevo años sin coger el teléfono» [*I haven't answered my phone in years*]: Cy Twombly, citado en Alan Cowell, «The Granddaddy of Disorder», *The New York Times*, 18 de septiembre de 1994.

«Artistas del vacío»: véase Audrey Wollens «Girls Own the Void», publicación en Instagram de octubre de 2015.

Continuation d'un chemin: es el título de una obra de 1970 de la artista francesa Gina Pane. Véase https://kamelmennour.com/artists/gina-pane/continuation-d-un-chemin-de-bois.

La cinta azul [*The Blue Tape*] es el título de una película de 1974 de Kathy Acker y Alan Sondheim.

«Lo que aún me interesa» [*The thing that still interests me*]: Vito Acconci, citado en Richard Prince, «Vito Acconci», *BOMB* 36 (verano de 1991), 52-61.

Más tarde, La cinta azul *se proyectó* [«The Blue Tape played later»]: Alan Sondheim, citado en Chris Kraus, *After Kathy Acker: A Literary Biography* (Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 2018), 108.

Psicosis 24 horas: es el título de una instalación artística de 1993 del artista escocés Douglas Gordon.

«No creo» [*I don't think so*]: «Sophie Calle, in Conversation with Catherine Shaw, Hong Kong», 10 de diciembre de 2014», *Ocula*, https://ocula.com/magazine/conversations/sophie-calle/.

DESAPARECER

«La obra temprana aplicaba estrés» [*The early work applied stress*]: Vito Acconci, citado en Richard Prince, «Vito Acconci», *BOMB* 36 (verano de 1991), 52-61.

«La locura sería como irme de vacaciones» [*For me, insanity would be like a vacation*]: Vito Acconci, citado en Richard Prince, «Vito Acconci».

«Aprendí a escribir en dos semanas» [*I learnt to write in two weeks*]: Tayeb Salih, *Season of Migration to the North*, trad. Denys Johnson-Davies (1966; reimp. Nueva York: New York Review of Books), 66-67.

EL SUJETO HUMANO

«Puede un artista varón» [*Can a male artist*]: Rachel Cusk, «Can a Woman Who Is an Artist Ever Just Be an Artist?», *The New York Times Magazine*, 7 de noviembre de 2019. He modificado el género de la cita.

«No estoy interpretando un papel, ni mucho menos» *[I'm not at all acting parts*]: Audrey Tautou, citada en Hettie Judah, «Audrey Tautou: Superfacial», diapositiva 3, carrusel de fotos que acompaña el artículo de Judah's «Audrey Tautou's Very Private Self-Portraiture», *New York Times Style Magazine*, 20 de junio de 2017. He cambiado algunas palabras de la cita para que encajase con la historia.

«La amplitud misma de la autotransformación» [*The sheer range of self-transformation*]: Calvin Tomkins, «Her Secret Identities», *The New Yorker*, 8 de mayo de 2000. He cambiado «Cindy Sherman» (la protagonista del texto de Tomkins) para que encaje con la historia.

«ya no era un sujeto» [*no longer a subject*]: Todas las citas atribuidas a «Hito Steyerl» de este pasaje son de Hito Steyerl, «A Thing Like You and Me», *e-flux Journal* 15 (abril de 2010), 1-7.

«Hay otro mundo» [*There is another world*]: Richard Foreman, citado en Richard Schechner, «'We Still Have to Dance and Sing': An Interview with Richard Foreman», *TDR/The Drama Review* 46, 2 (verano de 2002), 110-121.

«¿Quieres saber lo que más aborrezco?» [*You want to know what I most despise?*]: Sándor Márai, *Portraits of a Marriage*, trad. George Szirtes (Nueva York: Vintage, 2011), 108-109.

«Está de acuerdo» [*Do you agree*]: Sophie Calle, citada en Jenna Sauers, «An Interview with Sophie Calle», trads. Elizabeth Carroll y Stephanie Kupfer, The Krause Essay Prize, https://krauseessayprize.org/winners-2/sophie-calle/sophie-calle-interview/. He modificado mucho esta entrevista para que encaje con la historia.

MARION

«Cuántas mujeres norteamericanas» [*How many American women*]: Benjamin Moser, *Sontag: Her Life and Work* (Nueva York: Ecco, 2019), 10. He añadido «para luego acabar casándose con una personita arratonada e insignificante» a la cita de Moser sobre Susan Sontag. [Citado de la traducción de Rita Da Costa. *Sontag. Vida y obra* (Barcelona: Anagrama, 2020)]. De la traducción publicada he cambiado «estadounidenses» por «norteamericanas» para que encajase con la división política de la historia.

«Me encanta. Me encanta» [*I love it. I love it*]: Dorothy Parker, citada en Marion Meade, *Dorothy Parker: What Fresh Hell Is This?* (Nueva York: Penguin, 1987), 240.

«Me encanta tener una casa» [*I love having a house*]: Dorothy Parker, citada en Meade, *Dorothy Parker*, 245.

«se portó mal en el vestíbulo» [*misbehaved in the lobby*]: Meade, *Dorothy Parker*, 245. He modificado la cita para que encaje con la historia.

SCHUSTER

«Lo que me molesta de la escritura» [*What bothers me about writing*]: Vito Acconci, «I Never Liked Art», vídeo, *Out of Sync*, septiembre de 2015, http://outofsync-artinfocus.com/video/art/vito-acconci/i-never-liked-art/, minuto 2:43.

Anatomía de Gray: se rumoreaba que Jean-Michel Basquiat fue quien aprendió a dibujar valiéndose de este manual de anatomía.

«No entiendo por qué emprendí este viaje» [*I can't understand why I made this trip*]: Susan Sontag, *Reborn: Journals and Notebooks, 1947-1963*, ed. David Rieff (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2009), 314. [Citado de la traducción de Aurelio Major.

Renacida. Diarios tempranos 1947-1964 (Barcelona: Mondadori, 2011].

«Por voluntad propia» [*Of their own volition*]: Jean Genet, *The Thief's Journal*, trad. Bernard Frechtman (1949; reimp. Nueva York: Grove Press, 1994), 9.

«Cuando me preguntó si quería que viviésemos juntos» [*When she'd asked if I wanted to live together*]: Sylvere Lotringer (hablando sobre Kathy Acker), citada en Chris Kraus, «Cancer Became My Whole Brain: Kathy Acker's Final Year», *The New Yorker*, 11 de agosto de 2017.

EL JUEGO DEL COMA

«Para escribir tienes que permitirte ser» [*To write you have to allow yourself*]: Susan Sontag, *Reborn: Journals and Notebooks, 1947-1963*, ed. David Rieff (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2009), 280. [Citado de la traducción de Aurelio Major. *Renacida. Diarios tempranos 1947-1964* (Barcelona: Mondadori, 2011].

«Me debería haber gustado verte» [*I should have liked to see you*]: Emily Dickinson a T. W. Higginson, febrero de 1863, citada en Susan Howe, *My Emily Dickinson* (Nueva York: New Directions, 1985), 127.

«nadie te querrá jamás apasionadamente por ser *maja*» [*no one will ever love you passionately for being nice*]: Charles Baxter, *Burning Down the House*, segunda edición (Nueva York: Graywolf, 2013), 104. Del ensayo «Counterpointed Characterization».

«En un banquete reciente, cuando le pregunté» [*Asked recently*]: Joseph Giovannini, «Demolition of LACMA: Art Sacrificed to Architecture», *New York Review of Books*, 2 de octubre de 2020, https://www.nybooks.com/daily/2020/10/02/the-demolition-of-lacma-art-sacrificed-to-architecture/. He modificado la cita para que encaje con la historia.

Cambio de géneros: hace años, me planteé llevar a cabo un montaje de *Un tranvía llamado deseo* con los géneros cambiados, ya que la obra parece sugerirlo como una posibilidad natural. Resulta que no he sido la única en darme cuenta, porque, entretanto, he descubierto que una compañía británica ya lo pensó antes que yo. Véase Deborah R. Geis, «Deconstructing (A Streetcar Named) Desire: Gender Recitation in Belle *Reprieve*», en *Feminist Theatrical Revisions of Classic Works*, ed. Sharon Friedman (Jefferson, Carolina del Norte: McFarland, 2009),

237-246.

UN MAL AÑO, UN BUEN AÑO

poemario en la basura [*trash bin*]: Louise Bourgeois tiró el libro de un estudiante/amigo sin leerlo porque no le gustó el título, según Jean Fréman *Now, Now, Louison*, trad. Cole Swensen (Nueva York: New Directions, 2016), 102.

«Creo firmemente en el fascismo» [*I believe very strongly in fascism*]: David Bowie, citado en Jessica Lee, «Did David Bowie Say He Supports Fascism and Call Hitler a "Rock Star"?», *Snopes*, 23 de diciembre de 2020, https://www.snopes.com/fact-check/rock-star-david-bowie/.

«la piel muy fina» [*offendability*]: Laura Kipnis, «Transgression, An Elegy», *Liberties* 1, n.º 1 (otoño de 2020), 28.

«Creo que iba un poco puesta de coca» [*I think that was probably a bit coke-driven*]: David Bowie, en conversación con Kerry O'Brien, en «David Bowie Reflects on His Career», *The 7:30 Report*, 16 de febrero de 2004, https://www.youtube.com/watch?v=ahT4xFY49w4, minuto 11:17. Se ha cambiado el género para que encaje en la historia.

«Me sentía acabada, una chatarra vacía y chamuscada» [*I felt done for, an empty burned-out wreck*]: Bob Dylan, *Chronicles* (Nueva York: Simon & Schuster, 2004), 147-148. He cambiado la referencia de «trovador de los sesenta, una reliquia folk rock» por «una artistucha de los setenta, una reliquia pop». [Se ha cambiado el género para que encaje en la historia].

«Al revisar las páginas de aquel periodo» [*Looking back at the pages from [that] period*]: Hanif Kureishi, *My Ear at His Heart: Reading My Father* (Nueva York: Simon & Schuster, 2010), 165.

«Una lo empieza a comprender más tarde» [*One realizes everything later*]: Fleur Jaeggy, *I Am the Brother of XX*, trad. Gini Alhadeff (Nueva York: New Directions, 2017), 17. Para la traducción, se ha empleado el verso de Jaime Gil de Biedma de su poema «No volveré a ser joven».

GENTE DESCONOCIDA

«una película que era parte documental» [*a film that was part documentary*]: Me refiero a la obra de Abbas Kiarostami titulada *Close-up*, estrenada en 1990, no a finales de los años ochenta, el director imitado no era él, sino Mohsen Makhmalbaf.

Una reflexión sobre la posibilidad del amor romántico cerca del Sur

durante la era de la proliferación de armas nucleares [A Meditation on the Possibility of Romantic Love Near the South During an Era of Nuclear Weapons Proliferation]. He usado el subtítulo real del documental de Ross McElwee *La marcha de Sherman* (1985), solo he cambiado la palabra «en» por «cerca».

DOCUMENTAL

«Lo que la convierte» [*The thing that makes*]: David Yaffe, *Reckless Daughter: A Portrait of Joni Mitchell* (Nueva York: Sarah Crichton Books, 2017), 340. He cambiado «Joni» por «X» en esta cita.

«Para vencer» [*In order to overcome*]: Marguerite Yourcenar, *Dear Departed*, trad. Maria Louise Ascher (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1991). [Citado de la traducción de Emma Calatayud. «Recordatorios», en *El laberinto del mundo* (Madrid: Alfaguara, 2012)].

«Infravalorada» [*Undervalued*]: Yaffe, *Reckless Daughter*, 337. He cambiado «Joni» por «X» en esta cita.

RETROSPECTIVA

«No había nada que no me interesara» [*There was nothing that didn't interest me*]: David Bowie, conversando con Kerry O'Brien, en «David Bowie Reflects on His Career». *The 7:30 Report*, 16 de febrero de 2004, disponible en YouTube, https://www.youtube.com/watch?v=ahT4xFY49w4, minuto 5:23. He cambiado «country y western» por «hacer carrera política».

«En el mejor de los mundos» [*In the best of worlds*]: Jenny Holzer, citado en William Oliver, «Jenny Holzer: Texty Lady», Dazed, 8 de febrero de 2015, https://www.dazeddigital.com/artsandculture/article/23205/1/jenny-holzer-texty-lady.

«Nunca me pregunto» [*I never ask myself*]: Hélene Cixous, en el prefacio de *The Héléne Cixous Reader*, ed. Susan Sellers (Nueva York: Routledge, 1994), XVII. He invertido el orden de las frases de la cita para que encajase en el formato entrevista.

«El problema con su obra» [*The problem with her oeuvre*]: Claire Fontaine, «We Are All Clitoridian Women: Notes on Carla Lonzi's Legacy», *e-flux journal* 47 (2013). He modificado el original para que «personajes» sea plural y para usar «X» en lugar de Lonzi.

«Con harta frecuencia preguntaba» [*Often enough she has asked*]: Djuna Barnes, *Nightwood* (1937; reimp. Nueva York: New Directions, 2006), 6. [Citado de la traducción de Maite

Cirugeda Gales. *El bosque de la noche* (Barcelona: Seix Barral, 2003)].

«absoluto golpe de suerte [de] echar de menos a alguien» [*sheer good fortune to miss somebody*]: Toni Morrison, dedicatoria, *Sula* (1973; reimp. Nueva York: Vintage, 2004), VII. [Citado de la traducción de Mireia Bofill. *Sula* (Barcelona: Debolsillo, 2004), 1].

«Estoy harta del pensamiento» [*I'm sick of thought*]: Richard Hell, diario de Patti Smith, caja 1, carpeta 3, MSS. 140, serie I, Archivo Fales, Universidad de Nueva York.

Notas

[1] Theodore Smith, conversación con la autora, 18 de junio de 1992, Café Vesper, Nueva York.
[2] Elinor Snow, «Recent Publishing News» [Noticias recientes del sector editorial], *The New York Times*, 2 de diciembre de 1996.
[3] Theodore Smith, *A Woman Without a History* (Nueva York: Brace & Sons, 1997), 3. [*Una mujer sin historia* (Barcelona: Lumen, 1998). Trad. Rita de Prado, p. 6].
[4] Smith, *Una mujer sin historia*, 92, 209.
[5] X, «List of Self-Attributes» [Lista de atributos personales], 10 de abril de 1981. Caja 15, objeto 2, Archivo de X, Anexo de Archivos Especiales del Museo Jafa, Nueva York. (En adelante, esta colección se cita como AX).
[6] X a Marion Parker, copia de carbón, sin fecha, objeto 134a, AX.
[7] Penny Saltz, «23 Minutes with X» [23 minutos con X], *The Underworld Magazine*, junio de 1982.
[8] X, entrada de diario, 9 de junio de 1983, caja 4, libreta 46, AX.
[9] C. M. Lucca, «Chelsea Gunman Kills Five, Injures Two» [Hombre armado de Chelsea mata a cinco personas y deja dos heridos], *The City Paper*, 30 de agosto de 1984.
[10] Clyde Hill, *The Reason I'm Lost* (Nueva York: New Directions, 1973). [*La razón por la que me he perdido* (Madrid: Alfaguara, 1982). Trad. India Pellisa].
[11] Amos Spiegel, «Contentious Polymath, X, Dead at 46» [«X, una polímata conflictiva, muere a los 46 años»], *The New York Times,* 17 de noviembre de 1996, C1.
[12] Hamish Henklin, «Paintings One Won't Soon Forget, for Better or Worse» [Pinturas que no se olvidan pronto, para bien o para mal], *The Village Voice*, 28 de abril de 1989, 15.
[13] En Cindy O, *The Tetralogy* (Nueva York: Knife Fight, 1980). [*La Tetralogía* (Madrid: Quinto Piso, 1980). Trad. Julia Lobuna].
[14] X, entrada de diario, 30 de julio de 1981, caja 3, libreta 7b, AX.
[15] Julie Thompson, «Solving for X» [Despejar la X], *Artforum* 33, n.º 1 (septiembre de 1994): 45-46.
[16] Nathalie Léger, «The Right Mess» [El caos adecuado], *Dorothy Magazine* 25, enero de 1995, 42.
[17] Nathalie Léger, conversación telefónica con la autora, 4 de marzo de 2001, cinta 3, 40-41, colección de grabaciones de CML [C. M. Lucca], AX.
[18] Dennis B. Kimball, entrevista con la autora, 11 de octubre de 1997, Missoula (Montana), cinta 7.51-53, colección de grabaciones de CML, AX.
[19] David Moser, entrevista con la autora, 11 de octubre de 1997, Missoula, MT, cinta 7.54-58, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de David Moser de los siguientes párrafos proceden de esta entrevista.
[20] «X interview with Robert Storr» [Entrevista de Robert Storr a X], Festival de Artes y Humanidades de la Universidad de Nueva York, 1983, transcripción, objeto 499.2, AX.
[21] En el tratado de 1958, según lo describe la Ley del Senado 113c, se tipificó como delito «dar cobijo o ayudar a cualquier ciudadano del Territorio del Sur que hubiese huido de manera ilegal de su tierra natal».

[22] Para más información, véase Chris Offut, *My Father, the Distiller* (Lexington, Kentucky: Haldeman Press, 1998). [*Mi padre, el destilador* (Madrid: Malashierbas, 1998). Trad. Santiago Cea].

[23] Cora Currier, «Declassified FBI Files Reveal Intricacies of 1945 ST Coup» [Documentos desclasificados del FBI revelan entresijos del Golpe del TS de 1945], *The New York Times*, 7 de enero de 1998, A1.

[24] «Sus Leyes Divinas» (1945) fue el título del documento de 478 páginas que incluía las 1.364 leyes que los líderes del TS utilizaron para reemplazar los códigos legislativos individuales de los estados del Sur anteriores a la Desunión. Se añadieron otras 5.449 leyes a ese documento durante el mandato de los líderes del TS.

[25] Saidu Tejan-Thomas, «The Dismantle» [El desmantelamiento], Radio Pública del Norte, 8-15 de julio de 1997.

[26] Renata Adler, *Nowhere to Go: A Month Undercover in the Southern Territory* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1978). [*Sin destino. Un mes infiltrada en el Territorio del Sur* (Madrid: Alianza, 1983). Trad. Gabriel López Tiza].

[27] «Report of the 1937 Bombing of TVA Waterway Project on the Tombigbee River» [Informe del atentado de 1937 del proyecto fluvial de la AVT en el río Tombigbee], 13 de enero de 1983, Archivo Nacional del Antiguo Territorio del Sur, Universidad de Virginia, Biblioteca Ida B. Wells.

[28] Susan Howe, *Our Southern Territory: The Poetry of Rebellion* (Nueva York: Jackson & Howard, 1982). [*Nuestro Sur. La poesía de la rebelión* (Barcelona: Kriller72, 1986). Trad. Eva Gala].

[29] FBI, «Report on Guardians of Morality in the Southern Territory, 1969 (amended in 1970, 1974, 1982, 1988, and 1991; declassified in 1996)» [Informe sobre los Guardianes de la Moralidad en el Territorio del Sur, 1969 (enmendado en 1970, 1974, 1982, 1988 y en 1991; desclasificado en 1996)].

[30] Carta de Marc Fisher a la autora, 3 de abril de 1998, carpeta 7, ítem 3, documentos de CML, AX.

[31] Carta de Angela Walker a la autora, 13 de enero de 1999, carpeta 15, objeto 5, suplemento CML, AX.

[32] Renata Adler, «The Invisible Insurrection» [La insurrección invisible], *The Yorker*, 16 de julio de 1976.

[33] Angela Walker y Leon Walker, entrevista con la autora, 22 de enero de 1999, cinta 11.2-3, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de los siguientes párrafos de Angela Walker y Leon Walker provienen de esta entrevista.

[34] X, fotografía de una entrada de diarios sin fecha, carpeta 7, objeto 2, colección de fotografías e investigación de CML, AX.

[35] Jill Charlet, *The Objectors: Insurgent Activities Within the Former Southern Territory* (Nueva York: Knopf, 2002). [*Los objetores. Actividades insurgentes en el Antiguo Territorio del Sur* (Barcelona: Debate, 2003). Trad. Alberto Esmerado].

[36] Carta de X a Ted Gold, sin fecha, carpeta 2, objeto 3, archivo Ted Gold, AX.

[37] Durga Chew-Bose, «Returning to the Cell» [Regreso a la celda], *The Yorker*, 7 de mayo de 1999, 19-27.

[38] Jeremiah Green, entrevista con la autora, 22 de enero de 1999, cinta 12.1-3, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Jeremiah Green de los próximos párrafos proceden de esta entrevista.

[39] Bree Morton, entrevista con la autora, 23 de enero de 1999, cinta 11.6-7, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Bree Morton de los próximos párrafos proceden de esta entrevista.

[40] Caroline Walker a Bree Morton, fotografía de nota sin fechar, carpeta 8, objeto 29, suplemento de investigación de CML, AX.

[41] Michael Spies, «The Uprising That Wasn't» [El alzamiento que no fue], *Mother*

Jones, 21 de junio de 1998.
[42] Gregory Charleston, entrevista con la autora, 23 de enero de 1999, cinta 12.1-5, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Gregory Charleston de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[43] Avery Trufelman, «The Charleston Project» [El Proyecto Charleston], hemeroteca de la Radio Pública del Norte, 1998.
[44] Alex Prager (dir.), *The Lonely Librarian* [El bibliotecario en soledad], película, Proyecto Obras Unificadas, 1999.
[45] Emma Goldman, *The Collected Essays and Speeches of Emma Goldman* (Nueva York: Knopf, 1950). [*Antología de ensayos y discursos completos de Emma Goldman* (Valladolid: Capitán Blues, 1984). Trad. Mario Enguix].
[46] Paul Vine, entrevista con la autora, 24 de enero de 1999, cinta 13.14-16, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Paul Vine en los próximos párrafos provienen de esta entrevista.
[47] X, entrada de diario sin fecha, caja de 1960, objetos 3-8, AX.
[48] Marguerite Yourcenar, *A History of Certain Women* (Nueva York: Pantheon, 1943), 115. [*Historia de ciertas mujeres* (Barcelona: Mondadori, 1999). Trad. Marion Saralegui Lanz, 134].
[49] X, entrada de diario, 29 de septiembre de 1963, caja 19, objeto 2, AX.
[50] Sara Richardson *et al.*, «A Comprehensive Study of Psychological Abnormalities Among Southern Women After 1996» [Un estudio amplio de los trastornos psicológicos de las mujeres del Sur después de 1996], *The Journal of Socio-Political Health* 38, n.º 439 (diciembre de 1998), 112-139.
[51] Rachel Aviv, *Resignation Syndrome in the Former Southern Territory* (Nueva York: Routledge, 2001), 87. [*Síndrome de resignación en el Antiguo Territorio del Sur* (Valencia: Servei de Publicacions de la Universitat de València). Trad. Ana Arco, 123].
[52] Imara Jones, «Every Day I Pray for What I Have» [Cada día rezo por lo que tengo], *The Atlantic Coast*, 19 de julio de 2000.
[53] Las comunidades anarcocristianas más y mejor desarrolladas estaban en el condado de Panola, en Yazoo City y Clarksdale (Misisipi), así como en Valdosta, Georgia y Lookout Mountain (Tennessee).
[54] Zebulon Vine, entrevista con la autora, 24 de enero de 1999, cinta 13.20-23, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Zebulon Vine de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[55] Rachel Kaadzi Ghansah, «A Year Inside the AFK» [Un año infiltrada en la KLA], *The New York Times*, 23 de junio de 2000, A1.
[56] X, «The Remarkable Laziness of the Northern Territory Artist» [La notable pereza del artista del Territorio del Norte], *Harper's Magazine*, 18 de marzo de 1987, 21-26.
[57] Adrian Piper, «Toward a Politically Self-Aware Art Criticism» [Hacia una crítica del arte políticamente consciente de sí mismo], *The Newer York Times*, 30 de marzo de 1987, C22.
[58] Arthur Jafa, *El amor es el mensaje, el mensaje es la muerte*, instalación artística, Delta del Misisipi, 1980.
[59] Kimberly Drew y Jenna Wortham (eds.), *Black Futures* (Nueva York: Lennard-Knopf, 1998). [*Futuros negros* (Bilbao: Consonnante, 2001). Trad. Laura Aguilano].
[60] Ted Gold, entrevista con la autora, 21 de octubre de 2002, cinta 65.1-7, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Ted Gold de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[61] X, «Todo lo que recuerdo sobre todas las personas a las que conozco», manuscrito sin fecha, carpeta 39b, objeto 1, AX.
[62] X, entrevista con Francis Alÿs, *Art-20*, Servicio Público de Radio, 14 de octubre

de 1988.
[63] X, entradas de diario, septiembre-noviembre de 1967, caja 3, objetos 18 y 19, archivo de Ted Gold, AX. Las citas de X de los siguientes párrafos también provienen de estas entradas de diario.
[64] X a Ted Gold, 2 de mayo de 1969, caja 4, objeto 6, archivo de Ted Gold, AX.
[65] X a Ted Gold, carta sin fechar, ca. verano de 1970, caja 4, objeto 10, archivo de Ted Gold, AX.
[66] X, entrada de diario, 14 de noviembre de 1971, caja 1971, objeto 15, AX.
[67] Connie Converse, autobiografía, páginas sin fecha, carpeta 5, papeles de CML, AX.
[68] X, entrada de diario, 1 de diciembre de 1971, caja 1971, objeto 15, AX.
[69] Connie Converse a Phil Converse (fotocopia), 8 de mayo de 1946, carpeta 4, objeto 2, colección de investigación de CML, AX.
[70] Connie Converse, en grabación de Gene Deitch, 1954.
[71] X, entrada de diario, 28 de diciembre de 1971, caja 1971, objeto 1, AX.
[72] Phil Converse a Betty Converse, 10 de diciembre de 1971, carpeta 4, objeto 6, colección de fotografías e investigación de CML, AX.
[73] Connie Converse, notas autobiográficas sin fechar, carpeta 5, documentos de CML, AX.
[74] Eileen Ellman, entrevista telefónica con la autora, 9 de septiembre de 2000, cinta 18.1-2, colección de grabaciones de CML, AX.
[75] «Bee Converse» [X] a Connie Converse, sin fecha, ca. finales de abril de 1972, carpeta 15, objetos 9-19, colección de fotografías e investigación de CML, AX.
[76] «Dorothy» [X] a Connie Converse, 1 de abril de 1972, carpeta 15, objetos 9-19, colección de fotografías e investigación de CML, AX.
[77] Oleg Hall, entrevista con la autora, 10 de diciembre de 1999, cinta 9.1-2, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Oleg Hall de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[78] Oleg Hall, citado en Lucy Sante, «Lost Ones» [Los perdidos], *Vogue*, abril de 1985, 89.
[79] Oleg Hall, citado en Joshua Rivkin, «The Erasing Woman» [La mujer evanescente], *Vanity Fair*, febrero de 1988, 45-47.
[80] X, entrada de diario, caja de 1972, carpeta 8, objeto 44, AX.
[81] Oleg Hall citado en *Retrato de una X*, dir. Ross McElwee, A22, 1994.
[82] Rachel Syme, «Gossip Dispatches from the Diamond Set» [Despachos de rumores de la élite de los diamantes], *The New York Times,* 28 de junio de 1967, D4.
[83] Susan Sontag a X, 14 de mayo de 1981, caja de 1981, objeto 56, AX.
[84] Oleg Hall, entrevista telefónica con la autora, 10 de diciembre de 1999, cinta 8.3, colección de grabaciones de CML, AX.
[85] Oleg Hall, entrevista con la autora, 10 de diciembre de 1999, cinta 9.1-2, colección de grabaciones de CML, AX.
[86] Joshua Rivkin, «The Erasing Woman» [La mujer evanescente], *Vanity Fair*, febrero de 1988, 45-47.
[87] Connie Converse, páginas autobiográficas sin fechar, carpeta 5, objeto 5, documentos de CML, AX.
[88] Oleg Hall a Sean H. Vanderslice, 1 de diciembre de 1972, cortesía de Vanderslice.
[89] Mark Doten, entrevista con la autora, 12 de febrero de 2000, cinta 19.1-2, colección de grabaciones de CML, AX.
[90] Connie Converse, «Trouble», del disco *The Complete Connie Converse* (vinilo), Pulse-Kinsella Records, 1980.
[91] Oleg Hall, entrevista con la autora, 10 de diciembre de 1999.
[92] Oleg Hall a Juan Soramizu, 6 de junio de 1990, cortesía de Soramizu.

[93] Hermione Hoby, «A Man Very About Town» [Un hombre muy de ciudad], *Time*, 13 de mayo de 1967, 55-59.
[94] Connie Converse, grabación sonora, 15 de diciembre de 1972, caja 1975, objeto 2-9, cintas de las sesiones de Grove Street, AX.
[95] Oleg Hall, entrevista con la autora, 4 de julio de 2003, cinta 9.18-22, colección de grabaciones de CML, AX.
[96] X, entrada de diario, 3 julio de 1972, caja 1972, carpeta 8, objeto 3, AX.
[97] Rebecca Novack, entrevista con la autora, 4 de septiembre de 2002, cinta 23.1-3, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Rebecca Novack de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[98] Tim Holt, entrevista telefónica con la autora, 2 de febrero de 2002, cinta 22.3-5, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Tim Holt de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[99] Oleg Hall, entrevista con la autora, 4 de julio de 2003, cinta 9.18-22, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Oleg Hall de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[100] En castellano, publicado en Literatura Random House, 2013. Trad. Rodrigo Fresán. *(N. de la t.)*.
[101] Denis Johnson a «Clyde Hill» (X), 5 de abril de 1977, carpeta 12, objeto 7, colección de fotografías e investigación de CML, AX.
[102] «Clyde Hill» (X) a Denis Johnson, sin fecha, carpeta 12, objeto 12, colección de fotografías e investigación de CML, AX.
[103] Merve Emre, «Consider the Source» [Considérese la fuente], *The New Yorker*, 8 de octubre de 1997, 47.
[104] Robert Storr, «Another Interview with X» [Otra entrevista con X], *BOMB* 13 (otoño de 1985), 77-79.
[105] X, «Disclosure», en *The Human Subject* (Nueva York: Taschen, 1984), II-X. [«Confesión», en *El sujeto humano* (Madrid: Taschen, 1984). Trad. Carlos Menor, II-X].
[106] Theodore Smith, *Una mujer sin historia* (Barcelona: Tusquets, 1998). Trad. Rita de Prado, 111.
[107] *Ibid.*, 89.
[108] X, entrada de diario, 2 de agosto de 1973, caja 1973, objeto 18, AX.
[109] Chris Kraus, *After Kathy Acker* (Cambridge, Massachussetts: Semiotext(e), 2002), 177. [No hay edición en español, la traducción de la cita es mía. *(N. de la t.)*].
[110] Oleg Hall, entrevista con la autora, 4 de julio de 2003, cinta 9.18-22, colección de grabaciones de CML, AX.
[111] X, entrada de diario, 8 de enero de 1974, caja 45, objetos 7-8, AX.
[112] X, entrada de diario, 9 de octubre de 1974, caja 45, objeto 16, AX.
[113] Connie Converse a X, 18 de octubre de 1974, carpeta 35, objeto 9, AX.
[114] D. S. Paris, «Interview with Tom Waits on Acid in a New York Loft», *Rolling Stone*, 28 de agosto de 1979. [«Entrevista a Tom Waits: ácido, un loft y la Gran Manzana», 30 de septiembre de 1979, *Rolling Stone en Español.* Trad. Aarón Rodríguez Serrano].
[115] Theodore Smith, *Una mujer sin historia* (Barcelona: Tusquets, 1998). Trad. Rita de Prado, 203-257.
[116] X, entrada de diario, 20 de noviembre de 1974, caja 45, objeto 9, AX.
[117] Theodore Smith, *Una mujer sin historia* (Barcelona: Tusquets, 1998). Trad. Rita de Prado, 19.
[118] Michelle Dean, «What Happened to Bee Converse?», *Rolling Stone*, 10 de abril de 1979. [«¿Qué fue de Bee Converse?», *Rolling Stone en Español*, 1 de mayo de 1979. Trad. Aarón Rodríguez Serrano].

[119] X, entrada de diario, 22 de abril de 1979, caja 1979, diario 12B, AX.
[120] Connie Converse, autobiografía, páginas sin fecha, carpeta 5, documentos de CML, AX.
[121] X, entrada de diario, 3 de junio de 1975, caja 445, objeto 82, AX.
[122] Oleg Hall, entrevista con la autora, 18 de junio de 2003, cinta 9.19, colección de grabaciones de CML, AX.
[123] Kathy Acker, entrada de diario, diciembre de 1975, caja 4, carpeta 14, MSS. 434, Archivo Fales, Universidad de Nueva York.
[124] X, entrada de diario, sin fecha, 1976, caja 446, objeto 2, AX.
[125] Caja 50, objeto 11, colección Bowie, AX.
[126] Max Porter, «Interview with David Bowie», *Pop Today*, BBC2, 3 de diciembre de 1988.
[127] Patrick Y. Cottrell, «Interview with Bee Converse» [Entrevista con Bee Converse], Melbourne Music International, 5 de enero de 1977.
[128] Oleg Hall, entrevista con la autora, 4 de julio de 2003, cinta 9.18-22, colección de grabaciones de CML, AX.
[129] X, cuaderno, caja 4.30, objeto 9, AX.
[130] Gioia Realto, entrevista con la autora, 4 de mayo de 2000, cinta 32.1-3, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Gioia Realto de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[131] Gioia Realto, entrevista con la autora, 5 de mayo de 2000, cinta 32.4-10, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Gioia Realto de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[132] X, entrada de diario, 23 de octubre de 1977, caja 57, objeto 2, AX.
[133] Territorio Unido del Norte, Departamento de Responsabilidad Social, *Attitudes Toward Gender: A Review of Feminist and Antifeminist Perspectives, 1935-Present* [Actitudes ante el género: revisión de las perspectivas feministas y antifeministas, 1935-presente] (Douglas-Washington D. C.: Publicaciones Nacionales, 1975).
[134] Knife Fight, comunicado de prensa, caja 1977, carpeta 8, objeto 2, AX.
[135] Bertha Hurts, entrevista con la autora, 8 de agosto de 2000, cinta 40.1-5, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Bertha Hurts de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[136] Cassandra Edwards, *37* (Nueva York: Knife Fight, 1978). [*37* (Madrid: Quinto Piso, 1979). Trad. Julia Lobuna].
[137] Kendra Malone, «A Curious Young Lady Speaks» [Una curiosa jovencita al habla], *The Chronicles*, primavera/verano de 1978.
[138] Oleg Hall, entrevista con la autora, 4 de julio de 2003, cinta 9.18-22, colección de grabaciones de CML, AX.
[139] X a Oleg Hall, 3 de junio de 1977, caja 1977b, objeto 2, AX.
[140] X, entrada de diario, 4 de junio de 1977, caja 1977c, objeto 29, AX.
[141] Geraldine Snow, «I've Been Thinking of Suicide» [He estado pensando en el suicidio], *The New York Review of Books*, 14 de octubre de 1978.
[142] Cindy O, *The Tetralogy* (Nueva York: Knife Fight, 1980). [*La Tetralogía* (Madrid: Quinto Piso, 1980). Trad. Julia Lobuna].
[143] Zebulon Vine, entrevistas telefónicas con la autora, 11, 19, 25 y 27 de abril, 5, 15, 23 y 30 de mayo, 6 de junio de 2002, cintas 80-91, colección de grabaciones de CML, AX.
[144] Ginny Green, entrevista con la autora, 20 de diciembre de 2002, cinta 49.1-8, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Ginny Green de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[145] Věra, *Provocación, 1975*. Fotografía, papel, billete de cinco dólares. Objeto X550, Archivo Quarry, Nueva York.
[146] Bruce Nauman, «Fat Chance, John Cage: Věra Speaks» [Fat Chance, John

Cage: Věra al habla], *BOMB* (1979), 22-27.
[147] Věra, *Continuación…*, 1976. Documentación fotográfica de la performance, objeto X570, Archivo Quarry, Nueva York.
[148] Calmese Freeman, «Shit-Eating Shit-Talkers: A State of the Contemporary Art World» [Comemierdas hablamierdas: estado del mundo del arte contemporáneo], *The New Inquiry*, 11 de abril de 1984.
[149] Yarrow Hall, *La cinta azul*, 1979, película de 16 mm, 87 min, Anthology Film Archives, Nueva York.
[150] En la época, a España solo llegó al circuito de filmotecas y dejó de proyectarse tras el escándalo. Recientemente se ha rescatado en la primera edición del Festival Punto de Vista (2005), donde se ha hecho una retrospectiva de la obra fílmica de X. *(N. de la t.)*.
[151] «Věra» (X), citada en Beatrice Banks, «I Kidnapped Myself, Ha-Ha: Věra vs. Yarrow» [Me he secuestrado yo misma, ja, ja: Věra vs. Yarrow], *Bitch Magazine*, 3 de mayo de 1983.
[152] Věra, *Cena*, 1980. Documentación fotográfica de la performance, objeto X770, Archivo Quarry, Nueva York.
[153] Věra, *Nacimiento/sexo/muerte*, 1980. Documentación fílmica de la performance, objeto X860, Archivo Quarry, Nueva York. [También se recuperó esta pieza en la retrospectiva del Festival Punto de Vista (2005). *(N. de la t.)*].
[154] Věra, *¿Dónde estás, Sophie?*, 1980. Lámina fotográfica, objeto X990, Archivo Quarry, Nueva York.
[155] Nora Delighter, «Calling Sophie Calle» [Llamando a Sophie Calle], *New York*, 14 de junio de 1982.
[156] Kendra Malone, «Interview with an Art Vampire» [Entrevista con una vampiresa del arte], *Playboy*, octubre de 1981.
[157] Věra, *La habitación del dolor*, 1979. Elementos de la performance, objeto X1100, Archivo Quarry, Nueva York.
[158] Naomi Fry, «X & Fry in Conversation» [X y Fry conversando], Festival de Humanidades, 23 de abril de 1991, Cami-Tabor Hall, Universidad de Nueva York.
[159] Fred Holton, entrevista con la autora, 13 de febrero de 2003, cinta 61.1-4, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Fred Holton en los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[160] Connie Converse, autobiografía, páginas sin fecha, carpeta 5, documentos de CML, AX.
[161] Forsyth Harmon, «New Grifters in Town» [Nuevos estafadores en la ciudad], *New York Post*, 3 de diciembre de 1981.
[162] Mary Kate Wilk, «Recent Conspiracies» [Conspiraciones recientes], *Artforum*, 7 de diciembre de 1981.
[163] Kit Schluter, *The Painting That Never Was* (Nueva York: Pantheon, 1980). [*El cuadro que no fue* (Barcelona: Acuesta Fuego, 1981). Trad. Carlos Menor].
[164] Richard Cusk, «Male Artists: Can They Really Be Artists?» [«Los artistas varones, ¿pueden ser artistas de verdad?], *Art in Review*, 16 de junio de 1980.
[165] Chiara Barzini, «A Thousand Faces Launch One Ship» [Mil rostros botan un barco], *The Giancarlo Review*, 6 de mayo de 1982.
[166] *Ibid.*
[167] Calvin Tomkins, «*The Human Subject* Astounds» [*El sujeto humano asombra*], *The New Yorker*, 19 de abril de 1982.
[168] Richard Cusk, «The Human Subject: Enigma Variations» [El sujeto humano: variaciones enigma], *The Village Voice*, 7 de abril de 1982.
[169] Terry Yuval, «Serial Scammer Says She Did It for Art!» [¡Una estafadora en serie declara que lo hizo por el arte!], *New York Post*, 14 de abril de 1982.
[170] Phyllis Yang, «Human Subject: Subjective Human» [Sujeto humano: humano

subjetivo], *Art in America*, 2 de septiembre de 1982.
[171] Hito Steyerl, *The Human Subject in Review* (Londres: Rizzoli, 1985) [*El sujeto humano: una revisión* (Donostia: Beta Decae, 1987). Trad. Pelayo de Lidia].
[172] Pasha Clarion, «10 Questions with X» [10 preguntas con X], *Lyonne Magazine*, 3 de octubre de 1982.
[173] «X Interview with Sara Q. Rich» [Entrevista a X, por Sara Q. Rich], Festival de Artes y Letras 92nd Street Y, 1984. Transcripción, objeto 501.3, AX.
[174] S. N. Prickett, «Various Lies of the Late 20th C.» [Diversas mentiras sobre finales del siglo XX], *Lake Magazine*, 28 de marzo de 1982.
[175] Barbara Hosh, *Live at 10 with Barbara Hosh* [Directo a las 10 con Barbara Hosh], WNYC, 9 de noviembre de 1982.
[176] Jenna Sauers, «Interview with X» [Entrevista a X], Premio de la Fundación Ensayo, 8 de diciembre de 1982.
[177] Marion Parker, entrevista con la autora, 16 de diciembre de 2003, cinta 69.1-9, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Marion Parker de los siguientes párrafos provienen de esta entrevista.
[178] Theodore Smith, *Una mujer sin historia* (Barcelona: Tusquets, 1998). Trad. Rita de Prado, 301.
[179] Annie Getman, «Marion Parker Marries the Artist Known as X» [Marion Parker se casa con la artista conocida como X], *New York Society Pages*, 17 de diciembre de 1983.
[180] Susan Sontag, «Wives in the Country» [Esposas campestres], *W*, enero de 1984, 118-128.
[181] X a Oleg Hall, 30 de enero de 1984, caja 1984, carpeta 2, objeto 10, AX.
[182] M. P. Cusick, «The Dog Days of February» [Los días de perros de febrero], sección Page Six, *New York Post*, 20 de febrero de 1984.
[183] X, «Yvette's Daughter» [La hija de Yvette], manuscrito inacabado, 24 de febrero de 1985, caja 103, objeto 19, AX.
[184] X, seis páginas de notas sin fechar grapadas al tíquet de una farmacia, caja 223, carpeta 19, objeto 1, AX.
[185] Tim Holt a «Clyde Hill» (X), 9 de mayo de 1985, caja 1985a, AX.
[186] Linda Masi, «An Interview with "Cindy O"» [Una entrevista a «Cindy O»], *The Fiction Review*, agosto de 1985.
[187] Sasha DeRuiter, «X», *Art20*, documental de la PBS, septiembre de 1985.
[188] X, *Puñalada en la pierna*, 1986. Resina, látex, yeso, grafito. Dimensiones variables. Archivo Quarry, Nueva York.
[189] Véase, por ejemplo, Masi, «An Interview with "Cindy O"» [Una entrevista a «Cindy O»].
[190] X, postal enviada a sí misma, caja 1985c, carpeta 6, objeto 3, AX.
[191] X a Alfred Schuster, sin fecha, caja 223, carpetas 1-5, AX.
[192] Alfred Schuster a X, sin fecha, caja 223, carpetas 1-5, AX.
[193] Alfred Schuster a CML, 30 de diciembre de 2002, carpeta 14, objeto 2, colección de fotografías y de investigación de CML, AX.
[194] Alfred Schuster, entrevista telefónica con la autora, 12 de enero de 2004, cinta 71.1-2, colección de grabaciones de CML, AX.
[195] Joshua Rivkin, «The Erasing Woman» [La mujer evanescente], *Vanity Fair*, febrero de 1988, 45-47.
[196] X, entrada de diario, 8 de enero de 1988, caja 1988a, objeto 9, AX.
[197] X, copia a carboncillo de una carta mecanografiada a Lisette Musante, 2 de marzo de 1988, caja 1988b, objeto 3, AX.
[198] Finny Shukart, «Anjelica Has No Comment» [Anjelica no tiene nada que decir], *Inque Magazine*, 8 de mayo de 1989.
[199] Hamish Henklin, «To Add Insult to Insult» [Insulto sobre insulto], *The Village*

Voice, 19 de octubre de 1989.

[200] Oleg Hall, conversación telefónica, 13 de enero de 2004, cinta 9.45, colección de grabaciones de CML, AX.

[201] C. M. Lucca, «Inside HXWZM» [Infiltrada en HXWZM], *The City Paper*, 20 de diciembre de 1989.

[202] Brian Lehrer, «Interview with X» [Entrevista a X], *Brian Lehrer Show*, WNYC, 26 de abril de 1990.

[203] X, entrada de diario, 30 de abril de 1990, caja 1990b, objetos 3, 7, 12, AX.

[204] *Retrato de una X*, dir. Ross McElwee, A22, 1994.

[205] X, entrada de diario, 22 de diciembre de 1991, caja 1991c, objeto 19, AX.

[206] X, tarjeta, 29 de mayo de 1990, caja 1990b, objeto 16, AX.

[207] Correspondencia con Kiarostami, 1986-1993, caja 227, objetos 1-52, AX.

[208] Sinead O'Loren, «Interview with X» [Entrevista a X], *The Film Gazette*, diciembre de 1987.

[209] X, copia a carboncillo de una carta a Ross McElwee, 9 de noviembre de 1987, caja 1987c, objeto 1, AX.

[210] Summer S. Shapiro, *The Mother of Modern Architecture* (Nueva York: Knopf, 1977). [*La madre de la arquitectura moderna* (México D. F./Barcelona: Siglo XXI Editores, 1999). Trad. Ana Arco].

[211] En enero de 1994 se estrenó una retrospectiva con buena parte de su obra artística en el Museo Reina Sofía de Madrid con el título *Despejar la X*, comisariada por Marta García Catalán y Shaila Martín Núñez. El catálogo de la exposición está editado con el mismo título. *(N. de la t.)*.

[212] X&C, *La serie del espionaje*, 1993, Archivo Quarry, Nueva York.

[213] *Retrato de una X*, dir. Ross McElwee, A22, 1994.

[214] Shelley Carlos, entrevista con la autora. 14 de enero de 2005, cinta 102.1-5, colección de grabaciones de CML, AX. Todas las citas de Shelley Carlos de los siguientes párrafos proceden de esta entrevista.

[215] Barbara Walters, «Interview with X» [Entrevista a X], *Barbara Does Culture*, NBC, 1994.

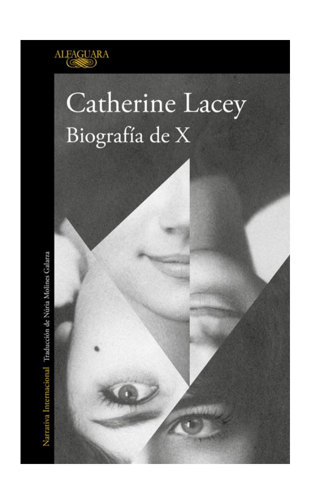
[216] Elvia Wilk, «The Desire to Fail» [El deseo de fallar], *Future Looks Magazine*, volumen 22, marzo de 1994.

[217] Clyde Hill, *La razón por la que me he perdido* (Barcelona: Alfaguara, 1982). Trad. India Pellisa, 74.

[218] X, entrada de diario, 11 de noviembre de 1994, caja 49, objeto 4, AX.

[219] X, *La desaparición,* manuscrito inédito e inacabado, caja 56a, objeto 1, AX.

GANADORA DEL PREMIO BROOKLYN LIBRARY, FINALISTA DEL DYLAN THOMAS Y EL PEN/ FAULKNER, MEJOR LIBRO DEL AÑO SEGÚN LA REVISTATIME Y UNO DE LOS MEJORES DEL AÑO SEGÚN THE NEW YORK TIMES, NEW YORKER O VANITY FAIR.



Cuando X —artista iconoclasta, escritora y hechicera de las apariencias— cae muerta en su oficina, su mujer, CM, enloquecida por el dolor y rechazando los consejos de su entorno, se lanza a escribir una biografía de la mujer a la que endiosó, pero de la que ignora incluso dónde nació. Reconocida como una fuerza creativa crucial de su época, X mantuvo un férreo control sobre la historia de su vida. En su afán por averiguar ese misterioso pasado, su viuda se sumergirá en la historia del Territorio del Sur, teocracia fascista que se separó del resto de Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial y que en la actualidad se ve obligada a una difícil reunificación. A medida que CM va comprendiendo el alcance artístico de la mujer a la que amó, abrirá una caja de Pandora de secretos, traiciones y destrucción.

Llena de suspense e inteligencia, *Biografía de X* se adentra en las profundidades del dolor, el arte y el amor. En su novela más ambiciosa, Lacey se consolida como «una de las novelistas más intrépidas del momento» (*Los Angeles Times*) y lleva su arte al más alto nivel con la creación de un personaje inolvidable que muestra en su

absorbente misterio las grietas de las historias que fabricamos sobre nosotros mismos.

«Es bastante raro que una novela sea enormemente inteligente, conmovedora y divertida a partes iguales, pero con *Biografía de X*, Catherine Lacey consigue de algún modo —como por arte de magia— que lo casi imposible parezca fácil». Lauren Groff

La crítica ha dicho:
«Brillante, asombroso [...]. Este libro es una maravillosa centrifugadora en la que colapsa la historia política y cultural del siglo XX americano».
Chris Kraus

«Un logro impresionante, una obra maestra».
Esquire

«Una novela deslumbrante... La pérdida insoportable se revela como el corazón convincente y conmovedor de esta novela de intrincadas capas».
Sunday Times

«Inquietante, transgresor [...]. Es como mirar una fotografía familiar en la que algo realmente extraordinario —una avalancha o una invasión alienígena— sucede en segundo plano. *Biografía de X* parece procedente de una realidad paralela. Aunque puede que no cambie el mundo, cambiará al lector».
The Guardian

«*Biografía de X* es casi con toda seguridad uno de los libros más interesantes que vas a leer este año».
Financial Times

«En su atrevida premisa y ejecución, *Biografía de X* [...] hace alarde de una habilidad para construir mundos que los guionistas de *Juego de Tronos* desearían haber tenido [...]. Lacey es una de las novelistas más audaces de la actualidad».
Los Angeles Times

«Impresionante en su alcance y rigor, esta inolvidable novela lleva la ficción contemporánea a cotas vertiginosas. Un triunfo».
Kirkus

Catherine Lacey (1985) nació en Tupelo, en el estado de Misisipi, y estudió un máster de Bellas Artes en No Ficción Creativa en la Universidad de Columbia. En 2014 fue elegida por Granta como una de las nuevas voces a seguir y en 2017 como una de las mejores novelistas jóvenes de Estados Unidos. Su novela de debut, Nunca falta nadie (Alfaguara, 2014), ha sido traducida a varios idiomas y estuvo entre los mejores libros del año según The New Yorker y Vanity Fair. Su segunda novela, Las respuestas (Alfaguara, 2018), fue unánimemente aclamada por la crítica y también fue elegida como uno de los mejores libros del año por medios como The Wall Street Journal, Vogue, Esquire y Huffington Post, entre otros. Altar (Alfaguara, 2022) conquistó a la crítica, ganó el Premio New York Public Library Young Lions 2021 de Ficción, fue finalista del Premio Dylan Thomas y fue seleccionada para el Premio PEN/Jean Stein, la Andrew Carnegie Medal for Excellence y el Premio Joyce Carol Oates. Biografía de X es su última novela, mejor libro del año según la revista Time y uno de los mejores del año según The New York Times, New Yorker o Vanity Fair, ha ganado el Premio Brooklyn Library y ha sido finalista del Dylan Thomas y el PEN/Faulkner.



Título original: *Biography of X*
Primera edición en castellano: mayo de 2024

ISBN: 978-84-204-7259-1

Compuesto en Arca Edinet, S. L.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club





Índice